



Secreto Profesional se

Úrsula Llanos

Los asesinatos perpetrados en el Museo del Prado por el viejo barbudo, cuya imagen han captado las cámaras de seguridad existentes en el mismo, mantienen en vilo a la Policía y constituyen una incógnita que se desvela en esta intrigante novela de misterio, con un sorprendente desenlace.

OceanofPDF.com



Úrsula Llanos

Secreto Profesional

ePub r1.0

Titivillus 11-09-2021

OceanofPDF.com

Título original: *Secreto Profesional*
Úrsula Llanos, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Estaba a punto de cerrar el museo, por lo que Julia caminó apresuradamente por el salón central, flanqueado de columnas, sorteando a la muchedumbre que se dirigía ya hacia la escalera para descender a la planta cero del edificio, en dirección a la salida. Todos los lunes acudía a visitarlo a última hora de la tarde, que era la única del día en la que podía contemplar “Las Meninas” sin que la sala estuviese invadida por turistas que se quedaban parados como postes frente al cuadro. Solían contemplarlo ensimismados sin captar la maestría de la técnica empleada por el pintor, ni valorar en su justa medida la equilibrada composición reflejada en el lienzo. Embobados, lo miraban sin verlo y sufrían estoicamente los empujones de los que continuaban de largo sin dirigir más que una distraída mirada al cuadro que ocupaba toda la pared del fondo de la sala. Unos ignorantes, sin duda.

Tampoco esos visitantes eran capaces de captar el aire de otras épocas que se respiraba en el museo. Recorrían sus inmensos salones sin apreciar los ecos del pasado que aún podían percibirse, pese a que la bulliciosa aglomeración de los turistas parecía constituir una nota discordante. A Julia le hubiera gustado poder disfrutar de su ambiente romántico en solitario, sin verse obligada a soslayar al gentío que obstaculizaba su paso y charlaba de banalidades, ajeno a la grandeza de lo que para ella constituía algo similar a un santuario.

Esa tarde se había retrasado. No se filtraba ya claridad alguna a través de la bóveda acristalada del salón central de la primera planta, mientras lo recorría taconeando con sus zapatones embarrados sobre el pavimento de granito gris, porque a esas horas era ya noche cerrada en Madrid en el mes de enero. La culpa la había tenido el fallido cliente que la había llamado por teléfono a la hora de comer, para concertar una cita con ella en su estudio de pintura con la intención de ver sus cuadros. Julia nunca recibía a los posibles clientes en su estudio los lunes por la tarde, ya que la reservaba para su visita al museo, pero necesitaba dinero. Últimamente solo había

conseguido vender un lienzo, en el que había intentado liberar su arte de imágenes preconcebidas, alternando las formas geométricas, con otras, ricas en colores y matices. Se lo había comprado un comerciante de encurtidos que tenía su tienda enfrente del edificio de cinco plantas en el que había alquilado ella un estudio, que hacía también las veces de su vivienda. Lo quería el tendero para decorar su tienda y darle “mayor realce”, según sus propias palabras.

Dudaba mucho ella de que el Pancraccio fuera capaz de valorar, ni siquiera por aproximación, la abstracción expresiva, no figurativa, de la esencia evanescente que había plasmado en el cuadro. Había volcado en él un colorido intenso, culminado en formas espontáneas de abstracción lírica, pero todo lo que el Pancraccio había sido capaz de decirle, cuando lo eligió entre los muchos que se apilaban en su estudio, fue que se veían claramente los huevos fritos con tomate, acompañados de unos buenos chorizos, que había reflejado en el lienzo. Por eso lo había comprado el muy bruto, porque sin duda pensaba que los clientes de su tienda de encurtidos identificarían como embutidos la singularidad de las formas cónicas que presidían el espacio de la tela que encerraba el bastidor, en las que había derrochado la vehemencia del color, liberándolo de la forma.

Había terminado el cuadro el mes anterior y había permanecido muchas horas frente a él, preguntándose por qué el vulgo no entendería el arte abstracto. Después lo había sustituido en el caballete por un lienzo en blanco y había continuado durante días mirándolo, sin decidirse a plasmar en él la expresión cromática que vislumbraba en su mente. No se encontraba con ánimos de coger la paleta, después de soportar estoicamente los prosaicos comentarios del Pancraccio y de que días antes se hubiera clausurado la exposición de pintura de su obra en la sala Dorée sin haber vendido un solo cuadro.

Quizás se hubiera equivocado al pensar que llegaría a ser una gran artista, se dijo melancólicamente. Dominaba la técnica, pero carecía del privilegio que solo era patrimonio de algunos, de captar la esencia intangible de lo sublime y de transmitirlo al lienzo con sus pinceles, prescindiendo de sus formas para convertirlas en vagas secuencias del color. Por esa razón había accedido a la llamada del cliente que, después de

revolver todas sus obras pictóricas durante horas, se había marchado al fin sin comprar ninguna.

Ese era el motivo de que se hubiera retrasado tanto y de que apenas si le quedaran unos instantes para disfrutar de su visita. Hubiera podido posponerla para el día siguiente, pero los lunes era gratis la entrada del museo desde media tarde y no podía permitirse el lujo de abonar su coste otro día de la semana para deleitarse solamente unos minutos frente a “Las Meninas”. Ahora solo dispondría de un exiguo lapso de tiempo para admirar su cuadro preferido.

Torciendo a su izquierda, abandonó el salón central y pasó al “salón ovalado”, actual sala de Velázquez, que constituía el objeto de su visita.

Con los ojos entornados contempló el cuadro que colgaba de la pared y que ocupaba todo el paño del fondo de la sala. Se apreciaba con toda claridad que Velázquez había pintado “Las Meninas” sobre tres bandas de tela cosidas verticalmente. ¿No existirían lienzos de grandes dimensiones, como las ese cuadro, en 1656?, se preguntó, examinándolo con la cabeza ladeada. Quizás en esa época y recién terminado no se notara, pero ahora, al cabo de los siglos, resultaba palpable que la estructura del tejido que el pintor había utilizado como base estaba partida en tres piezas.

Estudió atentamente las figuras del primer término. El tema central era el retrato de la infanta Margarita de Austria, con unos cinco años de edad, rodeada por sus sirvientes, “las meninas”. Se dijo Julia que parecía haberse captado en el lienzo un instante de la vida cotidiana del Alcázar, en el que la niña, con sus acompañantes, se había acercado a visitar al pintor en su taller. La composición que reflejaba era de una espontaneidad y de realismo tal, que con razón se había dicho que Velázquez se había anticipado a la fotografía, que vería la luz varios siglos más tarde.

Analizó después la forma en la que el pintor había conseguido difuminar las imágenes del fondo del cuadro, como si la luz que enfocaba a la infanta y a sus criados no alcanzara a iluminarles y se fundieran con la penumbra del fondo de la estancia, cuyas dimensiones habían sido exactamente determinadas por los expertos, fijándolas en veinte metros cuadrados. Pero sobre todo, lo que a Julia le producía auténtica estupefacción era la atmósfera nebulosa de la parte alta del lienzo, Se podía

palpar el aire en la insondable estancia del piso bajo del Alcázar de Madrid, próxima al denominado “Cuarto del Príncipe”, por haber sido el aposento del príncipe Baltasar Carlos, muerto diez años antes, donde Velázquez había instalado su taller.

Se acercó más al cuadro para observar el deterioro en la mejilla izquierda de la infanta, producido en 1734 por el incendio que destruyó el Alcázar. Había sido muy bien restaurado, pero unos ojos expertos aún podían apreciarlo.

Absorta en su contemplación, no vio a los escolares que se detuvieron unos instantes junto a ella, con su profesora al frente. El salón ovalado tenía dos salidas laterales que daban acceso a otras tantas salas, pero los chicos deshicieron el camino andado poco después, marchándose por donde habían venido. Tampoco advirtió más tarde la presencia de la pareja de ancianos que pasó renqueando por su lado ni se percató cuando se fueron de que se había quedado completamente sola.

Ensimismada examinando el espejo plasmado al fondo del cuadro, que reflejaba las figuras del rey Felipe IV y de su esposa Mariana de Austria, no percibió el sonido de los pasos de alguien que acababa de entrar en la sala y que se le aproximaba. Un segundo antes habían avisado que los visitantes debían abandonar el museo, pero apenas si lo oyó. Ni siquiera se dio cuenta tampoco de que esos pasos se le acercaban por detrás y de que se detenían a su espalda. De improviso notó el roce de algo suave que le apretaba el cuello. Le apretaba hasta hacerle daño, la estaba asfixiando, y luchó con ambas manos por aflojar aquella presión que no la dejaba respirar. Se debatió con todas sus fuerzas, pero no logró exhalar ni un grito. Y después... nada.

Capítulo 1

El timbre del teléfono dejó oír su estridente sonido y Diego Valdés descolgó cansinamente el auricular. Era un muchacho de veintiocho años, de mediana estatura y de cabello castaño y ojos pardos. Había tenido un día horroroso en la comisaría y estaba deseando que llegara el momento de marcharse a su casa, para poder al fin tumbarse en el sofá después de cenar para ver un rato la televisión. Resignadamente se llevó el auricular al oído.

Al otro lado del hilo oyó una voz femenina con matices histéricos.

—¿Es la policía? Venga, vengan inmediatamente al Museo del Prado. —La voz se quebró con un nervioso hipido—. Vengan... vengan a la sala de Velázquez, en la primera planta, en el salón ovalado. Es muy urgente.

Diego dirigió una desalentada mirada al reloj que colgaba de la pared. Eran las ocho y siete minutos de la tarde.

—¿Cómo se llama usted?, —le preguntó en tono monocorde—. ¿Cómo se llama y qué es lo que le ocurre?

Oyó dos hipidos más a través de la línea telefónica.

—Me llamo Patricia Jiménez y... y acabo de encontrar en el suelo a una visitante del museo. Tiene la cara morada y... creo que está muerta... tienen que venir aprisa...

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos ahora mismo. ¿Me ha dicho en la sala de Velázquez?

—Sí, ¿sabe cuál es?

Diego acababa de ser destinado a Madrid, donde se había incorporado a la comisaría de la calle Huertas, pero no había visitado en sus ratos libres el Museo del Prado, aunque podía distinguirlo desde la esquina de la calle, al otro lado del paseo del mismo nombre. Por ello meneó negativamente la cabeza, gesto que su invisible interlocutora no pudo ver.

—No, no lo sé, pero la encontraremos. No se mueva de ahí que no tardaremos en llegar ni cinco minutos.

Poco después, Diego y su compañero, Marcelino Martínez, ascendían precipitadamente la escalera del museo y echaban a correr por el salón central de las columnas para girar más tarde a su izquierda y precipitarse en la sala de Velázquez. El cuadro de “Las Meninas”, espléndido y grandioso, destacaba al fondo de esa sala, ocupando toda la pared frontera y al pie del lienzo divisaron un tumulto en el que varias personas discutían muy inquietas. Una mujer de mediana edad, con el uniforme de los vigilantes del museo, se destacó del grupo para correr hacia ellos.

—Vengan, vengan, por favor, —les dijo con una voz en el que se apreciaba un histerismo a duras penas contenido—. Está ahí en el suelo. Yo... no sé cómo ha podido suceder...

Los dos policías se apartaron de la vigilante para acercarse al cuerpo caído en el suelo, al pie del cuadro de “Las Meninas”. Tras abrirse paso entre el grupo de personas que se agolpaban alrededor, se inclinaron sobre este. El de una mujer de unos cuarenta y cinco años, de cabello liso, oscuro y sin brillo, recogido en unas rastas que Diego consideró horribles, y un semblante con evidentes síntomas de asfixia, probablemente producida por un pañuelo azul de lunares blancos que le aprisionaba el cuello. Estaba muerta, no cabía duda, por lo que Diego se apresuró a comunicarlo al juzgado de guardia para que el juez se presentase a levantar el cadáver. Luego alejó de allí a los vigilantes, apartándoles hacia una esquina, antes de volverse hacia la mujer que anteriormente se había dirigido a ellos.

—¿Es usted la vigilante de esta sala?

Ella asintió con un hipido. Tendría unos cincuenta años y su cabello castaño y lacio enmarcaba un semblante anodino y reseco, sin rastro de pintura.

—Sí señor. Soy la vigilante de tarde de la sala de Velázquez.

—¿Se llama Patricia Jiménez?, —trató de precisar Diego.

—Sí, sí. He sido yo quien les ha llamado.

—¿Y qué ha visto usted?

Patricia dejó escapar otro hipido.

—Nada, no he visto nada. Habíamos avisado ya para que los visitantes despejaran el museo, porque íbamos a cerrar. Cerramos siempre a las ocho de la tarde, pero avisamos diez minutos antes, y he salido de la sala al oír un alboroto en el salón central. Una señora se había resbalado y chillaba como una loca asegurándonos que se había roto una pierna y que no podía ponerse en pie. Por supuesto nos ha conminado con las penas del infierno, pero al final todo ha quedado en nada y se ha marchado cojeando. Ha sido al volver a entrar para comprobar que en el salón ovalado no quedaba nadie, cuando la he visto. Estaba caída en el suelo y no respiraba. Como tenía la cara morada y un pañuelo atado al cuello, Anita y yo hemos pensado que la habían estrangulado. Por eso les hemos llamado.

Había señalado al nombrarla a otra vigilante que estaba a su lado. Una mujer algo más joven y más agraciada, rechoncha y de pelo y ojos muy negros, que asintió al oír pronunciar su nombre con evidente expresión de inquietud.

—¿Han tocado algo?, —les preguntó Diego con aire profesional, aunque por su juventud y por su reciente ingreso en el Cuerpo era la primera vez que se encontraba frente a un cadáver. Había ganado la oposición cinco años antes, pero solamente llevaba un mes en Madrid en la comisaría de la calle Huertas.

Anita y Patricia se miraron consternadas antes de responder.

—Bueno..., —empezó la primera—. Patricia me ha llamado cuando la ha encontrado en el suelo para que me ayudara a levantarla. En un primer momento hemos pensado que se había caído, igual que la señora del salón central, y hemos intentado ponerla en pie.

—Así que la han tocado las dos, —dedujo acusadoramente Diego, emulando al policía de una película americana que había visto recientemente y que tenía lugar en los viejos fondos de Chicago.

Anita parecía tener más carácter que la otra, que, azarada, había bajado la cabeza para mirar la punta de sus zapatos, por lo que se apresuró a responder:

—No sabíamos que estaba muerta, ¿comprende? Sucede a menudo que algunos visitantes del museo se marean o tropiezan y se caen. Siempre les ayudamos a levantarse, que es lo que hemos intentado hacer esta tarde.

¿Cómo íbamos a imaginar que en esta sala que está siempre llena de gente iban a estrangular a la pintora de los lunes?

Con gesto interrogante, Diego clavó sus ojos castaños en el semblante de Anita.

—¿La pintora de los lunes?

En esa ocasión contestó Patricia por ella.

—Sí, la llamábamos así, porque venía al museo todos los lunes. Era pintora y admiraba profundamente el cuadro de “Las Meninas” de Velázquez. Solía acudir a eso de las seis y media y se plantaba delante del lienzo sin pestañear. Una tarde me dijo que era la única obra del museo que le interesaba, lo que es un poco extraño, ¿no le parece? Esta es la mejor pinacoteca del mundo y tenemos cuadros extraordinarios. ¿Le gusta “la familia de Carlos IV” de Goya? A mí me parece genial. Y no digamos nada de la “Mona Lisa española”. El público que viene a contemplarlo hace unas colas para entrar que dan la vuelta a este edificio.

La cultura pictórica de Diego dejaba mucho que desear, por lo que hizo un gesto evasivo con el que intentó soslayar la difícil pregunta de la empleada del museo.

—Sí, sí, claro, también es un cuadro genial, pero díganme, ¿qué saben de esa pintora?

Anita y Patricia volvieron a mirarse, consultándose con los ojos.

—Poca cosa, —repuso al fin Patricia—. Se llamaba Julia Ramírez y no solía hablar con nadie, aunque, como ya le hemos dicho, venía todos los lunes. En una ocasión me comentó que vivía sola y que era pintora, pero que apenas si conseguía vender algún cuadro de cuando en cuando. Que había estudiado la carrera de Bellas Artes y que visitaba el museo para examinar a fondo “Las Meninas”. Le entusiasmaban los blancos de plomo casi sin mezclas de diversos puntos del cuadro. Los utilizó Velázquez en las camisas, los puños de Mari Bárbola y en la manga derecha de Agustina Sarmiento. No solía contarme nada de su vida privada, pero se explayaba conmigo a veces sobre la técnica que empleó Velázquez en ese cuadro. Técnica que, por otra parte, todo el mundo conoce, ¿no cree?

Diego tragó saliva nuevamente. ¿Por qué pensaría aquella vigilante de rostro reseco que la pintura de Velázquez formaba parte del acervo común

de los mortales? Él no tenía la menor idea de cómo eran los blancos de plomo que utilizara siglos atrás el pintor en la manga derecha de Agustina Sarmiento e incluso desconocía quién pudiera ser el personaje del cuadro que respondía a ese nombre. Se prometió asimismo enmendarse en el futuro y procuró en ese instante adoptar una expresión de suficiencia para que no le conceptuara su interlocutora como un paleta de pueblo, recién llegado a la capital, lo que, por otra parte, era el calificativo que le cuadraba.

—Lo curioso es que esa mujer pertenecía a un movimiento de pintura abstracta, —continuó la docta Anita, con una expresión dubitativa en su atractivo semblante—. De abstracción lírica precisamente, o al menos ella pretendía que su pintura se encuadrara en esa corriente. Me contó el lunes pasado que acababa de exponer en la sala Dorée, en la calle Toledo, y que admiraba sobre todo a Kandinsky. No entiendo, por tanto, que le interesara Velázquez que, como usted sabe, era un genio, pero de la corriente figurativa.

Marcelino Martínez, un hombre corpulento y de bastante más edad que Diego, se les unió en ese momento, evitándole a su compañero efectuar el comentario que la otra esperaba. Venía tomando notas en un cuaderno y se adelantó a Diego para hacerles a las dos mujeres otra pregunta:

—¿Y no han visto en esta sala a nadie sospechoso, antes o después de que esa pintora se detuviese delante de “Las Meninas” a contemplar el cuadro?

Patricia frunció el ceño reflexionando, gesto que provocó que un sinfín de arruguillas aparecieron en su rostro, bordeando sus ojos.

—Pues... pues no. Comprenda que tenemos muchísimos visitantes, pero... creo que... Sí, un instante antes de la hora de cerrar ha entrado en el salón ovalado un profesor con un grupo de alumnos. Han pasado por delante del cuadro y han retrocedido sobre sus pasos casi enseguida. Observará que esta sala tiene otras dos salidas, pero han preferido regresar al salón central. Recuerdo luego a una pareja de ancianos que también se han ido pronto. Yo diría que cuando hemos dado la señal de cierre quedaba únicamente la pintora de los lunes frente a “Las Meninas”, aunque...

—¿Aunque qué?, —la apremió Martínez, cruzando los brazos sobre su orondo estómago.

El reseco semblante de Patricia denotó confusión.

—Que creo recordar que, cuando he salido de esta sala al oír un tumulto en la sala central, me he tropezado con un señor muy mayor que entraba. Sí, le he dicho que ya era la hora del cierre y no me ha contestado, pero cuando he regresado para desalojarle ya se había marchado.

—¿Un señor muy mayor? ¿Y cómo era ese señor mayor?, —le preguntó inquisitivamente Diego, adelantándose a su compañero, deseoso de demostrarle a la vigilante que, aunque no entendiera nada de pintura, sabía realizar su trabajo de policía.

—No sé cómo era, —reconoció Patricia—. Vemos aquí a tanta gente que no es posible recordar sus caras. Solo puedo decirle que era un tipo muy alto con el pelo blanco y con barba, pero tienen que haberle grabado las cámaras de seguridad. Pregúntenle al señor Hernández.

El aludido era el único hombre que se encontraba en la sala de Velázquez cuando los policías habían llegado y por sus ademanes parecía ser el jefe de las vigilantes. Al oírse nombrar se apresuró a dirigirse a ellos.

—Naturalmente. Las cámaras de seguridad tienen que haber grabado todo lo que ha sucedido esta tarde en esta sala, así que iremos ahora mismo con ustedes a recoger las grabaciones para entregárselas.

Martínez meneó negativamente la cabeza.

—No, nosotros no podemos salir de esta sala hasta que llegue el juez a levantar el cadáver. Si nos las trae usted, ganaremos tiempo.

—De acuerdo. Voy a buscarlas ahora mismo.

Un par de horas más tarde, y después de que el juez cumpliera su cometido y trasladaran el cuerpo de la mujer asesinada al Instituto Anatómico Forense, regresaban los dos policías a la comisaría y se dirigían directamente al despacho del inspector jefe a darle cuenta de sus investigaciones. Era este un individuo de corta estatura con un semblante rosado y grandes entradas en la frente. Se peinaba con raya el cabello rubio y ralo con el que intentaba cubrirse esas entradas. Pese a su aspecto bonachón poseía un genio temible y les apremió en un tono más alto del necesario cuando les vio aparecer.

—¿Qué?, ¿qué habéis averiguado?

Prudentemente dejó Diego que su compañero Martínez, de más edad y de mayor graduación, diese las explicaciones pertinentes, permaneciendo él en un segundo plano.

—Así que han estrangulado a una visitante en el Museo del Prado esta tarde, a una hora en que estaba lleno de gente y nadie ha visto nada, —resumió el comisario en tono mesurado.

Como Diego y Marcelino conocían sobradamente su carácter se aprestaron a soportar el rapto de furor de su jefe que se avecinaba y que no tardó en producirse.

—¿Y cómo es eso posible?, —tronó como un energúmeno—. ¿Estáis seguros de que esa mujer no ha muerto de muerte natural?

Diego continuó en silencio delante de la mesa de su jefe, descansando alternativamente el peso de su cuerpo en un pie y luego en el otro, al tiempo que Marcelino trataba de explicarse con su habitual parsimonia.

—Mientras no nos notifiquen el resultado de la autopsia no podemos estar seguros de nada, don Fausto —repuso pausadamente—. Del examen del cadáver parece deducirse que esa mujer ha muerto estrangulada con un pañuelo azul de lunares blancos que tenía al cuello, pero creo que las grabaciones de las cámaras de seguridad del museo podrán aclarárnoslo. Las hemos traído. ¿Quiere que las veamos aquí, en su ordenador, o prefiere que...?

—Trae esas grabaciones ahora mismo, —rugió el inspector jefe con voz de trueno.

Poco después contemplaban los tres atentamente en el ordenador que descansaba sobre la mesa de despacho el contenido de las grabaciones aludidas. En silencio observaron el sinfín de visitantes que entraban en el salón ovalado y se agolpaban bajo “Las Meninas”. Unos examinaban el cuadro con la boca abierta y otros distraídamente, pero resultaba obvio que ninguno era capaz de apreciar la genialidad del artista ni la equilibrada composición de la obra, cuya parte inferior plasmaba un grupo de personajes aquietados durante un instante para ser captados por los ojos del artista, mientras que la superior se iba desvaneciendo en una progresiva penumbra.

Tampoco los tres policías captaron la maravillosa naturalidad de la disposición elegida ni la armonía de los tonos matizados en el lienzo, lo que, por otra parte, era imposible que apreciaran en una grabación en blanco y negro. Su atención estaba concentrada en las personas que entraban y salían del salón ovalado. Una anodina multitud agolpándose en la sala, hasta que al fin apareció la pintora de los lunes y Martínez se la indicó a su jefe. Era una mujer todavía joven, pero poco armoniosa, de mediana estatura, vestida con unos pantalones vaqueros y un poncho marrón rematado por unos flecos. Rondaría la cincuentena y no resultaba muy agraciada con su cabello desastrosamente recogido en unas rastas y el rostro ausente de todo maquillaje. Examinaron atentamente cómo entraba apresuradamente y sin gracia en el salón ovalado a través del altísimo dintel por el que se accedía desde el salón central, pisoteando el suelo de granito con sus zapatones de tacones anchos y embarrados, y como se acercaba al cuadro para detenerse frente a él. Permanecía después inmóvil, soportando estoicamente los empujones de los últimos visitantes de la tarde: Un grupo de chiquillos que levantaron la vista hacia el cuadro sin el menor interés, aunque el profesor intentaba explicarles algo de la técnica empleada por el pintor, lo que evidentemente les tenía sin cuidado. Una pareja de ancianos que parecían cansados y que no tardaron en retroceder hacia la entrada a la sala, dejando sola a la pintora, ensimismada bajo el cuadro.

Un segundo más tarde penetraba un viejo en el salón. La vigilante acababa de salir apresuradamente, como si algo importante reclamara su atención y él se dirigía con una agilidad que desmentía la edad que aparentaba hacia la solitaria admiradora que, como en éxtasis, continuaba examinando la pintura. Era un tipo muy alto, con una gorra sobre el pelo blanco y una barba del mismo color. Llevaba una bufanda al cuello y gafas oscuras y en un segundo se acercó por la espalda a la pintora con un pañuelo en las manos que anudó a su cuello. Esta se llevó ambas manos a la garganta luchando sin conseguirlo por aflojar la presión a la que la estaba sometiendo el viejo, y tras unos instantes de forcejeo caía al suelo en la posición en que la habían encontrado Diego y Marcelino. El viejo retrocedía entonces hacia la entrada de la sala.

En la grabación de la sala contigua le vieron salir del salón ovalado y atravesar a largas zancadas el salón central, mezclándose con la gente que se dirigía ya hacia la escalera y en la grabación de esta última le distinguieron entre una multitud que descendía hasta la planta baja para salir después a la calle.

Cuando acabó la proyección, el inspector jefe dejó escapar un prolongado suspiro.

—Imposible identificar a ese tipo, —refunfuñó—. Parece un viejo barbudo, pero no se le ve la cara ni un segundo.

—Y por sus movimientos da la impresión de que se trata de un joven disfrazado de viejo, —dedujo Marcelino entrecerrando sus ojillos con expresión beatífica—. Me parece absurdo, además, que ese tipo haya elegido precisamente la sala de Velázquez para cometer el crimen. En el estudio de pintura de su víctima, al que podía haber acudido con la excusa de comprarle un cuadro, en la escalera de su casa o en un callejón oscuro, podría haber cometido impunemente su crimen. ¿Pero por qué se le habrá ocurrido estrangular a esa mujer en el museo, donde hay cámaras de seguridad, y donde siempre se agolpa un gentío?

El suspiro de desaliento del inspector jefe sonó esta vez como un estridente graznido.

—Quizás se trate de un loco, —consideró después—. Solo a un chalado se le ocurriría estrangular a una mujer bajo el cuadro de “Las Meninas”. Es una de las mejores obras de Velázquez y atrae a muchísimos turistas, por lo que la posibilidad de cometer un crimen allí, sin que te vea nadie, es muy remota.

Diego esbozó un gesto de cansancio y miró a su compañero esperando de él una respuesta alentadora, pero este se encogió de hombros como si tampoco él pudiera explicarse la irrazonable elección del escenario del homicidio por parte del viejo.

—Tendremos que interrogar a los familiares y a los conocidos de la víctima, —dijo al fin con bastante escepticismo—. Tal vez tuviera esa mujer algún abuelo que, pese a su edad, se mantenga muy ágil o a algún vecino o conocido al que podamos identificar por su aspecto.

El inspector jefe hizo un gesto de asentimiento, mientras se atusaba su escaso cabello.

—De acuerdo. Usted, Martínez, tiene suficiente experiencia, así que no necesito explicarle lo que tiene que hacer. En cuanto a usted, Valdés, haga lo que le diga su compañero. Se le ha presentado una ocasión inmejorable para aprender el oficio. No tengo necesidad de advertirles que, por lo insólito y por lo absurdo, este asunto va a tener una gran repercusión mediática, así que espero de los dos que realicen una investigación modélica y que sean capaces de identificar a ese viejo que se mueve con tanta agilidad.

Pero, pese a que ambos policías extremaron su diligencia en la investigación, al atardecer del día siguiente regresaban nuevamente al despacho de su jefe, bastante desanimados. Don Fausto se apresuró a enderezarse en su butaca para acodarse sobre la mesa, antes de preguntarles con interés:

—¿Qué?, ¿qué habéis averiguado?

Martínez meneó cansinamente la cabeza, mientras Diego permanecía callado y en un segundo plano.

—Nada interesante ni concluyente, don Fausto, —empezó el primero con el aire del que ve obligado a comunicar unas noticias poco alentadoras—. La víctima se llamaba Julia Ramírez y era una pintora completamente desconocida. Vivía en el mismo estudio en el que pintaba, un ático bastante decrepito en la calle Postas, que constaba tan solo del estudio propiamente dicho, un dormitorio, una cocina y un baño. Ese ático se encuentra en el cuarto piso, sin ascensor, de un edificio viejo que huele a comida, tanto en el portal, viejo, astroso y con portero automático, como en la escalera, así como en el interior de todos los pisos.

—¿Y habéis hablado con los vecinos?, —le interrumpió su jefe.

—Con todos, —continuó Martínez—. Con todos y ninguno la conocía más que de cruzársela por la escalera. Nos han dicho que vivía sola y que creían que su única familia era una tía que vive en un pueblo de Extremadura. Que no sabían que saliera con nadie y que algunas veces subía algún posible cliente a su estudio, pero que no solía vender sus

cuadros más que de Pascuas a brevas, por lo que se retrasaba siempre en el pago del alquiler.

—¿Y quién es el dueño de ese ático?, —tronó don Fausto con una sonrisa de suficiencia, pensando sin duda que Martínez se había olvidado de averiguarlo. Este se apresuró a desilusionarle.

—El dueño es el vecino del segundo. Se lo alquiló hace tres años y nos ha dicho que la víctima era una buena persona, pero una pintora muy poco comercial que pintaba unos cuadros abstractos horrorosos. Hemos inspeccionado el ático, al que hemos entrado con la llave que nos ha proporcionado el dueño, y verdaderamente su obra nos ha parecido un espanto.

El inspector jefe paseó sus ojillos por los semblantes de los dos policías que tenía sentados frente a su mesa. Valdés no había abierto la boca hasta el momento, por lo que pensó que ya había llegado el momento de pedirle su opinión.

—¿A usted tampoco le han gustado los cuadros de esa mujer?, —le preguntó, inclinándose hacia él sobre la mesa.

Diego no supo de momento qué responder por lo que terminó por encogerse de hombros.

—Bueno, yo... entiendo poco de pintura.

—Sí, ¿pero qué le han parecido?

Frunciendo el ceño para concentrarse mejor, el muchacho revivió con la mente la llegada al destartado ático de techo de cristal que habían visitado esa mañana y que olía espantosamente a repollo recién cocido. Se ubicaba este en la calle Postas, próxima a la Plaza Mayor. Su fachada, de ladrillo oscuro, soportaba estoicamente el paso de los años con ese aire cansino de las casas viejas del Madrid antiguo que huelen a gato y a flores mustias, aunque nunca hayan albergado a ningún animal doméstico ni hayan adornado con flores los jarrones. Tras la agotadora escalada por la escalera, habían penetrado los dos hombres en un estrecho pasillo de suelo de tarima y paredes empapeladas, que terminaba en una estancia de regulares dimensiones y techo acristalado, en cuyo centro vieron un caballete plantado en su centro con un lienzo inacabado. Situándose frente al mismo con los ojos entrecerrados, Diego había intentado desentrañar el significado

de los manchurroneos de colores amarillos y rojos que cubrían la tela, pero había terminado por desistir. En el suelo, junto al caballete, una paleta cargada de colores parecía aguardar el regreso de la artista y a su lado un frasco de cristal, que olía a aguarrás, contenía varios pinceles de distintos tamaños. Apoyado contra la pared vieron un banco de madera y apilados contra él varios cuadros ya terminados, tan desentonados y antiestéticos como el que soportaba el caballete.

—No, a mí tampoco me han parecido unos cuadros decorativos, —repuso al fin en contestación a la pregunta de su jefe—. Me han dado la impresión de ser un conglomerado de colores rojos y amarillos que igualmente hubiera podido pintar un niño de diez años. La pintora era además una persona muy desordenada. Se había dejado en la cocina los platos sin fregar y, en su cuarto, la cama deshecha. Además de enredos por todas partes, la ropa lavada seguía dentro de la lavadora, de lo que parece que puede deducirse que no pensaba tardar en volver a su casa. Seguramente tenía previsto regresar en cuanto cerraran el museo, o sea, a las ocho y media, más o menos.

Como si se estuviera forjando mentalmente una idea de la víctima, don Fausto hizo un gesto de asentimiento.

—Ya, —murmuró, con la mirada perdida en un par de transeúntes que caminaban por la calle peatonal que se divisaba a través del cristal de la ventana—. ¿Y qué hay del viejo que la asesinó?

Martínez meneó negativamente la cabeza.

—No hay ningún viejo de pelo blanco entre los vecinos y tampoco conocen a ningún anciano que reúna las características del que aparece en las grabaciones de las cámaras de seguridad. No saben si la pintora tenía algún enemigo. Según ellos era una mujer solitaria y poco comunicativa. Hemos encontrado en su estudio un cuaderno en el que anotaba los gastos que le suponían los materiales que utilizaba para pintar y lo que había cobrado por los cuadros que vendía. El último se lo compró un hombre que tiene una charcutería enfrente de su casa. También hemos hablado con él, pero no hemos sacado nada en limpio. Es un hombre de unos cincuenta años, de corta estatura, sin barba y con el pelo castaño, algo canoso. No

guarda ningún parecido con el viejo de las grabaciones, —terminó casi sin aliento.

—¿Y el dueño del ático?

—¿Qué le pasa?, —se interesó Diego, olvidando que debía permanecer callado si no quería recibir algún improperio de su desabrido jefe.

—¿Que cómo es el dueño del ático?, —le aclaró este con impaciencia—. ¿Qué aspecto tiene?

—¿Piensa acaso que podría haberla estrangulado para que le dejase el piso libre, ya que era una inquilina morosa?, —le preguntó Martínez sonriendo cansinamente—. No. Es un hombre de mediana estatura con un enorme bigote negro que daba la impresión de estar en sus cabales. El asesino tiene que ser un tipo arriesgado o un chiflado, seguramente esto último, porque hace falta estar mal de la cabeza para estrangular a alguien en el museo del Prado delante del cuadro de “Las Meninas”. ¿No le parece?

—¿Pero entonces no tenemos ninguna pista? ¿Había huellas en el pañuelo o piel en las uñas de la víctima?, —insistió el Inspector Jefe, resistiéndose a admitir un resultado tan desastroso de la investigación.

—No había nada, don Fausto, nada en absoluto. El viejo llevaba guantes, como habrá podido usted apreciar en la grabación. Hemos averiguado, eso sí, que la pintora acudía a la plaza Mayor los domingos con sus cuadros y allí intentaba que algún turista se interesara por ellos, pero ningunos de los vendedores de sellos y de monedas que colocan en la plaza sus tenderetes los días de fiesta recuerdan a ningún viejo de las características del que aparece en las grabaciones.

—No tenemos nada de nada, —le aseguró Diego Valdés—. Ese viejo ha aparecido como por encanto y se ha esfumado de la misma forma.

—Aún nos queda algo por investigar, —le interrumpió Marcelino esbozando una cansina sonrisa—. En el piso de Julia Ramírez hemos encontrado unos folletos con el anuncio de una exposición de pintura de sus cuadros en una galería de arte, que se encuentra en la calle de Toledo. La exposición se clausuró hace unos diez días y mañana nos acercaremos Valdés y yo por allí a ver qué podemos averiguar.

—Esperemos que encontréis en esa sala una pista que nos lleve a alguna parte, —refunfuñó don Fausto con expresión de escepticismo—. Es absurdo

que un crimen cometido en un museo tan frecuentado pueda quedar impune. Sí, es completamente absurdo.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Irene Carvajal tomó asiento tras su mesa y pasó una mano helada por su frente. Estaba cansada, cansadísima. Pero no estaba cansada de trabajar, estaba cansada de no tener trabajo, se dijo paseando con desánimo su mirada por el despacho. Lo había alquilado el mes anterior y acudía puntualmente todas las tardes a las cinco con la esperanza de que apareciese algún cliente, pero hasta la fecha solo había tenido que formalizar la defensa de un par de asuntos que le habían turnado de oficio y redactar un escrito de descargo al portero, al que habían sancionado con una multa por una infracción de tráfico.

Su despacho formaba parte de los muchos que se alquilaban en un edificio antiguo, en la calle Sagasta, y consistía en una única habitación de regulares dimensiones y de techo exageradamente alto, con un balcón de balaustrada blanca que daba a la calle. En la pared había colgado dos cuadros con unas láminas que reproducían unas obras de Monet. La mesa de despacho la había comprado de segunda mano y era de madera oscura, imitando nogal, y sobre la misma había colocado, además del ordenador, un tintero de bronce con bolígrafos y lápices, así como una fotocopia de la demanda de un asunto que le habían turnado de oficio y que ya había entregado al procurador para que la presentase en el juzgado. Se había estrenado con ese asunto y con la fotocopia pretendía impresionar a sus futuras e hipotéticas visitas, que podrían así forjarse la idea de que llevaba casos importantes entre manos.

Los despachos del edificio carecían de antesala y sus ocupantes tenían derecho a utilizar el aseo, común a todos los de la planta. Irene no disponía de sala de espera, lo que hasta la fecha no le había importado, ya que no tenía clientes a los que hacer esperar. Tampoco disfrutaba de calefacción

central, por lo que se había visto obligada a adquirir un convector de aire caliente que producía un ruido infernal y que ponía en funcionamiento en cuanto llegaba al despacho. Este, a eso de las cinco de la tarde, hora a la que solía llegar, se asemejaba a un helador iglú. Acababa de conectar el cable del convector a la pared, pero aún tendría que transcurrir una hora o más antes de que la estancia se caldease y ella pudiese emitir algún sonido sin que los dientes le castañeteasen.

Pensativa se acodó en la mesa, diciéndose que no había imaginado durante los años en los que estudió Derecho en la facultad complutense de Madrid que pudiera ser tan difícil abrirse camino en el ejercicio de la profesión ni que para conseguirlo tuviera que verse obligada a soportar tanto frío. Cuando a eso de las nueve de la noche se marchaba a su casa, tras bajar la persiana del balcón y desconectar el convector, podía considerarse que la temperatura del despacho era aceptable, pero inevitablemente había descendido hasta límites insospechados cuando regresaba al día siguiente. Tiritaba entonces aún con el abrigo o el chaquetón puesto durante más de media hora, hasta que el dichoso convector cumplía con su misión de elevar nuevamente la temperatura. A veces se había preguntado qué opinaría el cliente temprano que en el futuro pudiera acudir a su despacho a encargarle un asunto importante, al verla sentada tras su mesa, con los labios amoratados por el frío y dando diente con diente. Como no había recibido todavía a ese hipotético cliente no había podido comprobar cuál sería la reacción de este, pero estaba segura de que se marcharía decepcionado, diciéndose que aquella congelada abogado, que intentaba a duras penas controlar el temblequeo de sus helados miembros, no le ofrecía suficiente confianza para encargarle la defensa de sus intereses.

Nuevamente pasó una mano por su frente, preguntándose por el motivo de que no la acompañase la suerte. Había puesto toda la ilusión y todo su esfuerzo en estudiar la carrera de Derecho. Se había enfrentado incluso a sus padres que conservaban aún las costumbres ancestrales del pueblo de la Mancha en el que habían nacido y en el que vivían y consideraban que una chica no tenía por qué estudiar nada. Si acaso, le sugirieron, podría aprender a manejar el ordenador, por si se veía obligada a trabajar en una oficina al

no encontrar el marido adecuado que la mantuviera, lo que debería constituir su principal objetivo. Ambos se sintieron muy contrariados cuando Irene les comunicó que había decidido marcharse a Madrid a estudiar la carrera que le gustaba y que pensaba pagarse ella misma sus estudios. Y en cuanto a lo de buscar el marido adecuado, les dijo que de momento no entraba en sus cálculos, pero que si lo encontraba no pensaba vivir a su costa. Afortunadamente para Irene, sus padres tenían cuatro hijas más, mucho más dóciles, que al llegar a la mayoría de edad se aprestaron a buscar un novio en el pueblo sin mayores ambiciones, y dos hijos varones, y ella tuvo la enorme suerte de encontrar trabajo en Madrid al poco de trasladarse a la capital, por lo que no le había supuesto una carga a su familia. Devoró los libros de la carrera con sus cinco sentidos, compaginando el estudio con el trabajo de administrativo en unos laboratorios y cuando al fin consiguió su flamante título entró como pasante en un despacho de abogados, en el que durante cinco años redactó las demandas de los asuntos sin importancia que le encargaban a sus tres jefes. Cuando al fin cumplió la exigencia que requería el Colegio de Abogados para entrar a formar parte del turno de oficio, se apresuró a despedirse del bufete y a alquilar un despacho para ejercer su profesión, con el absurdo convencimiento de que no tardarían en lloverle los clientes. Pero no había llamado nadie a su puerta ni tampoco había recibido otras llamadas telefónicas que las de su madre, preocupada por si comía lo suficiente y se encontraba bien, y las de Marisa, su compañera de piso, que todos los días le recomendaba que tuviese paciencia porque los comienzos del ejercicio de todas las profesiones liberales siempre eran difíciles.

Iba a encogerse filosóficamente de hombros y a poner en marcha el ordenador que tenía sobre su mesa para jugar un ratito al solitario denominado “carta blanca”, que era el apreciado compañero de sus horas solitarias, cuando sonó el timbre de la puerta y, emocionada, dio un respingo. ¿Sería ese maravilloso cliente que iba a inaugurar al fin la lista de los innumerables que quizás vinieran a continuación? Había colgado el rótulo en la puerta con su nombre y su profesión, como todos los restantes inquilinos de la planta, pero no confiaba demasiado en su transcendencia

para atraer a algún desconocido con la intención de solicitar sus servicios profesionales.

Se levantó de un salto de la butaca y sorteando la mesa se acercó apresuradamente a la puerta procurando controlar la tiritera de su cuerpo. Adoptó después una digna expresión de indiferencia para disimular la impaciencia que sentía de recibir, por fin, a alguien en su despacho, y abrió la puerta.

En el pasillo había un muchacho muy alto, aproximadamente de su misma edad, correctamente vestido con chaqueta y corbata, que le sonrió mostrando dos hileras de dientes blancos, perfectamente alineados. Por un instante pensó Irene que al fin se había cumplido su sueño y que delante de sus ojos tenía a un cliente, deseoso de encargarle que se ocupara de resolverle un peliagudo pleito, pero luego advirtió que el desconocido no llevaba abrigo, gabardina ni paraguas y aquella tarde de invierno soplaba un viento helador y llovía como si el cielo fuese a desplomarse sobre sus cabezas. No, se dijo, aquel hombre no venía de la calle.

—¡Hola!, —la saludó él con bastante desenvoltura—. Soy el inquilino del despacho contiguo a este y venía a preguntarte si me puedes prestar unos quince folios. Tengo que imprimir una demanda y se me han acabado. ¿Puedo pasar?

Sin acabar de reaccionar, se hizo a un lado Irene, luchando por disimular su decepción, y él entró detrás de ella dirigiendo una mirada curiosa en derredor, como si buscara el origen de la baja temperatura reinante. Luego se arrebujó en la chaqueta azul marino que vestía sobre un pantalón gris oscuro.

—¡Caramba!, qué frío hace aquí. ¿Has tenido abierto el balcón?

Se giró también ella en la dirección indicada, comprobando que sus puertas de cristales se hallaban herméticamente cerradas, pese a lo cual se filtraba el viento por las rendijas de las maderas pintadas de blanco. Lo cierto era que no lo había abierto nunca desde que alquilara el despacho, ni siquiera para ventilar este, para no asumir el riesgo de quedar convertida en un carámbano de hielo, por lo que meneó negativamente la cabeza agitando su rizada melena rubia mientras se dirigía hacia la mesa.

—No, no soy tan valerosa. Es que en este despacho no hay calefacción y acabo de llegar. Por eso hace tanto frío.

Él se echó a reír, envolviéndolo en una mirada curiosa.

—Desgraciadamente este edificio no dispone de calefacción central, —corroboró—. En el mío he instalado un radiador eléctrico que calienta bastante más que ese cacharro que tienes en el suelo. ¿Quién te ha recomendado el convector?

—No me lo ha recomendado nadie. Lo compré, porque era más barato, —replicó muy seria.

Ella miró nuevamente durante unos segundos como si la estuviera catalogando, con sus claros ojos color avellana.

—¡Ah!, ya, acabas de darte de alta como ejerciente, ¿no? He visto que en el rótulo de la puerta figura tu profesión y dice que eres abogado.

Irene hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, terminé hace cinco años. Desde entonces he estado trabajando como pasante en un bufete de abogados y en cuanto ha transcurrido ese plazo y he podido darme de alta en el turno de oficio, he alquilado este despacho. No pensé entonces que en invierno tendría que soportar tanto frío aquí, —comentó, cruzando los brazos sobre la chaqueta de su traje pantalón con la intención de abrigarse con ella, mientras tomaba asiento tras la mesa.

Él volvió a echarse a reír y quizás por mimetismo fue a dejarse caer en uno de los dos sillones de los clientes, arrellanándose cómodamente tras cruzar sus larguísimas piernas. Luego se quedó mirándola con aire de sentirse complacido.

—Sí, es extraño que en este edificio, que es bastante aparente, no se hayan preocupado por la calefacción. Yo voy a mudarme a otro a la primera oportunidad.

Se acodó Irene sobre la mesa y apoyó en una mano su mejilla al preguntarle:

—También eres abogado, ¿no?

—Sí, también. Hace más de diez años que ejerzo y tengo ya bastante clientela, por lo que puedo permitirme el lujo de buscar un despacho que no sea una nevera en invierno ni una sauna en verano. Y por cierto, me llamo Gonzalo, ¿y tú?

—Irene. Irene Carvajal. He estudiado en la complutense.

—Y yo también.

Observó ella su semblante con la cabeza ladeada. Era un muchacho sumamente alto, que resultaba algo larguirucho, pues estaba excesivamente delgado. Poseía un cabello castaño, demasiado abundante, que le resbalaba sobre la frente y unos risueños ojos del mismo color. Con otra indumentaria parecería aún un universitario, pues aparentaba menos edad de las que probablemente tendría y aunque no era exactamente guapo, sí resultaba atractivo.

—Habremos coincidido entonces en la facultad, —dedujo ella— pero no te recuerdo.

—Ni yo a ti, —reconoció Gonzalo—. Aunque no es extraño, porque cuando empezaste tú la carrera, la estaba acabando yo. Quizás nos hayamos encontrado alguna vez en el bar. Porque irías al bar, ¿no?, —le preguntó con guasa—. ¿O eras una empollona insoportable y aprovechabas todos los momentos libres para subir a la biblioteca a hincar los codos en la mesa para recitar en solitario el código civil?

Irene se echó a reír, evocando aquellos tiempos ya lejanos, que desde la perspectiva del presente en que se hallaba parecían haber transcurrido en un soplo. Con cierta añoranza rememoró el semicírculo acristalado donde se ubicaba el bar de la facultad, en el que los estudiantes consumían la mayor parte de las horas en las que deberían haber asistido a las clases de las distintas asignaturas. Aunque ella no. Ella acudía siempre al aula donde se impartía la materia programada con anterioridad y escuchaba atentamente al catedrático, tomando apuntes a una velocidad increíble. Era extraño que pudiera recordar ahora con nostalgia esa época, que entonces creyó padecer día tras días, con la angustia que precedía a los exámenes al no disponer del tiempo necesario para asimilar el contenido de aquellos libros tan absurdamente voluminosos.

—Sí, era una empollona y puede que también fuera insoportable, —admitió risueña—, pero es que no podía permitirme el lujo de perder curso. Mis padres viven en un pueblo muy pequeño de la Mancha y yo me alojaba aquí, en Madrid, en un Colegio Mayor. Me salía carísimo, por lo que por las tardes trabajaba como administrativa en un laboratorio para poder pagarme

los estudios. A mis padres no les gustaba nada que me hubiera venido a la capital, porque están muy chapados a la antigua y hubieran preferido que sentara la cabeza y que me casara con el hijo del boticario, —terminó con sorna, aunque su expresión era de total seriedad.

Desconcertado, se la quedó mirando Gonzalo sin saber si le estaba hablando en broma.

—¿Con el hijo del boticario? ¿Y por qué tenías que casarte precisamente con el hijo del boticario?

Irene se encogió de hombros.

—Para que tuviera un futuro, ¿comprendes? En los pueblos todavía hay muchas chicas de mi edad que no trabajan y que procuran hacer una buena boda y el hijo del boticario era un buen partido, aunque estuviese lleno de granos.

—¿De granos?

—Sí, de acné juvenil.

—Ya, —murmuró escuetamente él, aunque su semblante traslucía la extrañeza de que aún mantuvieran esas ancestrales costumbres en los pueblos—. ¿Y de qué vives ahora? ¿Tienes ya suficiente clientela?

Irene meneó negativamente la cabeza, agitando nuevamente su rizada melena. Sabía que era bonita y estaba orgullosa de los bucles en los que se le ensortijaba el cabello de forma natural y de su color rubio ceniza, por lo que procuraba llamar la atención sobre su melena siempre que se le presentaba la oportunidad.

—No. Ya te he dicho que estudié la carrera trabajando en un laboratorio. Después de colaborar como pasante en ese despacho del que te he hablado durante cinco años, he podido darme de alta en el turno de oficio, pero con lo que nos paga el Colegio no me da para vivir. Ahora, por la mañana continúo en el laboratorio y por las tardes intento trabajar aquí, aunque hasta la fecha no ha llamado nadie a la puerta ni tampoco ha sonado el teléfono. —Se echó a reír sin ganas—. Cuando he oído el timbre hace un momento he pensado que tú eras ese primer cliente.

La expresión de Gonzalo denotó consternación.

—¡Vaya por Dios! Te habrás quedado decepcionadísima.

Sí se había llevado una decepción, pero lógicamente no se lo podía decir, por lo que adoptó una expresión de estudiada indiferencia.

—No, que va. Me alegro de que seamos vecinos de despacho y de que ya tengas experiencia profesional. Así, cuando me encarguen el primer asunto, podré consultarte la cuestión que se dilucide para que me des tu opinión. ¿Tienes mucha experiencia?

Él se encogió de hombros con vaguedad.

—No me puedo quejar. La verdad es que hasta la fecha estoy teniendo bastante suerte.

Se quedó callado, sin duda reflexionando sobre algo a lo que ella se había referido poco antes, porque luego sonrió con guasa al comentarle:

—Yo también soy de pueblo, ¿sabes?, pero afortunadamente mis padres son más modernos que los tuyos y les pareció bien que me viniera a estudiar Derecho a Madrid. Tuve además la suerte de que mi abuela, al morir, me legara un piso en la calle Claudio Coello que es donde vivo, así que no tengo que pagar un alquiler.

—Sí que es una suerte, —reconoció Irene evocando la casa en la que vivía, su cochambrosa escalera, su inextinguible olor a verduras cocidas y, lo que era peor, la renta que debían pagar todos los meses, que no parecía estar en consonancia, por lo elevada, con el aspecto del edificio y la ausencia de ascensor.

—¿Trabajas aquí todo el día?, —se interesó ella, estudiando su juvenil fisonomía. Un mechón le resbalaba sobre la frente e Irene se dijo que su aspecto no sería muy distinto del que tendría años atrás, cuando aún era estudiante. Le hubiera gustado preguntarle su edad, pero no se atrevió.

—No, por las mañanas no vengo nunca. —Repuso Gonzalo desviando los ojos hacia el balcón, como si se estuviera preguntando si sería este el culpable de la gélida temperatura que padecían en el despacho. Luego, con un pliegue en la frente, se quedó mirando como ensimismado el estruendoso tráfico de la calle que se atisbaba a sus pies a través de los cristales. Debía estar rememorando algo que le preocupaba, pero que no parecía guardar relación con lo que, como abstraído, comentó a continuación sin apartar los ojos de los coches que discurrían por la calzada —: Por las mañanas suelo tener que presentarme en el juzgado que

corresponda ese día, si tengo señalada la vista un juicio, —murmuró como para sí—. Y, si no la tengo, voy a entrenarme.

De una ojeada le catalogó Irene como jugador de baloncesto por su inusual estatura y esa conclusión debió de asomarle al rostro, porque él, al adivinarla, se echó a reír con ganas.

—No, no juego al baloncesto. Jugaba en el instituto, pero de eso hace mucho tiempo. No. Practico artes marciales: kárate y yudo. Ya soy cinturón negro.

—¡Ah!, —musitó ella por todo comentario sin que se le ocurriera nada que añadir, ya que desconocía casi todo lo que se relacionaba con esas artes y las categorías de cinturones existentes—. Y por cierto, querías unos folios, ¿no?

Se marchó él poco después con medio paquete de papel en la mano e Irene continuó tiritando durante un rato más hasta que, harta de esperar allí sentada algo que no parecía que fuese a llegar esa tarde y de jugar en el ordenador a su acostumbrado solitario, descolgó su chaquetón del perchero y cogió el paraguas. No tuvo que bajar más que un tramo de escalera para salir a la calle Sagasta, chorreante bajo la lluvia, esquivando los charcos que relucían a la luz de las farolas. El estrepitoso tráfico le atronó los oídos y el agua que resbalaba por las varillas del paraguas le empapó el hombro izquierdo de su chaquetón, antes de que alcanzara la boca del Metro y se mezclara con la multitud que a aquellas horas lo invadía.

La casa en la que vivía con una amiga distaba poco de la estruendosa calle de Sagasta y generalmente regresaba dando un paseo, pero esa tarde llovía demasiado para caminar bajo la tromba de agua, por lo que descendió rápidamente la escalera del suburbano, dando un suspiro de satisfacción cuando, entre los empujones de la gente, pudo cerrar por fin el paraguas y aspirar el aire denso y caliente del túnel que la llevaría hasta el andén, donde se apiñaba una multitud.

Tardó pocos minutos en llegar a su casa, el quinto piso sin ascensor de un viejo edificio en la calle de los Reyes, sito en ese viejo barrio de calles estrechas, enclavado en las inmediaciones de la calle de San Bernardo, en la que aún parecían resonar los ecos de los cascotes de los caballos, uncidos a las berlinas que en el siglo XIX transitaban sobre el desempedrado

pavimento. Sin duda el inmueble había sido edificado en esa época. No disponía de portero y los peldaños de madera de la escalera estaban desgastados en su parte central por las contumaces pisadas de sus moradores durante tantas décadas. Olía a verduras en el portal, oscuro y necesitado de una mano de pintura, por lo que Irene lo atravesó como todos los días conteniendo la respiración, e inició a continuación el fatigoso ascenso por la escalera, hasta que lo remató sin aliento al alcanzar el rellano de la quinta planta. La bombilla que pendía del techo se había fundido varios años antes sin que nadie se hubiera molestado en sustituirla por otra, lo que motivó que tuviera que tantear a oscuras la cerradura de la puerta con la llave antes de conseguir abrirla.

El interior del piso no era mucho mejor que la escalera. Un estrecho y oscuro pasillo hacía las veces de vestíbulo y continuaba hasta el fondo de la vivienda dando acceso a las distintas habitaciones. La primera puerta de la izquierda correspondía a su dormitorio, la segunda al de Marisa y la que cerraba el fondo del pasillo daba paso a un pequeño cuarto de estar con vistas a la estrecha calle. Esta discurría desde la calle de San Bernardo hasta la Plaza de España, pero desde el herrumbroso balcón de esa estancia no se divisaba ninguna de las dos. Únicamente la fachada de la casa de enfrente, tan vieja y cochambrosa como la de la que ellas habitaban. Frente al dormitorio de Irene se ubicaba una oscura cocina, con ventana a un patio estrecho que olía a rancio y frente al de Marisa, un anticuado cuarto de baño sin ninguna clase de ventilación.

En el cuarto de estar encontró a Marisa, su compañera de piso, que tenía cinco años más que ella y que había nacido también en su pueblo. Había estudiado arte en la facultad y ahora daba clase en un colegio de Majadahonda, un municipio cercano a Madrid. Estaba echada en un sofá, que habían comprado entre las dos de segunda mano, y leía el periódico cuando ella entró en la habitación. Era una chica bajita y algo regordeta, de pelo oscuro, muy corto y rizado y semblante mofletudo. No era precisamente atractiva, pero su carácter era dulce y comprensivo. Se habían conocido en el pueblo con motivo del duelo por el fallecimiento del cartero. En su pueblo todavía era costumbre velar al difunto durante toda la noche anterior a su entierro y las dos habían permanecido cabeceando en el mismo

sofá hasta que el sol se levantó desperezándose y decidió alumbrar la tierra desde el cielo, poniendo punto final a aquella noche interminable. En el transcurso de las horas que parecían negarse a transcurrir, en las que las dos bostezaron a ratos, dormitando otras, Irene supo que Marisa vivía sola en Madrid en un piso que deseaba compartir con otra chica y no lo dudó. Se ofreció en el acto, abandonando el Colegio Mayor cuando se acabaron las vacaciones de verano de las dos. Desde entonces subía estoicamente los cinco pisos de escalera al menos dos veces al día, pero se sentía muy a gusto en compañía de la otra, que cuidaba de ella como si, por ser cinco años mayor, estuviera obligada a sustituir a su madre.

Tumbada en el sofá y abstraída en la lectura del periódico, no levantó la cabeza del diario cuando Irene entró en el cuarto de estar y solo se dio cuenta de la presencia de su amiga cuando esta se dejó caer a su lado a los pies del sofá, cuyos viejos muelles se quejaron lastimosamente bajo su peso. Se incorporó entonces, acomodándose a su lado para luego levantar la cabeza hacia su rostro.

—¡Hola!, qué pronto has venido hoy. ¿Ha aparecido por fin algún cliente?

Irene esbozó un gesto negativo. Se despojó después del chaquetón de cuadritos blancos y negros y lo arrojó sobre una vieja butaca que habían comprado las dos en el Rastro. Aún jadeaba por el esfuerzo de subir los cinco pisos, por lo que respondió entrecortadamente:

—No, aún no. Solo he tenido una visita, pero no era un cliente. Era el abogado del despacho contiguo y ha venido a pedirme papel para su impresora.

—Pues vaya por Dios, —se lamentó Marisa.

—Sí, cuando he oído el timbre de la puerta, he creído que al fin se había producido el milagro, pero estoy segura de que no se ha dado cuenta de la decepción que he sentido al comprobar que me había equivocado. —Se encogió de hombros con la intención de quitarle importancia a lo que le comentaba y luego le preguntó—: ¿Y a ti cómo te ha ido?

Su amiga hizo un gesto evasivo, sosteniendo el periódico entre sus manos con la evidente intención de continuar con su lectura en cuanto Irene se lo permitiera.

—Yo he aguantado con paciencia a la colección de salvajes que tengo por alumnos. No saben nada de arte y lo peor es que no les importa. Son unos completos ignorantes y encima están satisfechísimos de serlo e incluso alardean de su falta de conocimientos. En opinión de esos chiquillos, lo único interesante en el siglo XXI es la técnica y las mil maquinitas con las que juegan a todas horas.

Irene se echó a reír con ganas. A ella tampoco le interesaba demasiado el arte y no acababa de entender la desilusión de su amiga cuando comprobaba que la mayoría de los habitantes del planeta lo ignoraban o, lo que era peor, lo desdeñaban.

—Bueno, por lo menos tienes a alguien que te escuche, —bromeó, propinándole unas palmaditas en el brazo en cuya mano sostenía el periódico—. En cambio yo hablo sola para escuchar algún sonido inteligible y tiritito detrás de la mesa del despacho esperando y esperando.

La otra le sonrió con aire distraído para infundirle ánimos y volvió a centrar su atención en el artículo que leía anteriormente, mientras murmuraba:

—Ya te turnarán algo de oficio, no desesperes. Consuélate pensando que al menos puedes dormir toda la noche como un ceporro, sin que te quite el sueño el peliagudo asunto de un cliente, porque mira lo que publican hoy en el periódico. Compadezco al abogado que tenga que llevarle la defensa a ese tipo. Menos mal que no serás tú.

Le mostraba el diario que leía al entrar ella y que mantenía abierto sobre la vieja falda gris que vestía siempre en casa. Sin comprender, Irene la miró con sus ojos azules muy abiertos.

—¿A qué tipo?

—Al viejo que ha estrangulado a la pintora. ¿No has leído el periódico? Es un asunto de lo más curioso. Al parecer, han estrangulado con un pañuelo azul con lunares blancos a una pintora que estaba de visita en el Museo del Prado, cuando se encontraba contemplando el cuadro de “Las Meninas”. El crimen se cometió ayer, instantes antes de que lo cerraran.

Irene se la quedó mirando de hito en hito, preguntándose si a su amiga le hubiera interesado tanto aquel crimen si, en lugar de haber sido cometido en su adorado museo, lo hubiera sido en cualquiera otra parte del planeta.

—No puede ser, —dijo envolviéndola en una mirada de escepticismo—. El Museo del Prado está siempre atestado y además dispone de múltiples cámaras de seguridad. ¿Por qué la han estrangulado?

Marisa le mostró el artículo del periódico con su rubicundo semblante arrebolado por la intriga.

—No se sabe.

—Y precisamente en el museo, —continuó Irene que lo había visitado años atrás y lo recordaba como una ruidosa aglomeración de empujones y de codazos—. El homicida será un chalado. ¿Le han cogido ya?, —se interesó, devolviéndole el periódico, demasiado cansada para leer el artículo.

—No. Las cámaras de seguridad han grabado a un viejo muy alto con el pelo y la barba blancos en el momento en que la estrangulaba y está la policía investigando a los vecinos y conocidos de ella, pero hasta el momento no han dado con una pista fiable. ¿Qué opinas tú?

Irene lo consideró durante unos instantes con la mirada perdida, evocando la sala de Velázquez. Recordaba que se accedía a ella desde el salón central y que poseía también dos salidas laterales que comunicaban un sinfín de salas, de paso unas para otras.

—Pues que tiene que ser un chalado, ya te lo he dicho. Ninguna persona normal mataría a otra en ese escenario, porque es imposible pasar desapercibido y que no haya uno o más testigos que lo hayan presenciado. Lo lógico sería que hubiera esperado a la pintora a la salida, en el Paseo del Prado, y aprovechara la oscuridad. Recuerdo que el museo cierra a las ocho y a esa hora es ya completamente de noche en esta época. ¿Pero por qué hacerlo en la sala de Velázquez? La última vez que lo visité, esa sala me recordó por lo concurrida a un vagón del Metro en las horas punta. También compadezco yo al pobre abogado que tenga que defender al asesino cuando le detengan.

—¿Qué piensas que podría alegar?, —le preguntó Marisa interesada—. ¿Enajenación mental transitoria o... o qué?

Irene se encogió de hombros, recordando las clases de práctica jurídica a las que había asistido tiempo atrás, cuando comenzó a trabajar como pasante en aquel bufete. En ninguna de ellas se había planteado un supuesto

similar ni tampoco en el despacho de los abogados que la habían contratado al terminar sus estudios.

—No lo sé, —reconoció pensativa, desviando los ojos hacia el balcón que traslucía la negrura de la noche bajo una lluvia persistente que enturbiaba los cristales—. No sé qué motivos podría tener ese viejo. Puede que sea un novio despedido o... no lo sé. Supongo que lo más probable es que ese viejo esté como un cencerro. Hasta es posible que no supiera quién era la pintora y que le molestara verla con la boca abierta mirando el cuadro.

—¿Conoces “Las Meninas”? —le preguntó Marisa, animándose al tener ocasión de hablar de su tema preferido.

—Por supuesto, —replicó Irene ofendida, diciéndose que, aunque a ella no le interesara lo más mínimo la pintura, para desconocer la obra maestra de Velázquez tendría que ser una completa ignorante—. ¿Cómo no voy a conocer ese cuadro?

—No, lo que te pregunto es si entiendes de pintura.

Se apresuró Irene a negar con la cabeza.

—No, me ocurre lo que a tus alumnos. Carezco por completo de sentido artístico, aunque he visto ese cuadro mil veces, al natural y en fotografía.

—Pues es una obra genial, —le explicó Marisa, entrecerrando sus ojos oscuros con expresión extática—. Uno de los catedráticos que me dio clase en la facultad admiraba muchísimo a Velázquez y nos llevó a los alumnos en varias ocasiones al museo para explicarnos la técnica del pintor. También nos refirió los significados ocultos que se han atribuido a ese cuadro.

—¿Qué significados ocultos?, —se interesó inmediatamente Irene, imaginando que se trataría de algún sortilegio o alguna maldición, como las del libro que estaba leyendo que narraba el descubrimiento de la tumba de Tutankamon.

Acostumbrada como estaba a que sus oyentes bostezaran al oír sus explicaciones, Marisa estudió atentamente su semblante para convencerse de que efectivamente la estaba escuchando y de que estaba pendiente de sus palabras.

—Pues... los que lo han estudiado, dicen que tiene muchos. Según parece, Velázquez era aficionado a la astronomía y a la cosmografía y tenía

un tratado sobre esas materias y tres telescopios para contemplar las estrellas. Por eso se le ha atribuido una simbología astrológica a las Meninas. Los entendidos dicen que, uniendo con una línea imaginaria el corazón o las cabezas de las que serían las cinco figuras principales, o sea, Velázquez pintando su autorretrato, la menina Agustina Sarmiento, la infanta Margarita, la menina Isabel de Velasco y el aposentador José Nieto, se puede reconstruir el dibujo de la constelación Corona Borealis, cuya estrella central se llama Margarita Coronae, como la infanta que ocupa también el lugar central en el cuadro.

Irene apartó de su rostro su rizada melena rubia y contempló a la otra con curiosidad.

—¿Y qué más?

—También se dice que trazando un círculo entre estos personajes y añadiendo líneas hacia los personajes secundarios se obtendría el signo de Capricornio, que era el signo zodiacal de la reina Mariana de Austria. Esta aparece también en el cuadro, reflejada en el espejo.

Irene volvió a luchar con su cabello, húmedo aún, que se le rizaba como una aureola alrededor de la cabeza.

—Sí, pero no veo que todo eso tenga nada que ver con el crimen. ¿O piensas que el viejo canoso entendía de constelaciones y se cargó a la pintora antes de que esta pudiera descubrir algún significado siniestro del cuadro?

Marisa negó con la cabeza.

—No, no creo que los símbolos del cuadro tengan nada que ver con el crimen. ¿Será un asesinato?

Irene no había llevado como pasante ningún asunto penal, pero le pareció que retrocedía a sus años de estudiante y que se hallaba en el aula de la facultad, donde el catedrático peroraba jactanciosamente sobre la diferencia entre el homicidio y el asesinato.

—No podemos saber todavía si en el viejo que cometió el homicidio concurría alguna agravante, —dictaminó, segura de sí misma en ese terreno—. Por lo que me has contado que dice el periódico, es casi seguro que el criminal es un loco que tendrá alguna fijación con ese cuadro.

Se interrumpió para desviar la mirada hacia el balcón contra el que se abatía torrencialmente la lluvia chorreando por los cristales, a través de los cuales no se veía otra cosa en ese momento que la oscuridad de la noche bajo una cortina de agua.

—Es curioso. Solo he ido al museo del Prado en dos ocasiones y porque no pude negarme. En las dos me aburrí como una ostra y terminé con un espantoso dolor de pies, pero en este momento me intriga ese asunto y me gustaría examinar ese cuadro contigo ya que, al parecer lo tienes bien estudiado. También me gustaría ver el de la “Mona Lisa española”, que ha despertado muchísimo interés, dado que por lo visto es una réplica exacta del que pintó Leonardo Da Vinci.

Marisa hizo un gesto de asentimiento, animándose ante la perspectiva de explicarle a la otra lo que para ella constituía el centro nuclear de su mundo.

—Sí, ese cuadro se encuentra en el Museo del Prado desde su fundación, pero se creía que era una copia del de Leonardo. Al restaurarlo, han podido comprobar que no se trata de una copia, sino que se pintó al mismo tiempo que el otro, probablemente por un alumno suyo. Desde entonces se ha convertido en una nueva atracción del museo y se forman todos los días colas enteras de personas que acuden a contemplarlo.

Le vinieron a la mente a Irene sus interminables tardes en su despacho, viendo como a través del balcón la luz del día se iba desvaneciendo sin que el timbre del teléfono dejase oír su estridente sonido y la sacara de su letargo. Si faltaba alguna tarde no se iba a perder la llamada de ningún cliente, estaba segura de ello. Por esa razón, se inclinó interesada hacia su compañera de piso.

—¿Cuándo te vendría bien que nos acercáramos al museo?

Reflexionando, Marisa apoyó la barbilla en la palma de la mano.

—Pues... no puedo faltar al colegio. La mayor parte de los días tengo que quedarme cuando ya se han acabado las clases para corregir los deberes de los alumnos. No suelo salir antes de las siete. Podemos ir si quieres a última hora de la tarde, a las siete y media, por ejemplo. El lunes próximo sería un día perfecto, porque ese día de la semana la entrada al museo es

gratuita. ¿Qué te parece? ¿Es que te quieres meter a detective o lo que te apetece ver es el cuadro de la Mona Lisa?

Irene hizo un gesto ambiguo.

—No, solo siento curiosidad por ver esa réplica de la Gioconda y por pasearme por el escenario del crimen. Así podrías explicarme la simbología astrológica a la que te has referido antes y señalármela delante del cuadro. El lunes próximo puedo salir un poco antes del despacho, sin perjuicio de perderme la llamada de uno de esos clientes que no tengo. ¿Crees que me bastará con media hora para atravesar Madrid y llegar al museo?

Marisa se apresuró a asentir con la cabeza.

—En Metro, sí.

—Pues entonces saldré a eso de las siete. ¿Te parece?

El lunes siguiente, Irene apagó el convector en su despacho a las siete en punto y descendió a pie el tramo de escalera que mediaba desde su planta al portal. Salió luego a la calle, ancha y ruidosa y, como siempre, con un estrepitoso y ensordecedor tráfico. Era ya noche cerrada, pero las farolas encendidas que proyectaban una luz macilenta, trazaban sombras alargadas en la acera por la que caminaba apresuradamente en dirección al Metro, donde se integró con la abigarrada muchedumbre que se dirigía a los correspondientes andenes. No invirtió más de diez minutos en el recorrido que aquel efectuó hasta la estación de Banco de España y una vez allí salió nuevamente al exterior.

A esas horas el Paseo del Prado estaba solitario. Un viento helado recorría la amplia avenida por la que caminaba apresuradamente después de dejar atrás la plaza de Cibeles con su emblemático monumento central. La diosa, en el carro del que tiraban los leones, arrojaba hacia las alturas el agua de su fuente, salpicando a los transeúntes que se aproximaban demasiado. Se subió el cuello de su chaquetón para protegerse del frío y apretó el paso, alegrándose de calzar zapatos bajos. No muy lejos vislumbraba el majestuoso edificio del Museo del Prado, con la denominada puerta de Velázquez y su frontis de orden dórico, que incorporaba el relieve del ático y las estatuas y medallones alegóricos al rey Fernando VII.

Irene sabía que la entrada de los visitantes se hallaba en la fachada lateral del edificio, por lo que lo bordeó y después de sacar en la taquilla el

ticket gratuito, accedió al museo a través de una puerta de cristales, encaminándose seguidamente hacia la sala cuarenta y nueve, en la planta cero. Un gentío se empujaba en esos momentos en dirección a la salida, por lo que, a empujones, logró abrirse camino hasta el salón donde se encontraba la Mona Lisa. A la entrada del mismo la esperaba Marisa que la tomó del brazo y la condujo hacia el lugar donde se encontraba la famosa obra. El cuadro colgaba de la pared entre una escalera y “El sacrificio de Isaac” de Andrea del Sarto, pero este último cuadro no parecía interesarle a nadie. Por el contrario, una verdadera multitud se apiñaba ante el cuadro de la Gioconda, defendida tan solo por un cordón que impedía aproximarse demasiado a los curiosos. Los visitantes comentaban su similitud con la de Leonardo Da Vinci, aunque la mayoría opinaba que la española era mejor y más bonita.

Ajena al bullicio que las rodeaba, Marisa había conseguido acercarse al cordón y contemplaba el cuadro sin pestañear, como si se encontrara en trance, con sus ojos oscuros muy abiertos. Con seguridad estaba analizando cada pincelada y cada sombra de los pliegues del vestido de la “Mona Lisa española”, que, como la de Leonardo, sonreía enigmáticamente.

A codazo limpio, Irene consiguió llegar hasta su lado para comentarle:

—¡Qué pequeño! ¿No crees que es un cuadro muy pequeño?

Marisa descendió del limbo al que había ascendido para admirar la pintura y se encogió de hombros.

—Tampoco el de Leonardo es mayor que este. Son de un tamaño similar.

—¿Y qué te parece? ¿Crees tú también que este es mejor que el original?

Abstraída como estaba en la contemplación de la pintura, Marisa tardó en contestarle y lo hizo sin apartar la vista de la “Mona Lisa”.

—No, no es mejor. Sí lo es su estado de conservación y en este cuadro se aprecia con precisión el paisaje del fondo, después de haber sido restaurado en 2010. Antes tenía un repinte negro que tapaba ese paisaje, por lo que resultaba casi idéntico al de París, que mantiene el fondo oscuro, porque, como está hecho polvo, no ha sido posible restaurarlo. Pero la

técnica empleada es distinta. Este tiene una pincelada mucho más simple, más lineal y compacta. El dibujo también es de inferior calidad.

—¿Y las cejas?, insistió Irene, que había leído que se diferenciaban asimismo en ese detalle.

—Sí, también en ese detalle son diferentes. La Mona Lisa de París prácticamente carece de ellas.

Una señora gorda que la escuchaba con disimulo, decidió acercarse a Marisa, para obtener información de primera mano, lo que logró a fuerza de empujones.

—¿Es usted pintora?, le preguntó cuando consiguió llegar resoplando a su lado.

—No, soy profesora de arte. Doy clase en un colegio.

La señora la envolvió en una mirada admirativa.

—¿Y no le gusta nuestra Mona Lisa?, ¿le gusta más la del Louvre? Pues yo creo que es más bonita esta y más alegre. Si los dos cuadros tuvieran el mismo fondo no sería fácil distinguirlos, así que no sé por qué le dan tanto bombo a ese Leonardo. A fin de cuentas, este cuadro es igual al de su Mona Lisa y parece que lo pintó un alumno suyo del que nadie sabe el nombre.

Como Marisa no tenía intención de darle una conferencia sobre arte, se encogió evasivamente de hombros y empujó a Irene fuera del tumulto que se hacinaba frente al cuadro, en dirección a la escalera, por la que subieron las dos hasta la primera planta. Recorrieron después el salón central para desviarse más tarde hacia el gigantesco paso de puerta que, a su izquierda, conducía al salón ovalado. Al fondo de ese salón y ocupando toda la pared, el cuadro de las Meninas destacaba en todo su esplendor y bajo el mismo se apiñaba también una multitud de curiosos, más interesados en el asesinato que se había cometido allí unos días antes que en la insuperable maestría del autor del cuadro. A codazos lograron las dos acercarse y levantaron a la vez la vista hacia la pintura.

—¡Chica, qué follón de gente!, —susurró Marisa al oído de su amiga—. Vamos a ver si conseguimos reconstruir con los ojos esas líneas imaginarias de las que te hablé en casa.

—¿Las de esa Osa Polar que encubre el cuadro? —trató de precisar Irene—. ¿Dónde está la Osa Polar? —Yo no la veo por ninguna parte.

—La Corona Borealis, —le corrigió la otra, que a su lado seguía aguantando con estoicismo los empujones de la gente—. Pero eso no es lo más significativo de ese cuadro. Lo más asombroso es la técnica que utilizó Velázquez para pintarlo. ¿No te parece sorprendente?

Irene levantó sus ojos azules hacia el lienzo y lo contempló durante unos segundos sin pestañear. ¿A qué se referiría su amiga? Pero como tampoco quería quedar como una estúpida empezó vacilante:

—Pues... pues no sé qué decirte. Es un cuadro grande y oscuro, como la mayoría de los de esa época, que representa a una infanta con sus sirvientas y sus enanos y a Velázquez que se autorretrata pintándoles. ¿Dónde está ese mérito tan enorme que los entendidos le atribuyen?

Iba Marisa a reírse de las apreciaciones de su amiga, pero un codazo en las costillas de una señora que trataba de acercarse más al lienzo cortó en seco su ataque de hilaridad.

—¿Es que no lo ves?, —protestó cuando consiguió recuperarse del trallazo—. ¿No ves que la composición del cuadro es extremadamente compleja? Parece ser que lo que representa es su taller de pintura en el momento en que lo visitaba la infanta Margarita con sus sirvientes, sus enanos y su perro y parece ser que lo que estaba pintando Velázquez era a los reyes, que seguramente se encontraban en el lugar en el que estamos situadas nosotras y que por eso se reflejan en el espejo que se ve al fondo. ¿Lo entiendes?

Irene lo observó atentamente y luego ladeó la cabeza hacia ella.

—¿Tú crees?

—Sí, la composición es como un acertijo enrevesado, pero además te darás cuenta de que Velázquez fue un maestro en el tratamiento de la luz. Se ve claramente que iluminó el cuadro con tres focos luminosos independientes, sin contar con el pequeño reflejo del espejo. ¿Los ves?

Irene no los vio, pero hizo un gesto de asentimiento, aunque no pareció sentirse impresionada por la explicación de Marisa.

—Bueno, sí, pero todos esos focos no explican que el viejo de la barba estrangulara aquí a la pintora de los lunes. Yo pensaba que de la contemplación del cuadro y de sus auroras boreales sacaríamos alguna pista que nos permitiera averiguar por qué mataron aquí a esa pobre mujer.

—¿Auroras boreales?, querrás decir Corona Borealis, —la corrigió nuevamente Marisa con algo de impaciencia—. Puede que el cuadro y sus significados astrológicos no tengan nada que ver con el crimen y que el viejo fuera un chalado o un psicópata que sintió un repentino arrebató homicida al ver a esa pintora frente al cuadro, lo mismo que lo habría sentido si se la hubiera encontrado a ella o a otra frente al estanque del Retiro.

Irene dejó escapar un decepcionado suspiro.

—Pues vaya por Dios. Yo esperaba descubrir algo más emocionante esta tarde. Menos mal que la entrada al museo no nos ha costado nada.

Ahora fue Marisa la que suspiró resignadamente al advertir que su amiga era incapaz de apreciar la genialidad del pintor. Seguramente era ese un don del que disfrutaban únicamente algunos privilegiados, porque podía leer en la expresión de la mayoría de la gente que se apelotonaba bajo el cuadro la misma ausencia de sensibilidad ante la maestría de la obra.

En ese momento se oyó el aviso de que los visitantes debían abandonar el museo y el gentío que se apiñaba junto a ellas comenzó a disgregarse para encaminarse hacia la altísima puerta por la que se retrocedía a la sala contigua. Marisa retuvo a Irene por un brazo, pese a que esta intentó resistirse.

—Espera. Lo que sucedió el lunes pasado es que la pintora continuó embobada al pie del cuadro y que entonces fue cuando apareció el viejo y se la cargó. Espera un poco.

Irene se echó a reír.

—¿Para qué? ¿Quieres ambientarte mejor en el escenario del crimen, ahora que todo esa muchedumbre se ha marchado, o es que esperas que el viejo de la barba vuelva a aparecer?

Unos segundos habían bastado para que los visitantes despejaran el salón ovalado y de improviso se dieron cuenta de que se habían quedado solas. El rumor del gentío que abandonaba el museo se iba alejando camino de la escalera y sintieron las dos al mismo tiempo algo inquietante en el ambiente que no supieron definir. Casi a la vez oyeron el sonido de unos pasos que se acercaban. Resonaban rítmicos y acompasados en la sala contigua y se miraron con los ojos agrandados por un miedo absurdo.

—Vámonos, —balbuceó Irene tomando a su amiga por el brazo.

—¡Chist, calla!

—Pero es que...

El sonido de las pisadas se oía más y más cerca y al fin una figura traspuso el dintel de la sala y se las quedó mirando desde allí. Con un suspiro de alivio reconocieron a la vigilante que regresaba y que les indicó con un gesto que abandonaran la sala.

—Vamos a cerrar, —les dijo con voz firme—. Tienen que marcharse ya.

—Sí, sí, a... ahora mismo, —tartamudeó Irene—. Ya nos vamos.

Cogió a su amiga del brazo y tiró de ella hacia la salida sin aminorar el paso hasta que volvieron a salir a la calle.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

—¿Recuerda usted a Julia Ramírez?, —le preguntó Marcelino Martínez a la dueña de la galería de arte Dorée que les acababa de abrir la puerta y que les observaba con las cejas enarcadas. Sabían que se llamaba Narcisa Núñez y era una mujer de mediana edad, que pretendía parecer más joven, aunque la consecución de sus esfuerzos por aparentarlo no podía ser más desafortunada. Llevaba un vestido color lila con una falda cortísima, que dejaba al descubierto unas piernas demasiado gruesas, y calzaba unas botas altas que le llegaban hasta las rugosas rodillas. Con los ojos ribeteados de negro, un *piercing* en la nariz y el cabello oscuro a lo “afro” aureolándole la cabeza, su aspecto no podía ser más estrafalario. Más que a la dueña de una galería de arte, se asemejaba a una activista a la que se le hubiera pasado la edad para participar en manifestaciones violentas y añorara los tiempos en los que apedreaba furiosamente los escaparates de las tiendas.

—¿A Julia Ramírez?, —repitió en tono interrogante, indicándoles que tomaran asiento frente a ella en una especie de despachito, situado al fondo de la galería. Consistía esta en un espacio rectangular sin ventanas en la planta baja del edificio, con las paredes pintadas de un color malva intenso y con el suelo cubierto por una moqueta de color rojo. Resultaba obvio que los cuadros que colgaban de los paños laterales, iluminados mediante un sofito ubicado bajo el marco de los mismos, eran obra de un principiante o de un pintor con escasas cualidades artísticas. Toda la galería en su conjunto, incluyendo a su dueña, respondía al escaso nivel del barrio en el que estaba enclavada.

Sin imaginar siquiera lo que discurría por la mente de Diego Valdés, que en ese momento iba examinando su entorno con el ceño fruncido, cruzó ella ostentosamente las piernas, antes de hacer un gesto de asentimiento.

—Sí, claro. Expuso aquí hace menos de un mes unos veinte cuadros no figurativos, es decir, de arte abstracto.

—¿Y vendió muchos?, —inquirió cortésmente el joven policía evocando los que había tenido ocasión de contemplar en su estudio al día siguiente de su muerte y el pésimo efecto que le produjeron.

La dueña de la galería parpadeó con sus largas pestañas cargadas de rímel. Diego se preguntó si no serían postizas.

—¿Julia?, no. Recuerdo perfectamente que no vendió ninguno.

Ante el silencio de los dos policías, se les quedó mirando como si se estuviera preguntando si entenderían de arte y luego añadió:

—La mayoría de la gente no valora la pintura abstracta, a no ser que el pintor consiga que su obra logre emocionar, como, por ejemplo, Kandinsky, que era una excepción en ese terreno. —Se inclinó interesada hacia ellos—. ¿Qué les parece Kandinsky?, ¿les gusta?, ¿no les parece un artista genial?

Diego tragó saliva, preguntándose quién podría ser ese señor. Lástima que en la academia de policía no les hubieran impartido clases de pintura, porque últimamente, desde que asesinaran a la pintora de los lunes, estaba pasando unos ratos infames cada vez que le preguntaban algo relacionado con ese arte.

—Claro, claro, Kandinsky, —repitió el muchacho por decir algo y que no le tomara por un ignorante.

—Como saben, fue un pintor ruso precursor de la abstracción en la pintura —continuó ella con fluidez—. Con él se considera que comenzó la abstracción lírica. ¿Les gusta la abstracción lírica?

—Muchísimo, —le aseguró Diego sin vacilar—. Nos gusta una barbaridad.

Narcisa Núñez le miró inquisitivamente, preguntándose si aquel policía joven, con pinta de paleta, entendería verdaderamente de pintura y sería capaz de apreciar la innegable genialidad del pintor aludido. Por el aire de desorientación del muchacho debió de llegar a la conclusión de que era un completo ignorante en la materia, por lo que pasó condescendentemente a explicarle la escuela que ese artista había creado.

—La abstracción lírica es una tendencia dentro de la pintura abstracta que se desarrolló a partir de 1910 con la obra de Kandinsky. El tema

fundamental de su obra y la de los pintores que le siguieron fue la expresión de la emoción, de los sentimientos, rechazando representar la realidad de forma objetiva, ¿comprende?

Diego hizo un gesto de asentimiento que ella analizó con curiosidad y como no llegó a una conclusión sobre el alcance de los conocimientos pictóricos del joven policía, decidió volver al tema que les interesaba a sus interlocutores.

—Los cuadros de Julia pretendían pertenecer a esa escuela, —continuó explicándoles con fatuidad—, pero los visitantes de esta galería no veían otra cosa que manchurroneos de colores no siempre estéticos. Por eso, como no me pareció que su obra fuese comercial, costéó ella misma su exposición.

Diego se la quedó mirando con la boca abierta, preguntándose qué opinaría de la imagen que le devolviera el espejo, cuando se contemplara en su pulida superficie. A él le recordaba muchísimo a una vieja bruja pintarrajeada, que además se expresaba de una forma ininteligible.

—¿Quiere decir que...? —empezó con precaución.

Narcisa Núñez hizo un gesto de asentimiento.

—Efectivamente. Sabrán ustedes que las galerías de arte tienen dos maneras de actuar. O bien se pacta que la galería obtendrá un tanto por ciento de la venta de cada uno de los cuadros del pintor o este paga una cantidad por utilizar esa galería para exponer sus cuadros. Julia Ramírez y yo optamos por esa segunda posibilidad, cuando me mostró su obra. Ya les he dicho que me pareció poco comercial y no quise arriesgarme. Tengo bastante experiencia en este campo y acerté. Sus cuadros estuvieron quince días expuestos aquí, pero no vendió ninguno.

—Ya, —murmuró Marcelino Martínez con su habitual tono mesurado—. ¿Y la conocía usted con anterioridad?

—No, expuso en esta galería por primera vez y la verdad es que no había oído hablar de ella a ninguna persona perteneciente al mundillo de la pintura. Si Julia me hubiera preguntado mi opinión, le habría recomendado que se dedicara a cualquier otra actividad, porque creo que sería imposible que consiguiera vivir de ese arte. En otras circunstancias no hubiera accedido a que expusiera sus cuadros aquí, pero estamos viviendo unos

tiempos difíciles y no se puede desaprovechar la aportación económica de ningún cliente por floja que sea su obra, ¿no les parece?

Se interrumpió frunciendo nuevamente el ceño, como si se estuviera preguntando si su comentario estaría fuera de lugar. Después trató de explicarse, dirigiéndose a Marcelino Martínez que debió parecerle más importante que Diego, debido a su edad.

—Ya sé que ha muerto, —manifestó con los ojos bajos, fijos en la punta de sus dedos—. Lo leí en el periódico y la verdad es que aún no he conseguido explicármelo. La traté muy poco, pero durante los quince días en los que su obra estuvo expuesta en esta galería me forjé una idea sobre ella bastante acertada. Era una mujer solitaria, anodina, y que no tenía enemigos. Por lo que me contó durante los ratos en los que charlamos las dos en este despacho, no salía con nadie ni tenía más familia que una tía en su pueblo.

—¿Entonces no tiene idea de quién puede ser el viejo alto de pelo blanco que la asesinó en el museo?, —se aventuró a preguntarle Diego Valdés—. ¿Conoce a alguien que reúna esas características?

La mujer le miró con cara de pocos amigos.

—Claro que conozco hombres muy altos con el pelo blanco, pero no recuerdo a ninguno que visitara su exposición, —repuso en tono poco amistoso—. De hecho, en esos días no entró aquí casi nadie y los que entraron salieron inmediatamente. Ha sido la primera vez que hemos expuesto una obra de tan bajo nivel y espero que sea la última, aunque no sé, dependerá de cómo se desarrollen los acontecimientos, porque yo soy muy clásica.

Lo dijo con petulancia y Diego se preguntó qué entendería ella por ser una persona clásica. Para él el calificativo no cuadraba con su apariencia y mucho menos con el *piercing* que llevaba en la nariz.

En ese momento pasó por delante del recuadro de la galería en la que se hallaban, y que hacía las veces de despacho, un hombre que arrastraba los pies al caminar. Era muy alto y enjuto, con el cabello blanco, y vestía un guardapolvo de color azul. Se parecía tanto en su porte y en su forma de andar al viejo de la grabación de las cámaras de seguridad del museo, que Diego dio un respingo y le propinó a Marcelino un codazo indicándoselo

con la mirada. El hombre andaba un poco encorvado y aparentaba tener una edad próxima a la de la jubilación. Cuando desapareció de su vista por una puerta que se abría al fondo del despachito en el que se hallaban, el muchacho se inclinó hacia la dueña de la galería.

—¿Ese hombre que ha pasado por delante de nosotros trabaja aquí?

La otra dirigió sus pintarrajeados ojillos hacia la puerta por la que el hombre acababa de marcharse e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, Cosme es empleado mío, como antes lo era de mi padre. Se ocupa de transportar en nuestra camioneta los cuadros del pintor que va a realizar aquí la exposición de su obra. Recoge en su estudio los cuadros y los cuelga más tarde en las paredes. En realidad, realiza todo lo que supone trabajo físico, porque, como ya supondrán, mi cometido consiste en pactar con los pintores las condiciones en que va a tener lugar el certamen y en atender a los visitantes y posibles compradores, además de encargar los folletos publicitarios de la exposición.

Lo decía como si estuviera muy orgullosa del papel que se había reservado, pero los dos policías apenas si la escucharon.

—Si no le importa, nos gustaría hacerle unas preguntas a su empleado, —manifestó pausadamente Marcelino Martínez con una sonrisa en su apacible semblante, con la que pretendía darle a entender a Narcisa Núñez que su pretensión respondía a la rutina habitual de una investigación por homicidio.

—¿A Cosme?, —se extrañó ella, pestañeando nuevamente—. No sé qué podrá decirles de Julia Ramírez, porque le falla bastante la memoria. En realidad le falla casi todo, por lo que no tardará en jubilarse, aunque no creo que se desligue totalmente del mundo de la pintura. Ha nacido entre botes de aguarrás y tubos de óleo y yo diría que es un crítico más experto que muchos de los que escriben en los periódicos.

Se había puesto en pie y se dirigió hacia la puerta del fondo del despachito, desde donde regresó poco después en compañía de su empleado. Este, al llegar junto a los dos policías les miró como ausente, como si tuviera la mente en otra parte y le estuvieran entreteniendo con niñerías.

—¿Querían ustedes preguntarme algo?, —inquirió en pie frente a ellos, que no tardaron en imitarle, levantándose de sus respectivos asientos.

—Sí, ¿pero no quiere sentarse?, —le invitó Marcelino Martínez, indicándole la butaca que su jefe había dejado libre.

Cosme tomó asiento en el borde de la misma como si tuviera prisa por marcharse a realizar sus quehaceres. No parecía impresionado por encontrarse frente a dos agentes de la autoridad, sino más bien aburrido e incomodado por la interrupción de que estaba siendo objeto.

—Tenemos entendido que lleva trabajando muchos años en esta galería, —empezó Marcelino.

—Sí, muchos, —repuso el hombre clavando sus acuosos ojillos grises en su semblante—. Ya ayudaba desde niño a mi padre, que trabajó aquí antes que yo.

—Sabrá mucho de pintura entonces, —comentó Diego con la evidente intención de halagarle y de que se sintiera más cómodo, cosa que no logró, porque el arrugado semblante del hombre continuó completamente inexpresivo, con la mirada perdida en algo intangible que solo él parecía ver.

—Claro que sé mucho.

—¿Y qué le parecía la obra de Julia Ramírez cuando expuso aquí? Fue una exposición que se clausuró hará unos diez días.

El hombre pestañeó como si no le entendiera.

—¿La obra de Julia Ramírez? ¿Quién es Julia Ramírez?

—Una pintora que expuso en esta galería hace unos días, —repitió pacientemente Marcelino—. Una mujer cercana a los cincuenta, con rastas en el pelo, que pintaba unos cuadros abstractos en los que predominaban los colores rojos y amarillos. ¿No la recuerda?

La expresión de Cosme cambió radicalmente cuando Marcelino aludió al estilo pictórico de Julia. Su rostro se animó instantáneamente y pareció regresar de la lejana dimensión por la que su mente vagaba.

—Sí, ya sé a quién se refiere usted. No sabía pintar, si es eso lo que me pregunta. Emborronaba lienzos con colores chillones que mezclaba al tun tun. Ni dominaba técnica alguna ni sabía dibujar ni sabía nada, aunque ella

se empeñó en convencerme de que expresaba estados de ánimo con su pintura, o sea que cultivaba la abstracción lírica.

—¿Y usted cree que no expresaba nada?, —insistió Diego cautelosamente, porque cuando se hablaba de pintura no se sentía nada seguro.

—Claro que no expresaba nada. Como ella, se meten a pintores los que no saben dibujar, porque tampoco saben hacer ninguna otra cosa.

—El dibujo no lo es todo, —protestó la dueña de la galería que permanecía en pie junto a la butaca que ocupaba Diego—. Kandinsky que era su ídolo...

—Kandinsky es una excepción, que además sí sabía dibujar —la interrumpió bruscamente Cosme—. Hay alguno más, pero, en general, los pintores como Julia Ramírez son un fraude y no se les debería permitir que estafaran a los incautos que creen que un óleo, por el hecho de serlo, tiene algún valor.

Su arrugado semblante se había congestionado por la indignación y la dueña de la galería sonrió a los policías como para disculparle.

—Cosme se toma muy a pecho la pintura, porque como ya les he dicho es un entendido. Su padre trabajó en el Museo del Prado muchos años y Cosme aprendió desde muy niño a distinguir un Tiziano de un Rembrandt. Luego, cuando a su padre le despidieron del museo, entró a trabajar aquí con el mío y él, que entonces era casi un niño, venía a menudo a ayudarle.

Los dos policías intercambiaron una mirada de inteligencia. ¿Sería posible que aquel altísimo viejo fuera el mismo que habían visto en la grabación de las cámaras de seguridad del museo estrangulando a la pintora de los lunes? Marcelino Martínez carraspeó para disimular la excitación que sentía, antes del dirigirse nuevamente al hombre.

—Si ha crecido usted en el museo y entiende tanto de pintura tendrá sus preferencias sobre los cuadros que allí se exponen. ¿Qué opina de Velázquez?, ¿le gusta?

Cosme le envolvió en una mirada de suficiencia, como si la pregunta que acababan de hacerle fuera estúpida.

—¿Cómo que si me gusta? Velázquez era un genio y no ha habido ningún otro pintor ni antes ni después que le haya superado. Sus cuadros

son de una complejidad extraordinaria, un auténtico reto que se planteó en cada uno de ellos al idear la composición que después plasmó en el lienzo.

Aparentemente impasible, Diego le había escuchado en silencio, aunque en su interior experimentaba una excitación creciente. Su porte era idéntico al del asesino de la grabación y seguramente se trataba de un chalado obsesionado con la pintura que despreciaba a las pintoras que, como Julia Ramírez, se limitaban a chafarrinar el lienzo con colores puros sin intentar siquiera reflejar en la tela la realidad que veían. ¿Pero cómo podría averiguarlo sin despertar su recelo y sin prueba alguna en la que apoyarse? Marcelino parecía dispuesto a seguir divagando y él quería llegar al grano de una vez. Por esa razón interrumpió a su compañero que le pedía en ese momento su opinión sobre el cuadro de “Las Meninas”.

—Dígame, ¿dónde estaba usted el lunes pasado a eso de las ocho de la tarde?, —le preguntó en tono normal, que, pese a ello, sonó como un intempestivo trallazo y pareció ir chocando contra las paredes color malva de la galería para ir a perderse finalmente por la puerta que se abría al fondo de la misma.

Marcelino respingó sobresaltado, la dueña de la galería enarcó las cejas y Cosme se le quedó mirando inexpresivamente.

—¿El lunes?, —repitió este último en tono interrogante. Parpadeó varias veces con aire ausente, como si nuevamente hubiera ascendido a esa extraña dimensión en la que se aislaba de la realidad y no entendiera la pregunta.

—Sí, el lunes pasado, —remachó Diego, disimulando el bochorno que sentía por su falta de sutileza y por la alarma que sentía flotando en el aire que les envolvía y que se había tornado denso—. ¿No lo recuerda?

Ante la estúpida expresión de su empleado, la dueña de la galería se sintió obligada a responder por él.

—El lunes estuvo Cosme recogiendo con la furgoneta los cuadros que vamos a exponer mañana y que como podrán comprobar ya están colgados de las paredes, —les explicó señalándoselos—. ¿Por qué les interesa?

—Por nada, —repuso Marcelino, cogiendo disimuladamente un folleto de la mesita que tenía frente a él, donde se apilaba un montoncito de catálogos. Luego hizo intención de despedirse y empujó a Diego hacia la

puerta de cristales de la calle. Desde allí se volvió hacia los otros dos—. Les agradecemos la atención que nos han prestado y... y ya nos marchamos. Quizás tengamos que hacerles próximamente nuevas preguntas.

—Será un placer recibirles, —les aseguró ella con una sonrisa—. Vengan cuando quieran y así podrán disfrutar también de la obra que exponamos en ese momento. La dan a conocer aquí pintores jóvenes, en su mayoría muy buenos, —les aseguró acompañándoles hacia la puerta.

Cuando los dos hombres salieron a la calle Toledo, echaron a andar de prisa sin intercambiar una sola palabra hasta que al doblar la esquina desaparecieron del campo de visión de Narcisa Núñez. Solo entonces Marcelino se inclinó al oído de Diego.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Sí, estoy seguro de que es nuestro hombre, pero antes de detenerle tendremos que averiguar dónde se encontraba a las ocho de la tarde del lunes pasado. Le preguntaremos al pintor que expone en la galería en este momento a qué hora pasó por su estudio a recogerle los cuadros. ¿Te has fijado en el nombre de ese pintor?

Marcelino le mostró el folleto que llevaba en la mano.

—Sí, aquí está el nombre y su dirección. Pero antes pasaremos por la Comisaría a informar a don Fausto.

* * *

El hombre que acababa de abrirles la puerta de su estudio rondaría la cincuentena y era de baja estatura y extremadamente delgado. Llevaba el rizado y canoso cabello sujeto en la nuca en una coleta y vestía una especie de mandil, plagado de manchurroneos de colores, sobre unos pantalones de chándal. Diego dedujo en el acto que se trataba del pintor al que iban a visitar. Pese a ello, inquirió cortésmente, pero con voz firme:

—¿Don Felipe Cortés?

El enjuto y apergaminado semblante del hombre esbozó un gesto de alarmada sorpresa al distinguir la presencia de dos policías en el rellano de la oscura escalera.

—Sí, pero... —empezó a decir en tono inseguro.

Martínez se apresuró a tranquilizarle.

—Solo queremos hacerle unas preguntas. Estamos investigando el homicidio de una pintora, que ha sido cometido en el museo del Prado. Se llamaba Julia Ramírez. Es pura rutina.

El pintor se hizo a un lado para permitirles pasar y los dos policías entraron en una estancia de reducidas dimensiones, con una claraboya de cristal en el techo, bajo la que se ubicaba un caballete soportando un lienzo blanco con un dibujo a carboncillo que representaba a un frutero con mandarinas y manzanas. Al fondo del estudio vieron un banco de madera oscura que Felipe Cortés les indicó para que se sentaran, acercando él una silla de anea, en la que tomó asiento a su vez.

—Pues ustedes me dirán, —articuló a duras penas este, mirando alternativamente a sus dos visitantes.

Martínez meneó afirmativamente la cabeza y con su cachaza habitual inició un ademán que pretendía ser tranquilizador.

—Verá, tal vez haya leído en el periódico que el lunes pasado estrangularon a una pintora en el museo del Prado. Se llamaba Julia Ramírez y pertenecía al movimiento pictórico de abstracción lírica. ¿La conocía usted?

—¿A Julia Ramírez?, —repitió su interlocutor rebulléndose incómodo en su silla de anea—. Personalmente, no. Fui a visitar su exposición, porque a continuación iba a realizar yo la mía en la misma sala, pero no coincidimos. ¿Por qué?

—Porque queremos comprobar las coartadas de las personas que tuvieron con ella alguna relación, ¿comprende? Hemos estado en la sala Dorée, donde está exponiendo usted su obra en estos momentos. Queríamos preguntarle si recuerda la hora en la que el empleado de esa galería vino a recogerle los cuadros a este estudio.

—¿La hora?, —repitió el pintor en tono interrogante—. Claro que la recuerdo. Desde entonces solamente han transcurrido unos diez días y... sí, serían las cinco y media de la tarde cuando se presentó aquí ese hombre, —puntualizó sonriendo más relajado.

—¿Y podría precisar también la hora en la que abandonó este estudio para dirigirse a la sala Dorée?

—Naturalmente. He expuesto dieciocho cuadros y ya los tenía embalados cuando Cosme Rodríguez vino a recogerlos. No tardamos más de veinte minutos en cargarlos en su furgoneta. Yo colaboré con él y le ayudé a bajarlos por la escalera, porque, como habrán advertido, en esta casa no hay ascensor.

Demasiado bien se habían dado cuenta los dos policías de esa circunstancia, pues acababan de subir resignadamente los cuatro pisos de que disponía el edificio para llegar al ático en el que se encontraban y Martínez, demasiado grueso, aún jadeaba por el esfuerzo.

—O sea, que calcula usted que Cosme Rodríguez se marchó de aquí cerca de las seis, —resumió Diego.

—Sí, esa hora sería más o menos.

—¿Y sabe a qué hora llegó a la galería?

El reseco semblante del pintor dejó traslucir una expresión de triunfo. Parecía enorgullecerse de ser capaz de contestar con tanta exactitud a las preguntas que le estaban formulando.

—Pues sí, también lo sé. A eso de las seis y media me llamó Narcisa Núñez para decirme que Cosme estaba descargando ya los cuadros de la furgoneta y que podía presentarme en la galería a la mañana siguiente para indicarle el lugar donde deseaba yo que se colgaran. —Se interrumpió para observar atentamente la expresión de los policías y luego añadió con cierta fatuidad—: No sé si saben ustedes que los artistas somos un poco especiales y que nos gusta decidir su colocación en las paredes de las galerías de arte.

—¿De veras?, —se interesó Diego, que nunca lo hubiera sospechado.

—Sí, la proximidad de unos lienzos respecto de otros puede realzarlos o, por el contrario, deslucirlos. Por eso su ubicación es tan importante.

—Claro, claro, —manifestó Diego a quien ese tema le tenía sin cuidado y su interés se circunscribía exclusivamente a determinar si el viejo de la galería Dorée había tenido posibilidad de hallarse en el salón ovalado del museo del Prado a las ocho de la tarde del lunes anterior—. ¿Y sabe qué es lo que hizo Cosme Rodríguez después de descargar sus cuadros en la galería?

—Se marcharía a su casa, supongo, —repuso Felipe Cortés tras unos instantes de vacilación—. Ya no tenía cometido alguno que realizar hasta la

mañana siguiente, pero ese detalle deberían preguntárselo a Narcisa, ya saben, la dueña de la galería. Yo no lo sé con seguridad.

—Claro, claro, —repitió Diego, a quien no se le ocurrió otra cosa que decir.

Martínez acudió inmediatamente en su auxilio.

—Le agradecemos mucho que haya contestado a nuestras preguntas con tanta precisión y ya nos marchamos.

* * *

Había huelga de transportes, por lo que Diana Alvear, al salir de su estudio de pintura, tuvo que utilizar esa tarde su propio vehículo, un Audi Coupé azul eléctrico, con el que se dirigió al museo y que aparcó junto a la iglesia de los Jerónimos.

Llovía como si el cielo fuera a desplomarse sobre el Paseo del Prado desdibujando en tonos grises el edificio, que apenas si se distinguía, borroso bajo la cortina de agua. Resignadamente descendió del vehículo y abrió su paraguas, dirigiéndose a paso ligero hacia la entrada, después de consultar su reloj de pulsera. Eran las siete de la tarde, hora de gran afluencia de público, como había podido comprobar en sus anteriores visitas, pero confiaba en que la huelga de transportes, el mal tiempo y el interés suscitado por la restauración de la “Mona Lisa española”, que había regresado recientemente de París, concentrara gran número de curiosos frente a este cuadro y le permitiera visitar el salón ovalado sin recibir demasiados empujones. Era una muchacha de unos treinta y cinco años, de figura estilizada y elegante y una llamativa melena pelirroja que hacía destacar la blancura de su rostro algo pecoso, y el color verde intenso de sus ojos. Se sabía guapa y elegante, por lo que, despreciando el ascensor, subió ágilmente la escalera y en cuanto se encontró en la primera planta del museo se encaminó con la desenvoltura del que está acostumbrado a llamar la atención hacia la sala central de las columnas. Notó como la gente se volvía a su paso. Unos porque la encontraban atractiva y otros, los más, porque sabían que era una pintora famosa. Había expuesto unos meses antes en una galería de arte del Paseo del Prado y, como de costumbre, había vendido todos sus cuadros durante la primera semana, lo cual no era de

extrañar. Eran buenos y además, tan luminosos, tan decorativos... Le encantaba el mar y había conseguido plasmar su infinita gama de azules bajo un cielo radiante y cegador, así como la arena dorada de las playas de Levante en la que se deshacían suavemente las olas salpicándolas con su espuma. Su pintor preferido era Sorolla, pero de vez en cuando se acercaba al museo del Prado a examinar la increíble técnica de Velázquez, aunque su estilo pictórico fuese bien distinto del suyo.

Afortunadamente esa tarde el museo estaba prácticamente vacío. Saludó a su paso a la vigilante del salón central, flanqueado de columnas y luego a la del salón ovalado. Las dos la conocían de verla en el museo, en la televisión y en las revistas del mundillo artístico, y le sonrieron deferentemente cuando pasó por su lado. Diana cruzó el salón ovalado y se detuvo bajo el cuadro de “Las Meninas” levantando los ojos hacia la que consideraba la obra más genial de su autor. No le gustaba el colorido del lienzo, oscuro y sobrio, pero admiraba la maravillosa naturalidad de la composición y el aspecto de secuencia improvisada que había sabido imprimirle. Con el ceño fruncido examinó cómo el pintor había destacado en el grupo principal de personajes, sobre una capa ocre, algunos matices grises y amarillentos en contraposición a los grises oscuros del fondo y de la zona alta del cuadro. Analizó luego como había sabido definir la verdadera calidad de la madera en la puerta de cuarterones del fondo y con pocos y precisos trazos negros el personaje a contraluz del fondo.

Absorta en su contemplación no advirtió que el tiempo transcurría, que la vigilante salía precipitadamente de la sala al oír un tumulto en el salón central ni que se había quedado completamente sola en el salón ovalado. Tampoco oyó el sonido de unos pasos que trasponían la entrada y que se le acercaban. Se detuvieron a su espalda y solo entonces, al recordar el crimen que se había cometido en ese mismo lugar la semana anterior y que había leído en el periódico, intentó volverse hacia la alta figura que extendía las manos hacia ella. Un viejo canoso, con barba y gafas oscuras, que rodeó con algo suave su cuello, con algo que oprimía. Luchó por aflojar la presión que sentía en la garganta e intentó gritar, pero no consiguió emitir el menor sonido. Sentía como si una mano de hierro le estuviera privando del aire

que precisaba para respirar y después... el salón ovalado se tornó borroso y se sumergió en un abismo oscuro que no parecía tener final.

* * *

—¿Quiere que vuelva a proyectar la grabación, jefe?, —le preguntó Martínez al Comisario—. Habrá visto que se trata del mismo viejo canoso y achacoso que estranguló a Julia Ramírez. O ese tipo tiene una fijación con el cuadro de “Las Meninas” o la tiene con las pintoras que acuden al museo a contemplarlo.

Con un gruñido de asentimiento, los tres hombres clavaron los ojos en la pantalla y en silencio observaron cómo Diana Alvear atravesaba el alto paso de puerta por el que se accedía al salón ovalado y caminaba ligera hacia el fondo del mismo para detenerse bajo el cuadro que colgaba de la pared frontera de la sala. Vestía unos pantalones oscuros y un chaquetón de color *beige* sobre el que resbalaba su melena rojiza, que brillaba con reflejos dorados. La muchacha parecía examinar atentamente la pintura sin la molesta presencia de otros visitantes, porque no había nadie más en la sala, a excepción de la vigilante que estaba sentada en una silla junto a la pared de la derecha. Diana se acercaba más al cuadro y ladeaba la cabeza como si hubiera descubierto algo de interés en la pintura. Parecía musitar algo para sí misma. Instantes después, la vigilante se levantaba sobresaltada de la silla que ocupaba y salía apresuradamente del salón ovalado. Diana Alvear se quedaba sola en ese salón mirando fijamente el cuadro y segundos después trasponía la puerta una figura muy alta, con una gorra en la cabeza, bajo la que escapaba su cabello blanco, del mismo color que su larga barba. Cubría sus ojos con unas gafas oscuras y se acercaba por detrás a la pintora para situarse a su espalda. Con la habilidad de un prestidigitador extraía de su bolsillo un pañuelo azul con lunares blancos que anudaba al cuello de su víctima. Esta trataba de resistirse llevándose ambas manos al pañuelo para aliviar la presión y forcejeaba intentando inútilmente aflojarlo de su garganta. Instantes más tarde caía al suelo. El viejo saltaba entonces sobre su cuerpo y a paso ligero se encaminaba hacia la puerta. Pasaba al salón central de las columnas y se mezclaba con el gentío que se encaminaba hacia la escalera en busca de la salida.

Don Fausto dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Igual, exactamente igual que en el primer asesinato, —se condolió, parpadeando deslumbrado cuando Diego encendió la luz—. ¿Qué habéis averiguado esta vez? ¿Habéis encontrado huellas?

Martínez meneó negativamente la cabeza.

—No, señor. El viejo llevaba guantes también en esta ocasión, cómo habrá observado al ver la grabación.

El inspector jefe no se había fijado en ese detalle, pero hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y os habéis enterado ya del motivo que indujo a la vigilante a salir apresuradamente del salón ovalado? Parece como si hubiera ocurrido algo fuera que la sobresaltara.

En esa ocasión se atrevió a Diego a intervenir.

—Sí y hemos traído también la cinta que ha grabado lo que sucedía simultáneamente en el salón central y que alertó a la vigilante. Unos segundos antes de que entrara el viejo en el salón ovalado, una mujer alta, rubia y con gafas de sol se ha puesto a gritar en ese salón acusando a un chico de que le había robado el bolso. Por lo visto se ha organizado un alboroto monumental y la vigilante de la sala de Velázquez ha salido para ver lo que ocurría. Los de seguridad han detenido al chico, pero no llevaba encima el bolso ni nada que pudiera pertenecer a la rubia.

Don Fausto le había escuchado en silencio y luego se pasó pensativamente una mano por la barbilla.

—Es muy curioso, —musitó al fin.

—¿Qué es lo que le parece curioso?, —trató de averiguar Martínez.

—Lo de la rubia. También cuando estrangularon a la pintora de los lunes se armó una escandalera semejante en el salón central y también fue una rubia la que empezó a chillar, gritando que se había roto una pierna. Por ese motivo salió esa tarde la vigilante del salón ovalado a ver qué ocurría y fue entonces cuando estrangularon a Julia Ramírez que se había quedado sola contemplando “Las Meninas”. ¿Es que no os acordáis ya?

Desconcertado, Diego observó la expresión de su jefe con nuevo respeto. No suponía que fuera tan sagaz ni que reparara en unos detalles que a él se le habían escapado.

—Claro, claro, —admitió confuso, sin acertar a añadir un nuevo comentario—. ¿Quiere que le traigamos la cinta del primer asesinato para que podamos comparar la una con la otra?

—Naturalmente, —replicó don Fausto en tono más alto del necesario—. Quiero ver esa cinta y la quiero ya.

Poco después examinaban los tres policías la cinta grabada por la cámara de seguridad instalada en el salón central, correspondiente a la tarde en la que estrangularon a Julia Ramírez. En absoluto silencio observaron los tres cómo avanzaba por ese alargado recinto el viejo de la barba blanca y cómo torcía hacia la izquierda al alcanzar el paso de puerta por la que se accedía al salón ovalado, desapareciendo instantes después. Casi al mismo tiempo distinguieron a una pareja de mediana edad que avanzaba hacia el fondo del salón, cuyo paraguas chorreaba sobre el pavimento de granito gris formando un charco en el que resbaló aparatosamente una mujer rubia, con un pañuelo en la cabeza y gafas oscuras. Aunque apenas se le veía bien el rostro, podía aparentar unos treinta y tantos años de edad por su figura estilizada y por la agilidad de sus movimientos, lo que les hizo notar don Fausto a los otros dos.

—Veamos ahora la otra cinta, la del salón central que habéis traído hoy.

Cuidadosamente Marcelino introdujo la cinta en el ordenador, deteniéndola en el momento en el que la rubia caía al suelo, para agrandar a continuación la imagen de su rostro. Don Fausto meneó dubitativamente la cabeza.

—Podría ser la misma, pero no se distinguen bien sus facciones. ¿Qué habéis averiguado de la muerta? Era una pintora famosa, ¿no es así?

Martínez se apresuró a proporcionarle la información de que disponían.

—Efectivamente. Se llamaba Diana Alvear. Tenía treinta y cinco años. Estaba casada desde hace diez con un profesor de educación física que se llama Sergio Andrade, pero no tenían hijos. Vivían en un chalet en la Moraleja a todo tren, porque al parecer ella ganaba muchísimo dinero. Él cobraba una nómina como profesor en un instituto del barrio de Salamanca que se llama “San Isidro”.

—Ya, —le interrumpió Don Fausto con los ojos clavados en la ventana contra la que se oía repiquetear el agua. Martínez acababa de subir la

persiana y a través de los cristales se distinguía la calle peatonal, borrosa bajo el agua—. ¿Y qué aspecto tiene el marido?

Martínez intercambió una mirada de complicidad con Diego antes de contestar.

—Pues es un hombre muy alto, de la misma edad que ella, que parece un actor de cine.

—¿Quieres decir que es un guaperas?

Martínez hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es un guaperas. Parecía estar destrozado y se le quebraba la voz cuando contestaba a nuestras preguntas.

—Claro, —refunfuñó su jefe, mesándose pensativamente la barbilla. Sabía, a través de su dilatada experiencia, que el asesino solía ser alguien del entorno cercano de la víctima, por lo que afirmó petulantemente—: Tanto si es verdad que lo siente como si lo finge, es lo que debe aparentar. ¿Tiene alguna coartada?

Martínez enarcó las cejas.

—¿Piensa acaso que ha sido él el que ha estrangulado a su mujer, caracterizado de viejo? Creía que habíamos llegado a la conclusión de que se trataba del tipo de la galería de arte Dorée, que, o está obsesionado con el cuadro de “Las Meninas” o con las pintoras que acuden al museo a contemplarlo. ¿No es así?, —inquirió con la mirada clavada en su meditabundo jefe, que continuaba abstraído sin escucharle—. Para el asesinato de Julia Ramírez, el viejo no tiene coartada, porque pudo aprovechar esa tarde, después de descargar los cuadros de su furgoneta en la galería, para dirigirse poco antes de las ocho al museo y estrangularla. Tenemos que averiguar ahora donde se encontraba ayer Cosme Rodríguez entre las siete y las ocho de la tarde, porque creemos que ha podido ser él el autor de los dos asesinatos.

Diego le apoyó en el acto.

—Y creemos también que ese viejo tiene una cómplice, que en las dos ocasiones ha organizado un escándalo en el salón central para llamar la atención de la vigilante de la sala de Velázquez y que la pintora de turno se quedara sola al pie de “Las Meninas”. Momento que ha aprovechado el viejo para estrangularlas a las dos.

Su jefe les envolvió en una mirada vaga.

—No sabemos todavía nada con seguridad y debemos investigar todas las posibilidades. ¿Tenía Diana Alvear padres u otra familia?

—No. Sus padres murieron hace años, pero tiene un hermano y una hermana, con los que, según nos ha dicho el marido, no se llevaba nada bien.

—Ya, —repitió caviloso Don Fausto—. De modo que probablemente el marido será el heredero de la pintora. ¿Sabéis si había hecho ella testamento?

Aunque hasta ese momento no había abierto la boca, Diego se decidió a intervenir.

—No, no lo sabemos. Estrangularon a la pintora ayer a eso de las siete y cuarto de la tarde y no hemos tenido tiempo de más, aunque sí hemos averiguado que a esa hora el marido había salido ya del instituto donde trabaja y se encontraba en su casa, que ya le he dicho que es un chalet en la Moraleja.

—O sea, que no tiene coartada, —resumió su jefe—. ¿Y sabéis que tal se llevaba con su mujer?

Diego reprimió un resoplido de exasperación.

—No, no lo sabemos. ¿Pero por qué piensa que el marido puede estar implicado? Creo que sería más útil averiguar qué tenían en común Diana Alvear y Julia Ramírez, puesto que las han asesinado de la misma forma y en el mismo sitio.

—¿Y qué tenían en común? —repitió su jefe en tono interrogante como si fuera su eco.

—Hasta ahora no hemos encontrado ningún punto de contacto, —replicó Martínez—. La única coincidencia entre las dos es que ambas se dedicaban a pintar al óleo como profesión, pero mientras que a Julia Ramírez no la conocía nadie en el mundo artístico, su pintura era abstracta y vivía miserablemente, Diana Alvear había alcanzado la fama. Al parecer era una discípula de Sorolla tan aventajada que sus obras no desmerecían al lado de las de su maestro.

Diego pestañeó aturdido al oír a su compañero.

—¿Sorolla fue el maestro de esa pintora?

Su jefe le dirigió una mirada displicente, como si considerase que era natural que el muchacho, por ser de pueblo, careciese de la más elemental cultura.

—Me parece, Valdés, que deberías interesarte un poco más por el arte. Cuando esa chica nació, hacía mucho tiempo que se había muerto Sorolla. Pintaría ella con el mismo estilo que este y por lo que decís lo hacía muy bien, porque vivir de la pintura no es fácil y si su trabajo le daba de sí para tener un chalet en la Moraleja, pues... A no ser que hubiera heredado de sus padres. ¿Sabéis si heredó algo de sus padres?, —inquirió dirigiendo alternativamente su mirada a cada uno de sus subalternos.

Estos intercambiaron una nueva mirada de satisfacción al estar en condiciones de contestar a la pregunta.

—No, no heredó nada de sus padres. El era un funcionario de Correos y ella, ama de casa. Diana Alvear no tenía un duro cuando se casó con su marido. Fue después. Ganó un premio con un cuadro en un certamen y después empezaron a lloverle los encargos. Hemos visto alguno de sus cuadros en su casa y son realmente espectaculares, —le explicó Martínez.

—¿A ti también te han parecido espectaculares?, —le preguntó socarronamente su jefe a Diego.

Este se apresuró a asentir.

—Sí, están llenos de sol. De ese sol cegador de las playas de levante que parece quemarte la piel. Los cuadros que hemos visto no tienen nada que ver con el estilo de Velázquez, así que no me explico el motivo por el que examinaba el cuadro de “Las Meninas” con tanta atención. Puede que este último sea una obra de arte, pero a mí me parece bastante tristón.

—El estilo de Sorolla es muy luminoso, —le explicó pacientemente su jefe— y, por lo que me decís, también debe serlo el estilo de Diana Alvear. Quiero que averigüéis si ese tal Sergio Andrade tiene alguna coartada para la hora de la tarde en que asesinaron a Julia Ramírez y también si su mujer había hecho testamento a su favor. Si es un tipo muy alto, podría ser el viejo canoso caracterizado. ¿Cuánto calculáis por la grabación que puede medir ese viejo?

Martínez echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos, como si necesitara aislarse del despacho en el que se encontraban para efectuar el cómputo.

—Un metro, ochenta y cinco, diría yo, o quizás un metro noventa centímetros. En España escasean los hombres tan altos.

—¿Y cuánto puede medir el marido?

Esta vez fue Diego el que contestó.

—Sí, tendrá aproximadamente esa estatura.

—Magnífico, —aprobó su jefe—. Averiguad lo que os he dicho y también si conocía a Julia Ramírez, si su mujer había hecho testamento a su favor o si, en cualquier caso, él es su heredero. ¡Ah!, y también si se llevaban mal. Y no tardéis.

El eco de su último graznido parecía retumbar aún por la escalera cuando regresaron horas más tarde. Los dos estaban cansados, pero eufóricos. Parecía mentira que en un asunto tan enrevesado como el que estaban investigando hubieran podido encontrar varias pistas con tanta facilidad. Don Fausto les hizo pasar a su despacho en cuanto anunciaron su llegada y se acodó en la mesa, inclinándose impaciente hacia ellos.

—¿Qué?, ¿qué habéis averiguado?

Con la parsimonia que le caracterizaba, Martínez extrajo un papelito de su bolsillo, donde había escrito lo que su jefe les había indicado que averiguasen y lo leyó en el mismo orden en que aquel se los había indicado.

—Verá, don Fausto. Parece que Sergio Andrade no conocía de nada a Julia Ramírez. Al menos eso es lo que nos ha dicho él, pero cabe en lo posible que coincidiera con ella en algún evento pictórico al que también asistiera su mujer. En cualquier caso, no sabemos aún si tenía con ella algún tipo de relación. Nos ha dicho que estaba en su casa viendo la televisión a la hora en que estrangularon a la pintora de los lunes y también ayer, cuando asesinaron a Diana Alvear, pero no hay nadie que pueda corroborarlo. O sea, que no tiene coartada para ninguno de los dos crímenes. En cuanto al testamento, el matrimonio testó hace años todos sus bienes a favor del otro cónyuge. Y por cierto, se llevaban fatal y estaban a punto de divorciarse.

—Fenomenal, —tronó Don Fausto, en un tono que parecía indicar que se alegraba de que el matrimonio se llevara mal y que tuvieran proyectado el divorcio. Su sonrosado semblante había adquirido un tinte rojizo, probablemente por la euforia que experimentaba y Diego se sintió

gratificado en lo más íntimo por el reconocimiento a sus esfuerzos y a los de Martínez.

—Entonces... —empezó el muchacho, esperando que tras la felicitación de su jefe, les indicara este que podían marcharse ya a su casa en cuanto llegara el compañero que hacía el turno de noche. Decepcionado, comprobó que tal idea no había pasado siquiera por la cabeza de don Fausto.

—Entonces, —terminó este— vais a detener a ese tipo ahora mismo. —Le voy a interrogar yo en cuanto me lo traigáis, así que preguntadle primero si tiene un abogado que le asista en la declaración y si no lo tiene, llamad al Colegio de Abogados para que nos mande uno de Oficio. ¿Está claro?

—Clarísimo, —articuló a duras penas Martínez.

—¡Ah!, —rugió Don Fausto—, y no se os olvide leerle sus derechos. ¿Me habéis entendido?

—Sí, ¿pero no le parece que esa detención es un poco prematura?, —se atrevió a objetar Diego—. No tenemos base alguna para inculparle, salvo una serie de circunstancias que pueden ser causales y nosotros estamos seguros de que el autor de los crímenes es el viejo de la galería Dorée. Hasta arrastra los pies de la misma forma que en la grabación de las cámaras de seguridad del museo.

Don Fausto hizo caso omiso de sus palabras y levantó aún más la voz al repetirles:

—No quiero oír una palabra más. Traédmelo aquí y leedle antes sus derechos, ¿de acuerdo?

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Irene puso en funcionamiento el convector de su despacho y, tiritando, rodeó la mesa para tomar asiento tras esta, en su butaca. Apenas si tuvo tiempo de encogerse de frío sobre sí misma ni de iniciar su habitual coro de bostezos, porque en ese mismo momento sonó el timbre de la puerta y reprimió su sobresalto. ¿Sería un cliente?

Apresuradamente se puso en pie y procurando disimular el castañeteo de sus dientes se dirigió dignamente hacia la puerta, ensayando una sonrisa de bienvenida. Se le borró en el acto esta, en cuanto se percató a la amarillenta luz del pasillo de la identidad de su visitante.

—¡Hola, Gonzalo! ¿Querías algo?

Si él cayó en la cuenta de la indiferencia con la que era recibido no dio muestras de ello. Cerró la puerta a su espalda y empujó suavemente a Irene para abrirse paso hacia uno de los sillones de los clientes donde se dejó caer, mientras ella daba la vuelta a la mesa y se sentaba frente a él.

—He venido a ver cómo seguías, —le dijo a modo de explicación—. ¿Ha aparecido ya algún cliente?

Desalentada, Irene meneó negativamente la cabeza.

—Aún no, pero esta tarde tengo trabajo, porque estoy de guardia.

—¿De qué guardia?

—De la asistencia al detenido. ¿Tú no estás apuntado en ese turno?

—No, hace tiempo que me borré, —replicó él observándola con curiosidad—. ¿Te gusta corretear de comisaría en comisaría para asistir a la declaración de los tipos que detiene la policía?

Una sonrisa fugaz cruzó por el semblante de ella.

—No sé si me gusta, pero me supone un ingreso adicional que me satisface el Colegio por asistir a esas declaraciones, que es lo importante.

Tengo que pagar el alquiler de este despacho, la mitad de la renta del piso en el que vivo con una amiga, comer tres veces al día e ir al cine los domingos por la tarde.

Pareció vacilar él antes de hacerle la pregunta.

—¿No sales con nadie?

Irene le observó sin pestañear.

—Sí, claro que sí. Voy al cine con esa amiga de la que te he hablado. Se llama Marisa.

—¿Y con nadie más?

¿Qué le importaría a él con quien salía?, se preguntó fastidiada. Le hubiera gustado tener una cohorte de admiradores, pero había ocupado todo su tiempo en estudiar durante los años de facultad y en el presente dedicaba tantas horas a su trabajo que apenas si tenía amistades en Madrid. Unas horas, por cierto, totalmente infructuosas para captar nuevos clientes. Afortunadamente el timbre del teléfono que sonó en ese instante, le sirvió de excusa para no responder a su pregunta.

—Dígame, —murmuró llevándose el auricular al oído.

Su interlocutor le dio unas instrucciones concretas y precisas, que escuchó atentamente, poniéndose en pie a continuación, para dirigirse hacia el perchero a coger su chaquetón.

—Me llaman del Colegio para que me dirija a una comisaría a asistir a la declaración de un detenido. Tengo que cerrar la puerta del despacho con llave al marcharme, —le indicó a media voz a su visitante para que comprendiera que tenía que precederla y salir al pasillo.

Gonzalo no se lo hizo repetir. Disimuló un gesto de contrariedad y la acompañó hasta el rellano de la escalera, acodándose en la barandilla, mientras ella comenzaba a bajarla.

—¿Necesitarás ayuda?, —le preguntó en tono de broma—. ¿Has asistido ya a algún detenido o es la primera vez?

—Es la primera vez, —reconoció ella, ya un tramo más abajo— pero hice un cursillo antes de apuntarme al turno, así que espero que me salga bien. Y ahora, adiós, tengo que marcharme.

Terminó de descender por la escalera saltando los peldaños de dos en dos, sin escuchar las palabras que había pronunciado él a modo de

despedida y, abriendo el paraguas, salió a la calle y corrió bajo la cortina de agua para tomar un taxi, ya que ese era un gasto con el que corría el Colegio.

Poco después se apeaba del coche en el Paseo del Prado y continuaba a pie hasta la comisaría de la calle Huertas, cuya dirección le habían indicado por teléfono. Se encontraba esta en pleno Barrio de las Letras, llamado así por haber vivido en él algunos de los más famosos escritores del Siglo de Oro español, como Lope de Vega, Quevedo o Góngora. También en ese barrio estuvieron enclavados algunos de los teatros más importantes de esa época y sirvió asimismo de escenario para las novelas más afamadas de entonces y también para algunas de las actuales.

Se respiraba en él ese ambiente nostálgico de antaño, de unos días ya olvidados en los que no contaminaba el aire la humareda de los tubos de escape de los vehículos de motor ni se escuchaba el estruendo ensordecedor de su tránsito por la calzada. Parecía dormido en el pasado, pero Irene no llegó a experimentar la sensación de haber vuelto atrás al caminar por la calle peatonal de Las Huertas y acceder seguidamente a la comisaría a la que se dirigía, porque tenía la mente ocupada con otras preocupaciones. El policía que encontró en la puerta le señaló el ascensor y la acompañó al piso superior, donde la hizo pasar a un despacho de regulares dimensiones, con muebles metálicos de color gris. Tras la mesa estaba sentado un hombre bajito de rostro sonrosado que se puso en pie para saludarla.

—¿La abogado de Oficio?

—Sí, me llamo Irene Carvajal. He venido en cuanto me ha avisado el Colegio.

—Bien, bien, tome asiento, —le indicó el Comisario ofreciéndole una de las butacas que tenía frente a él, al otro lado de su mesa—. Ahora mismo traerán al detenido y procederemos a tomarle declaración.

Dio unas órdenes por el teléfono interior e instantes más tarde entraron en el despacho dos policías acompañando a un hombre muy alto y muy moreno, de cabello oscuro y ojos de un azul clarísimo. Vestía un pantalón vaquero y bajo la cazadora de ante apuntaba un jersey de cuello alto del mismo color que sus ojos. Irene no recordaba haber visto anteriormente a un hombre tan guapo ni tan bien vestido, porque saltaba a la vista que la

ropa que llevaba, aunque deportiva, era de marca y carísima. Él le dirigió una mirada de soslayo, antes de situarse de pie tras la otra butaca, al igual que los dos policías que habían venido con él y que permanecieron a su espalda. Uno era de mediana edad y muy corpulento y el otro, un chico joven que disimuló una mirada apreciativa al clavar sus ojos en ella. Casi inmediatamente se presentó en el despacho una muchacha de uniforme, bajita y con un semblante anodino, que tomó asiento tras una mesita junto a la ventana, aprestándose a poner en funcionamiento el ordenador.

El Comisario se acodó en la mesa para mirar inquisitivamente al detenido, al que se dirigió.

—Bien, tenemos aquí al abogado que va a asistirle en su declaración. Ya le han leído sus derechos, así que sabe que puede negarse a declarar si lo estima conveniente. ¿Cómo se llama usted?

El recién llegado pestañeó antes de inclinar ligeramente la cabeza hacia Irene, como si la estuviera consultando sobre la procedencia de decir su nombre. Su expresión era de absoluta incredulidad cuando contestó.

—Me llamo Sergio Andrade.

—¿Y estaba casado con doña Diana Alvear?

Volvió a pestañear el detenido antes de responder. Parecía no entender por qué se encontraba en esos momentos en esa comisaría ni el motivo por el que le estuvieran tomando declaración.

—Sí, nos casamos hace diez años, —admitió con una voz algo ronca.

Por un instante temió Irene que fuera a echarse a llorar, porque le horrorizaban esas manifestaciones emotivas en los hombres, pero se controló él inmediatamente. Se limitó a restregarse los ojos antes de clavarlos nuevamente en el Comisario, que en ese momento pasaba a hacerle una nueva pregunta.

—¿Y dónde estaba usted el miércoles pasado a las siete y diez de la tarde?

—En mi casa, viendo la televisión, —repuso escuetamente él.

—¿Estaba con alguien que pueda corroborarlo?

Sergio Andrade movió negativamente la cabeza.

—No, no tenemos criados que duerman en la casa. La chica que nos hace las faenas domésticas se marcha a las cuatro y media, en cuanto recoge

la cocina. La que limpia solo viene los martes y los jueves y Diana salió de casa esa mañana para dirigirse a su estudio de pintura, en la plaza de Pontejos. Me dijo que iba a comer en Madrid y que por la tarde iba a visitar el museo del Prado.

—¿Iba a menudo a ese museo?

—Sí, al menos una vez al mes, aunque acudía más a menudo al de Sorolla, ya sabe, el que se encuentra en la calle Martínez Campos, que en vida del pintor fue la casa donde vivió este. Supongo que el miércoles iría al del Prado, como la mayoría de la gente, a ver a la “Gioconda” española.

El Comisario se le quedó mirando de hito en hito.

—No. Fue a ver el cuadro de “Las Meninas”. ¿No se lo comentó? La escuela de Velázquez no guarda ninguna relación con el arte de su esposa. ¿No sabe por qué fue a estudiar esa obra el miércoles?

Irene experimentó en su butaca una imperceptible sacudida. ¿Sería posible que el detenido, a cuya declaración estaba asistiendo, fuese el presunto asesino que estrangulaba a sus víctimas bajo el cuadro de “Las Meninas”? Se lo había comentado Marisa días antes y ambas habían especulado sobre la dificultad que ofrecería su defensa ante los tribunales. Las dos habían coincidido al afirmar que sin duda se trataría de un chiflado. ¿Sería un chiflado el hombre que estaba en pie tras la butaca, gemela a la suya? Le examinó ahora con mayor atención. Su aspecto era más propio de un galán de cine que el de un desalmado y su expresión... su expresión era de desconcertada sorpresa. No parecía entender lo que le estaba sucediendo.

—No, solo me dijo que iba al Museo del Prado, porque como había huelga de transportes seguramente la afluencia de público sería menor.

Don Fausto tabaleó sobre la mesa con un bolígrafo, como si necesitara desahogar la impaciencia que le ocasionaba la actitud de él.

—Quizás no se lo comentó, porque sus relaciones no eran muy cordiales y hablaban lo menos posible. ¿No es así? —sugirió con acritud.

Sergio clavó en él sus ojos de un azul clarísimo.

—No, no me lo comentó porque no solíamos hablar de pintura. Yo no entiendo nada de arte y ella lo sabía.

—Pero ustedes se llevaban mal, —afirmó don Fausto.

Pareció considerarlo el detenido con el ceño fruncido. Luego meneó negativamente la cabeza.

—No. Teníamos nuestras discusiones, como todos los matrimonios, pero no se puede decir que nos lleváramos mal. Con quienes apenas se veía últimamente era con sus dos hermanos. Ángel fue compañero mío de instituto y los dos formamos parte en su día del equipo de baloncesto. Por él conocí primero a su hermana María y después a Diana que era la menor de los tres. Durante los primeros años de nuestro matrimonio nos veíamos con ellos casi a diario, pero luego Diana se peleó con sus hermanos y...

—¿Por qué se peleó con sus hermanos?

Sergio pareció reflexionar con la mirada perdida en la lluvia que repiqueteaba contra el cristal de la ventana.

—Pues... no estoy muy seguro. María también es pintora, pero bastante mediocre. Creo que discutió con Diana por no ayudarla a salir del anonimato y creo también que mi mujer le dijo lo que verdaderamente opinaba de ella como pintora, o sea, que nunca llegaría a nada. Y digo que lo creo porque yo no estaba presente. Fue lo que Diana me contó después.

—¿Y por qué se peleó con su hermano Ángel?, ¿también pintaba?

El detenido hizo un ademán negativo.

—No, es entrenador de un equipo de baloncesto. Se peleó con él porque se puso de parte de María. Los dos estuvieron en casa la semana pasada y oí como se gritaban en el salón, cuando yo salí al jardín a tomar el aire. Ángel amenazó a Diana y ella se rio en sus narices.

—¿La amenazó, con qué la amenazó?

—No lo sé, le oí gritarle algo así como que se acordaría de él y que llevase cuidado.

Don Fausto volvió a colocarse sus lentes en su lugar cuando le resbalaron por la nariz.

—¿Cómo es Ángel Alvear? Si jugaba al baloncesto será un tipo muy alto.

Sergio hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es de mi misma estatura. En el instituto, él jugaba de pívot y yo de alero.

—Ya, —murmuró pensativamente don Fausto—. Pero, dígame, ¿obtendría ese hermano algún beneficio con la muerte de su esposa? Lo que le pregunto es si la heredaría. ¿Quién es el heredero de su esposa?

Sergio aguantó impertérrito la mirada del Comisario y una ligerísima sonrisa socarrona se pintó en su atractivo semblante.

—No creo que Ángel obtuviera ningún beneficio de la clase que está usted insinuando y tampoco sé el motivo por el que el otro día la amenazó. En cuanto a la herencia de Diana, hicimos testamento ella y yo al poco tiempo de casarnos dejándonos recíprocamente nuestros bienes.

El semblante de don Fausto se distendió en una expresión de triunfo.

—Así que el heredero es usted.

—Sí, supongo que sí.

—¿Se casaron con el régimen económico de gananciales?

Sergio meneó la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero cuando ella empezó a ser conocida como pintora formalizamos unas capitulaciones matrimoniales ante notario, adoptando el régimen de separación de bienes.

—¿Y qué bienes tenían antes de formalizar esas capitulaciones?

Sergio Andrade entrecerró los ojos para recordarlo mejor y luego pasó a enumerarlos.

—Pues... una moto. Una moto que ya vendimos hace años. Vivíamos en un piso alquilado en la calle Doctor Castelo.

Don Fausto le señaló con un dedo.

—Así que el chalet de la Moraleja era únicamente de ella, ¿no es así?

Sergio pareció meditarlo y terminó por hacer un gesto de asentimiento.

—Sí, lo compró ella y era solamente de ella.

—¿Y qué más bienes tenía?

—Pues... una casa en la playa de Campoamor, en Alicante, un Audi Coupé, un apartamento en la plaza de Pontejos en donde tenía su estudio, una cabaña en Gredos y... no sé, no me acuerdo de más.

—¿Y todos esos bienes los heredarás usted ahora?

Sergio se le quedó mirando fijamente. Su mirada era desdeñosa al replicar:

—¿Y cree usted que si yo hubiera decidido matar a Diana habría elegido precisamente el momento en que fue a visitar el cuadro de “Las Meninas” en el Museo del Prado? Un museo repleto de gente donde pasar desapercibido es imposible. ¿Por qué habría de haber elegido precisamente ese escenario? ¿No le parece que me habría resultado más sencillo envenenarla o salir a navegar en Campoamor y tirarla al mar? El asesinato de mi mujer tiene que ser obra de un chiflado. Del mismo chiflado que mató a la otra pintora en el mismo lugar, tan solo unos días antes. Deberían investigar a los locos que andan sueltos y que están obsesionados con ese cuadro, en lugar de venir a molestarme en unos momentos tan dolorosos para mí.

La voz se le quebró al decir sus últimas palabras e Irene volvió a rebullirse inquieta en su butaca ante la desagradable posibilidad de asistir a una descarga emocional del hombre que tenía al lado y por el que experimentó una súbita simpatía. Tenía toda la razón. Si hubiera querido desembarazarse de su adinerada esposa para heredarla, cualquier otro escenario sería más oportuno que el que había elegido su asesino. ¿Sospechaba la policía de Sergio Andrade solo porque fuese un tipo muy alto y porque la difunta hubiera testado a su favor? Le parecían unos indicios bien pobres para haberle detenido y aún más en las circunstancias en las que se encontraba. Antes de haberse dado cuenta, se encontró exponiendo sus pensamientos en voz alta y comprobó sorprendida el fulminante efecto que sus palabras produjeron en el policía que llevaba el interrogatorio. Había respingado en su butaca y el color sonrosado de su rostro había adquirido un tinte rojo intenso.

—Bien, no creo que nos hayamos precipitado, pero le vamos a dejar que vuelva a su casa mientras proseguimos la investigación, —le dijo, dirigiéndose a ella como si le estuviese haciendo un gran favor—. En cuanto firmen los dos la declaración, pueden marcharse.

Sergio Andrade no pareció sentirse aliviado por las palabras del inspector jefe. Parpadeó como si no le hubiera entendido y luego se volvió hacia Irene con expresión de necesitar un traductor. Esta pensó que él era la viva imagen del aturdimiento.

Poco después salían los dos a la calle. Irene caminaba junto a Sergio Andrade, al que apenas si le llegaba al hombro. Llovía sobre sus cabezas como si el cielo hubiera decidido anegar la calle y el agua discurría por la calzada empapándoles los pies. Bajo aquel aguacero, el paraguas de Irene parecía haber encogido y resultaba claramente insuficiente para albergarlos a los dos. Cuando llegaron a la esquina de la calle y perdieron de vista la comisaría, Sergio inclinó la cabeza hacia ella.

—No sé cómo darle las gracias. Ha estado usted muy oportuna y se lo agradezco de veras. ¿Me permite que la invite a un café?

Vaciló ella, pero luego decidió aceptar. ¿Por qué no? Se sentía orgullosa de sí misma por lo bien que había sabido intervenir ante el Comisario en su primera asistencia al detenido y el reconocimiento que afloraba a los ojos de él le llenaba de íntima satisfacción.

—Bueno, pero tengo prisa esta tarde. Estoy de guardia y en cualquier momento pueden volver a llamarme del turno de asistencia para que acuda a otra comisaría o al juzgado de guardia, ¿comprende?

—Claro, claro, pero no tardaremos mucho y en cualquier caso necesito hablar con usted. ¿Le parece bien que entremos en aquella cafetería?

Le señalaba una que se encontraba en la acera por la que caminaban, ya en el Paseo del Prado. Ocupaba la totalidad de la planta baja del edificio y a través de sus amplios ventanales se veía a los que se hallaban en su interior sentados en las mesas. Irene hizo un gesto de asentimiento y echaron a correr en esa dirección sorteando charcos. Él le había tomado de las manos el paraguas y, aunque caminaba inclinado, ya que, de otro modo, por la diferencia de estatura no hubiera podido cubrir la cabeza de ella, la lluvia racheada por el viento le empapó el rostro a Irene. También le chorreaba la melena cuando en la cafetería tomaron asiento en una mesa junto a la cristalera, por lo que dejó escapar dos estornudos al tiempo que se la retiraba de la cara. Él no pareció darse cuenta. Aunque impasible en apariencia, adivinó Irene que estaba bastante preocupado.

—Necesitaba hablar con usted, porque quiero pedirle que sea mi abogado y que me defienda, —le dijo clavando sus clarísimos ojos en su rostro, con la misma expresión que tendría un huérfano que se encontrase

en medio de una multitud de desconocidos y no supiese cómo encontrar el camino para regresar a su casa.

—¿Su abogado?, —repitió Irene en tono interrogante, mirándole sorprendida—. ¿De qué quiere que le defienda? Hasta el policía bajito, el que parecía el jefe y estaba sentado detrás de una mesa, se ha dado cuenta de que no tenían ninguna prueba contra usted y le ha dejado en libertad. Podía haberle retenido en el calabozo hasta un máximo de setenta y dos horas.

—Eso ya lo sé, —la interrumpió impaciente—, pero me temo que esto no terminará aquí.

—¿Que no?, ¿por qué no?

Con los dedos se peinó hacia atrás los mechones oscuros que le resbalaban sobre la frente antes de contestarle.

—Tiene primero que aceptar mi defensa, —insistió obstinado—. Si se compromete a defenderme no podrá contarle a nadie lo que voy a decirle, ¿no es así?

Irene se le quedó mirando con sus ojos azules desmesuradamente abiertos.

—No, claro que no. El secreto profesional implica que cualquier conversación que mantenga un abogado con su cliente, como tal, no pueda ser referida a nadie más. Pero... ¿acaso la mató usted?

Él se echó a reír súbitamente como si le divirtiera la pregunta, mostrando dos hileras de dientes perfectamente alineados.

—¿Yo?, claro que no, pero no me ha contestado. Voy a necesitar un abogado y usted me inspira confianza.

—¿Y para qué va a necesitar un abogado?, —inquirió ella que notaba la mente hueca. Tanto tiempo deseando la llegada de un cliente y cuando al fin aparecía el primero no acababa de reaccionar oportunamente.

—Se lo contaré cuando acepte mi defensa, —repitió él tercamente—. Y por cierto, ¿puedo tutearla? La veo muy joven para tratarla con tanta ceremonia.

Irene asintió. El rizado natural de su melena empezaba a ensortijársele como una aureola en torno a su cabeza. Aparentaba así menos edad de la que realmente tenía y, aunque ella no lo advirtió, Sergio denotó cierta

perplejidad al clavar la mirada en su rostro, como si se estuviese preguntando qué años tendría en realidad.

—Sí, claro que podemos tutearnos, —replicó Irene sin necesidad de meditarlo—. En cuanto a tu proposición, tengo que advertirte que no tengo demasiada experiencia. Si piensas que tu defensa va a ser muy complicada, tal vez deberías dirigirte a un despacho de prestigio, puesto que al parecer no tienes problemas económicos.

—La que tenía dinero era Diana, —repuso él a media voz, desviando la mirada hacia la calle, borrosa bajo la lluvia—. Yo solo soy un profesor de gimnasia con una nómina bastante modesta. Pero bueno, ¿aceptas o no?

—Vale, sí, acepto, —repuso ella decidiéndose—. Y ahora cuéntame eso tan terrible que te sucede.

Sergio sonrió, pero sus ojos permanecieron serios.

—Verás. Lo primero que tengo que decirte es que yo no he tenido nada que ver en la muerte de Diana. ¿Para qué iba yo a disfrazarme de viejo achacoso y estrangularla en una sala del Museo del Prado que está siempre de bote en bote?, ¿lo entiendes?

—Sí, claro. Sería absurdo.

—Pero es que se dan una serie de coincidencias que podrían hacer pensar lo contrario a la policía, —le dijo a media voz. Bajó luego los ojos hacia sus manos, grandes y bien cuidadas, como si necesitara recuperar energías antes de continuar—. El caso es que tenía razón el policía jefe, el bajito que estaba tras la mesa. Diana y yo no nos llevábamos bien. Cuando nos conocimos, ella no era nadie ni yo tampoco. Yo trabajaba en el mismo instituto donde ahora doy clase de gimnasia y Diana, de secretaria en una empresa. No teníamos un duro ninguno de los dos y vivíamos en un piso alquilado bastante cutre. Ella pintaba como afición en los ratos libres y, aunque lo hacía muy bien, creo que nunca se planteó dedicarse a ello como profesión, pero el caso es que por una serie de casualidades empezó a ser conocida y desde entonces nos fuimos distanciando. Le parecía poco estar casada con un profesor de gimnasia que, como te he dicho, tenía unos ingresos modestos, cuando ella cobraba por sus cuadros unas cantidades fabulosas. Por esa razón, últimamente me trataba siempre desdeñosamente, porque, según me decía, yo era un pobre diablo.

—Ya, —musitó Irene, imaginádoselo sin demasiada dificultad—. ¿Y qué pasó?

—Que hace unos diez días me dijo que iba a buscar un abogado matrimonialista para divorciarse de mí.

Ella enarcó las cejas en gesto interrogante.

—¿Para divorciarse?

—Sí.

—¿Y tú estuviste de acuerdo?

Sergio vaciló y su voz sonó tan ronca que Irene temió que él diera seguidamente un espectáculo, pero se limitó a sonarse con un enorme pañuelo que extrajo del bolsillo.

—Le dije que si estaba segura de que eso era lo que quería, yo no pondría ningún inconveniente.

—¡Ah! ¿Y presentó la demanda ese abogado?

—No. Necesitaba acompañarla con unos documentos que Diana tenía que aportarle. Nos casamos en un pueblo de Galicia, donde la semana pasada pidió ella el certificado de matrimonio, pero aún no se lo habían enviado cuando la asesinaron.

—Ya, —repitió Irene pensativa—. Y piensas que cuando la policía se entere de que tu mujer tenía intención de divorciarse de ti volverá a detenerte como sospechoso del crimen.

Sergio se la quedó mirando sin pestañear.

—No solo por ese motivo. Diana había llamado por teléfono al notario el día anterior a que la asesinaran para revocar su testamento.

—¿Su testamento?

—Sí, al poco de casarnos testamos los dos dejándonos recíprocamente nuestros bienes. Yo entonces tenía una moto con la que iba a trabajar y ella absolutamente nada. Iba a su oficina en Metro y ni siquiera tenía carné de conducir. Fue después, cuando empezó a ganar dinero a espuestas, cuando se empeñó en ir al notario para formalizar capitulaciones matrimoniales adoptando el régimen económico de separación de bienes. A partir de entonces fue comprando un sinfín de casas y de cosas. El chalet de la Moraleja donde vivíamos, una casa en la playa, otra en la sierra de Gredos,

el piso en el que tenía su estudio en la plaza de Pontejos y un cerro de valores mobiliarios.

Aunque Irene estaba tratando de aparentar una desenvoltura de la que carecía, cerró la boca con dificultad.

—¿Y quién era el heredero de todos esos bienes cuando falleció?

—Supongo que yo, —repuso él sencillamente.

—O sea que... —empezó Irene.

—Que económicamente me beneficiaría muchísimo su muerte y casualmente se ha producido esta antes de que ese abogado haya podido presentar la demanda en el juzgado. Porque supongo que al divorciarnos dejaría yo de ser su heredero.

—Dejarías de serlo en cuanto revocara el testamento tras obtener el divorcio. ¿Sabes a quien pensaba dejarle ahora sus bienes?

Un pliegue hondo surgió en la frente de Sergio, que volvió a bajar la vista hacia sus manos.

—No estoy seguro, pero... sí, supongo que sí. Diana había encontrado a otro y creo que tendría previsto casarse con él cuando volviera a ser libre. Imagino también que pensaría dejarle todo su patrimonio a él.

Reflexionó intensamente Irene, antes de menear la cabeza en sentido negativo, agitando su melena que ya comenzaba a secársele.

—No precisaría necesariamente testar a su favor. El cónyuge hereda aún sin testamento con preferencia a los hermanos, —le explicó con voz clara, sintiéndose en terreno conocido—. Diana tenía dos hermanos, ¿no es así?

—Sí, Ángel y María.

—Pues los dos quedarían excluidos de la herencia de tu mujer desde el momento en que ella se casara con ese otro, aunque no llegara a hacer testamento. ¿Sabes quién es él?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No le conozco, pero tengo entendido que es un abogado. Precisamente el que le llevaba los asuntos.

Durante unos instantes se quedaron los dos callados mirando a través de la cristalera cómo la lluvia disminuía de intensidad hasta convertirse en un tintineante chispeo. Al fin Sergio desvió sus claros ojos azules hacia ella.

—Dime una cosa, ¿quién heredaría a Diana si ella hubiera fallecido después de divorciarse de mí y antes de casarse con el otro?

La pregunta le pareció a Irene tan sencilla que no tuvo que meditar la respuesta.

—¿Quieres decir después de haber revocado el testamento?

—Sí.

—Heredarían sus hermanos.

—Entonces... ¿No sería posible...?

—¿Que la hubieran asesinado ellos? No, por esa razón no. ¿Qué sacarían con ello? Tal y como han sucedido las cosas, el heredero sigues siendo tú y es al único al que beneficia su muerte. Tienes razón al suponer que la policía volverá a sospechar de ti, si no encuentran antes al viejo.

Vaciló él antes de hacerle una nueva pregunta.

—¿No crees en la existencia de ese viejo?

—¿Yo?, pues no sé. ¿Por qué no había de creerlo? Ciertamente podría ser un joven caracterizado, pero coincido contigo en que ha buscado para asesinarla un escenario demasiado arriesgado. Nadie en su sano juicio mataría a su mujer en el Museo del Prado por muchos deseos que tuviera de heredarla. El asesino tiene que ser un psicópata, obsesionado con el cuadro de “Las Meninas” y con sus simbolismos. Lo que sucede es que aparentemente hay muchas coincidencias en tu contra, pero no te preocupes, que lo resolveremos, —le dijo con una repentina seguridad. En ese momento se consideraba capaz de conseguir para él la absolución de cualquier acusación de la que pudiera ser objeto. Parecía tan sincero, tan vulnerable...

—¿Quieres que me ocupe de la testamentaría?, —le preguntó ella a media voz—. Disponemos de seis meses para liquidarla en Hacienda, pero, si el patrimonio de Diana era muy considerable, convendría que comenzáramos enseguida, porque el tiempo transcurre muy deprisa.

—Quiero que te ocupes, pero puede que sea más prudente que esperásemos un tiempo, —sugirió Sergio pensativo—. No quiero dar una imagen falsa. Alguien dijo que no solo hay que ser bueno, sino que también hay que parecerlo. Yo... daría algo porque las cosas hubieran sucedido de otra manera. Diana no se merecía que la estrangularan.

Irene puso compasivamente su mano sobre la de él y le dio unas suaves palmaditas. Sergio volvió a sonarse con su enorme pañuelo, al tiempo que el móvil de ella dejaba oír su estridente llamada. La atendió y luego se volvió hacia él.

—Me llaman del Colegio para que acuda a otra comisaría, así que tengo que marcharme. Te voy a dar mi tarjeta y el número de teléfono de mi despacho y el de mi móvil para que puedas contactar conmigo si necesitas algo. Dame el número del tuyo y...

—No me has dicho cuanto vas a cobrarme, —la interrumpió Sergio.

¿Cobrarle? Todavía no le había cobrado a ningún cliente, por lo que no sabía cuál sería la minuta adecuada, aunque probablemente dependería de cuantos asuntos tuviera que resolverle. De momento le llevaría la testamentaría y quizás...

—De eso ya hablaremos, —le dijo poniéndose en pie—. Y, tranquilo. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.

Sergio la ayudó a ponerse el chaquetón y en cuanto recuperó su chorreante paraguas salió a la calle, gris bajo la llovizna, pero que a Irene le pareció radiante de luz y de colorido. Tenía un cliente, al fin tenía un cliente y un asunto jurídico entre las manos del que ocuparse.

Había anochecido ya y caminó deprisa por el Paseo del Prado hacia la parada del Metro, protegiéndose con el paraguas de las intermitentes gotas de agua que caían de los árboles. Acababan de encenderse las farolas y su difuso resplandor azulado se reflejaba en los charcos que habían dejado la lluvia sobre la acera y que iba esquivando para no mojarse los pies. Pasó por delante del escaparate de una tienda de objetos de regalo y, eufórica, se detuvo un instante a contemplar los artículos que allí se exhibían. Quizás pudiera comprarse pronto aquel bolso de piel marrón con hebillas doradas, se dijo emocionada. Una testamentaría era sin duda un asunto sobre el que podía cobrarse una buena minuta y además el trabajo prometía ser interesante. Compadeció in mente a Sergio Andrade que, por una serie de casualidades, podía verse involucrado en el asesinato de su mujer. ¿Hasta qué punto serían capaces de discernir los tribunales de justicia que el encausado era inocente, aunque parecieran acusarle las circunstancias concurrentes en el caso?

Recordó de pronto que debía dirigirse sin tardanza a la comisaría de la calle de la Luna, en el centro de Madrid y se apartó del escaparate para ponerse nuevamente en movimiento y encaminarse hacia el Metro. Fue entonces cuando percibió algo a su espalda y se volvió rápidamente. La oscuridad de la calle parecía alargarse hacia lo lejos, apenas aclarada a trechos por el incierto resplandor de las farolas. Pero sí, unos metros más atrás una sombra más oscura destacaba su negrura en la oscuridad, aunque se fundía con la que proyectaba el tronco del árbol tras el que se había agazapado. ¿La estaban siguiendo?

Aunque hacía frío, empezó a sudar. ¿Por qué aquella avenida estaría tan solitaria a esas horas? No eran aún más que las siete de la tarde y no se veía ni un solo transeúnte por los alrededores.

Rápidamente se apartó del escaparate y echó a andar deprisa hacia la boca del Metro, que ya distinguía a lo lejos con su vistoso logotipo rojo en forma de rombo en lo alto. En la facultad había sido campeona de carrera y de salto de altura. En esos momentos no tenía nada que saltar, pero, si era necesario correr, probablemente le ganaría a aquella sombra oscura, cuyas precipitadas pisadas percibía ahora con toda claridad. No cabía duda de que el dueño de aquellos trazos difusos que recordaban a los de un ser humano y que apenas entreveía perfilándose a su espalda la iba siguiendo. Aumentó la velocidad de sus pasos y cuando se encontraba a poco más de un metro de distancia de las escaleras del Metro volvió la cabeza. Una larga silueta sin contornos definidos se fusionaba en las tinieblas con la oscuridad de la calle. Se detuvo en ese instante en la acera a pocos pasos de Irene y luego se volvió de espaldas a ella como si estuviera esperando a alguien.

Irene no perdió más tiempo en conjeturas. Echó a correr hacia la boca del Metro y bajó los escalones de dos en dos con el corazón latiéndole desbocadamente dentro del pecho. Acababa de rematar el descenso cuando oyó detrás de ella las pisadas de alguien que bajaba apresuradamente también. El túnel por el que se accedía al vestíbulo donde se hallaban las máquinas de pago automático estaba también desierto y silencioso y echó a correr por él a toda la velocidad que le permitían sus piernas hasta que alcanzó ese amplio ensanche del suburbano. No lo había hecho nunca, era una muchacha cívica, que además presumía de serlo, pero en esa ocasión no

se entretuvo en buscar el bonobús dentro del bolso para introducirlo en la ranura de la máquina, sino que saltó por encima de la misma, ayudándose con ambas manos, y luego siguió corriendo hacia el andén. Afortunadamente el tren hizo su entrada en este en ese momento y, al abrir sus puertas con un chirrido agudo, se introdujo ella apresuradamente en el vagón ocultándose a continuación tras el hombro de un tipo corpulento que iba agarrado a la correa que colgaba del techo. El maquinista dejó oír un estridente pitido y en ese mismo instante desembocó en el andén alguien que venía corriendo, empujando a los que pretendían introducirse en su vagón. Las puertas se cerraron inmediatamente, por lo que no tuvo tiempo ella de distinguirlo durante los escasos segundos en los que tardó el tren en salir de la estación.

¿Pero por qué la seguiría ese hombre?, se preguntó inquietísima. No recordaba que la hubiera acosado nadie anteriormente y ella no se metía nunca en líos de ninguna clase. Por suerte se dirigía a una comisaría y allí estaría completamente segura.

No distinguió a ningún posible perseguidor entre los viajeros que al llegar a la estación de Callao salieron al andén, pero no por eso se tranquilizó. Con una ansiedad que le martilleaba dentro del pecho, echó a correr hacia la salida empujando a la gente que le obstaculizaba el paso. Atropelló a una señora gordísima que iba cargada de paquetes y luego a un grupo de muchachos que discutían de fútbol. Cuando por fin alcanzó la escalera mecánica, ascendió apresuradamente los peldaños y al llegar a la planta superior se volvió a mirar a sus pies. Nada. Aquella sombra oscura parecía haber desaparecido. Seguramente le había despistado, pues, aunque hubiera tomado el tren siguiente, desconocía la estación a la que ella se dirigía. Con un suspiro de alivio salió a la calle y cruzó la Gran Vía para dirigirse a la calle de la Luna, estrecha y oscura, pero hirviente de animación a esas horas.

En la comisaría de Centro asistió a la declaración de un gitano que había atracado a un taxista y en cuanto se hizo la hora en la que finalizaba su turno de guardia, llamó al Colegio para poner en su conocimiento las asistencias que había efectuado esa tarde. Luego se dirigió a su casa, tomando nuevamente el Metro.

En el cuarto de estar encontró a Marisa que, ya en pijama y bata, la escuchó con la boca abierta.

—¿Que te ha tocado asistir a la declaración del marido de la chica que han estrangulado en el museo en segundo lugar?, —se emocionó—. ¡Menuda suerte! ¿Y por qué al marido? ¿No era un viejo barbudo el asesino de las dos pintoras?

—Sí, eso es lo que le he dicho al policía mandamás, —le explicó Irene gesticulando excesivamente para darle mayor interés a su narración—. Pero es que le habían detenido por ser el sospechoso más probable, porque al parecer la segunda pintora estrangulada había ganado una fortuna y el marido es el heredero.

Marisa se rascó su rizada coronilla como si ese gesto pudiera servirle para aclararle las ideas.

—Sí, bueno. Muy a menudo los asesinos son personas cercanas a las víctimas y no voy a discutir que el dinero puede ser un móvil importante, pero en este caso hay en el museo unas estupendas cámaras de seguridad que han grabado al criminal en el momento en que la asesinaba. ¿Es que el marido es un viejo canoso vestido de negro?

Irene se echó a reír, evocando la atractiva figura de su defendido.

—No, que va. Es un hombre joven y guapísimo con unos ojos azules impresionantes que me ha pedido que me ocupe de su testamentaría y que le defienda en el caso de que la policía le vuelva a detener.

—¿Y por qué habría de volver a detenerle la policía?, —se interesó Marisa sin acabar de entender lo que le estaba refiriendo.

—Porque les ha debido gustar como culpable, —repuso evasivamente Irene recordando que el secreto profesional le impedía aclararle nada más—. Pero no te he contado aún lo que me ha sucedido después de despedirme de él. Me ha invitado a un café y cuando hemos salido de la cafetería y he echado a andar hacia el Metro me ha seguido alguien a quien no he conseguido distinguir.

—¿Cómo era ese tipo?, —le preguntó la otra, mirándola de hito en hito, con una sombra de preocupación en su semblante.

—No lo sé. Estaba muy oscuro y no he llegado a verle bien.

—No sería un tipo alto y flaco, ¿verdad?

—No sé. Es posible.

—¡Vaya por Dios!, —se inquietó Marisa—. ¿Y le has despistado?

—Creo que sí, porque al bajarme del Metro en la estación de Callao no le he vuelto a ver ni después al salir de la comisaría de Centro. ¿Por qué lo dices?

—Porque el asesino del museo es un viejo muy alto y flaco. Es la descripción que han dado de él los periódicos. Le grabaron las cámaras de seguridad cuando estrangulaba a las dos pintoras.

Irene se la quedó mirando con sus ojos azules muy abiertos.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Pero tú crees que...? ¿Por qué habría de seguirme a mí? No soy pintora ni me entusiasman especialmente “Las Meninas”. ¿Me habrá confundido con otra?

—No lo sé, pero me intranquiliza ese asunto que te han encargado. Me preocupa que te pueda pasar algo.

Irene se echó a reír para disimular el miedo que aún experimentaba.

—¡Bah!, tranquilízate. Ya sabes que corro mucho y ese tipo que me ha seguido seguramente tendrá mucha edad. No le creo capaz de ganarme si echáramos una carrera. Y por cierto, —la interrumpió antes de que la otra pudiera hacerle más consideraciones sobre los peligros que podría correr por defender los intereses de su primer cliente— ¿sabes quién era Diana Alvear?

—Naturalmente, —afirmó Marisa envolviéndola en una mirada de suficiencia—. Es una gran pintora iluminista. Bueno, quiero decir que lo era, —se corrigió—. Pintaba como nadie, aunque era muy joven.

—¿Y eso de iluminista qué es?

Su amiga se contuvo para evitar que asomase a su semblante lo que estaba pensando, pero no pudo evitar referírselo en tono doctoral, como si Irene fuese una discípula ignorante que no se interesase debidamente por los pilares básicos de la pintura contemporánea.

—Se llama así a un movimiento artístico de finales del siglo XIX y principios del XX que se basa en el protagonismo de la luz y en el movimiento de las figuras representadas. Bajo ese nombre existen muchas escuelas pictóricas, pero Diana Alvear pertenecía claramente a la de Sorolla. Asistí a su última exposición y no le compré ningún cuadro porque

tenían un precio astronómico y porque además ya no quedaba ninguno, los había vendido todos, pero era una de mis pintoras jóvenes preferidas. Ahora, después de haber fallecido, sus cuadros se cotizarán todavía más, que ya es decir. —Se quedó pensativa con la mirada fija en una reproducción de Degas que colgaba de la pared y luego se volvió hacia Irene—. ¿Te ha dado la impresión de que su marido estaba afectado por su muerte?

Afirmó Irene vigorosamente con la cabeza.

—Estaba hecho polvo. Se le iba la voz cada vez que hablaba de ella y varias veces ha estado a punto de soltar el trapo. A mí me pone malísima ver a los hombres llorar, pero afortunadamente ha sacado del bolsillo un pañuelo grandísimo y ha podido controlarse. El policía que le ha interrogado ha estado muy desconsiderado con él.

—Es su trabajo, —alegó Marisa, que era poco sentimental y sumamente práctica—. De todas formas ese hombre ha tenido la enorme suerte de que en el museo haya cámaras de seguridad que hayan grabado al asesino de Diana Alvear, porque en caso contrario sería lógico que todas las sospechas recayeran sobre él.

Irene se mesó su rizada melena, mientras evocaba la expresión del rostro de Sergio durante el interrogatorio de que había sido objeto en la comisaría. Reflejaba la estupefacción más absoluta, como si no lograra entender qué le estaba sucediendo. Probablemente sería un alma de Dios con poco espíritu, que se había casado con una chica sin grandes aspiraciones, tan corriente como él, que incomprensiblemente, había triunfado como pintora, pese a que cuando contrajeron matrimonio la pintura no era para ella más que una afición. Se había convertido de la noche a la mañana en una pintora famosa que ganaba dinero a espuertas, mientras Sergio había permanecido en su anónima mediocridad. La notoriedad de Diana había terminado de hecho con su matrimonio y precisamente cuando ella iba a iniciar los trámites del divorcio, la habían asesinado. No cabía duda de que para la policía Sergio tenía que ser el sospechoso más probable. Había acertado Marisa al afirmar que este había tenido la enorme suerte de que las cámaras de seguridad del museo

hubieran grabado al verdadero culpable en el momento en el que este cometía el crimen.

Su amiga interrumpió sus pensamientos.

—Alegra esa cara. Has conseguido tu primer cliente de pago, que además está en muy buena posición. Podrás pasarle una buena minuta.

Una sombra cruzó por el agraciado semblante de Irene.

—No lo creas, la que tenía dinero era Diana. Él es profesor de gimnasia, con un sueldo modesto. Por eso le he asistido yo en su declaración en la comisaría, porque no podía permitirse el lujo de que le asistiera en su declaración un abogado de pago y se ha tenido que conformar con uno de oficio, o sea, conmigo.

—Pero la testamentaría no se la vas a llevar de oficio, —le recordó Marisa—. Y vas a tener la suerte de ver de cerca los cuadros de ella. Cuando se te presente esa oportunidad, si es posible, me gustaría acompañarte. —Ante la expresión dudosa de Irene, añadió—: Y si no es posible, hazles una foto con disimulo, incluso con el móvil, aprovechando un descuido de él.

Irene se echó a reír. Contagiada por el optimismo de Marisa, se había olvidado ya del tipo que la había seguido y del miedo que había experimentado por el Paseo del Prado y luego en el Metro hasta que había logrado despistarle. Pero en ese momento se sentía pletórica y se volvió sonriente hacia la otra.

—Descuida. Te fotografiaré todos los que pueda.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Subió apresuradamente los dos tramos de escaleras que debía salvar para alcanzar la primera planta del edificio y al llegar al amplio pasillo donde sea abrían innumerables puertas en la pared del fondo buscó la llave de su despacho en el bolso. Instantes más tarde entraba en la heladora nevera en que se había convertido la habitación desde que la abandonara la tarde anterior y se dirigió apresuradamente hacia el balcón para subir la persiana. Desde allí se divisaba la amplia calle Sagasta con su estruendoso tráfico en plena efervescencia. Miles de automóviles transitaban en ambas direcciones, impregnando el aire con su olor a humo de aceite quemado. Con los cristales del balcón cerrados no se percibía ese olor, pero aún así se adivinaba, como adivinaba ella el ensordecedor sonido de los coches que no llegaba tampoco a oír.

Puso en funcionamiento el convector e iba ya a sortear la mesa para sentarse tras ella, cuando sonó el timbre de la puerta. ¿Sería un cliente? Alguien le había comentado que en el ejercicio de su profesión lo difícil era conseguir el primero y que los demás venían rodados. ¿Sería cierto?

Se dirigió resueltamente a abrirle, pero se detuvo un segundo antes, con la mano en el pomo. Acababa de recordar al tipo que la había seguido por el Paseo del Prado y al que había conseguido esquivar, corriendo como una exhalación por los pasillos del Metro. ¿Habría averiguado el hombre al que pertenecía aquella borrosa silueta oscura dónde trabajaba ella?

Cautelosamente miró por la mirilla y dejó escapar seguidamente un suspiro de alivio al reconocer a su vecino de despacho, al que le franqueó la puerta a continuación.

—¡Hola!, —la saludó este alegremente—. Vengo a preguntarte cómo te fue ayer. ¿Tuviste que asistir a la declaración de muchos detenidos?

Como siempre, Gonzalo llevaba la indumentaria que cualquier cliente esperaría que vistiese un abogado que le inspirase confianza. Un pantalón gris y una chaqueta azul marino. La corbata era de rayas azules y grises y llevaba su abundante cabello peinado con raya a un lado, aunque algunos mechones le resbalaban sobre la frente. Sin saber por qué a Irene le alegró su visita. Quizás porque aún estaba atemorizada por la persecución de que había sido objeto la tarde anterior y consiguientemente temía que este pudiese reaparecer en su despacho en cualquier momento y darle un susto de muerte.

—Solo tuve dos asistencias, —precisó—. Una en la comisaría de la calle Huertas y otra en la de la Luna. Pero no vas a poder creértelo cuando te lo cuente. —Había ido a sentarse tras su mesa y él se dejó caer enfrente de ella en uno de los dos sillones de los clientes.

—¿Qué es lo que no me voy a creer?, —le preguntó risueño. Aparentemente se encontraba comodísimo en aquella estrecha butaca, que Irene había comprado de segunda mano.

—No vas a poder creer quien fue el detenido al que me tocó asistir en su declaración. ¿Has leído en el periódico los crímenes que se han cometido en el Museo del Prado, al pie del cuadro de “Las Meninas”?

—Sí, claro. Dos pintoras a las que ha estrangulado un viejo chalado con un intervalo de pocos días. —Se incorporó bruscamente para clavar en ella sus claros ojos castaños—. ¿Te tocó asistir al viejo chalado?

Irene meneó negativamente la cabeza, agitando al propio tiempo su rubia y rizada melena.

—No. Me tocó asistir al marido de la segunda víctima.

Gonzalo abrió la boca sin comprender.

—¿El marido era el viejo chalado?

—No. El marido es joven, como lo era ella, y no tenía nada que ver con el viejo chalado. La policía le detuvo, porque su mujer tenía muchísimo dinero y el marido es el heredero.

—Ya, —musitó pensativamente él—. ¿Y qué tenían en común las dos víctimas? La primera, Julia Ramírez, además de ser una mujer extravagante, pintaba fatal. Llevaba el pelo engomado con algo que parecía engrudo y sus cuadros recordaban a un revoltillo de huevos con tomate.

Intrigada, Irene se inclinó hacia él sobre la mesa.

—¿La conocías? ¿De qué la conocías?

Se quedó él en suspenso durante un instante, pero luego se echó a reír.

—¿Conocerla?, no, no la conocía. La vi en varias ocasiones en la plaza Mayor. Ella iba allí cargada con sus cuadros con la intención de venderlos y yo a buscar sellos para mi colección. Colecciono sellos de España, —le aclaró.

—¿Y cómo era esa pintora?, —se interesó Irene, con sus claros ojos azules muy abiertos.

—Pues... muy desaliñada, ya te lo he dicho. Mal peinada, mal vestida y mal pintada. Bueno, creo recordar que no iba pintada en absoluto, pero lo peor eran sus cuadros. Decía que lo suyo era el arte abstracto, pero el efecto que producían sus lienzos era deplorable. Se asemejaban mucho a un conjunto de manchones morados, rojos y amarillos con formas geométricas y puntitos negros. Un niño lo hubiera hecho mejor.

—Hablaste con ella entonces.

—No, que va, —negó él rápidamente, aunque, sin saber por qué, a Irene le sonó a falso su respuesta—. La oí hablar con otras personas, que no es lo mismo. Con las personas que se le acercaban con la intención de ver sus cuadros, porque los vendía muy baratos. ¿La segunda víctima era también una progre zarrapastrosa que emborronaba los lienzos con manchurroneos de colores?

Irene estudió cautelosamente al joven que tenía enfrente, que en ese instante le pareció que le estaba ocultando algo. También su estatura rondaría el metro con noventa centímetros y, según acababa de reconocerle, había conocido a la pintora de los lunes. ¿Pero no se estaría pasando de desconfiada?

—No, todo lo contrario, —repuso en tono monocorde—. Diana Alvear era joven, guapa y pintaba unos cuadros increíbles.

—Diana Alvear, —repitió él como para sí con una expresión que Irene no supo interpretar.

—Tampoco lo suyo era la pintura abstracta, —continuó ella—. Su estilo era el iluminista, —añadió, muy satisfecha de poder demostrar tanta cultura, gracias a las explicaciones de Marisa.

—¿Y eso qué es?, —le preguntó él, demostrando que tampoco estaba muy ducho en la materia. Sin el menor esfuerzo, Irene imaginó la expresión reprobatoria de Marisa de haberle oído manifestar tan claramente su ignorancia sobre un tema que su amiga consideraba trascendental.

—Un movimiento artístico que se caracteriza por el brillante tratamiento de la luz, —le explicó—. ¿Sabes quién fue Sorolla?

—Sí, claro.

—Pues Diana Alvear pertenecía a esa escuela y ganaba muchísimo dinero. No tiene nada en común con Julia Ramírez, salvo que las dos eran pintoras y que las dos fueron a visitar el cuadro de “Las Meninas” de Velázquez a la caída de la tarde, instantes antes de que cerraran el museo, momento que aprovechó el viejo de la barba blanca para estrangularlas.

Perplejo se acarició la barbilla.

—¿Pero por qué entonces detuvieron al marido de Diana?

—Porque la policía pensó que el marido que hereda a su esposa adinerada es siempre el culpable de su asesinato.

Lo decía con guasa y él se echó a reír.

—¿Y qué declaró el marido en la comisaría?

—Nada. Estaba tan sorprendido que no parecía considerar que lo que le estaba sucediendo fuera real. La policía además no tenía ninguna prueba contra él y le mandó a su casa después de que prestara declaración y de que yo dijera unas palabritas a su favor. Ahora él me ha pedido que me ocupe de su defensa en lo sucesivo, así que... ya tengo un cliente.

Gonzalo continuó mirándola fijamente. Parecía no acabar de entender lo que ella le estaba diciendo.

—¿De su defensa? ¿De qué defensa? Si le han mandado a su casa sin tan siquiera cumplir el trámite de ponerle a disposición del juez, es que no tienen nada de que acusarle. Además, por lo que he leído en el periódico, las cámaras de seguridad del museo grabaron al asesino cuando estaba estrangulando a las dos pintoras y, como ya he dicho, era un viejo canoso. ¿El marido es un viejo canoso?

—No, ya te he dicho que es joven. Creo que le dijo al policía mandamás que tenía treinta y cinco años. Y además de joven, es guapísimo.

Gonzalo se la quedó mirando con algo de recelo.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí.

—¿Pero de qué quiere que le defiendas?, —insistió con expresión de sentirse embarullado por las explicaciones de ella.

—Quiere que le defienda si le vuelven a detener y, en cualquier caso, me ha pedido que me ocupe de la testamentaría de la pintora difunta.

Impasible, se quedó callado como si estuviera reflexionando y finalmente meneó negativamente la cabeza.

—No me gusta.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—No me gusta ese asunto. No creo que tengas experiencia suficiente para verte mezclada en ese follón que me estás contando. ¿Hay más parientes de la víctima?

Indignada, Irene abrió la boca y la volvió a cerrar. Luego se revolvió en su butaca como si se aprestara a defenderse de las palabras de él.

—¿Que no tengo experiencia? Claro que no la tengo. Pero si no acepto su caso ni los que me surjan después porque no tengo experiencia, no llegaré a adquirirla nunca. Además, no es de la defensa de un delito de lo que en principio tendré que ocuparme. Es de una testamentaría, que es un asunto mucho más aséptico y mucho más rentable para mí.

—Vale, vale, —protestó él levantando una mano como si estuviera pidiendo una tregua—. De acuerdo, no tienes experiencia y llevando su caso adquirirás alguna. ¿Pero has pensado que esa testamentaría puede ser muy complicada? ¿Qué parientes tenía la víctima?

—Dos hermanos.

—¿Y la esposa de tu cliente había hecho testamento?

Vaciló Irene antes de contestarle.

—No sé si puedo contártelo.

—¿Porque el secreto profesional te obliga a no revelar a nadie lo que tu cliente haya podido declarar en esa comisaría?

—Sí y lo siento, porque me vendría bien conocer tu opinión y que me aconsejaras.

Gonzalo se echó a reír.

—No te preocupes entonces. Me comprometeré a colaborar contigo como asesor en ese asunto y de esa forma el secreto profesional me alcanzará también a mí. Yo tampoco podré revelar nada de lo que me refieras.

Escudriñó ella su risueña expresión con cierta desconfianza.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Veo que no te has molestado en echarle una ojeada a nuestro código deontológico. ¿Sabes lo que dice su artículo 5?

Meneó Irene negativamente la cabeza.

—No, ¿qué dice?

—Dice que en el caso de que el ejercicio de la abogacía se efectúe en forma colectiva, el deber de secreto se extiende también a los demás componentes del colectivo.

Le observó ahora con la boca abierta.

—Pero tú y yo no somos un colectivo. Tú trabajas en tus casos y yo en los míos.

—Puedo ayudarte en tus casos, aunque no cobre. ¿Prefieres que lo haga constar así por escrito?

—Sí, me quedaría más tranquila.

—Está bien, —murmuró resignadamente él—. Déjame un instante tu butaca y tu ordenador.

Se levantó ella del sillón aún aturdida y permaneció a su espalda viéndole teclear en el aparato que tenía sobre su mesa. Imprimió después el escrito y se lo entregó firmado, al tiempo que se levantaba y le daba la vuelta a la mesa para volver a ocupar su anterior asiento.

—Vale, —admitió Irene en cuanto terminó de leérselo—. Te contaré lo que declaró Sergio Andrade en la comisaría. Cuando se casaron hace diez años, testaron recíprocamente los dos a favor del otro cónyuge.

—Ya, —musitó Gonzalo entre dientes.

Irene estudió recelosamente su expresión. Parecía contrariado por lo que acababa de comentarle y eso le produjo la sensación de que la estaba minusvalorando a ella.

—¿Qué quieres decir con ese “ya”?

—Quiero decir que si el marido es en cierto modo sospechoso de haberla asesinado, los hermanos de ella no van a permitir que se efectúe a su favor la adjudicación de la herencia, ¿no lo entiendes?

Irene pestañeó con la boca abierta.

—¿Por qué no lo van a permitir?

—Porque el atentar contra la vida del cónyuge es una causa de desheredación del que le sobrevive, ¿no te acuerdas?

Tardó ella en entender lo que le estaba diciendo.

—Sí, pero Sergio no ha atentado contra la vida de su cónyuge. La policía le detuvo por equivocación. Él dijo ayer que era inocente.

—Todos dicen que son inocentes, —puntualizó él con sarcasmo—. No he conocido ni un solo caso en el que reconozcan su culpabilidad.

—¿Me estás diciendo que Sergio es el autor de los crímenes del museo?, —se enfadó Irene—. No lo es. Tú no le conoces. Es un hombre amable y educado y...

—Y guapísimo, —la remedó él.

—Bueno, sí, pero eso no tiene nada que ver. Ciertamente, si fuera él el culpable, una vez que el juez dictara sentencia condenatoria, perdería el derecho a heredar a su mujer y sus hermanos pasarían a ser sus herederos, pero no es el caso.

—Pero aunque no lo sea, ya procurarán los hermanos implicarle en el crimen y complicarte la vida. ¿Y estás segura de que vas a saber defender los intereses de ese hombre?

Respiró hondo Irene para no soltarle una impertinencia. Luego contó hasta diez y finalmente replicó con voz helada:

—A lo mejor piensas que porque soy mujer no voy a estar a la altura de las circunstancias y que tú lo harías mucho mejor. —Tomó aire antes de continuar y luego añadió—: Siento muchísimo que no te hayan encargado ese asunto a ti, pero como da la casualidad de que me lo han encomendado a mí, pues me voy a ocupar yo y estoy segura de que no lo haré tan mal.

Desconcertado por su explosivo enfado, la observó en silencio con la cabeza ladeada. Luego luchó infructuosamente contra los mechones de cabello que le resbalaban sobre la frente.

—Yo no he dicho que las mujeres sean peores abogados que los hombres, —manifestó, haciendo un alarde de paciencia—. Ni lo he dicho ni lo pienso. Simplemente me he preocupado por ti, porque he pensado que ese asunto podría complicarse bastante y que quizás te vieras envuelta en algo muy desagradable, pero si prefieres que no me meta en lo que no me importa... pues... de acuerdo. Y perdona, —le dijo poniéndose en pie—. Me marcho para que puedas trabajar a gusto.

En dos zancadas llegó hasta la puerta y al abrirla tropezó con una señora que iba a llamar al timbre en ese instante. Era una mujer de unos cuarenta años, de melena rojiza y rostro muy blanco y pecoso. Tenía los ojos de color verde claro y vestía un pantalón vaquero con el bajo deshilachado y una especie de poncho con flecos en el borde. Gonzalo la identificó como una progre del barrio de Chueca o como una *hippie* de cualquier lugar del mundo, pero se limitó a dejarla pasar y salió al pasillo sin volver la cabeza.

La recién llegada penetró resueltamente en el despacho y avanzó hacia la mesa, tras la cual la abogado se había puesto en pie.

—¿Irene Carvajal?, —le preguntó la desconocida, olvidando anteponerle el tratamiento de doña a su nombre.

—Sí, soy yo, —repuso ella observándola desconfiadamente. ¿Sería otra cliente? Si le pedía que le prestase sus servicios como abogado, ya le enseñaría educación y buenos modales y que se le dirigiese con el debido respeto.

—Me llamo María Alvear, —le dijo la visitante, dejándose caer en la butaca que Gonzalo acababa de dejar libre, aunque nadie le había dicho que tomara asiento.

Como sabía que un abogado de prestigio no debía traslucir ninguna emoción, Irene se la quedó mirando inexpresivamente.

—La he estado llamando por teléfono esta mañana, pero no me ha contestado nadie, —le explicó su visitante, fijando los ojos en el aparato blanco que ella tenía sobre la mesa—. Quería aclararle algunas cosas, puesto que, al parecer, es usted la abogado de Sergio.

—Efectivamente, —replicó Irene impasible, diciéndose que era lógico que nadie hubiese atendido su llamada telefónica, pues por las mañanas trabajaba en el laboratorio y no podía permitirse el lujo de contratar a una

secretaria que citara a los posibles clientes cuando ella se encontraba ausente.

—Vengo a decirle que no debería ocuparse de los asuntos de Sergio. Es un indeseable que hizo muy desgraciada a Diana, —masculló la mujer en un tono que destilaba resentimiento.

Irene se acodó en la mesa y apoyó la barbilla en una mano sin pronunciar una sola palabra. María empezó a rebullirse inquieta en la butaca.

—¿No dice nada?

—¿Qué quiere que diga? La estoy escuchando.

—Es que usted no sabe cómo es él, —insistió con énfasis al tiempo que su blanco semblante se enrojecía por el ardor con el que se expresaba—. Lo único que le importaba a Sergio era el dinero de Diana. Por eso se casó con ella.

—¿En qué trabajaba su hermana cuando contrajeron matrimonio?, —le preguntó Irene con una voz sin inflexiones.

—¿Diana?, era secretaria del jefe de sección de una empresa de telefonía.

—¿Había heredado ella entonces dinero de sus padres o de algún pariente?

—No, ¿por qué?

—Como me acaba de decir que don Sergio Andrade se casó con ella por dinero, —apuntó Irene con sarcasmo.

María Alvear parpadeó desconcertada.

—Bueno, no se casó por dinero, porque entonces no lo tenían ninguno de los dos. Fue después, cuando ella vendía sus cuadros por unas cantidades astronómicas.

—¿Qué es lo que dice que hizo mi cliente después?, —inquirió pacientemente Irene.

—¿Que qué hizo?, darse la gran vida. Diana se compró un chalet impresionante en La Moraleja y Sergio vivía allí como si fuese un marajá.

Sin inmutarse, Irene continuó acodada en la mesa, mirando a la otra sin pestañear.

—¿Seguían estando casados los dos?

—Sí, claro.

—¿Y dónde cree usted que debería haberse ido a vivir él?, —le preguntó con sorna—. ¿Quizás a la casa del guarda?

Aunque no le gustaba citar literalmente los artículos de ninguna norma porque le parecía una pedantería, como le apetecía fastidiarla le recitó de carrerilla:

—Según el artículo 68 del Código Civil, los cónyuges están obligados a vivir juntos. Por lo que me está diciendo, esa prescripción la cumplieron tanto su hermana como mi cliente al pie de la letra. ¿Qué es entonces lo que le parece mal?

María se mordió los labios, claramente humillada.

—No me ha entendido. Lo que he querido decirle es que Sergio se aprovechó siempre de la situación. Vivía con ella porque le convenía, pero él tenía otra. Por eso es por lo que Diana decidió al fin divorciarse de él. ¿No se lo ha dicho?

Irene se encogió de hombros, aunque en su interior recordó que lo que le había referido él era completamente distinto. En la versión de Sergio era Diana la que había encontrado otro y por esa razón quería obtener el divorcio.

—Lo que me haya podido comunicar mi cliente es estrictamente confidencial, —le contestó con voz helada.

—Bueno, sí, ya lo sé, pero es que yo quería aclarárselo todo. Por eso he venido. Para explicárselo y para decirle que fue Sergio quien la asesinó.

—¿La asesinó?, —inquirió inexpresivamente Irene. Se había retrepado en la butaca y observaba a su interlocutora sin pestañear—. ¿Cómo sabe que la asesinó? ¿Estaba usted en el museo esa tarde y le vio hacerlo?

Sin acertar a responderle, María se mordió los labios.

—No, claro que no.

—Entonces... ¿cómo puede afirmar tal cosa?

Con un vago ademán de su mano, pareció querer retractarse de sus anteriores palabras.

—Lo que quiero decirle es que, aunque Ángel y yo éramos sus hermanos, incomprensiblemente ese código civil que me ha recitado antes

ha dispuesto que sea el marido el heredero de todo si ella había testado a su favor, pero no es justo.

Irene desvió su mirada hacia la punta de sus dedos para que su visitante no advirtiera que le relampagueaban los ojos de indignación.

—¿Qué cree usted que sería lo justo? ¿Qué heredasen los hermanos al menos una parte de los bienes, cuando el causante fallece nombrando heredero universal al marido en su testamento?

María Alvear no le contestó. Se la quedó mirando con sus claros ojos verdes ribeteados de negro, como si no se atreviese a darle una respuesta afirmativa. Al fin replicó con voz débil:

—Bueno, nosotros somos de su misma sangre y Sergio es únicamente un advenedizo. Un aprovechado, que además la hizo muy desgraciada. Diana hubiera querido que la heredásemos nosotros dos.

Tardó Irene en contestarle y, aunque impasible en apariencia, su tono dejaba entrever la opinión que se había forjado de su visitante.

—De ser así, nada le impedía testar disponiéndolo así. ¿Hizo testamento a favor de ustedes dos?

María bajó la vista hacia su deshilachado pantalón del que sacudió un polvillo imaginario. Luego meneó negativamente la cabeza.

—No, pero sé que tenía previsto modificarlo. Estaba yo con ella cuando concertó cita con el notario para el día siguiente. Después, esa misma tarde fue al museo y por eso Sergio la estranguló. La mató para que no pudiera desheredarle.

—Ya, eso ya me lo ha dicho antes —murmuró Irene con todo el sarcasmo que fue capaz de dejar traslucir—. ¿Y cómo lo hizo? ¿Se disfrazó para aparentar que era un hombre de mucha edad y la siguió por el museo hasta que ella se detuvo bajo el cuadro de “Las Meninas”? Es un salón que está siempre atestado de gente, por lo que el lugar me parece indicadísimo para que cualquier marido estrangule a su mujer, si está deseando heredarla. Y eso sin contar que, unos días antes, el mismo viejo estranguló al pie de ese cuadro a otra pintora que, al parecer, no tenía un duro. ¿También la mató su cuñado para heredarla o para qué?

Intimidada, María tragó saliva.

—Bueno... yo no sé por qué mataron a esa otra pintora. Lo que le estoy queriendo decirle es que no es justo que Sergio herede a Diana y que Ángel y yo vamos a hacer lo imposible por impedirlo. ¿Me entiende? Se lo digo para que se lo piense.

—¿Qué es lo que tengo que pensar?, —replicó Irene con acritud—. ¿Si me voy a seguir ocupando de los intereses del señor Andrade, ahora que sé que su hermano y usted están empeñados en disputarle la herencia de la señora Alvear? Pues mire, sí, me voy a seguir ocupando. Y ahora, si me lo permite, tengo mucho trabajo.

Se puso en pie y la otra la imitó vacilante, por lo que la tomó ligeramente por el brazo empujándola hacia la puerta del despacho que abrió de un tirón. Ya en el umbral, María hizo un último intento de resistirse a marcharse.

—Piense en lo que le he dicho, —murmuró en tono bajo—. Sergio no merece heredar a Diana.

Irene le cerró la puerta en las narices y luego retrocedió pensativa hacia su mesa. Ya le había advertido Gonzalo que iba a suceder con los dos hermanos lo que precisamente había ocurrido. ¿Pero qué podrían estos hacer? ¿Impugnar el testamento? Sabía que se sustanciaba en un juicio largo y pesado y también sabía que ella tenía muy poca experiencia, pero en caso de necesidad le pediría ayuda a Gonzalo. Se sentó tras la mesa y acodándose sobre su brillante superficie apoyó la cabeza entre sus manos. ¿Debería ir a reconciliarse con su vecino de despacho? Después de todo, únicamente le había advertido él sobre las dificultades que tendría que soslayar, como si fuera un vidente.

Lo meditó durante unos segundos y cuando al fin se decidió salió apresuradamente al pasillo y llamó con los nudillos a la puerta del despacho contiguo. Al no contestarle nadie, repitió la llamada y luego pulsó el timbre. Un instante más tarde Gonzalo entreabría la puerta y asomaba la cabeza por la abertura.

—¡Ah!, ¿eres tú? Ahora no puedo atenderte. Estoy con un cliente, —le dijo sin expresión, pero a Irene le pareció que le exasperaba que le hubiera importunado en su trabajo.

—Perdona, es que necesito hablar contigo. Tenías razón en lo que me dijiste el otro día, pero...

—Está bien, —la atajó, sin esperar a que terminara de explicarse—. Cuando termine de atender a mi cliente, pasaré a tu despacho para que me lo cuentes. Es el último de esta tarde.

Con una vaga sensación de malestar retrocedió ella sobre sus pasos. Estaba claro que le había molestado su interrupción. Cerró a su espalda la puerta de su despacho y regresó a su butaca tras la mesa, sin saber qué hacer para entretener la espera. Miró el reloj de pared que le había regalado Marisa, que marcaba las siete de la tarde y luego comprobó la coincidencia de la hora con el que llevaba en su muñeca izquierda. Tabaleó luego con un lápiz sobre la superficie de la mesa y después puso en marcha el ordenador. ¿Por qué tardaba tanto Gonzalo? No tenía ella absolutamente nada que hacer y necesitaba consultarle lo que le había comentado María Alvear. Inquieta se puso en pie y se acercó al balcón, comprobando que ya había oscurecido y que apenas si se distinguían los transeúntes que caminaban por la acera. Solo alcanzaba a ver los faros de los coches, que, como una luminosa exhalación, recorrían la calzada a sus pies y se fundían con la noche antes de llegar a la plaza.

El estridente sonido del teléfono sobre la mesa la obligó a dar un respingo y a inclinar la mirada hacia el aparato. ¿Quién podía llamarla? ¿Sería Gonzalo para advertirle que ya había terminado la entrevista con su cliente? ¿O sería...? Se dijo que lo más conveniente era dejar de hacer cábalas y descolgar el auricular, por lo que se lo llevó inmediatamente al oído.

—Diga.

Oyó una voz masculina, pero no era la de su vecino de despacho.

—Irene, ¿eres tú? Soy Sergio Andrade.

De la sorpresa se dejó caer sentada en la butaca e inconscientemente, pese a que él no podía verla, adoptó una expresión circunspecta.

—Sí, soy yo, ¿hay algo nuevo?

—No, verdaderamente no. Solo quería saber cuándo ibas a empezar con la testamentaría de Diana. Estoy en casa y he estado revolviendo en su

despacho para buscar los papeles que supongo que necesitarás, pero no he encontrado nada.

—¿No has encontrado las escrituras de los inmuebles?, —se extrañó ella.

—No, Diana guardaba los documentos importantes en un archivador que hay aquí, en su despacho. Era bastante ordenada y lo tenía todo perfectamente clasificado. No lo entiendo.

—Bueno, no te preocupes que ya aparecerán, —le tranquilizó—. Tenía entendido que querías dejar la testamentaría para más adelante, para cuando la policía encuentre al viejo chalado y quedes libre tú de toda sospecha. ¿Es que has cambiado de opinión?

La voz de él, grave y bien timbrada, sonó alterada.

—No, es que me preocupa que en algún momento en que haya salido yo de esta casa, aparezcan por aquí mis cuñados y me escamoteen esos documentos, ¿entiendes? Y es posible que lo hayan hecho ya, porque, como te he dicho, no los encuentro.

—¿Es que tus cuñados tienen llave de tu casa?, —trató de precisar Irene.

—No, claro que no, pero cuando vivía Diana se presentaban cuando les venía bien, sin avisar, y la chica que limpia les hacía pasar al salón y allí esperaban a mi mujer hasta que regresaba de su estudio. Estoy seguro de que ahora arrollarían a esa chica si intentara impedirles la entrada, por lo que... por lo que quiero que esos documentos los guardes tú hasta que resuelvas todos los trámites que sean necesarios.

—No te preocupes, —repitió ella—. Si los hermanos de Diana se han llevado esas escrituras, podemos pedir en las correspondientes notarías una segunda copia.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Aunque no podía verle ni oírle, Irene adivinó que no se decidía a hacerle una proposición.

—¿Querías algo más? —le animó.

—Sí, pero no sé si te pareceré un atrevido.

—Si me lo pareces, ya te lo diré.

—Es que...

—Sí, dime.

Le dio la impresión de que él tomaba aire antes de preguntárselo.

—Quería pedirte que vinieras mañana a mi casa a ayudarme a buscar esos papeles. Trabajo en el instituto hasta las cinco de la tarde, pero podría recogerte a las cinco y media en tu despacho.

La proposición de él era tan inesperada que momentáneamente no supo qué decir.

—¿Qué vaya a tu casa?

—Sí, no es muy ortodoxo, ¿verdad? Tendrás mil clientes a los que atender y yo te voy a hacer perder la tarde, pero es que estoy muy preocupado. María y Ángel son capaces de hacer cualquier cosa por perjudicarme.

Evocó Irene a la pelirroja con aspecto de *hippie* que había recibido esa misma tarde y su expresión huidiza.

—Mientras tú buscas esos documentos en su despacho, yo podría hacer lo mismo en su dormitorio, —continuó Sergio—. No creas que tengo intención de... de nada. Solo quiero tener la seguridad de que mis dos encantadores cuñados no me han jugado una mala pasada.

Irene intentó poner en orden sus ideas para contestarle adecuadamente. ¿Era algo raro lo que le estaba proponiendo? De todas formas no podía darle la impresión de que era un abogado sin pleitos ni clientes. Tenía que aparentar que tenía mucho trabajo.

—Mañana me viene muy mal, —replicó al fin con voz clara—. Tengo toda la tarde ocupada. Quizás pasado mañana, pero tendré que estar de vuelta en el despacho antes de las ocho, porque a esa hora tengo una cita que no puedo posponer.

No tenía absolutamente nada que hacer a esa hora ni a ninguna otra, pero le pareció que con esa invención incrementaba su prestigio, por lo que, con el aparato en su oído, se apoltronó en su butaca más cómodamente, satisfecha de sí misma.

—De acuerdo entonces, —replicó él—. Hemos quedado en que te recogeré pasado mañana en tu despacho a las cinco y media. Hasta entonces.

Oyó el clic que cortaba la comunicación y depositó ella también el auricular en su horquilla sintiendo una incontenible excitación. Iba a

comenzar su primer asunto de pago, al fin iba a poder poner en práctica algo de lo que había estudiado durante las interminables tardes en las que sus compañeras de Colegio Mayor salían a divertirse y ella se quedaba en su habitación con los codos sobre la mesa, alumbrándose con un flexo plateado, hasta que las letras del libro empezaban a bailotearle ante los ojos.

En su euforia experimentó la sensación de que era incapaz de seguir sentada en su butaca y de permanecer en el despacho un segundo más. Olvidando por completo que su vecino de despacho había quedado en pasar al de ella para escuchar lo que le había comentado la visita que había recibido esa tarde, se puso en pie, descolgó el chaquetón del perchero y tras cerrar la puerta con llave bajó alegremente la escalera para salir después a la calle.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Rebulléndose inquieta en su butaca, dos días más tarde consultaba su reloj de pulsera una vez más, comprobando que eran las cinco y cuarto de la tarde. ¿Por qué el tiempo avanzaría tan despacio? Había llegado como siempre esa tarde a su despacho a las cinco en punto, sabiendo que tendría que transcurrir media hora antes de que Sergio pasase a recogerla, pero ese lapso de tiempo se le estaba haciendo interminable.

Sacó un espejito del bolso y constató una vez más que los rizos de su rubia melena enmarcaban un bonito semblante en el que destacaban unos ojos azules de pestañas largas y rizadas. Se las había rizado en casa con un aparatito que le había prestado Marisa y las había ennegrecido con el rímel que también le había dejado esta. Gracias a los polvos, su naricilla breve no brillaba en absoluto y el lápiz de labios de color rosa resaltaba la línea carnosa de su boca. Estaba todo en orden, se dijo. También la indumentaria que vestía era la adecuada. Le sentaba bien el traje pantalón azul marino, el jersey rojo de cuello alto y el chaquetón color crema. Toda esa ropa se la había comprado en las rebajas, pero era nueva y, sobre todo, le confería el aire profesional apropiado para empezar a ocuparse de su primer asunto.

De improviso recordó a Gonzalo y que se había marchado dos tardes antes sin aguardar a que, después de despedir a su último cliente, se presentase él en su despacho para escuchar lo que le había comentado María Alvear. Si pasaba a verle ahora, probablemente el tiempo de espera transcurriría con mayor rapidez. Le apetecía además que la viera tan bien arreglada, por lo que no se lo pensó dos veces. Apagó el convector y la luz, cogió el bolso y el maletín en el que no llevaba ni un solo papel, pero que coadyuvaba a proporcionarle un aire de abogado eficaz, y salió al largo pasillo. Gonzalo le abrió la puerta en cuanto llamó con los nudillos. Sin

duda esperaba a otra persona, porque abrió la boca sorprendido, aunque lo disimuló inmediatamente.

—¡Hola!, ¿eres tú?

No parecía que se alegrara de verla, pero quizás obedeciera su gesto a que ella le había dado plantón dos días antes, ya que se había marchado sin esperarle. Por eso se apresuró a excusarse.

—Sí, venía a disculparme por no haber aguardado a que se fuera tu cliente anteayer, tal y como habíamos acordado. Tuve que salir de aquí antes de lo previsto, porque me llamó mi compañera de piso, —improvisó sobre la marcha—. Se encontraba mal y me marché antes de que cerraran la farmacia, porque tenía que comprarle un medicamento. Lo siento.

Él se la quedó mirando como si no entendiera de qué le estaba hablando.

—¿Habíamos quedado en tu despacho a última hora? —se extrañó, enarcando sus oscuras cejas—. Perdona tú entonces, se me olvidó. Es que el asunto que me planteó el último cliente de la tarde era bastante complicado. Estuve consultando el Aranzadi hasta muy tarde y... bueno, ya te he dicho que se me olvidó. Perdona.

—Eso también me lo has dicho, —refunfuñó Irene con sorna.

¿Sería posible que hubiera estado a punto de esperarle inútilmente?, se preguntó. Afortunadamente a ella también se le había olvidado que habían decidido verse más tarde y se había marchado eufórica después de hablar con Sergio y quedar con este para esa misma tarde, dentro de unos minutos. Enrojeció al sentirse en una posición tan desairada y dejó escapar una risa falsa al tiempo que hacía intención de regresar a su despacho.

—Bueno, pues entonces estamos en paz, —le dijo en tono ligero—. No tenemos de qué disculparnos ningunos de los dos. Y ahora me marchó, porque van a venir a recogerme dentro de un momento.

—¿No vas a trabajar esta tarde?, —le preguntó él con una indiferencia que a Irene le molestó en lo más profundo. Y como estaba deseando fastidiarle, le contestó muy sonriente:

—Sí, claro que voy a trabajar. He quedado con el marido de la pintora estrangulada en ir a su casa para empezar con la testamentaría. Y por cierto, lo que quería comentarte anteayer es que vino su cuñada, la hermana de la

difunta, a decirme que Sergio no se merece heredar a su mujer y que además fue él quien la mató.

Apoyado en el quicio de la puerta, Gonzalo volvió a enarcar las cejas.

—¿Te dijo que tu cliente es el asesino de su mujer y lo que se te ha ocurrido es irte con ese asesino a su casa? ¿Estás bien de la cabeza?

—Voy a buscar unos papeles que necesito y que no encuentra, —protestó ella—. ¿No lo entiendes?

—Sí lo entiendo, sí. A la que no entiendo es a ti. Me parece perfectamente natural que le defiendas en el juicio si le acusan de asesinato, pero no que te vayas con él a su casa, donde podría hacerte cualquier cosa. ¿Por qué estás tan segura de que es inocente?, ¿solo porque te parece atractivo?

Irene reprimió un exabrupto.

—El asesino es un viejo, —remachó al límite de su paciencia—. Le grabaron las cámaras de seguridad del museo y lo único que Sergio tiene de común con ese viejo es la estatura. Es muy alto también, pero eso no prueba nada.

—No, pero es un indicio, —alegó muy enfadado—. Deberías llevar más cuidado hasta que se averigüe quien es el culpable.

—Entonces también debería evitar hablar contigo hasta que lo detengan —farfulló Irene con sorna—. Tú eres tan alto como él, así que también podrías haberte caracterizado como el viejo de la barba blanca y haber estrangulado a las dos pobres pintoras.

—¿Y qué motivos podría tener yo para estrangularlas?, —la rebatió indignado.

—Pues... pues no sé, —reconoció ella tras unos segundos de reflexión—. A Julia Ramírez la conociste. A lo mejor fue tu novia y te dejó o puede que te hicieran chantaje o... o yo qué sé. Y a Diana... tampoco lo sé, pero, como ya te he dicho, tu estatura también es un indicio. ¿Cuánto mides?

—Un metro, noventa centímetros. ¿Y tú?, —le preguntó mordaz.

—Yo, un metro, setenta centímetros. Soy muy alta, —replicó tontamente.

—Mucho, pero no cabe duda que tú no podrías haberte disfrazado de viejo asesino, —replicó hiriente—. ¿Y dónde vive este tipo con el que has

quedado?

—En la Moraleja, en un chalet impresionante, según me ha dicho María Alvear.

—Un sitio perfecto para que, si es el indeseable del museo, te rebane el pescuezo. ¿Por qué no le has citado en tu despacho?

—Porque tengo que buscarle en su casa unos papeles, —repitió impaciente—. Ya te lo he dicho antes.

—¿Y desde cuándo van los abogados a casa de sus clientes a revolverles los papeles?, —objetó él mordiendo las palabras—. Comprendo que estés emocionada al haber conseguido tu primer cliente, pero eso no es razón para que hagas tantas tonterías. Que busque los papeles él o que contrate a un detective, o mejor aún, a una gestoría. Y sobre todo, no te expongas a que ese tipo te mande al otro barrio o a que te dé un buen susto.

La euforia que sentía Irene se disipó al escucharle como si le hubieran arrojado sobre la cabeza un jarro de agua fría. ¿Tendría razón y ella se estaría comportando como una inconsciente? Pero ya no tenía remedio. ¿Qué podía hacer ahora? Sergio estaba a punto de llegar a recogerla y no se le ocurría ninguna excusa verosímil para anular la cita.

—No te preocupes por mí, que sé cuidarme, —le aseguró muy digna, aunque no sentía ni la mitad de la seguridad que aparentaba—. Mañana te contaré cómo me ha ido y te convencerás de que no había ningún motivo de preocupación.

Fue a retroceder Irene para volver por donde había venido, pero él la detuvo con un ademán.

—¡Ah!, quería comentarte una cosa. He encontrado otro despacho en un piso de la calle Príncipe de Vergara, con sala de espera y una secretaria común para el colectivo de abogados que trabaja allí, y me mudo el día primero del mes que viene. Te daré el teléfono para que me llames si necesitas algo.

Se quedó helada. Se marchaba. No se había dado cuenta hasta ese momento de la seguridad que le inspiraba profesionalmente el tenerle tan cerca. De poder consultarle sobre las insidias de María Alvear y de su hermano, sobre la testamentaría de Sergio y de su defensa en el caso de que volvieran a detenerle. Mentalmente calculó los días que faltaban para que

hiciera la mudanza. Aún tenía quince días por delante. Eran muy pocos, pero lo importante era que Gonzalo no se diera cuenta de lo que a ella le afectaba su marcha. Con un esfuerzo consiguió sonreírle.

—¡Vaya, pues cuanto me alegro! Va a mejorar mucho tu imagen y en nuestra profesión es importante. Y ahora me voy. Ya hablaremos, —le dijo tras consultar nuevamente el reloj y comprobar que ya eran las cinco y media.

Oyó el sonido de la puerta del despacho de él cerrarse bruscamente a su espalda y se dirigió hacia la escalera sin el optimismo que experimentara poco antes. No sabía qué le había molestado más, si que hubiera olvidado dos tardes antes que habían quedado para comentar la visita de María Alvear cuando se marchara el cliente de él, o que estuviera a punto de mudarse de despacho. No, lo que más le había fastidiado había sido notar que, en lugar de alegrarse al verla, le había importunado al acudir en dos ocasiones a consultarle, aprovechando que le tenía tan cerca.

Lo olvidó en cuanto salió a la calle y divisó un coche aparcado en segunda fila delante del portal. No entendía demasiado de marcas de coches, pero sabía que aquel era un Audi deportivo y que era carísimo. Sergio descendió del vehículo en cuanto ella apareció en el portal y le indicó con un gesto que subiera al coche, haciendo él lo mismo por el lado contrario. Ya en el asiento del conductor, le sonrió al tiempo que giraba la llave y arrancaba el motor, poniendo el vehículo en marcha.

—¡Hola!, te agradezco mucho que hayas venido y siento hacerte perder la tarde, pero es que no sé dónde buscar ya. Diana se ocupaba de todo y... Es como si al haberse marchado ella... es que no sé qué hacer, —articuló a duras penas, haciendo vanos intentos por sonreír.

Parecía un huérfano desvalido lo que resultaba paradójico en un hombre tan alto y de complexión tan fuerte, por lo que Irene sintió una inmensa conmiseración.

—¿Tú no te ocupabas de nada?, —le preguntó observándole de refilón.

Llevaba él el espeso cabello oscuro muy corto y vestía un pantalón vaquero y un jersey gris, bajo la cazadora de piel negra. No había en sus gestos nada de estudiado ni parecía ser consciente de su enorme atractivo.

Desvió un segundo sus ojos hacia ella y a esta volvió a sorprenderle el color azul de sus ojos, tan claros, tan transparentes.

—Tengo que reconocer que no, —admitió a media voz—. Cuando la conocí, era secretaria de dirección y se dedicaba a resolverle a su jefe todos los problemas. Le compraba el regalo de su mujer el día de su cumpleaños, le sacaba las entradas del teatro y hasta le elegía las camisas y los calcetines. Después, cuando nos casamos...

—Te resolvía la vida a ti, hasta en los asuntos más nimios, como anteriormente lo hacía con su jefe, —continuó Irene por él— ¿no es así?

—Sí, —reconoció Sergio.

—Y tú te dejabas cuidar y que ella se ocupara de todo.

—Sí, —volvió a admitir él—. Ahora no sé qué hacer, —repitió.

Irene evocó a su padre, incapaz de freírse un huevo, a sus dos hermanos varones que jamás intentaron ni tan siquiera hacerse la cama y a su madre corriendo por la casa de un lado para otro sin dar abasto con todo el trabajo doméstico que recaía sobre sus espaldas.

—Pero Diana disponía de mucho dinero, —objetó ella tras unos segundos de vacilación—. ¿No tenía ninguna clase de ayuda?

—Sí, claro que sí. Para las faenas domésticas contrató a una chica que cumple ese cometido desde hace más de siete años. Su secretaria vivía en nuestra casa y se encargaba de preparar las exposiciones y de la venta de sus cuadros..., ya sabes. Pero Diana se ocupaba directamente de las finanzas y de la adquisición de los bienes con los que se encaprichaba y esas son las escrituras que no encuentro, las de los inmuebles.

—¿Y le has preguntado a la secretaria?

—Sí, pero me ha contestado que esos temas los llevaba Diana y que cree que los documentos los guardaba en su despacho, en el archivador del que te he hablado, pero allí no están.

—Bueno, bueno, ahora veremos, —replicó ella pretendiendo animarle, porque la expresión de Sergio no podía ser más sombría. Parecía no entender que Diana hubiese desaparecido de su mundo, lo que no dejaba de ser extraño si su relación con ella se había deteriorado tanto que ella proyectaba pedir el divorcio.

—¿Y en los últimos tiempos Diana seguía ocupándose de todos tus asuntos?, —le preguntó en tono monocorde.

—Sí, —reconoció él—, de todo lo que guardaba relación con la casa en la que vivíamos. De pagarle a Sandra, que era su secretaria, al jardinero y a las dos chicas, la que limpiaba y la que guisaba. De contratar a los pintores que estaban remozando las paredes de las habitaciones, de comprar los potingues que hay que echarle a las piscinas para que el agua no críe algas..., ya sabes.

Irene no había tenido en su vida una casa con piscina, ni por supuesto secretario ni jardinero, pero esbozó un comprensivo gesto de asentimiento.

—Claro, claro, resolvía ella todas las cuestiones domésticas. ¿Pero qué pensabas hacer tú cuando os divorciarais?

Aunque solo le veía de perfil, pudo captar la expresión de consternación de él, como si fuera un niño al que le anunciaran que se iba a quedar sin madre.

—No había pensado nada... aún. Es que me lo dijo el día antes de... de que la mataran. Estaba tratando yo de hacerme a la idea y... supongo que hubiera tenido que alquilar un piso.

Irene frunció el ceño, intentando ponerse en su lugar y descifrar su reacción.

—Dime una cosa, ¿cuándo te dijo ella que quería divorciarse, no te pidió que te marcharas ese mismo día de la casa en la que vivíais?

Sergio meneó negativamente la cabeza.

—No. Estaba enfadada. Cuando se enfadaba perdía los estribos, pero probablemente cuando se le hubiera pasado la rabieta hubiera cambiado de opinión. Aunque... no sé. Yo pensé entonces que había encontrado otro y que por eso...

La voz se le quebró a él al pronunciar la última frase, por lo que Irene se revolvió inquieta en su asiento, temiendo que a continuación pudiera derramar alguna lágrima, pero afortunadamente no fue así. Sergio se limitó a dar un sorbetón y siguió diciéndole más tranquilo:

—Ella no me dijo que fuera esa la razón, así es que a lo mejor me lo estoy imaginando.

—¿No notaste nada?

—Pues no, —reconoció él—. Era muy independiente. Pasaba temporadas en las playas de levante pintando, porque el mar y el sol eran sus temas preferidos. Yo no podía acompañarla por mi trabajo en el instituto.

—Pero bueno, —le interrumpió ella— el día en que te detuvieron me dijiste que desde que se había hecho famosa os llevabais mal y que ella te decía que eras un pobre hombre. No me parece que ese comportamiento, al que te estás refiriendo ahora, le cuadre a la mujer que me describiste ni a la relación que manteníais. Serían más propias de una persona que te quisiera, pese a vuestras trifulcas.

Sergio pareció meditarlo y luego manifestó desconcierto.

—Sí, me gritaba cuando discutíamos, pero cuando se le pasaba el enfado se disculpaba. Era muy temperamental, pero al mismo tiempo muy cariñosa. Últimamente tenía los nervios sumamente alterados, lo que le sucedía siempre que preparaba una exposición. Después, cuando la crítica la ensalzaba y vendía todos los cuadros, reaccionaba eufóricamente en un primer momento, pero luego caía en la más sombría depresión. Le obsesionaba su carrera y a los que la rodeábamos nos trataba desdeñosamente. Incluso con Sandra, su secretaria, que era su paño de lágrimas, se comportaba como si fuera una niña caprichosa y maleducada.

—¿Y Sandra se lo toleraba?

—Sí, porque admiraba su pintura. Probablemente fuese lo único que realmente les importara a las dos.

Habían dejado atrás Madrid y el coche recorría velozmente la carretera bajo un sol pálido que agrisaba el horizonte, anunciando el crepúsculo entre unas nubes deshilachadas. Al llegar a la urbanización, Sergio se desvió de la avenida principal para recorrer una larga calle con chalets a ambos lados, y detenerse finalmente ante una cancela de hierro, que abrió con un mando automático. La atravesó seguidamente y enfilando un camino que en curva atravesaba una pradera de césped bien cuidada, terminó por detenerse frente a una impresionante mansión de dos plantas. Una terraza bordeada de rosales rodeaba toda la planta baja, a la que se accedía por tres escalones ubicados frente al recio portalón de entrada.

Irene subió los peldaños en pos de Sergio y entró detrás de él en un amplio vestíbulo pavimentado en mármol blanco, al fondo del cual arrancaba una escalera también de mármol y del mismo color, que, según pudo comprobar más tarde, debía ser el preferido de Diana.

Sergio se detuvo indeciso en mitad del vestíbulo.

—¿Quieres tomar algo?

—No, quiero que me lleves al despacho de Diana, para buscar esos documentos que no encuentras.

Él vaciló nuevamente.

—¿No prefieres que te enseñe primero la casa?

Irene volvió a denegar con la cabeza su proposición.

—No. Voy a mirar primero en su despacho y si no aparecen las escrituras buscaremos después en los lugares que te parezcan más probables.

Sergio hizo un gesto de asentimiento.

—Ven entonces. El despacho de Diana está por aquí.

Le indicaba un pasillo al que se dirigieron los dos y que recorrieron, para abrir él a continuación la primera puerta de la izquierda, por la que se accedía a una luminosa estancia. Aunque ya estaba anocheciendo, los últimos rayos del sol penetraban por una inmensa cristalera que abarcaba toda la pared del fondo y que daba a la terraza. Los muebles eran blancos. Una mesa de despacho con un ordenador portátil sobre ella y una butaca de piel del mismo color, una librería y un archivador constituían todo el mobiliario. De las paredes colgaban dos marinas, en las que el mar, intensamente azul, refulgía bajo un cielo deslumbrante por un sol cegador.

—Aquí pasaba Diana la mayor parte del tiempo que estaba en casa, cuando no estaba pintando —le explicó Sergio paseando nostálgicamente su mirada en derredor—. Era el reducto en el que se aislaba de todo y de todos. Esos cuadros los pintó ella cuando nos acabábamos de casar.

Le señalaba las dos marinas e Irene asintió con la cabeza contagiada por la añoranza que percibía en él. Parecía sentir la ausencia de la que había sido su mujer como si aún esperase verla aparecer en cualquier momento e incorporarse a aquel escenario que había sido tan suyo, como si aún pudiera oír el eco de las palabras de ella, aprisionado entre aquellas paredes.

—¿Te parece que empiece por el archivador?, —le preguntó para romper la tensión que se palpaba en el ambiente.

—Sí. ¿Quieres que me quede o prefieres que me marche?

Irene lo consideró unos instantes.

—Prefiero que te marches. ¿Dónde está el salón?

Él la miró indeciso.

—¿Cuál de ellos?

Como Irene no había estado anteriormente en ninguna casa que tuviera más de un salón, vaciló, aunque lo disimuló inmediatamente.

—En el salón donde tengas el aparato de la televisión. Seguro que retransmiten un partido de fútbol. Porque te gustará el fútbol, ¿verdad?

—Sí, claro, —afirmó él como si lo contrario fuese impensable—. Está ahí enfrente, —le dijo, señalándole una puerta que podía verse desde donde se encontraban, al otro lado del pasillo.

—Pues ve al salón, que cuando te necesite te llamaré.

En cuanto Sergio salió de la estancia, se dirigió ella directamente al archivador y empezó a revolver los papeles que había en las carpetillas del cajón superior. Facturas atadas con una goma elástica, folletos de exposiciones, recortes de periódicos con la crítica de expertos en arte alabando su pintura, álbumes con fotografías de sus cuadros, pero ninguna escritura notarial. Pasó revista entonces al cajón inferior con el mismo resultado negativo. La emprendió a continuación con los mil cajones y cajoncitos de su mesa de despacho en los que encontró objetos tan curiosos como gomas de borrar, bolígrafos ya gastados y hasta una bombilla fundida, pero ningún documento de importancia. Iba a empezar a revolver los armaritos bajos de la librería, cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¡Hola! ¿Eres la nueva chica de Sergio?

Con un respingo se giró en redondo. El propietario de la voz era un hombre pelirrojo y muy alto. Tenía los ojos rabiosamente verdes y un aire petulante y descarado que la inquietó, aunque consiguió aparentar una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—¿Quién es usted?, —le preguntó con voz helada.

—Me llamo Ángel Alvear. Diana era mi hermana.

Aunque el color de su cabello y el de sus ojos era el mismo que el de María, difería su aspecto del de su hermana en todo lo demás, pues el de esta respondía al de una mujer solitaria y amargada y, por el contrario, el que tenía delante era un hombre muy bien parecido.

—¿Y por dónde ha entrado?

Él dejó escapar una risita sarcástica.

—¿Qué por donde he entrado? Por la puerta naturalmente. Estaba abierta como siempre. Solo la cierran de noche y no todas, pero te he hecho una pregunta.

Irene adoptó un aire adusto y le miró de arriba abajo con severidad.

—He oído una grosería, no una pregunta, y no suelo hablar con personas mal educadas. Estoy trabajando, así que le agradecería que se marchase, a ser posible, por la puerta, ya que, según dice, está abierta.

Ángel se echó a reír, mostrando unos dientes muy blancos. A su pesar se vio obligada Irene a reconocer que era realmente atractivo aunque a ella siempre le había desagradado ese tipo de hombres vividores que no parecían respetar nada.

—Vamos, vamos, no te pongas así. ¿Puedes decirme qué estás haciendo aquí, en el despacho de Diana? ¿O es que eres la nueva chica de la limpieza? No tienes pinta de limpiadora.

Irene volvió a mirarle desdeñosamente de arriba abajo.

—No, no estoy limpiando. Soy la abogado de don Sergio Andrade y estoy trabajando, ya se lo he dicho, así que le agradecería que se marchase de una vez.

—¿Nada menos que la abogado de Sergio?, —comentó él con sorna—. No cabe duda de que mi cuñado ha tenido siempre buen gusto. ¿Puedo ayudarte a buscar eso que te interesa tanto?

—No, no puede. Y si no se marcha, llamaré a Sergio para que le enseñe la puerta.

Él se apoyó en la pared sonriendo descaradamente.

—Llámale. Si de verdad eres su abogado, estarás buscando las escrituras de las propiedades de Diana, ¿verdad? No las vas a encontrar. Ya las he buscado yo antes que tú y tampoco he dado con ellas. ¿Sabes que Diana y Sergio se iban a divorciar?

Consiguió permanecer impasible sin que se le contrajera ningún músculo de su rostro.

—Lo que sepa yo, no le importa a usted, —replicó muy digna.

—¿No?, bueno, por si no estás al tanto, te haré un resumen. Sergio está liado desde hace mucho tiempo con la profesora de gimnasia de su instituto. Dicen que el interesado es el último que se enteró y en este caso es cierto. El caso es que, cuando Diana se enteró, le puso de patitas en la calle. ¿No te lo ha contado?

—Le repito que lo que me haya contado no es asunto suyo, —repuso Irene intentando no demostrar su sorpresa. Sergio le había dicho que era Diana la que tenía una nueva relación y que por eso quería divorciarse, ¿le habría mentado?

El otro la miraba ahora con curiosidad, displicentemente apoyado en la pared.

—Debes ser tú entonces la abogada a la que María fue a ver anteayer, —dedujo observándola con una expresión nueva—. ¿Fue a verte a ti?

—Sí, y haga el favor de no tutearme. No le conozco de nada ni tengo intención de conocerle en el futuro.

—Ya, —continuó él como si no la hubiera oído—. Me dijo mi hermana que eras dura de pelar y que sigues empeñada en defender a Sergio, aunque ella ya te informó de que fue él quien asesinó a Diana.

—¿Estaba ella en el museo y vio como la estrangulaba?, —inquirió Irene secamente.

Él se echó a reír con ganas.

—¿María en el museo?, no.

—¿Y usted?

—¿Yo?, claro que no. No he ido en mi vida a ningún museo ni pienso ir en el futuro. A la que le gustaba la pintura era a Diana, que incomprensiblemente ganó mucho dinero emborronando lienzos. También me parece incomprensible que aguantara a Sergio durante tantos años, pero cuando se enteró de que él tenía un nuevo ligue, la profesora de gimnasia del instituto, decidió darle la boleta. Mi querido cuñado tiene mucho que ocultar y tú cometerías una insensatez ocupándote de sus asuntos.

Fue Irene a replicarle airadamente, pero en ese momento alguien que acababa de entrar y se encontraba de espaldas a ella lo hizo en su lugar.

—¿Qué es lo que tengo que ocultar, Ángel?

Antes de volverse hacia la alta figura que se perfilaba en el umbral de la puerta, reconoció ella la voz de Sergio que, aparentemente tranquilo, se apoyaba en el quicio y miraba imperturbable a su cuñado. Este esbozó una caricatura de sonrisa, visiblemente incómodo.

—Nada. Acabo de conocer a tu abogado y la estaba saludando, —mintió con toda desfachatez—. He venido a verte por si, dadas las penosas circunstancias que atravesamos, necesitas algo que yo pueda hacer por ti.

A diferencia de la actitud que mantenía con ella instantes antes, parecía estar ahora verdaderamente apenado por la pérdida de su hermana y había perdido su aire fanfarrón y descarado, pero no engañó a Irene ni por supuesto a Sergio que replicó en tono duro:

—Pues mira sí, ya que me lo preguntas sí podrías hacerme un favor y es que te largues inmediatamente y que no vuelvas a aparecer por aquí. No te he dado una llave de esta casa ni creo que te la diera Diana, así que no hay ninguna razón para que te cueles en ella cuando te dé la gana. Y ahora si me haces el favor...

Su tono era amenazador y aunque Ángel era de la misma estatura y quizás algo más corpulento, se encogió visiblemente asustado.

—Ya te he dicho que solo he venido a ver cómo te encontrabas, pero ya me marchó. Te repito que si necesitas algo...

—No necesito nada... de ti. Y ahora te acompañaré hasta la puerta.

Irene les vio salir a los dos del despacho y permaneció indecisa, hasta que un momento más tarde regresó Sergio. Tenía el semblante crispado y fue a sentarse de medio lado sobre la mesa del despacho.

—¿Te ha molestado ese imbécil?, —le preguntó mordiendo las palabras. Irene hizo un gesto evasivo.

—Lo ha intentado, pero ya sabes que no ofende quien quiere sino quien puede. Me ha parecido un tipo bastante insolente y me ha dicho que había entrado por la puerta, porque nunca la cierras de día. ¿Es verdad?

Sergio se encogió de hombros.

—Puede ser, pero aunque cerrara el portalón de entrada, hay un sinnúmero de puertas de cristales que abren a la terraza. Fue un capricho de Diana y el efecto es muy espectacular, pero esta es una casa que haría las delicias de cualquier ladrón. Podría entrar por infinidad de sitios.

Irene meneó negativamente la cabeza.

—No, si te molestaras en adoptar las medidas de seguridad más elementales, tales como colocar rejas en las ventanas e instalar una alarma conectada con la policía. Creo que deberías procurar que tu cuñado no pueda entrar en esta casa cuando tenga por conveniente. No me ha parecido una persona de fiar.

—No, no lo es, —reconoció él con expresión sombría—. Le define el calificativo de “mal bicho”.

—Y si es un mal bicho, ¿por qué no le impides que venga sin que le hayas invitado?

Él se acarició pensativamente la barbilla.

—Pues... pues no lo sé. Tienes razón, pero es que todavía no me he acostumbrado a esta nueva situación. Antes aparecían él y María sin avisar y Diana les recibía siempre, aunque no se llevaba demasiado bien con ninguno de los dos. El motivo de las visitas de sus hermanos era siempre el mismo. Venían a pedirle dinero y Diana se lo daba. Luego venía ella a quejarse y me decía que eran un par de aprovechados, pero sentía una curiosa debilidad por ellos, aún sabiendo que no se lo merecían.

—¿A qué se dedica Ángel?, —le preguntó Irene, sentándose también de medio lado sobre la mesa del despacho.

—Es entrenador de baloncesto de los chicos de un colegio. Nos hicimos amigos precisamente cuando éramos unos adolescentes porque formábamos parte del mismo equipo. Por él conocí a María, con la que salí durante un tiempo, pero luego... nos encontramos una tarde los dos con Diana en una cafetería y a partir de entonces...

—Cambiate a María por Diana, —terminó Irene por él—. ¿Y cómo le sentó a María?

Sergio bajó la vista para fijarla en la punta de sus zapatos como si estuviera avergonzado.

—Mal, le sentó muy mal y aunque han pasado los años sigue sin perdonármelo. Ya casados, encizaba a Diana contra mí siempre que podía e incluso me atribuía unas aventuras que solo existían en su imaginación.

—¿Una aventura con la profesora de gimnasia del instituto donde trabajas?

Sergio levantó la vista para fijar sus clarísimos ojos en el semblante de Irene. Parecía desconcertado.

—Sí, con la pobre Consuelo, que es y ha sido siempre una magnífica amiga, pero solamente una amiga. ¿Es que te ha comentado Ángel...?

—Sí, me lo han comentado los dos, pero a mí puedes decirme la verdad, —le advirtió, animándole con un gesto de comprensión a que se explayara con ella—. Te recuerdo que el secreto profesional me obliga a no comentar con nadie lo que tú puedas contarme.

Él negó vigorosamente con la cabeza.

—No, te he dicho la verdad. Consuelo es una compañera de trabajo y nada más. Bueno, algo más, —reconoció después de meditarlo—. Ha sido durante muchos años mi paño de lágrimas. Me desahogaba con ella cuando Diana y yo teníamos un altercado. Consuelo es soltera y vive sola, así que muchas tardes, al salir del instituto, me iba a cenar a su casa y luego veíamos la televisión. Es una mujer muy comprensiva. Solíamos quedar, cuando Diana se marchaba a la playa a pintar. A veces tardaba un mes o más en volver y la verdad era que yo me sentía bastante solo.

Irene se le quedó mirando con miseria.

—¿Y llegó a enterarse Diana de ese supuesto lío con esa chica?

Sergio esbozó una sonrisa irónica.

—Sí, claro. María no perdió un segundo en ir a contárselo y luego acudió inmediatamente Ángel a echar más leña al fuego.

—¿Y fue por esa razón por lo que decidió divorciarse?

Sergio se quedó silencioso. Luego extrajo una pitillera del bolsillo y le ofreció a Irene.

—¿Quieres?

—No, gracias, no fumo, pero no me has contestado.

—Es que yo también me lo estoy preguntando. No llegó a decirme el motivo y pensé entonces que ella había encontrado otro..., pero sí, esa tarde

estuvo en el saloncito con María y con Ángel y después de despedirles fue cuando me dijo de sopetón que quería divorciarse.

Examinó Irene su moreno semblante ensombrecido, en el que destacaban poderosamente sus ojos azules.

—¿Y no le preguntaste nada? ¿No le preguntaste cuál era el motivo por el que había tomado esa decisión?

Sergio meneó negativamente la cabeza.

—No. Estaba furiosa y cuando se enfadaba era mejor no hacerle muchas preguntas. Pensé aclarar las cosas más adelante, cuando se calmara, pero al día siguiente fue al museo y... —Se interrumpió, incapaz de seguir hablando y ella le dio unas palmaditas en el hombro.

—Era una mujer preciosa, —continuó él cuando consiguió recuperar la voz—. ¿Quieres que te enseñe un autorretrato que pintó hace unos meses? Está en el salón, encima de la chimenea.

—¿En el salón?, ¿en cuál de ellos?, —le preguntó tontamente Irene, aunque afortunadamente Sergio no la oyó.

Había salido del despacho y la precedía por el pasillo hasta una enorme estancia a la que se accedía desde el vestíbulo por una puerta cristalera de dos hojas. Ella parpadeó deslumbrada al entrar y no porque estuviera la habitación profusamente iluminada. Era por la luminosidad que le proporcionaba la enorme cristalera que daba a la terraza, que a esas horas teñía de un color rojizo el sofá y las butacas tapizados de piel blanca que flanqueaban la chimenea y las que aparecían diseminadas por la estancia. Junto a la chimenea, una palmera elevaba sus verdes ramas hacia el techo y por todas partes los centros de flores ponían una nota de colorido en la nivea blancura de la decoración. Sobre la chimenea colgaba un cuadro en el que una bonita muchacha de rojizo cabello y ojos de un clarísimo color verde sonreía soñadoramente.

Irene la contempló en silencio.

—Sí, era preciosa.

También él miraba fijamente el cuadro con los ojos húmedos.

—No solo tenía un físico muy atrayente, —dijo con una voz muy ronca—. Aunque tenía un carácter muy inestable y estaba obsesionada con la

pintura, también era alegre y muy positiva. A su lado cualquier problema se minimizaba. Parecía capaz de resolverlo todo.

Irene paseó su mirada por el salón. Aún no se habían marchitado las flores que en los centros diseminados por la habitación había cuidado ella. En un revistero junto al sofá estaban apiladas las revistas que sin duda había hojeado y en el aire quedaba todavía el eco de las palabras con las que se despediría de Sergio para ir al museo. Sintió tan real su ingrátida presencia que se rebulló inquieta y consultó su reloj de pulsera.

—Es muy tarde, ya, Sergio. Tengo que regresar al despacho porque he citado a las ocho a una visita.

Él pareció bajar de las nubes.

—Pero no hemos encontrado nada. Por culpa de Ángel no has podido registrar a fondo el despacho de Diana. ¿Quieres que antes de irnos te enseñe la casa?

—No, no. Debe de ser muy grande y no tengo tiempo.

—Bien. Nos marcharemos ya, pero antes me gustaría que vieras la piscina cubierta. Hay otra en el jardín en la que nos bañábamos en verano, pero ese patio es un reflejo de cómo era ella.

La precedió por el pasillo hasta una puerta de cristales que abrió e Irene salió tras él a un patio interior con el techo acristalado que se asemejaba a un jardín tropical. En su centro, una piscina intensamente azul, rodeada de césped en el que crecían las plantas más diversas, recordaba al estanque de un vergel paradisíaco. Las paredes estaban materialmente cubiertas de enredaderas en flor y en pequeños arriates crecían ciclámenes y hortensias de todos los colores. Sin el menor esfuerzo la imaginó allí, alta y pelirroja, entre aquel estallido de verdor, bañándose en la piscina, tan azul como el mar que pintaba en sus cuadros.

También Sergio debía estar rememorando momentos vividos con su mujer en ese lugar, porque, aunque no le miraba, le oyó extraer de su bolsillo su enorme pañuelo y sonarse con él.

—Es precioso, —articuló a duras penas Irene.

—Sí, desayunábamos aquí casi siempre, —musitó él en apenas un susurro—. Y luego, los días de fiesta, como yo no tenía que marcharme al instituto, nadábamos un rato. En invierno, incluso en los días en que

nevaba, nos bañábamos juntos y veíamos como los copos de nieve iban cubriendo el cristal del techo. Diana se reía y me decía que quizás un día lograría pintar lo que veíamos desde el interior de la piscina, pero nunca lo intentó.

Volvió a sonarse e Irene, temiendo que diera rienda suelta a sus emociones, le hizo abandonar el patio y salir al pasillo, donde los recuerdos de él no serían tan dolorosos.

—Tengo que marcharme, —repitió en el tono más pragmático que fue capaz de emitir, pues el ambiente de la casa, tan melancólico, le estaba afectando también a ella—. Creo que lo más práctico será que pidamos un certificado de los bienes que tenía Diana en el Registro de Índices. Después consultaré en el Registro de la Propiedad el nombre del notario y la fecha y el número de protocolo de la escritura y pediremos un duplicado en la correspondiente notaría. Es lo más sencillo.

Él la miró con expresión inescrutable.

—¿Y todo eso cuanto me costará?

Desconcertada, Irene se le quedó mirando con la boca abierta.

—Pues... pues unos cuantos euros, sí, pero tú tendrás algún dinero en el Banco, ¿no es así?

Él meneó negativamente la cabeza.

—Estoy peor que mal de dinero. Diana y yo no teníamos una cuenta corriente conjunta. Hasta que no lleves a cabo la testamentaría...

—Claro, hasta entonces no puedes tocar nada de lo que te haya dejado.

—No, hasta entonces, no.

—¡Pues vaya por Dios!, —se lamentó ella—. No puedes disponer de sus fondos ni por supuesto de sus bienes y para tramitar la testamentaria necesitamos las escrituras. ¿Se las habrá llevado tu cuñado pelirrojo? Él me ha dicho que también las ha buscado y que no las ha encontrado.

Sergio hizo un gesto de impaciencia.

—Lo mejor será que vuelvas otra tarde. Sé que estás muy ocupada y que te estoy haciendo perder el tiempo, pero te pagaré tu minuta en cuanto resolvamos este asunto. Y ahora, vámonos. No quiero que por mi culpa hagas esperar a ese cliente.

Media hora más tarde la dejaba frente al portal de la calle Sagasta y aunque no la esperaba nadie y podía marcharse ya a su casa, se sintió obligada a subir hasta su despacho por si Sergio hubiera decidido espiarla para verificar si era cierto el pretexto que le había dado. La escalera estaba oscura y silenciosa y volvió varias veces la cabeza para cerciorarse, mirando a su espalda, de que no la seguía nadie. ¿Pero quién la iba a seguir?, se preguntó. Había visto cómo Sergio arrancaba el coche y cómo se fundía su automóvil con el espeso tráfico que se dirigía hacia la cercana plaza de Alonso Martínez. Pero de todas formas subiría hasta la primera planta y una vez allí volvería a bajar, se dijo. Se quedaría más tranquila asegurándose de que él se encontraba ya lejos del despacho y de que no podría comprobar por tanto que su pretendida visita de las ocho de la tarde era tan solo una excusa.

Ascendió dos peldaños más tirando de su cartera vacía y de improviso se detuvo con el corazón en la garganta. Una alta y oscura figura se destacaba en la negrura del rellano. Se había quedado inmóvil aguardando a que ella alcanzara el largo pasillo donde se encontraba la puerta de su despacho, por lo que estuvo a punto de darse la vuelta y echar a correr escaleras abajo. Se detuvo en seco al reconocer la voz de Gonzalo.

—Irene, ¿eres tú? Ya me marchaba.

—¡Qué susto me has dado!, —protestó sintiendo cómo el corazón le latía dentro del pecho como una máquina descompuesta—. He creído...

—Que era el asesino del museo, —se rio él, sin sospechar siquiera que eso era precisamente lo que Irene había supuesto. Y cómo ni le pasó por la cabeza que ella pudiera elucubrar tales horrores, le preguntó de buen humor —: ¿Cómo te ha ido en la casa de ese tipo? ¿Has encontrado las escrituras que buscabas?

Antes de que encontrara las palabras que del susto se le habían perdido en la garganta, descendió Gonzalo un tramo de peldaños hasta alcanzar el escalón en el que se encontraba ella, tratando de distinguir su expresión en la oscuridad de la escalera.

—¿Qué?, ¿no me contestas nada?

Irene se giró sobre sí misma e hizo intención de iniciar el descenso, sin ganas de comentar el resultado de la infructuosa búsqueda en la que había

malgastado la tarde.

—Mal, me ha ido mal. No he encontrado nada y... ya me marchó a casa.

Incomprensiblemente Gonzalo se echó a reír. Al menos a ella le pareció incomprensible su manifestación de hilaridad, cuando ella se sentía tan baja de forma.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?, —le preguntó mohína cuando recalaron en el portal.

—Que te tomes tan en serio los pequeños contratiempos, —le aclaró él con cierta sorna—. Que no hayas encontrado esas escrituras no es el fin del mundo. Hay otros medios de resolver ese problema.

—Sé perfectamente cuáles son esos medios, —replicó Irene con acritud—. Pero es que mi cliente no tiene un duro y no puede por tanto solicitar esos datos en el Servicio de Índices, para luego consultar las inscripciones que le interesen en el Registro de la Propiedad y finalmente pedirle una segunda copia al notario. El problema mayor es el notario, que es lo más caro, ¿lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo. El dinero es necesario para todo.

Habían salido a la calle e Irene hizo intención de despedirse.

—Espera, ¿por qué no me lo cuentas más despacio?, —le pidió él reteniéndola—. Eso y todo lo que te ha sucedido esta tarde que te tiene tan malhumorada. En la esquina hay una cafetería.

—Pero es que...

—Pero es que nada. En media horita y mientras nos tomamos un café puedes desahogarte a gusto. Venga, vamos.

No se le ocurrió a Irene ninguna excusa que oponer y pensó además que quizás él pudiera darle algún consejo que la ayudara a resolver el tema que llevaba entre manos, por lo que caminó a su lado en silencio, ya que con el ensordecedor estruendo de los coches que discurrían vertiginosamente por la calzada era imposible entenderse. Ya en la cafetería tomaron asiento en una mesa apartada, junto a la ventana, e Irene le refirió los incidentes que le habían sucedido desde que se despidiera de él unas horas antes.

—Así que tu cliente vive en una mansión imponente, pero no tiene donde caerse muerto —resumió Gonzalo pensativamente—. El dinero era

de su mujer y él es el heredero, pero no puedes formalizar la aceptación y la adjudicación de la herencia porque han desaparecido los títulos de dominio. Pues me parece muy curioso.

Irene levantó la mirada hacia él. Se había acodado en la mesa y un mechón de cabello le resbalaba sobre la frente, que había fruncido al reflexionar.

—¿Qué es lo que te parece curioso?

Él se encogió de hombros con vaguedad.

—Nada. ¿Estás segura de que no fue él quien se cargó a su mujer?

—Claro que estoy segura, —replicó exasperada—. Ya hemos comentado ese tema el otro día. Pareces olvidar que antes que a su mujer estrangularon a otra pintora en el mismo sitio y que fue la misma persona la que cometió los dos asesinatos, porque la grabaron las cámaras de seguridad. Un viejo muy alto, vestido de negro.

—Podría haberse caracterizado como un viejo, porque me has dicho que es un tipo muy alto, —apuntó acusadoramente.

—Sí, podía haberse caracterizado, pero si hubiera sido Sergio el asesino, no habría matado a su mujer en un museo. Es el lugar menos apropiado para pasar desapercibido y solamente le cuadra elegir ese escenario a un chalado que estuviese obsesionado con el cuadro de “Las Meninas”. No sé si Julia Ramírez y Diana Alvear tenían algo en común. Las dos eran pintoras y quizás expusieron en la misma galería de arte y el viejo las conoció entonces o... o yo qué sé.

—¿Y qué impresión te ha causado tu cliente?, ¿cómo le definirías?, —le preguntó Gonzalo con curiosidad—. ¿Te ha parecido un hombre violento o responde más bien al tipo frío y calculador?

Rememoró Irene la expresión de él cuando contemplaban el cuadro de Diana que pendía sobre la chimenea y el aire de desamparo que traslucía su semblante en el despacho de su mujer. Pero sobre todo la desolación que denotaba el encogimiento de sus hombros en el patio interior donde se encontraba la piscina cubierta, semejante a un florido invernadero.

—No, me ha parecido que la muerta lo era todo para él. Que dependía absolutamente de ella y que ahora no sabe qué hacer. Da la impresión de haberse quedado huérfano, en lugar de viudo. El cuñado en cambio es un

tipo odioso. También es muy alto y tal vez pudiera haber sido él el que se caracterizó de viejo y estranguló a su hermana.

—¿Y qué sacaría ese cuñado con su muerte?, —objetó Gonzalo cavilosamente—. ¿Recibiría de la pintora asesinada algún legado en el testamento?

—No, que yo sepa, —reconoció Irene—. Pero es un caradura sin escrúpulos que aparece en la casa sin avisar y que ya había registrado anteriormente el despacho de Diana. A mí me daría miedo encontrármelo por ahí. Le creo capaz de hacer cualquier cosa.

Se quedó callada mirando pensativamente la calle, donde la gente transitaba apresuradamente, con la cabeza baja para defenderse del frío reinante.

—No creas que estoy desanimada por no haber encontrado las escrituras que he ido a buscar, —le dijo al fin con la vista fija en la oscuridad del exterior que adivinaba a través de la ventana—. Lo que me ha afectado ha sido el ambiente que se respira en esa casa. Es... es como si ella estuviera todavía allí, entre las flores que cuidaba. Casi me ha sorprendido no encontrármela en ese patio interior tan luminoso. He sentido... como si su presencia perdurara en el escenario en que vivió hasta su muerte. ¿Me entiendes?

Gonzalo hizo un gesto afirmativo.

—Entiendo que eres muy impresionable y que él es tu primer cliente. A veces resulta difícil no involucrarse demasiado, pero debes procurar mantener la cabeza fría y que sus problemas no te perturben. Es la única forma de poder hacer un buen trabajo.

Desvió ella la mirada de la ventana para clavarla en el semblante de Gonzalo que traslucía comprensión. Parecía como si él se hubiera encontrado a menudo en situaciones similares.

—¿Lo haces tú así?

—Lo procuro.

—¿Y lo consigues?

—Yo diría que casi siempre, pero entiendo lo que te sucede. Diana era una mujer muy especial y sin proponérselo ejercía una extraña sugestión en

los que la rodeaban. Al parecer, sigue produciendo ese efecto después de muerta.

Lo había comentado como para sí mismo, con la mirada perdida en algún punto que solo él podía ver, y ella dio un respingo al escucharle. Desconfiadamente estudió su expresión.

—¿Conociste a Diana?

Gonzalo pareció volver a la realidad desde la dimensión en la que se había ausentado y pestañeó para enfocarla con la mirada como si le costara trabajo reconocerla a ella y regresara a la cafetería desde un lugar muy lejano.

—¿A Diana?

—Sí, acabas de decir que era muy especial. ¿De qué la conocías?

Tardó Gonzalo en responder. Parecía medir cuidadosamente las palabras.

—Hace tiempo le llevé un asunto. Nada importante. Entonces todavía no era famosa ni vivía en esa mansión que me has descrito.

—¿Y después no la has vuelto a ver?

Negó él con la cabeza, pero a Irene le dio la impresión de que no le estaba diciendo la verdad. A continuación miró Gonzalo el reloj e hizo intención de llamar al camarero.

—Es muy tarde ya, Irene. Será mejor que nos marchemos.

—Pero..., intentó objetar ella con la pretensión de insistir sobre el mismo tema.

—Vámonos, —repitió él. Y la tomó por el codo, empujándola hacia la puerta.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Acodada en la mesa de su despacho y con la cabeza apoyada en una mano, escuchaba pacientemente Irene la inagotable verborrea de su nueva cliente. Una amiga de la vecina del segundo de su casa que había decidido divorciarse del pendón de su marido. Le estaba refiriendo en ese momento el quinto adulterio de su cónyuge, cuando sonó el teléfono que tenía sobre la mesa, por lo que, con una sonrisa, cortó el interminable relato de su visitante.

—Perdone.

—Nada, no se preocupe. Atienda su llamada.

Al llevarse ella el teléfono al oído, oyó una alterada voz masculina.

—Irene, soy Sergio. Tienes que venir inmediatamente a la comisaría de la calle Huertas, ya sabes a la comisaría donde asististe a mi declaración. Me han vuelto a detener y...

Irene respingó sobresaltada en su butaca.

—¿Que te han vuelto a detener?, ¿y por qué?

—No me lo explico, —le oyó decir angustiosamente a él—. Se ha presentado hace un rato la policía en mi casa con una orden de registro y han encontrado en el sótano una peluca blanca, una barba del mismo color, una bufanda y unas gafas de sol.

—¿Una peluca y una barba blanca?, —repitió estupefacta, como si se hubiera convertido en su eco.

—Sí, ya sabes. El asesino del museo era un viejo canoso, con una barba blanca y llevaba una bufanda al cuello y unas gafas de sol, cuando estranguló a sus víctimas. La policía cree que me caractericé como un viejo utilizando todas esas prendas y que maté a las dos y... ¿No puedes venir?

—Sí, claro que puedo. Voy ahora mismo.

Consiguió dar a su semblante la oportuna expresión inescrutable al colgar el auricular en su horquilla y dirigirse a su visitante.

—Lo siento, me ha surgido un imprevisto y tengo que marcharme. No olvide llamarme en cuanto obtenga el certificado de su matrimonio y la partida de nacimiento de sus hijos. Cuando consiga esos documentos presentaremos la demanda.

La otra se puso en pie con desgana. En su reseco semblante se reflejaba la decepción de no poder continuar refiriéndole las inacabables peripecias de su matrimonio, pero Irene la acompañó resueltamente hasta la puerta y luego retrocedió sobre sus pasos para bajar la persiana del balcón, apagar el convector y recoger su bolso y su maletín de trabajo, vacío de documentos, pero que le confería el indispensable aire profesional para presentarse como abogado en una comisaría. Después cerró la puerta con llave y echó a correr escaleras abajo.

En la comisaría la recibió el mismo policía de la ocasión anterior, que la acompañó al despacho de su jefe. Este se levantó amablemente para saludarla y le indicó luego que tomara asiento frente a su mesa.

—Mal asunto, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?, —le preguntó Irene intentando aparentar una tranquilidad absoluta, aunque por dentro notaba la sensación de que se le había descompuesto el corazón en varias piezas imposibles de sincronizar, pero que latían a un ritmo creciente.

—Porque va a tener que defender a su cliente en un juicio por asesinato y, por muy buena abogado que sea usted, a ese tipo le van a caer muchos años.

La observaba con curiosidad, como si estuviera calibrando hasta qué punto sería capaz una chica tan joven de defender un asunto de tanta envergadura. No debió llegar a ninguna conclusión, porque con un desalentado suspiro le preguntó, inclinándose sobre la mesa:

—¿Le va a recomendar que guarde silencio y que no declare aquí, en comisaría? Si ese va a ser su consejo, vamos a terminar enseguida.

Para ganar tiempo, Irene se apartó la melena de su rostro e invirtió varios segundos en esa operación.

—Me gustaría hablar un instante con él, si no tiene usted inconveniente.

—No, por supuesto que no. Les dejaré mi despacho a los dos, pero no tarde más de cinco minutos. Es lo más que puedo hacer por usted.

Un instante más tarde dos policías traían a Sergio, que vestía un chándal negro y que le dirigió una mirada idéntica a la de un náufrago que la identificara a ella con una tabla de salvación. En cuanto salieron del despacho los dos policías y su jefe, se inclinó inquietísimo hacia la muchacha.

—No entiendo nada, Irene. Al parecer, alguien ha presentado una denuncia contra mí acusándome del asesinato de Diana. Previamente esa misma persona ha debido esconder en el sótano de mi casa el disfraz con el que dicen que me caractericé para aparentar ser un viejo canoso. Esos dos policías, que me han traído a este despacho, han bajado directamente al sótano cuando se han presentado con una orden de registro.

Tenía el semblante demudado y le temblaban ostensiblemente las manos.

—¿Qué voy a hacer?, —insistió asustado—. Me acusarán del asesinato de Diana y de esa otra chica que estrangularon antes en el mismo lugar del museo. Alguien me ha tendido una trampa.

Evocó Irene la insolente expresión con la que Ángel Alvear se le dirigió en el despacho de Diana la tarde en la que acompañó a Sergio a su casa para buscar las escrituras de los inmuebles de su mujer.

—Podría haber sido tu cuñado, —le sugirió en tono bajo.

Sergio clavó en ella sus angustiados ojos azules.

—¿Ángel? Le considero capaz de cualquier cosa. ¿Pero qué sacaría él con que me acusaran a mí de la muerte de Diana y de la de esa otra pintora?

Con la mirada baja, buscó Irene en su garganta las palabras oportunas.

—De la muerte de Julia Ramírez, nada, pero de la de Diana, sí. Si te condenaran por el asesinato de tu mujer, perderías el derecho a heredarla. Es una de las causas por las que el código civil excluye al cónyuge que sobrevive de la sucesión del fallecido.

—¿Quieres decir que si me acusaran del asesinato...?

—Solo por acusarte, no. Sería necesario que dictase el tribunal contra ti una sentencia condenatoria y que esta llegara a ser firme. Hasta que se vea el juicio, la adjudicación de la herencia quedaría en suspenso.

Por los ojos de Sergio cruzaron un sinfín de encontrados sentimientos.

—¿Y si me condenaran por el asesinato de Diana, quién la heredaría?

—Tus cuñados, Ángel y María.

El moreno semblante de él se oscureció aún más.

—Entonces no cabe duda, Irene, ha sido Ángel. Estoy seguro de que ha sido él el que ha escondido esas prendas en el sótano y el que luego me ha denunciado a la policía sugiriéndoles que busquen en ese lugar. ¿Pero qué podemos hacer?

Tampoco se le ocurría a Irene en ese momento el modo más conveniente de resolver la difícil situación en la que se encontraban, pero intentó infundirle una confianza de la que ella misma carecía.

—Como tú no eres el culpable, niégalo todo. Di que no habías visto en tu vida la peluca ni la barba, que no mataste a Diana ni a Julia y que hace años que no vas al museo. Y por cierto, ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde que fuiste por última vez?

Sergio sonrió con pocas ganas.

—Pues... yo diría que por lo menos veinte años. Nos llevó el profesor del instituto y nos obsequió con un rollazo tan monumental sobre la pintura del renacimiento que no me han quedado deseos de repetir la experiencia.

Por la mente de Irene cruzó la imagen de Marisa, tan amante del arte y de la pintura en particular. Con toda seguridad se hubiera escandalizado al oírle y se habría lamentado seguidamente de la incultura de la gente.

—Bien, declara lo que me acabas de decir y repite lo mismo ante el juez dentro de un par de días, de tres a lo sumo. Yo estaré presente en ese trámite, cuando la policía te ponga a disposición judicial. ¿Me has entendido?

—Sí, pero... ¿qué crees que va a pasar?

El regreso de los tres policías evitó que Irene se viese forzada a darle su opinión, lo que en el fondo les agradeció. Se limitó a cubrir la mano de él con la suya y a darle unas palmaditas alentadoras. Luego escuchó impasible la declaración de Sergio, que se atuvo exactamente a lo que habían convenido anteriormente. Cuando finalizó el trámite y firmaron ambos la declaración, se despidió de él y de los tres policías y salió a la calle con la sensación de haber cargado con un pesado fardo con el que apenas si podía

caminar. ¿Cómo podría desenmascarar a Ángel? Estaba plenamente convencida de que había sido él quien le había tendido aquella insidiosa trampa a Sergio, con lo que probablemente lograría que le condenaran por asesinato, con la consecuencia de que él, junto con su hermana, podrían disfrutar de la fortuna de Diana. ¿Pero cómo podría ella demostrarlo?

Caminó por la calle peatonal hasta el Paseo del Prado sintiendo un peso abrumador sobre los hombros, una sensación de angustia imposible de describir. Luego giró hacia su derecha, divisando al otro lado de la ancha avenida la valla metálica del jardín botánico, envuelto ya en las sombras del anochecer. También el Paseo del Prado, por el que ahora transitaba, estaba oscuro, tan solo iluminado a trechos por la luz macilenta de sus farolas y a lo lejos divisó la plaza de Cánovas del Castillo con la fuente de Neptuno en su centro, sobre un carro tirado por dos caballos. Soplaban un viento helado que arremolinaba las escasas hojas caídas de los árboles que aún permanecían en el suelo y caminó deprisa, oyendo cómo crujían al pisarlas bajo sus pies.

Notó que empezaba a dolerle la cabeza al mismo tiempo que sintió algo extraño alrededor. ¿Qué era? En esa misma avenida, unos días antes, había advertido que alguien la seguía al salir de la comisaría. En aquella ocasión había creído distinguir una alta figura caminando en pos de ella, a la que había conseguido despistar al entrar en el Metro. Como entonces, había atardecido ya y el sonido de sus pisadas resonaba sobre las losas de la acera. Apretó el paso y volvió la cabeza para distinguir a algún transeúnte entre las sombras que iban cubriendo la calle, pero no vio a nadie. ¿Se lo habría imaginado?

El Paseo se alargaba entre los árboles que alzaban hacia la negrura del cielo sus ramas desnudas y que gemían a impulsos del viento. Su sonido la hizo estremecerse y giró nuevamente la cabeza para mirar a su espalda. Nada, la ancha acera por la que caminaba estaba desierta. ¿Por qué entonces sentía la presencia de alguien muy cercano?

Iba a dejar escapar un suspiro de alivio, cuando notó a su lado una alta y oscura figura y reprimió un grito.

—¡Hola!, ¿te he asustado?

Era Ángel Alvear que la miraba con desvergonzado descaro. Sus ojos, de un verde clarísimo, traslucían la diversión que le provocaba su expresión de alarma y terminó por echarse a reír a carcajadas.

—Me parece que me tienes miedo, ¿verdad? ¿Por qué me tienes miedo?

—No le tengo miedo, —mintió Irene envolviéndole en una mirada desdeñosa—. ¿Por qué habría de tenérselo? Como ya le dije el otro día, no le conozco de nada y no tengo el menor interés en conocerle, así que haga el favor de marcharse y de dejarme en paz.

Él volvió a reírse, como si la despreciativa actitud de Irene le supusiese un acicate.

—¿Y si no me da la gana de marcharme?

—En ese caso dispondría yo de varias opciones, —replicó con una voz tan firme que hasta a ella misma le extrañó que la hubiese emitido su garganta—. La primera y más probable es que le diga al primer policía con el que nos tropecemos que me está usted molestando.

—Nunca se encuentra uno a un policía cuando se le necesita, —se burló irónicamente Ángel— así que esa elección puedes descartarla. ¿Y la segunda?

—La segunda es llamar al 091 por el móvil y decirle al primer policía que acuda en respuesta a mi llamada que usted me ha atracado y que quiero presentar una denuncia porque ha intentado robarme.

La expresión zumbona de Ángel fue dejando paso a otra de recelo.

—¿De verdad lo harías?

—Puede estar seguro.

—¿Y por qué?, solo quiero hablar contigo. Quiero preguntarte si has asistido a la declaración de Sergio. Te he visto salir de la comisaría.

Irene se detuvo en seco y levantó la vista hacia su rostro. Era tan alto como Sergio y como Gonzalo y, aunque la estatura de ella no era ni mucho menos reducida, apenas si le llegaba al hombro.

—Se lo voy a aclarar de una vez por todas. Soy la abogado de don Sergio Andrade que tiene la desgracia de que usted sea su cuñado. Y voy a aconsejarle una cosa. Lleve mucho cuidado con lo que hace, porque le puedo meter en la cárcel.

—¿Para que juegue al mus con Sergio?, —bromeó sin inmutarse—. Me temo que al que van a meter en la cárcel es a tu defendido y tú no lo vas a poder impedir. ¿O sí? —le preguntó mirándola con la cabeza ladeada—. ¿Tienes un as guardado en la manga? No me da la impresión, así a primera vista, de que tengas mucha experiencia como abogado. ¿Cuántos años tienes?

Los ojos de Irene relampaguearon iracundos.

—Muchos más de los que imagina, pero en fin, ya que está tan empeñado en hablar conmigo, soy toda oídos. ¿Qué es lo que quiere decirme?

Se había detenido frente a él, con los brazos cruzados en actitud de paciente espera, y él volvió a reírse.

—Bueno, no hace falta que te lo tomes con tanta resignación. A la mayoría de las mujeres no les caigo tan mal.

A su pesar tuvo que reconocer Irene que Ángel Alvear pertenecía a ese tipo de hombre por el que la mayoría de las mujeres se sentían atraídas. Y no solo porque poseyese un físico muy aceptable. También por su petulante desvergüenza con la que parecía estar por encima del bien y del mal. Pero a ella ese colectivo masculino únicamente le provocaba aversión, por lo que le recorrió con una desdeñosa mirada de arriba a abajo.

—¿Sí?, pues no me lo explico. Y me explico aún menos que esté perdiendo el tiempo conmigo en lugar de dedicarlo a esas otras que lo apreciarían más que yo. Y ahora, si me lo permite...

Un taxi se aproximaba por la calzada en ese momento y aunque Irene viajaba siempre en transporte público para gastar lo menos posible, lo detuvo levantando un brazo. Sin despedirse, se montó en el coche y le dio en voz muy baja la dirección de su casa.

—Lléveme allí deprisa, por favor. Y procure que no nos siga ese tipo que está en la acera. Me está persiguiendo y quiero perderle de vista.

El taxista, sonrió comprensivamente.

—¿Es su novio?

—No, es un tipo al que no conozco, pero que se hace el contradicho conmigo por todas partes.

—Ya. No se preocupe, porque le vamos a despistar aunque nos persiga con otro taxi. No se preocupe.

Una media hora más tarde la dejaba frente al portal de su casa y ella echó a correr escaleras arriba en cuanto le pagó, aunque no había visto durante el trayecto que ningún coche la siguiera. Atropelladamente subió los cinco pisos y, jadeante, abrió con la llave la puerta con unas manos tan temblonas que tardó casi un minuto en rematar la operación. Marisa estaba en la cocina preparando la cena y enarcó las cejas al verla entrar con el semblante demudado.

—¿Te pasa algo?

Irene meneó afirmativamente la cabeza.

—De todo. Me pasa de todo.

La otra interrumpió la operación de darle vueltas a la sopa con una cuchara de palo y se volvió hacia ella.

—Dime, ¿qué te ha ocurrido?

—Han detenido a Sergio Andrade, —le aclaró entrecortadamente porque el ascenso por los cinco pisos de escalera la había dejado sin aliento—. Le han detenido esta tarde, ya que al registrar su casa la policía ha encontrado una peluca y una barba blancas, además de una bufanda y unas gafas de sol, iguales a las que usó el asesino del museo cuando estranguló a sus víctimas.

—¿Las mató él?, —le preguntó Marisa con sus ojos oscuros agrandados por la sorpresa.

—No, claro que no. Creo que ha sido una trampa que le ha tendido su cuñado para heredar a Diana Alvear. Para colmo, cuando caminaba por el Paseo del Prado en dirección a la boca del Metro me ha alcanzado él, que seguramente vagabundeaba por los alrededores de la comisaría y me ha visto salir. Me ha dado un susto de muerte.

—¿Te refieres al cuñado?

—Sí, a Ángel Alvear. Estaba satisfechísimo de que hubieran detenido a Sergio. Me he asustado tanto, que me he visto obligada a tomar un taxi. Un desastre.

Marisa apartó el cazo del fuego para darle unas consoladoras palmaditas en el hombro.

—Bueno, si necesitas dinero, puedo prestártelo, —se ofreció, interpretando mal su última frase.

—Gracias, pero no es ese el problema principal.

—No, ya lo imagino. ¿Puedes demostrar que ha sido Ángel el que ha escondido esos objetos en casa de tu cliente?

—No, ¿cómo lo voy a poder demostrar? El viejo del museo desapareció sin dejar rastro, lo que no le ha extrañado a la policía, porque en las cintas de grabación de las cámaras de seguridad del museo han visto con toda claridad que el viejo llevaba guantes.

—¿Entonces le han imputado a tu cliente los asesinatos de las dos pintoras?

—Todavía no, porque aún no le ha puesto la policía a disposición del juez, pero me temo que este decidirá dictar contra él auto de procesamiento y de prisión sin fianza. Sergio no tiene coartada para las tardes en las que las estrangularon. A esas horas estaba en su casa completamente solo. Además, su estatura es similar a la del viejo de las grabaciones y para colmo, el disfraz que han encontrado en el sótano de su casa puede aportarlo el fiscal como prueba de que Sergio lo utilizó para caracterizarse como el viejo del museo. Concluyendo, que le acusará de haberlas asesinado él. ¿Qué voy a hacer?

Parecía a punto de llorar, por lo que Marisa se apresuró a tranquilizarla y a intentar darle ánimos.

—¿Cómo que qué vas a hacer? Le vas a defender. Vas a demostrar que esas pruebas son falsas y que, por consiguiente, es inocente.

Irene clavó en su amiga sus angustiados ojos azules.

—Sí, ¿pero cómo? Todo está en su contra. Ni a propósito hubiera podido reunir Sergio tal cúmulo de circunstancias inculpatorias. Y yo... yo no tengo ninguna experiencia en penal ni en casi ninguna materia, ¿entiendes?

Marisa la envolvió en una afectuosa mirada de comprensión.

—¿No tienes experiencia? ¿Qué llevabas en el despacho en el que has trabajado como pasante durante cinco años?

Irene se encogió desdeñosamente de hombros.

—Reclamaciones de cantidad, muchísimas reclamaciones de cantidad, despidos y divorcios. ¡Ah!, sí, en penal defendí a un exhibicionista que perseguía a unas chicas por el parque, pero no me encomendaron mis jefes que defendiera a ningún asesino. Podría renunciar a su defensa, —consideró cavilosamente—, pero Sergio no tiene un duro, por lo que se vería obligado a conformarse con un abogado de oficio que probablemente tendría menos experiencia todavía que yo.

—¿Y si le preguntaras a ese vecino tuyo de despacho que también es abogado?, —le sugirió su amiga tras unos instantes de reflexión—. Quizás él pueda proporcionarte alguna idea salvadora.

Desalentada, Irene meneó la cabeza, en un gesto con el que pretendía expresar que el asunto no tenía solución.

—Sí, le preguntaré a Gonzalo, pero me temo que no depende de mí la exculpación de Sergio ni de lo que yo pueda hacer. Me siento... me siento como si tuviera que luchar contra un muro.

Tampoco a Marisa se le ocurrió nada nuevo que decir y volvió a colocar el cazo sobre el fuego, reanudando la operación de darle vueltas a la sopa con la cuchara de palo que la otra había interrumpido.

—Bueno, no te adelantes a los acontecimientos, —le recomendó tras unos instantes de reflexión—. Aún tiene Sergio que declarar ante el juez y este tiene que acordar lo que considere procedente. Puede que le mande a su casa sin cargos, ¿no crees?

—No, no lo creo.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Irene se acodó en la repisa del locutorio de la cárcel de Alcalá Meco, adosada a la mampara de madera que dividía en dos el recinto y sobre la que un grueso cristal se elevaba hasta el techo, impidiendo así el contacto físico del recluso con su abogado. Tres días antes había sido puesto Sergio a disposición judicial y, tras haber prestado declaración, el juez había dictado Auto de procesamiento, decretando asimismo su prisión provisional sin fianza.

Era la primera vez que Irene acudía a una cárcel para comunicar con un preso, pero la visión de la inmensa mole gris de la prisión no le produjo ninguna sensación especial. Tampoco experimentó ningún sentimiento de repulsa ni de aprensión cuando, después de pasar los preceptivos controles, se encontró en el pasillo de los locutorios y se acomodó más tarde en la dura banqueta sobre la que estaba sentada, en el cubículo que le asignó un funcionario de prisiones para comunicar con su defendido.

Desde la perspectiva de un abogado de la defensa y en un día tan soleado, la cárcel le pareció un escenario conocido, aunque era la primera vez que pisaba una prisión. Se asemejaba a las que había visto en las películas, con sus rejas y sus barrotes. Sin embargo, esa impresión se desvaneció para trocarse en otra muy distinta en el mismo instante en el que Sergio apareció al otro lado del cristal. Llevaba la misma ropa que vestía el día que declaró ante el juez, un chándal azul marino, pero lo que era muy diferente era su expresión. En el juzgado traslucía desconcierto, como si no acabara de entender lo que le estaba sucediendo ni se explicase cómo podía ser él el protagonista de la imputación de que era objeto. En el locutorio, con el teléfono intercomunicador en la mano y sus clarísimos ojos azules fijos en ella, representaba la imagen de la desesperanza.

Irene se llevó el aparato al oído.

—¿Cómo estás, Sergio?

—Mal, como puedes suponer, —replicó él con un rictus amargo en su semblante que no había dejado traslucir nunca anteriormente—. ¿Qué noticias me traes?

—Pocas y no son buenas. He ido a ver al juez que instruye el sumario, —empezó ella con precaución—. Es el mismo ante el que declaraste el otro día en el juzgado de guardia y le he dicho que iba a recurrir el Auto de prisión y a solicitar que te conceda la libertad provisional con fianza.

—¿Y...?

—Me ha contestado que no me moleste, que te la va a denegar.

—¿Que no me la va a conceder antes del juicio? ¿Y cuando piensas que podrá celebrarse?

Vaciló ella, sin decidirse a decirle la verdad. Podían transcurrir dos años, cuatro, o más. Se había entrevistado además con el fiscal y este le había manifestado que iba a pedir una pena de cuarenta años y un día de prisión. Veinte por cada asesinato, pero no podía permitir que él llegase ni tan siquiera a imaginarlo. Tiempo habría para darle tan malas noticias.

—No sé cuánto puede tardar en verse el juicio, porque no hay una regla fija, —le explicó con fingida animación— pero no te preocupes, porque voy a hacer todo lo posible por desenmascarar al imbécil de tu cuñado. ¿Sabes si soporta bien la bebida?

Desde el otro lado del cristal, Sergio se la quedó mirando fijamente. Parecía no acabar de entender lo que ella le estaba diciendo.

—¿Has pensado emborracharle?

—Sí, se considera irresistible y le ha dado por hacerse el contradicho conmigo, así que se me ha ocurrido aceptar una invitación suya y conseguir, cuando haya bebido bastante, que me diga dónde compró la barba y la peluca. Es un hombre bastante vistoso y si la dependienta donde la adquirió le recuerda, conseguiré que vaya esta a declarar ante el juez. Sería una prueba de que te tendió una trampa, porque él obtendría un claro beneficio si te condenaran por el asesinato de Diana. ¿Entiendes?

Sergio meneó dubitativamente la cabeza.

—No sé. Ángel es bastante más listo de lo que te imaginas y además aguanta muy bien la bebida. Podría darse el caso también de que en lugar de una dependienta, fuese un dependiente el que le hubiera vendido la peluca y la barba y que ni siquiera se hubiese fijado en él cuando le atendió. Y en cualquier caso... —se la quedó mirando y a sus ojos asomó un sentimiento muy similar a la ternura—... en cualquier caso podrías correr peligro. Si se ve descubierto...

—¿Le crees capaz de rebanarme el pescuezo?

—Probablemente sí, —opinó caviloso. Luego meneó negativamente la cabeza—. No me gusta tu plan. Me parece demasiado arriesgado. Creo que deberías insistirle al juez en que me conceda la libertad provisional con fianza y cuando yo salga de aquí podremos buscar los dos la forma de probar que han tratado de acusarme falsamente de unos crímenes que no he cometido.

Bajó Irene la vista hacia sus manos sin decidirse a explicárselo. Luego levantó resueltamente la mirada hacia él.

—Veo muy difícil que te la conceda, Sergio, —articuló al fin, eligiendo cuidadosamente las palabras oportunas—, pero aún en el caso de que optara por dejarte salir, ¿cómo ibas a reunir el dinero necesario? La fianza sería muy elevada y no puedes tocar la fortuna de Diana, dada la situación procesal en la que te encuentras.

Por el atractivo semblante de él cruzó una sombra de desconcierto.

—¿Tampoco en ese caso me dejarían disponer de ese dinero? Es un caso de fuerza mayor.

—No, no te lo permitirían. No es tuyo ni lo será hasta que se te adjudique la herencia y no se te puede adjudicar si no sales absuelto de los cargos que te han imputado. Si no se te declara inocente, no lo será nunca.

Se mesó él su mal afeitada barbilla como si las palabras de Irene le hubieran hecho el efecto de un jarro de agua fría sobre la cabeza.

—Ya. No pensaba que Ángel fuese tan listo. La verdad es que ha sabido jugar muy bien sus cartas. Ha conseguido que me encierren aquí y que no pueda disponer ni tan siquiera de un euro para la fianza ni para pagar los trámites de la testamentaría. ¿Qué vamos a hacer?

Había agachado la cabeza como si el mundo se hubiese desplomado aplastándole bajo su peso, por lo que Irene sintió una inmensa conmiseración. Le estaba contagiando también su desánimo y no podía permitir que la desmoralizase. No, hasta que hubiese agotado el último cartucho. Intentó por ello dirigir la conversación hacia otros derroteros.

—Otra cosa, Sergio. Hay que decidir qué vas a hacer con el personal que atiende tu casa. Con la chica que va a limpiar, con la que guisa, con el jardinero, con la secretaria de Diana y... no sé si hay alguien más. Habrá que pagarles los quince días de este mes que han trabajado y... y decirles que no vuelvan... —vaciló ella nuevamente—, que no vuelvan hasta que puedas hacerte cargo nuevamente de todo. Como tu caso ha salido en todos los periódicos, no tendremos que mentirles sobre el lugar en el que te encuentras en estos momentos.

—No puedo pagarles esos quince días ni ninguno, ¿no lo comprendes? —masculló él mordiendo las palabras—. Gracias a los buenos oficios de Ángel, en el instituto me habrán suspendido de empleo y sueldo, así que no tengo nada, ni un solo euro. Explícaselo al personal de mi casa y diles que les pagaré si se llegan a arreglar las cosas, lo que empiezo a dudar. No le veo salida a esto.

Tampoco se la veía Irene, pero logró sonreír con un inmenso esfuerzo, con el que sintió como se le atirantaban todos los músculos de la cara.

—Bueno, bueno, no hay que ponerse trágico. Vamos a repasar todas las restantes posibilidades. ¿No tienes ningún pariente próximo al que le importes mucho y que te pudiese prestar el dinero para la fianza, en el supuesto de que el juez se ablandase?

Él no tuvo que meditarlo, por lo que meneó rápida y negativamente la cabeza.

—No. Mis padres murieron hace años. Tengo un hermano que vive en Salamanca y que trabaja como cajero en un supermercado. Una tía vieja ingresada en una residencia y que padece Alzheimer, así que no sabe siquiera quien soy. Mis amigos son profesores de gimnasia, como yo, o entrenadores de algún deporte, por lo que a duras penas llegan a fin de mes. No, no hay nadie más. ¿Y de qué me iba a servir además que me prestaran

el dinero, si dices que el juez no me va a conceder la libertad provisional con fianza?

Había tal desesperanza en su voz y en sus ademanes que a Irene no se le ocurrió ningún argumento que oponer, porque sabía que estaba en lo cierto. En ese instante le pareció inconcebible que, por la artimaña de un indeseable como Ángel y de unos indicios que podrían ser casuales, pudiera tambalearse la vida entera de una persona que hasta entonces había disfrutado de una existencia apacible y se viera como Sergio encerrado en una cárcel por una inculpación falsa. Intentó imaginarse al viejo del museo caminando hacia el salón ovalado con su pañuelo azul con lunares blancos en el bolsillo. Le vio en su mente aproximándose por detrás a sus víctimas y estrangularlas luego con ese pañuelo. ¿Dónde estaban en esos momentos los innumerables visitantes del museo? ¿Y cómo era posible que en ese instante no hubiese ninguno contemplando “Las Meninas”, que era un cuadro que despertaba mucho interés? Pero sobre todo, ¿por qué razón habría de habersele ocurrido a Sergio caracterizarse como un hombre de mucha edad y buscar como escenario de su crimen un museo lleno de gente? No tenía ningún sentido. A Julia Ramírez ni siquiera la conocía y a Diana... su muerte le beneficiaba económicamente, eso era indiscutible, pero ninguna persona en sus cabales que se encontrase en el caso de Sergio hubiera decidido estrangularla en el salón ovalado y mucho menos guardar la peluca y la barba, de haberlas utilizado para disfrazarse como un viejo, en el sótano de su casa. Además de incauto, tendría que ser idiota.

—¿En qué estás pensando?, —le preguntó él, rompiendo el hilo de sus pensamientos.

—En que no me queda otra solución que emborrachar a tu cuñado —replicó ella.

Algo semejante a la esperanza asomó a los ojos de él, clarísimos y transparentes como los de un niño.

—Te considero capaz de lograr cualquier cosa, pero ten cuidado. Ángel es un hombre peligroso.

—Sí, eso ya lo sé, —admitió Irene, reprimiendo un estremecimiento al recordar cómo la había seguido por el Paseo del Prado cuando salió de la

comisaría y su insolente expresión la tarde en que le conoció en casa de Sergio.

—Quería además pedirte un favor, —continuó diciéndole él—. Sé que no tengo derecho a molestarte más y que bastante estás haciendo por mí, pero me gustaría que te ocuparas de todo. Me refiero a mi casa, a la gente que trabaja en ella y... a todo. Si no te supone demasiada molestia, tráeme ropa la próxima vez que vengas a verme. Pídele las llaves a la secretaria de Diana y guárdala hasta que yo...

No terminó la frase, que se quedó flotando en el aire en el oscuro recinto del locutorio. En el futuro incierto que le aguardaba entre aquellas rejas de las que ninguno de los dos sabía si podría salir antes de que transcurriesen muchos años.

El funcionario les avisó de que había transcurrido el tiempo fijado para la comunicación del recluso con su abogado y ambos se pusieron en pie a la vez, cada uno en un lado del cristal.

—Vendré a traerte noticias, —le susurró ella por el intercomunicador.

—Te esperaré con impaciencia, —musitó Sergio por el mismo medio—. Cuídate mucho.

Salió Irene al pasillo de los locutorios con la sensación de que las piernas le pesaban como el plomo y luego atravesó la soleada explanada donde había dejado el coche, un viejo Ford Fiesta que Marisa y ella habían comprado a medias, de segunda mano, y en el que su amiga iba todos los días a su trabajo, a un colegio de Majadahonda donde daba clase. Esa tarde habían decidido las dos que lo usara Irene para visitar a Sergio en la cárcel y que la otra se dirigiera a Majadahonda en el autobús, lo que la obligaría a recorrer a pie el trayecto desde la parada de este hasta el colegio. El Ford, además de viejo, ostentaba un mugriento color gris, porque aunque ese era el color de su carrocería, llevaba encima una capa de polvo de varias semanas e Irene se subió con un suspiro de desaliento al asiento del conductor.

Notaba la cabeza hueca. Marisa le había recomendado que al salir de la cárcel intentara olvidar los problemas del recluso que había dejado dentro, que discerniera entre los males que aquejaban a sus clientes y sus propias preocupaciones, pero no lo podía evitar. Le parecía tan injusto y sobre todo

tan absurdo. Y lo peor era la sensación de impotencia. De no ser capaz de demostrarle al juez que su cliente era inocente y que se había visto envuelto en la trama urdida por un indeseable. ¿Qué harían los abogados prestigiosos que tuviesen mucha experiencia en casos similares al que llevaba ella entre manos? Quizás con el tiempo se hubieran acostumbrado a cargar con el pesado fardo de esa responsabilidad y pudieran pensar en otra cosa al salir de la prisión, como a ella le habían aconsejado. Se lo preguntaría a Gonzalo. Le preguntaría cómo hacer para poder volver a respirar sin esa opresión que le comprimía los pulmones y para disipar la ansiedad que le producía su propia ineptitud.

Le encontró en su despacho tres cuartos de hora más tarde, porque le llevó bastante tiempo aparcar, lo que consiguió al fin en una calle lateral. Le abrió la puerta en cuanto ella llamó con los nudillos y demostró esa vez, en contra de lo que acostumbraba últimamente, que se alegraba verdaderamente de verla.

—¿De dónde vienes?, —le preguntó en cuanto la distinguió en la oscuridad del pasillo—. He ido a tu despacho a preguntarte cómo te iba y no me ha contestado nadie. ¿Sabes la hora qué es?

Irene le empujó dentro de la estancia hasta que le dejó sentado tras su mesa y ella se dejó caer en uno de los dos asientos de los clientes. El despacho era similar al de ella, aunque el balcón se ubicaba en el lado contrario de la pared del fondo y el mobiliario era de más calidad. Una mesa de madera de nogal, a juego con la librería en la que brillaban los lomos de los Aranzadi, y dos cómodas butacas tapizadas en azul, frente a la mesa.

—Vengo de la cárcel de Alcalá Meco de visitar a Sergio Andrade. Ya te dije que le han imputado los dos asesinatos del museo y que el juez ha dictado contra él Auto de procesamiento y de prisión provisional sin fianza.

—Sí, eso ya lo sé, ¿y cómo estaba?

—Pues, ¿cómo va a estar?, hecho polvo. Y a mí me ha dejado con el ánimo por los suelos.

—¿A ti, por qué? A ti no te han acusado de nada ni estás en la cárcel. Bien mirado eres una afortunada.

Se lo decía con guasa, pero Irene no estaba de humor para bromas, por lo que ni siquiera sonrió.

—No hagas chistes, que no tengo ganas de reírme. Vengo a que me aconsejes, porque no sé qué hacer.

Como ya le había referido a Gonzalo anteriormente los trámites policiales y judiciales que habían ido soportando Sergio y ella, no tuvo que volvérselos a repetir y él se inclinó hacia Irene sobre la mesa.

—Que no sabes qué hacer, ¿y qué quieres hacer?

—De momento quiero sacarle de la cárcel, pero no tiene dinero para pagar la fianza en el caso de que el juez acordara concederle la libertad provisional.

Gonzalo meneó la cabeza con un gesto que parecía estar reconviniéndola por ser tan cabezota.

—No te empeñes, Irene. Con dos acusaciones de asesinato a costas no le van a dejar salir ahora ni dentro de varios años. Saldrá esposado y entre dos guardias civiles cuando se celebre el juicio, pero no antes.

Levantó Irene ambas manos en un gesto de impotencia.

—Pero es que es inocente, Gonzalo, ya te lo he explicado. Ha sido su cuñado el que ha escondido la peluca y la barba en el sótano para incriminarle. Yo tengo que hacer algo.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

Vaciló ella sin decidirse a explicárselo. Seguramente se empeñaría en disuadirla y la tacharía de chiflada.

—Verás, he pensado...

—Sí, ¿qué has pensado?

—He pensado emborrachar a Ángel, al cuñado. Me lo encuentro a menudo y... creo que me resultaría fácil entrar en un bar con él y conseguir que se bebiera una botella, fingiendo que yo también empinaba el codo en su compañía. Cuando estuviera como una cuba, le sonsacaría y...

—Me parece un disparate, —la interrumpió él—. Por lo que me has contado, es un tipo peligroso, por lo que lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejada de él.

—Entonces, ¿qué?

Gonzalo se echó hacia atrás con los dedos los mechones de cabello castaño que le resbalaban sobre la frente.

—Puedes interponer un recurso de reforma y subsidiario de apelación contra el Auto de procesamiento y de prisión, aunque no sé de ningún caso en el que haya prosperado en supuestos similares. ¿Cuándo le han notificado el auto al Procurador?

—Ayer.

—Pues solo tienes tres días desde la notificación para interponerlo, así que ya puedes darte prisa. Si quieres, puedo dejarte alguno como modelo.

—Sí, me harías un favor. ¿Crees que servirá de algo?

—Ya te he dicho que no sé de ningún caso en el que se haya estimado un recurso de reforma ni de apelación contra un Auto de esas características, cuando el inculpado ha sido acusado de asesinato, pero no pierdes nada por intentarlo.

Ella esbozó una mueca de impaciencia.

—¿Que no pierdo nada?, pierdo el tiempo. ¿De qué le va a servir a Sergio que emborrone papeles, si el juez no va a estimar el recurso? Tengo que hacer algo más práctico.

—¿Como qué?, —le preguntó Gonzalo pacientemente.

—Pues no lo sé, es lo que quiero que me aconsejes.

Él se la quedó mirando con cierta ternura indulgente.

—Deberías comprender, Irene, que ningún abogado puede hacer milagros. El procedimiento judicial es bastante lento, por cierto, y no tienes más remedio que seguirlo. Procura no sentirte impotente mientras se tramita. Todos hemos padecido esa sensación alguna vez. Ve a visitar a menudo a tu cliente a la cárcel e intenta animarle. Interpón todos los recursos que contempla la Ley de Enjuiciamiento Criminal y ve a hablar con el juez de cuando en cuando, pero no te amargues la vida, porque no puedes hacer más.

Evocó Irene la expresión de desconcierto que una hora antes asomaba a los ojos azules de Sergio al otro lado del cristal del locutorio, como si no pudiera explicarse la razón de lo que le estaba sucediendo. Y sí, también la ilimitada confianza con la que la miraba, como si ella fuera omnipotente.

¿Qué pensaría si supiera que solo era capaz de redactar unos escritos de recurso que probablemente no iban a servir para nada?

Pero quizás sí pudiera hacer algo más, se dijo, reflexionando intensamente. Quizás en la casa de él hubiera dejado Ángel algún indicio que le relacionase con los objetos que había escondido en el sótano. Sergio le había encomendado que le pidiera la llave de la casa a la secretaria de Diana y que se ocupara de despedir a esta y al resto del personal. Iría al día siguiente a esa casa, ya que además podía aducir como excusa la búsqueda de los documentos notariales que no aparecían.

Gonzalo parecía seguir el hilo de los pensamientos de ella, porque a su semblante apareció una expresión de alarma.

—¿Qué tonterías estás maquinando?

—No maquino ninguna tontería, —replicó ella que empezaba a sentirse más animada—. Dame un modelo de esos recursos, porque lo voy a redactar ahora mismo y mañana...

—Mañana tendrás que entregárselo al procurador para que lo presente en el juzgado, —la interrumpió.

—Sí, claro, —admitió Irene—. Lo haré antes de salir para el laboratorio y por la tarde... por la tarde haré unas cuantas gestiones que a lo mejor...

—¿No estarás pensando otra vez en hacer esa estupidez?, me refiero a la de emborrachar a ese tipo.

—No, no le voy a emborrachar, al menos por el momento. Anda, sé bueno y dame ese modelo de recurso, porque voy a dejarlo listo esta noche y no quiero llegar a mi casa a las tantas.

Poco después salía del despacho de Gonzalo y se introducía en el contiguo, helado como un invierno en la Antártida, y en cuanto tomó asiento tras la mesa, extrajo del bolso el papel donde había apuntado el teléfono móvil de Sandra y marcó el número con dedos inquietos. Un par de segundos más tarde oyó una voz femenina al otro lado del hilo.

—¿Es usted Sandra García?, —le preguntó, procurando imprimir a su voz un matiz de seguridad.

—Sí, dígame.

—Soy Irene Carvajal, la abogada de Sergio Andrade, —le comunicó con voz clara—. He ido a verle esta tarde y me ha encomendado que le

lleve ropa a la prisión y que le busque unos documentos en su casa, Me ha encargado que, para llevarlo a cabo, le pida a usted la llave y que me ocupe también de dar de baja los contratos de suministro, así como de despedir al personal. ¿Dónde podríamos quedar mañana, a primera hora de la tarde?

La voz de su interlocutora no denotó sorpresa alguna.

—¿Dónde?, ¿le parece bien en la propia casa de Sergio? Así podría explicarle en qué lugar se encuentran las cosas que necesita saber y encontraría además allí a las personas a las que tiene encomendado despedir. La esperaré a eso de las cuatro y media.

—De acuerdo, hasta mañana entonces.

Colgó cuidadosamente el auricular y se retrepó satisfecha en la butaca. Quizás al día siguiente pudiera encontrar en la casa de Sergio algo que hubiese olvidado Ángel y que demostrara la inocencia de su cliente. Y ahora iba a preparar el dichoso recurso de reforma y subsidiario de apelación ante el órgano jurisdiccional superior, apoyándose en el modelo que le había dejado Gonzalo. Tenía que apurar todas las posibilidades.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Aparcó Irene el viejo y polvoriento Ford Fiesta junto a la verja de hierro, cuya cancela estaba abierta, y bajó del coche. En cuanto la traspuso notó que el optimismo con el que había planeado el día anterior la visita a la casa de Sergio se iba apagando gradualmente conforme avanzaba por el empedrado sendero que, atravesando una pradera de césped, giraba en suave curva hasta la puerta de la casa. El edificio, de dos plantas, era moderno y las puertas de cristales que se abrían a la terraza reflejaban el tinte rojizo del sol de la tarde que empezaba a batirse en retirada. No había nada de siniestro en el artístico diseño de la casa ni en el cuidado jardín que la circundaba, pero, sin saber por qué, experimentó Irene una absurda aprensión conforme se iba aproximando al edificio.

Embutida en un chaquetón de color gris, Sandra la esperaba en la terraza, sentada en una silla de mimbre blanca, y se puso en pie en cuanto la vio aparecer. Rondaría los cuarenta años, probablemente los habría dejado ya atrás, y era alta y delgada, con un semblante anguloso, no muy agraciado, y un cabello oscuro, liso y sin brillo, que llevaba sujeto en la nuca, en una coleta.

—¿Es usted Irene Carvajal?, —le preguntó con una voz algo ronca. Sostenía un cigarrillo entre los dedos y ella achacó la gravedad de su tono al hábito del tabaco, del que sin duda abusaba su interlocutora, como lo denotaba la tonalidad amarillenta de los dos dedos de su mano derecha.

—Sí, ¿y usted es Sandra González?

—Sí, he trabajado como secretaria de Diana durante los últimos cinco años, —le explicó con un semblante sin expresión—. Yo era su mejor amiga y...

—Lo siento, lo siento mucho, —murmuró apenas Irene—. Para usted ha tenido que ser una gran pérdida.

La otra hizo un gesto afirmativo sin que su serena expresión se alterase.

—Sí lo ha sido. Diana no se merecía que la estrangularan. —Pasó una mano por su frente como si estuviese mortalmente cansada y luego levantó hacia ella unos ojos apagados, carentes de brillo y de expresión—. Defiende usted a su marido, ¿verdad?

No había en su tono ningún matiz acusatorio, e Irene intuyó que aprobaba que se hubiese hecho cargo como abogado de los intereses de Sergio.

—Sí. Ayer fui a visitarle y... y me encargó todo lo que le comuniqué a usted anoche por teléfono.

Sandra se la quedó mirando inexpresivamente.

—El jardinero, Dorita y Charo han tenido que marcharse ya, —le manifestó indolentemente, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo como si le faltasen las energías necesarias para elevarlos y poder así accionar con las manos—. No han querido esperarla al saber que no iban a cobrar por los días que han trabajado este mes. Yo me he ocupado de explicárselo, así que no tiene que preocuparse por ellos. Pero venga conmigo.

La precedió dentro del vestíbulo, tan limpio y ordenado como Irene recordaba y luego la hizo pasar al salón principal, blanco y luminoso, con flores sobre las mesas y repisas adosadas a las paredes por todos los rincones, soportando maceteros de cerámica de las que colgaban plantas. Desde el cuadro que pendía sobre la chimenea, Diana sonreía y parecía mirarla con sus ojos grandes y verdes, como los de una gata.

Sandra le señaló el lienzo.

—Era tal y como se la ve en el cuadro, guapa, alegre y... original, sí. Todos los artistas lo son.

—Usted la conocería bien. Si llevaba trabajando con ella cinco años...

—La conocí mucho antes, —la interrumpió Sandra—. Empecé siendo su marchante y al cabo del tiempo me convertí también en una especie de secretaria. Viajábamos juntas y permanecía a su lado durante semanas, cuando elegía una playa que la inspiraba para pintar.

—¿Y qué hacía usted mientras ella se dedicaba a su arte?, —le preguntó Irene con curiosidad—. ¿Se sentaba a mirar como pintaba o...? ¿Qué es lo que hacía?

—Me ocupaba de ella, —musitó apenas, sin que su anguloso rostro reflejase ninguna emoción—. Como todo artista que se precie, Diana era antojadiza e infantil. Me ocupaba de proporcionarle sus caprichos y de animarla cuando se deprimía. Se deprimía muy a menudo, cuando el cuadro que pintaba no respondía al que había vislumbrado previamente en ese lugar del alma que es patrimonio exclusivo de los pintores. Impedía entonces yo que lo tirase al suelo y que patease el lienzo. Era una mujer muy temperamental.

Había salido del salón e Irene la siguió a otro contiguo y de menores dimensiones, comunicado con el anterior por una puerta corredera. El sofá y las butacas de piel eran blancos y la mesita delantera, de cristal, estaba materialmente cubierta de orquídeas en flor. De la pared pendía un retrato de Sergio sobre un fondo marino y Sandra se lo indicó.

—Lo pintó Diana al poco de casarse. ¿Le gusta?

En el cuadro, su autora había plasmado a Sergio con total exactitud, aunque algo más joven. Parecía mirarla fijamente desde el lienzo con sus brillantes ojos azules. Irene no supo en un principio qué responder.

—Pues... yo diría que el parecido es asombroso.

—Sí, —reconoció Sandra impasible—, pero la técnica del cuadro deja mucho que desear. Por aquel entonces Diana era una pintora del montón.

Dudó Irene en formularle la pregunta, porque no sabía cómo iba a reaccionar Sandra al escucharla, pero al fin se decidió.

—¿Y Sergio no las acompañaba nunca cuando se marchaban las dos de viaje a alguna playa para que ella pintase una marina?

Por primera vez su semblante manifestó alguna emoción. Desvió hacia ella sus ojos castaños, de pestañas cortas y claras, y los fijó sorprendida en su semblante.

—¿Sergio?, no, claro que no. No podía dejar el instituto donde trabajaba, aunque por su gusto se hubiera venido con nosotras. Adoraba a Diana, aunque esta le trataba con bastante despego. Es un hombre maravilloso que transigía con todo, con tal de darle gusto. En la última

etapa, Diana no le soportaba. De hecho, se hubieran divorciado, si a ella no la hubiesen asesinado tan oportunamente.

Musitó las últimas palabras con el semblante sin expresión e Irene se rebulló inquieta. No acababa de saber si, en el caso de que el fiscal o ella misma la citasen como testigo, su testimonio favorecería a Sergio o si, por el contrario, le incriminaría aún más.

Precediéndola, Sandra había salido ya del salón y le mostró un comedor, abriendo otra puerta corredera. Era una amplia estancia con una mesa en el centro, lacada en blanco, rodeada de ocho sillas, y adosado a la pared un mueble bajo, igualmente lacado en blanco, que hacía las veces de aparador, sobre el que colgaba una marina resplandeciente de sol. Cegados por sus fulgores, unos pescadores recogían sus redes en la playa con los pies hundidos en la abrasadora arena. Sandra se la señaló.

—¿Le gusta?

—Sí, —reconoció Irene—. Es tan luminoso... Se nota al contemplarlo que su autora disfrutaba intensamente de la vida y que le entusiasmaba el mar.

—Efectivamente, —corroboró Sandra desviando su mirada hacia la ventana, a través de la cual se veía el jardín y la piscina, como un islote azul en un mar de césped—. Últimamente prolongaba indefinidamente las temporadas que pasaba en la costa, sobre todo en la de levante. Estaba pensando incluso trasladar allí su residencia.

—¿Iba a comprarse una casa en la playa?

—Ya era propietaria de una en la costa de Alicante. Era allí donde estaba planteándose trasladar indefinidamente su residencia.

Salieron al pasillo y entraron las dos en el despacho de Diana. Sandra localizó inmediatamente los contratos de suministro de la casa en una de las carpetas del archivador y se los entregó a Irene. Con disimulo y a espaldas de la secretaria, los guardó esta en el maletín, para que no pudiera darse cuenta de que no llevaba ningún documento en su interior. Luego Sandra le fue mostrando las restantes habitaciones de la planta baja: una biblioteca, un gimnasio, dos baños, la cocina y los dormitorios de servicio con otro aseo. Le enseñó después la leonera de Diana. Una estancia con salida

independiente al jardín, abarrotada de lienzos sin pintar, de caballetes, de cuadros apilados por los rincones y de útiles de pintura.

—¿Pintaba aquí?, —le preguntó Irene a media voz, con la sensación de encontrarse en un santuario.

—No, tenía un estudio en la plaza de Pontejos, en el mismo casco histórico de Madrid. En un piso muy pintoresco, de su propiedad, ubicado en la última planta de un edificio, cuya construcción data de finales del siglo XIX. En esta habitación guardaba sus útiles de pintura y... sí, pintaba aquí a veces, cuando no se sentía con fuerzas para arreglarse y salir a la calle.

Pestañeó Irene algo perpleja.

—¿Con fuerzas? ¿Padecía alguna enfermedad?

—No, qué va, disfrutaba de una magnífica salud, pero, como le he dicho antes, su humor era muy cambiante y cuando se sentía baja de forma no nos escuchaba a ninguno de los pretendíamos animarla.

La precedió seguidamente Sandra hacia el pasillo y cuando recorrieron este y llegaron al vestíbulo, le indicó la escalera.

—¿Quiere ver el resto de la casa? Antes tengo que consultarle una cosa, porque la verdad es que no sé qué hacer.

—¿A qué se refiere?

—A la exposición de pintura que Diana y yo teníamos proyectada. Ya había terminado ella todos los cuadros que tenía previsto exhibir y solo nos faltaba cerrar el trato con la galería de arte. Ahora que ella no está y que Sergio... que Sergio tampoco se encuentra aquí, no sé si es usted quien debe tomar las decisiones a ese respecto o... no sé qué hacer, ya se lo he dicho.

Irene lo consideró en silencio y terminó por asirse a la barandilla de la escalera, de espaldas a Sandra, para poder reflexionar con más libertad, y que Sandra no pudiese adivinar los derroteros de su proceso mental.

—Debemos esperar a que se resuelva la testamentaría de Diana, —opinó sin mirarla—. Cuando la herencia le sea adjudicada a su heredero, será este el que decida cuándo es el momento más oportuno para realizar esa exposición, pero hasta entonces usted y yo nos limitaremos a custodiar

esos cuadros, manteniéndolos en un lugar seguro, ya que deben valer mucho dinero.

—Mucho, —corroboró melancólicamente Sandra—. Quiero enseñarle donde se encuentran y darle la llave para que sea usted la que se responsabilice de esa custodia. Venga conmigo.

La adelantó nuevamente por el pasillo en dirección contraria a la del vestíbulo, abriendo la puerta del fondo y cediéndole el paso a continuación tras encender la luz eléctrica, dado que las persianas estaban echadas. Se encontraban en una cocina, alicatada en una suave tonalidad crema, con muebles blancos y centros de flores sobre las encimeras. Nada más entrar, le indicó una puerta de madera, lacada en el mismo color de los azulejos, que parecía fundirse con estos en la pared frontera a la de la entrada, y que se hallaba junto a otra puerta de cristal por la que se accedía a la parte posterior del jardín.

—Por ahí se baja al sótano, —le explicó.

Al accionar Sandra la manilla para abrirla, dejó esta al descubierto el inicio de una vieja escalera de madera, apenas entrevista por la claridad procedente de la cocina. La secretaria le indicó con un gesto que la siguiera, después de accionar el conmutador de la luz y la precedió. Los peldaños chirriaron bajo sus pies cuando iniciaron el descenso hacia la oscuridad que se cernía a sus pies y que olía a húmedo. Desde la cocina, Sandra había encendido la luz y una bombilla polvorienta que colgaba del techo del sótano apenas si disipaba las sombras de la escalera por la que iban bajando, tanteando los peldaños con los pies.

Se dijo Irene que aquella escalera no guardaba relación alguna con la edificación, alegre y luminosa, que habían dejado sobre sus cabezas. Le pareció un elemento discordante en aquel entorno suntuoso, adecuada para ubicarse en un edificio construido en siglos anteriores que hubiese sido abandonado por sus dueños. Igualmente el sótano en el que acababan de recalar, podría pertenecer a esa casa vieja, pues no era más que un antro maloliente, abarrotado de chismes cubiertos de polvo.

—Tenga cuidado no se vaya a manchar, —le advirtió Sandra, aún asida al pasamanos, volviendo la cabeza hacia ella—. Esto está muy sucio, porque no se suele utilizar, pero venga.

Sin que al parecer le preocupase demasiado estropear su pulcra indumentaria, se dirigió en línea recta hacia una estantería que ocupaba la pared que se hallaba frente a la escalera y la corrió sobre unos invisibles carriles, empujándola de lado. Al retirarla, una puerta blindada apareció tras ella, que abrió con una llave que extrajo de su bolsillo.

—Aquí dentro están los cuadros que Diana pintó para la exposición que tenía proyectada. En total son unos veinte, —le explicó—. ¿Quiere ver alguno?

Recordando cómo había alabado Marisa la obra pictórica de Diana, Irene asintió, pues, aunque en ese terreno era una completa ignorante, sentía curiosidad por contemplar lo que su amiga consideraba extraordinario y único.

—Me gustaría, sí, ¿pero no la estoy entreteniendo demasiado? Seguramente tendrá cosas importantes que hacer.

—No se preocupe, —replicó Sandra impasible.

De espaldas a ella, terminó de abrir la puerta blindada y extrajo un lienzo, mostrándoselo. El mar intensamente azul deshacía suavemente una ola sobre la arena dorada de la playa, en la que dos niños se agachaban para coger caracolas a sus pies.

La impresión que produjo en Irene al primer golpe de vista fue que en el lienzo había quedado aprisionado un sol cegador, que deslumbraba a los niños y que quemaba la arena que pisaban estos. Creyó sentir su calor en el rostro, como si en lugar de encontrarse en un sótano oscuro y mugriento, hubiese sido trasladada por arte de magia a una playa del mediterráneo en plena época estival.

—Es... es precioso, —articuló a duras penas.

A su espalda, Sandra permaneció en silencio unos segundos, antes de darle su opinión.

—Es sencillamente genial, —la corrigió—. Diana plasmó en el lienzo esa achicharrante luz del sol de las playas de levante en pleno verano. Casi puede sentirse, ¿no cree?

Aún con la boca abierta, Irene hizo un gesto afirmativo.

—Y fíjese en las sombras, —se entusiasmó Sandra señalándolas en el lienzo. Por primera vez desde que la había conocido, su anodino semblante

se había distendido al reflejar las sensaciones que experimentaba. Parecía iluminado por una luz interior, como si la emocionada admiración que le producía aquel cuadro afluyese a su rostro embelleciendo sus facciones—. Al igual que para los impresionistas, para Diana no eran de color gris, sino malva en la mayor parte de las ocasiones, —continuó con una voz trémula que no se asemejaba a la suya—. ¿Lo ve? Este es mi cuadro predilecto, aunque los demás no desmerecen.

Volvió a guardarlo y cerró la puerta blindada con dos vueltas de llave. Luego le entregó esta a Irene y corrió la estantería sobre ella.

—Cuídelos, —le pidió—. Procure sobre todo que Ángel y María no averigüen su paradero. Cuando salga Sergio de... del lugar donde se encuentra, decidirá lo que haya que hacer.

Parecía creer que él quedaría absuelto en breve plazo de la imputación de la que había sido objeto y que, consecuentemente, heredaría a no más tardar los bienes de su mujer. Irene hubiera dado algo en ese momento por creerlo también, pero afortunadamente Sandra no le preguntó nada a ese respecto. Silenciosamente se había dirigido de nuevo hacia la escalera y la precedió por los chirriantes peldaños hasta que las dos alcanzaron la cocina. Una vez allí le indicó el pasillo, que recorrieron en silencio y ya en el vestíbulo le señaló la escalera de mármol.

—¿Quiere ver los dormitorios?

Hubiera preferido Irene haber dispuesto de más tiempo para inspeccionar el sótano con la intención de que algún detalle revelador, por insignificante que fuese, denotase que Ángel había escondido en ese antro unos días antes las prendas que había encontrado la policía y que inculpaban a Sergio, pero no se le ocurrió ninguna excusa que alegar. Por esa razón, meneó afirmativamente la cabeza.

—Sí, si me hace el favor.

En la planta superior, la barandilla de la escalera describía un semicírculo sobre el vestíbulo y en ese rellano se abrían las puertas, también lacadas en blanco, que daban acceso a las habitaciones aludidas. La primera de ese pasillo era la de Diana, luminosa y alegre, con la colcha y las cortinas estampadas en flores rosas. Dentro del dormitorio, el inmenso cuarto de baño estaba alicatado también con azulejos de color rosa pálido.

A continuación pasaron a otro dormitorio algo más pequeño decorado en tonos azules, que también disponía de su propio cuarto de baño. Sobre la cama Irene vio una maleta ya cerrada.

—Este era mi cuarto, —le comunicó Sandra a media voz—, pero ya he recogido mis cosas y me marcharé en cuanto termine de enseñarle la casa.

—¿Vivía usted aquí?

—Sí. En algunos aspectos Diana era... era como una niña pequeña. Al principio de conocerla me quedaba a dormir aquí alguna noche, pero después fue convirtiéndose en costumbre, porque ella me necesitaba para todo.

—¿Y dónde va a ir usted ahora?

Sandra hizo un gesto evasivo.

—Tengo un apartamento en la calle Castelló y mi profesión es la de marchante de cuadros.

—Si últimamente solo se ocupaba de promocionar la pintura de Diana, tendrá que empezar de nuevo.

El inexpresivo semblante de Sandra no esbozó gesto alguno ni dejó traslucir ninguna emoción.

—Sí, —admitió sencillamente.

Irene experimentó una súbita simpatía por ella. Parecía una mujer tan fuerte, tan decidida y al mismo tiempo tan resignada... Le iba a entregar todas las llaves de la mansión, incluso la de la caja blindada donde se guardaban los cuadros de Diana, sin una sola queja, sin resentirse por haber sido relegada a la posición de una extraña en la casa en la que había vivido durante tiempo y donde había desempeñado una posición relevante.

—Si puedo ayudarla en algo...

—Gracias, pero no creo que esté en su mano. Diana era para mí... como una hermana pequeña y ni usted ni yo podemos hacer que ella vuelva. Solo espero que sea feliz donde quiera que se encuentre ahora.

Le pareció a Irene que la secretaria estaba a punto de echarse a llorar y como le horrorizaban esas descargas emocionales se apresuró a cambiar de conversación.

—Aunque no llegué a conocerla, yo también lo deseo. Enséñeme ahora los restantes dormitorios, aunque me parece que la estoy entreteniendo

demasiado.

Le mostró Sandra el contiguo al que había ocupado ella. Era completamente distinto al resto de la casa. Aunque las paredes estaban también pintadas de blanco, la decoración carecía del buen gusto que presidía las restantes habitaciones que había visto. La cama, con el cabecero de madera muy oscuro, estaba cubierta por un edredón de cuadros marrones y morados, sobre la ventana no colgaban cortinas ni visillos y la única butaca de la habitación quedaba materialmente oculta bajo un cerro de objetos heterogéneos.

—Este era el cuarto de Ángel, cuando se quedaba a dormir en la casa, —le explicó Sandra.

—¿Dormía aquí? Creía que vivía solo.

—Sí, pero venía a menudo y cuando cenaba con nosotros, me refiero a Diana a Sergio y a mí, solía beber más de la cuenta. No se marchaba entonces hasta la mañana siguiente. Como podrá constatar, tenía un gusto pésimo, pero nunca consintió que su hermana decorase esta habitación. La quería como está.

—¿Toleraba mal el alcohol?, —le preguntó Irene, fingiendo desinterés para que su acompañante no pudiera sospechar lo que estaba maquinando. Si la respuesta de Sandra fuera acorde con lo que le convenía, podría plantearse todavía poner en práctica su primitivo plan.

—No, todo lo contrario. Es que abusaba de la bebida, sobre todo del cava.

—Bueno, le gusta a la mayoría de la gente, —contemporizó ella.

—Sí, pero Ángel no se conformaba con una sola botella. Además, antes de sentarnos a la mesa iniciaba su sesión etílica con un *whisky* como aperitivo. Luego bebía vino con la cena y terminaba con al menos una botella de cava en el postre. Naturalmente después no se tenía derecho. Por esa razón Diana se empeñaba en que se quedara a dormir aquí. Aunque él era mayor que ella, como es una calamidad, Diana le trataba como si fuese un niño del que se viera obligada a responsabilizarse.

Irene hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, le conocí el otro día. Vine a esta casa a ayudar a Sergio a buscar unos documentos y me dio la impresión de que es un hombre muy poco

respetuoso y al que le gustan demasiado las faldas.

Sandra clavó su mirada en ella con curiosidad mal disimulada.

—¿Estuvo inconveniente con usted?

—Sí, nada más verme, sin saber quién era yo ni que estaba haciendo en el despacho de Diana, me preguntó si era el nuevo ligue de Sergio y luego, cuando le aclaré que era su abogado, hizo algunos comentarios de bastante mal gusto.

—Es un tipo odioso, —corroboró Sandra con mal disimulado rencor—. Le dije a Diana que no quería permanecer en esta casa las noches en que se quedaba él, porque ni aún echando el cerrojo a la puerta se podía dormir tranquila, pero ella no me hacía caso. Sentía por sus hermanos una inexplicable debilidad, porque ninguno de los dos se lo merece. Solo acudían a visitarla cuando necesitaban dinero, lo cual ocurría muy a menudo. Eran como dos sanguijuelas.

—Él entrena a un equipo de baloncesto en un instituto, pero, ¿a qué se dedica María?

—Trabaja como secretaria en una empresa, aunque está empeñada en pintar, como Diana, pero no llegará nunca a nada. No tiene sensibilidad ni es capaz de captar la belleza intangible que solo los genios son capaces de plasmar ni posee la técnica necesaria para convertir el modelo que elige en una obra genial. Por eso envidiaba tanto a su hermana, sin comprender que el arte es un don con el que se nace y que ella no lo posee ni lo poseerá por mucho que se empeñe.

Continuaron adelante por el pasillo y Sandra le mostró el dormitorio siguiente, que pertenecía a Sergio y que sí parecía acorde con la selecta decoración de la casa. La cama, estaba cubierta con una colcha color marfil, a juego con la tapicería de la butaca y con las cortinas de la ventana, por la que penetraba la macilenta luz del crepúsculo que iba relegando a la oscuridad la claridad del día. La habitación estaba en orden y no había a la vista ningún objeto personal. Ni una fotografía sobre la mesilla de noche ni sobre la cómoda. Un espejo con marco de madera blanco colgaba sobre esta e Irene se contempló al pasar por delante de él. La pulida superficie le devolvió la imagen de una bonita muchacha de ensortijada melena rubia, algo revuelta, y de brillantes ojos azules bordeados de pestañas negras y

largas. Su aspecto respondía al de una estudiante universitaria, aunque el maletín que portaba en la mano desmentía esa impresión y le prestaba la imagen de la eficiente profesional que pretendía aparentar.

—¿No dormían juntos Sergio y Diana?

—No, últimamente no. Ella tenía los nervios desquiciados y se quejaba de que cualquier ruido la despertaba. Por esa razón Sergio terminó por trasladarse a esta habitación para no molestarla. Es un hombre muy considerado.

Irene vaciló antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Había... había algún otro hombre en la vida de Diana últimamente? Ángel me dijo el otro día que ella quería divorciarse de Sergio y que un abogado había iniciado ya los trámites pertinentes.

Sandra no contestó inmediatamente. Había desviado la mirada hacia la ventana del dormitorio, a través de la cual y ya en sombras se veía la piscina exterior, bordeada de césped.

—Se lo estaba planteando, sí, —dijo al fin en voz muy baja—. Se había encaprichado por ese muchacho que le iba a llevar el divorcio, como se encaprichaba por tantas cosas absurdas. Ya le he dicho que era como una niña antojadiza. Intenté hacerle comprender que Sergio no se lo merecía, pero no me hizo el menor caso. Le aburría la docilidad de él, la sacaba de quicio que nunca se le enfrentase ni discutiera sus decisiones, pero es que Sergio la adoraba y disculpaba siempre sus excentricidades por absurdas que fuesen, ¿me comprende?

Irene asintió con la cabeza.

—Y ese abogado... ¿recuerda su nombre?, —le preguntó con una vaga sospecha arañándole por dentro.

—No, no he llegado a conocerle. Le he llamado muchacho porque sé que era más joven que ella. Diana había cumplido ya los treinta y cinco, igual que Sergio.

Irene no se atrevió a preguntar más y la siguió cuando le mostró el cuarto de baño, al que se accedía desde el dormitorio, antes de hacer intención de despedirse de ella.

—Me voy a marchar ya, así que tome la llave de la casa. No olvide al salir apagar las luces y cerrar la verja del jardín.

Recogió la maleta de la habitación que había sido su cuarto y salió nuevamente al pasillo con la cabeza baja. Irene vio que pestañeaba con los ojos húmedos y que se volvía de espaldas a ella al salir al pasillo, quizás para evitar que viera como se le deslizaban unas lágrimas por las mejillas. Reprimió el impulso de darle un abrazo de despedida, con lo cual hubiera sido muy probable que Sandra se hubiera echado a llorar. Por eso no lo hizo. En su lugar salió tras ella al corredor y se apoyó en la barandilla para verla bajar la escalera. Desde el vestíbulo vio como la secretaria levantaba la vista para decirle adiós con la mano y luego salió a la terraza.

Irene permaneció en la misma posición unos segundos, sintiendo la despedida de Sandra como si fuera la de una amiga a la que hubiera conocido muchos años antes. Entristecida como estaba no se percató de que iban transcurriendo los minutos. Notó de pronto que estaba sola en aquel inmenso edificio y que la luz del día iba apagándose gradualmente, por lo que se apartó de la barandilla e hizo intención de retroceder hasta el interior del dormitorio de Sergio para recoger la ropa de él y llevársela a la prisión. Antes de alcanzar la puerta se detuvo en el pasillo. El silencio era excesivo. No se oía ni el pío de un pájaro en el jardín, como si la naturaleza entera se hubiera adormecido alrededor de la mansión. Tampoco los pasos de ella arrancaban crujido alguno del pavimento de madera. El crepúsculo había invadido ya el dormitorio de Sergio cuando abrió la puerta y se detuvo en el umbral. No le pareció la misma habitación, ahora que las sombras del atardecer oscurecían los contornos de los muebles y se adueñaban del espacio que allí se respiraba. Pero necesitaba él que le llevara ropa con la que mudarse durante la larga ausencia en la que permanecería apartado de su casa y de su mundo. Y después, aprovechando que se había quedado sola, debería bajar al sótano a buscar algo que pudiera inculpar a Ángel. Aunque le estremecía y le erizaba el vello de los brazos el silencio tan excesivo de la casa, disponía en esos momentos de la oportunidad que necesitaba para demostrar que este le había tendido una trampa a Sergio. Evocó la esperanzada expresión de este en el locutorio de la cárcel cuando se despidió de él la tarde anterior. La había mirado como un niño miraría a su madre, confiando en que esta le salvara del peligro que le amenazaba. Una confianza ciega que no respondía a las aptitudes de ella ni a la

capacidad de que disponía para sacarle del aprieto, pero que la obligaba a hacerse merecedora de esa confianza.

Bruscamente se dirigió al armario y lo abrió. Pantalones, chaquetas y cazadoras colgaban de la barra y en la balda vio apilados varios jerséis perfectamente doblados. Fue guardando en una bolsa lo más imprescindible y aproximó luego la butaca y poniéndose de pie sobre el asiento alcanzó las puertas del maletero y las abrió también buscando alguna manta, aunque no estaba segura de si se la admitirían en la prisión. Su interior estaba completamente vacío, por lo que saltó al suelo, colocando nuevamente la butaca en su sitio. Cuando se dirigía ya hacia la puerta con la intención de bajar al sótano, se detuvo en seco al oír algo. Si instantes antes el silencio le había parecido absoluto y opresivo, ahora el sonido de unos pasos que subían por la escalera la sobresaltó, desbocándole los latidos del corazón. ¿Quién podría ser? Sandra al salir había dejado abierta la puerta de la casa y la cancela del jardín, por lo que podría haber entrado cualquiera.

Notó que un sudor frío le corría por la espalda y aguardó junto a la puerta entreabierta, con los ojos agrandados por el miedo. Las pisadas continuaban ascendiendo y las oía más y más cercanas. El intruso había alcanzado ya el rellano de la planta superior y a través de la rendija de la puerta vio que se encaminaba en su dirección. La oscuridad del pasillo no le permitía distinguir sus facciones. Solo consiguió avistar confusamente una figura muy alta que avanzaba sin prisas.

¿Qué podía hacer? ¿Encerrarse dentro del dormitorio, echándole a la puerta el pestillo? Esa decisión la obligaría a pasar allí la noche, ya que no podría averiguar si el desconocido se había marchado o la aguardaba en el corredor. Recorrió con la vista la habitación, buscando entre las sombras que la invadían y que difuminaban las siluetas de los muebles algún objeto contundente. Sobre la mesilla de noche adivinó más que vio una lamparita de bronce con una pantalla de pergamino. Otra lámpara más sólida descansaba sobre la cómoda y se decidió por esta última. En caso de necesidad intentaría asestarle al intruso un golpe en la cabeza.

Se apartó resueltamente de su observatorio y de puntillas se encaminó hacia esa cómoda. Sigilosamente alargó la mano y estaba ya rozando el pie

de cerámica de la lámpara cuando se abrió bruscamente la puerta y la alta figura de Ángel se perfiló en el umbral. Irene ahogó un grito.

—¿Qué haces tú aquí?, —le preguntó él, al tiempo que se apoyaba petulantemente contra la pared.

A duras penas consiguió Irene recuperar el uso de su voz.

—He venido a buscar ropa de Sergio para llevársela, —murmuró, mientras su mente trabajaba a toda velocidad—. Me ha pedido además que me ocupe de dar de baja los contratos de suministro de esta casa, ya que no puede pagarlos durante el tiempo en que él permanezca en... en el sitio donde está. Ya sabe, la luz, el teléfono y el gas.

—¿Quieres decir mientras esté en la cárcel?, —puntualizó él observándola con sorna—. Será mejor entonces que le hagas la maleta, porque tiene para rato. ¿O es que esperas conseguir para él la libertad provisional?

—Naturalmente, —afirmó ella procurando que su voz sonase segura, lo que incomprensiblemente consiguió.

—Me parece que eres una optimista, o es que...

Irene le interrumpió antes de que pudiera sugerir una grosería, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—La policía científica está analizando la peluca y los demás objetos que motivaron su detención, —inventó, ya con la lámpara en la mano—. Parece ser que no hay ADN de Sergio en esos objetos, aunque si lo hay de otras personas que están tratando de identificar.

Ángel encendió la luz de la lámpara del techo y se la quedó mirando sin que expresión alguna se pintara en su semblante, pero Irene adivinó que le habían impresionado sus palabras.

—¿Quieres decir que la policía ha averiguado ahora que pudo ser otra persona la que se caracterizara como un viejo para estrangular a esa otra pintora y a Diana?

—Eso es.

—¿Y cómo entonces no analizaron esas prendas antes de detenerle?, —objetó, observándola fijamente con sus claros e insolentes ojos verdes.

—Porque... porque las pruebas de ADN llevan un tiempo, —replicó improvisando sobre la marcha.

—Me estás contando un cuento. ¿Crees que soy idiota? ¿Y dónde vas con esa lámpara?

Irene desvió la vista hacia la que sostenía en su mano.

—La llevo abajo, a la cocina, para fregarle el pie de cerámica. Está muy sucio.

—Ya. ¿Y a ti qué te importa? ¿Desde cuando eres tú la dueña de esta casa y te preocupas de limpiar lo que está sucio?

—No soy la dueña de esta casa, pero Sergio me ha pedido que me ocupe de mantenerla en condiciones hasta que él pueda volver. Es usted el que no pinta nada aquí.

Abrió él completamente la puerta, obstaculizándole el paso con su cuerpo.

—¡Ah! ¿Sí? Me has contado una historieta que te has inventado, pero te voy a decir yo la verdad sobre lo que va a ocurrir. Esa policía científica o como la hayas llamado no va a descubrir nada sobre el ADN, porque no hay nada que descubrir. Me he asesorado yendo a visitar a un abogado que, por cierto, me ha cobrado una pasta solo por cacarear un rato, —añadió con un acento que a Irene le pareció ordinárisimo—. Sé que cuando condenen a Sergio, porque le van a condenar con tu defensa o sin ella, María y yo heredaremos esta casa y todos los bienes de Diana, así que, me parece que la que sobras eres tú.

La miró ofensivamente de arriba abajo y de pronto se echó a reír.

—Bueno, si quieres puedes quedarte y lo pasaremos estupendamente tú y yo, ahora que no está Sergio aquí para impedírnoslo.

Notó Irene como el sudor le corría por la espalda y asió nuevamente el pie de la lámpara con la mano derecha. Con la izquierda extrajo su móvil del bolsillo y marcó el primer número de la agenda que encontró. Luego se lo llevó al oído. A través del aparato oyó la sorprendida voz de Marisa.

—Irene, ¿eres tú?

—¿Hablo con la policía?, —dijo ella, fingiendo un absoluto aplomo—. Hagan el favor de venir inmediatamente, aquí a la Moraleja. Ha entrado un tipo en mi casa, que me está amenazando para que le abra la caja fuerte. Es un hombre muy peligroso.

La voz de Marisa denotó una tremenda sorpresa.

—¿Pero Irene, qué es lo que te pasa? Estás llamando al número de mi móvil. Te has confundido.

Fingió Irene que la policía le estaba preguntando la dirección de la calle y se la dio, sin hacer caso de las protestas de Marisa que seguía tartamudeando incoherencias. Cortó seguidamente la comunicación y sin soltar la lámpara se volvió hacia él.

—Tiene cinco minutos para marcharse, porque no creo que tarden más en llegar. Ya les he dicho lo que pretende, así que será mejor que se largue por las buenas, si no quiere que le detengan y le hagan pasar la noche en el calabozo de la comisaría. De presentar formalmente la denuncia ya me ocuparé yo.

La risa se le cortó a él en seco.

—No creo que hayas llamado a la policía.

—¿No?, pues quédese conmigo a esperarla. Ya le he dicho que no tardará.

Ángel reculó marcha atrás, saliendo al pasillo.

—Eres una estúpida, pero ya me voy. Y recuerda lo que te he dicho. Esta casa será mía dentro de poco, así que no te des tantos aires. Y no vuelvas tampoco tú por aquí, no vaya a ser que un día de estos te lleves un buen susto.

Aún sudando de miedo, le vio alejarse por el pasillo y luego oyó el sonido de sus pisadas por la escalera. Asida a la barandilla del rellano de la planta en la que se encontraba, le siguió con la mirada hasta que salió del vestíbulo y después, a través de la ventana del cuarto de Sergio observó cómo se subía al coche que había aparcado junto a la terraza, arrancándolo a continuación.

Aguardó ella unos segundos hasta que notó como el pulso iba normalizándosele y se miró seguidamente en el espejo que colgaba sobre la cómoda. Estaba pálida y desencajada. ¿Cómo habría podido engañarle y hacerle creer que había llamado a la policía? Se notaba a la legua que estaba asustadísima y, para colmo, no había conseguido nada. Había perdido una magnífica oportunidad de proponerle a Ángel que se tomaran una copa juntos, abajo, en el salón, para sonsacarle con habilidad y determinar si había intervenido o no en el incidente de la peluca y de la barba postiza y en

su posterior denuncia a la policía. Pero es que él le producía un miedo pavoroso. Todavía le temblaban las piernas. Para colmo empezaba a sentir de nuevo que el silencio de aquella casa era excesivo y más aún ahora que se había hecho de noche. Bruscamente se aproximó a la pared para apagar el interruptor de la luz y con el bolso al hombro, su maletín en la mano y la bolsa con la ropa descendió rápidamente la oscura escalera. No se sentía con fuerzas ya para bajar a inspeccionar el sótano, por lo que cruzó corriendo el vestíbulo, cerrando con llave el portalón en cuanto salió a la terraza. Luego echó a correr por el enarenado camino hasta la verja del jardín, donde también cerró la cancela y subió a su desvencijado coche, que en esos momentos identificó con una tabla de salvación. Cuando oyó el familiar rugido del motor al ponerse en marcha, dejó escapar un suspiro de alivio y enfiló la calle hasta que dejó atrás la urbanización.

Capítulo 10

Había anochecido ya y las farolas esparcían su tristona claridad en derredor sin apenas disipar la oscuridad de la amplia avenida. Al fondo, las luces del museo brillaban en la noche, como una invitación a los transeúntes que caminaban ociosos a esas horas por el Paseo del Prado.

Clara Fernández pagó el *ticket* en la taquilla y luego apretó el paso en dirección a la puerta de cristales por la que se accedía al museo. Era una muchacha de unos treinta años, de estatura muy reducida, tez morena, cabello oscuro y liso que llevaba sujeto en la coronilla con una goma y ojos negros muy vivos. Vestía un chaquetón de cuadros blancos y marrones que parecía estarle demasiado grande, sobre unos pantalones de este último color y calzaba unos zapatos de tacón altísimo, pese a lo cual su talla continuaba siendo inferior a la normal.

La muchacha alcanzó la puerta de cristales y, caminó decidida hacia el larguísimo y amplio corredor que debería recorrer para alcanzar la sala cuarenta y nueve del museo. Eran las seis treinta de la tarde por lo que disponía del tiempo necesario para contemplar la Mona Lisa española y después subir a la primera planta y acercarse al salón ovalado a admirar la pintura de Velázquez. La escuela pictórica con la que se sentía identificada no guardaba relación alguna con la de este último, que, en su opinión, correspondía a una tendencia ya superada. Entendía que en el presente era preciso prescindir del dibujo y de la reproducción de la realidad para crear una belleza cromática sin formas preconcebidas. Lo importante era conjugar acertadamente el colorido y plasmar una composición asistemática y falta de estructura, potenciando la expresividad en los elementos visuales. Sin embargo, y pese a que creía haber logrado trasladar acertadamente esa técnica a los lienzos que había expuesto en la sala Dorée, no había

conseguido vender ninguno. ¿Sería que su obra carecía de la necesaria emotividad o quizás obedeciese su fracaso a que el público en general no entendía el arte abstracto?

Pese a que desdeñaba la pintura figurativa por considerarla anticuada, le gustaba Velázquez para admirar sus cuadros en un museo. La sorprendía que este hubiera sido capaz de dar forma en el lienzo con tanto realismo, con tanta perfección, a las escenas cotidianas que plasmaba en sus cuadros.

Al acercarse en la planta cero a la sala cuarenta y nueve y distinguir la larga cola de visitantes que aguardaban para admirar el cuadro de la Mona Lisa, taconeó decidida hacia la escalera, optando por subir en primer lugar a la primera planta para acercarse al salón ovalado, posponiendo para más adelante el extasiarse ante la Gioconda española. Esquivó a los grupos de visitantes que venían en dirección contraria por el salón central y, sorteando a los que caminaban sin rumbo fijo, entró en el inmenso salón ovalado. Al fondo, el cuadro de “Las Meninas” destacaba grandioso, ocupando toda la pared del fondo y bajo el mismo se agolpaba un grupo de turistas alemanes que hablaban en su incomprensible idioma. Luego callaron con su característica disciplina para escuchar al guía que les explicaba detalladamente los aspectos más relevantes de esa obra, atendiendo a su explicación en absoluto silencio.

Al poco tiempo, el grupo abandonó el lugar en el que se había apelotonado con el guía y continuó su recorrido por la sala, instante que aprovechó Clara para situarse bajo el cuadro y levantar la vista hacia el lienzo. Con la boca abierta de pura emoción apreció la perfección de la técnica empleada, la aplicación de las pinceladas desenfadadas, atrevidas y libres con las que el pintor había logrado reproducir la mágica sensación de que en el cuadro había un espacio de aire entre los personajes.

Intrigada lo examinó nuevamente. ¿Cómo habría podido lograr el pintor ese efecto atmosférico entre las figuras? Porque la impresión que producía era que había pintado el aire, evanescente, etéreo, pero el que sin duda se respiraba en el viejo caserón del Alcázar de Madrid, enclavado en el mismo emplazamiento en el que posteriormente había sido edificado el palacio de Oriente.

Con los ojos entornados estudió la influencia de la llamada “escuela veneciana”, que podía detectar por la aplicación de las manchas de color que de forma irregular cubrían la tela y luego examinó la técnica empleada en el espejo, que al fondo reflejaba los rostros de los reyes. Iba a analizar la forma en la que Velázquez había plasmado en la tela el tejido de la falda de la infanta Margarita, cuando escuchó unos pasos que se le acercaban por detrás. Inquietísima advirtió entonces que se había quedado sola en el salón ovalado y que a su espalda se encontraba un viejo que se le aproximaba rápidamente con algo azul en la mano. Recordó instantáneamente las noticias que había leído en el periódico sobre los crímenes que se habían producido en el mismo lugar en el que se encontraba. Decía el diario, que ese hombre había sido detenido y recluido en prisión y le describía como un anciano muy alto, con el cabello y la barba blancos. Exactamente igual que el que se le había aproximado por detrás y que en ese instante inclinaba su alta estatura para pasarle algo alrededor del cuello con el que empezó a oprimirle la garganta. La primera reacción de la muchacha fue echarse las manos al pañuelo para aminorar la presión, al tiempo que se giraba a medias y embestía a su agresor con la cabeza.

Al sentir el impacto, el viejo se tambaleó y Clara oyó su sonora exclamación al caer al suelo de espaldas, al tiempo que un creciente alboroto a su alrededor se confundió con otro grito que consiguió proferir ella, cuando logró que el aire volviera a penetrar en sus pulmones. Sin duda se había caído también cuan larga era, porque notó que alguien la levantaba y, como atontada, distinguió borrosamente a dos guardias de seguridad que luchaban por sujetar al viejo que la había atacado y que se defendía como un energúmeno, a la vigilante de la sala que seguía gritando y al gentío que había acudido y que se agolpaba en la puerta. Como en sueños vio a un adolescente fotografiando la escena con su móvil. Luego los vigilantes, que ya habían conseguido reducir al viejo, se lo llevaron a empujones entre el griterío de los visitantes que se hacinaban en las salas que estos iban recorriendo, mientras una vigilante llamaba a la policía por un teléfono móvil. Otra vigilante se le acercó solícita.

—¿Se encuentra bien?

Clara asintió, sacudiéndose un polvo imaginario de los pantalones y del chaquetón.

—Sí, me duele un poco la cabeza, pero creo que sí, que estoy bien.

—Es que le ha pegado usted un cabezazo impresionante a ese tipo en salva sea la parte, —le explicó la vigilante—. Si las pintoras a las que estranguló antes ese bestia hubieran hecho lo que usted, a lo mejor todavía seguirían vivas. Y por cierto, ¿es usted pintora?

Clara meneó nuevamente la cabeza en sentido afirmativo, intentando rehacer con los dedos los mechones de su cabello, liso y sin gracia que, a causa del cabezazo, se habían escapado de la goma con la que lo sujetaba en la nuca y le colgaba ahora desgredado sobre las orejas.

—Sí, ¿pero dice usted que ese viejo es el asesino del museo? He leído en el periódico que lo habían detenido y que ya estaba en la cárcel.

—Pues no cabe duda que la policía primero y el juez después se han confundido. Aún andaba suelto y poco ha faltado para que la estrangulara a usted también.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Impaciente, se acodó Irene en la repisa adosada al cristal que en el locutorio de la cárcel soportaba el teléfono intercomunicador y aguardó la aparición de Sergio, dominando a duras penas su nerviosismo. Al fin lo había conseguido, al fin iba a darle a él la gran noticia, aunque no le correspondiera a ella el mérito en su totalidad. Todo había obedecido a un cúmulo de casualidades, pero ella había puesto en el feliz desenlace todo su esfuerzo y todo su interés.

Sergio no tardó más de unos minutos en presentarse en el locutorio, al otro lado del cristal, minutos que a Irene le parecieron siglos. Estaba pálido y demacrado y se sentó en la banqueta que se hallaba en el lado del cristal que correspondía a los reclusos, llevándose el teléfono intercomunicador al oído con el semblante crispado por la inquietud.

—¿Qué?, ¿sabes algo?, —le preguntó.

—Claro que sí, —repuso Irene que en esos instantes se sentía absolutamente feliz—. Sé algo extraordinario. Te van a dar la “bola”.

—¿Qué bola?, —se extrañó Sergio—. ¿De qué estás hablando?

Ella se echó a reír con ganas. Aunque hasta el día anterior tampoco conocía el significado penitenciario de esa palabra, Gonzalo se lo había explicado con detalle y ahora iba a aclarárselo ella a Sergio como si tuviera una gran experiencia en asuntos similares.

—La “bola”. En la jerga carcelaria se llama “bola” al mandamiento judicial de libertad del recluso. Vas a salir dentro de unas horas y tu causa se ha sobreseído. El fiscal ha retirado los cargos, ya que ha detenido la policía al verdadero culpable de los asesinatos del museo. Un viejo que se llama Cosme Rodríguez, que trabaja en una galería de arte y que está como un auténtico cencerro. Ha confesado en la comisaría y después antes el juez

que estranguló él a las pintoras, porque estaban destrozando el arte de la pintura con sus espantosos cuadros abstractos.

Estupefacto, Sergio abrió la boca hasta dibujar con ella un círculo.

—¿Qué lo estaban destrozando? ¿Y de qué las conocía?

—Por lo visto, trabajaba en una galería de pintura que se llama “la Sale Dorée”, donde habían expuesto las pintoras.

—¿Y se las encontró en el museo y por eso las mató?

—Sí, aunque parezca absurdo y carezca de toda lógica. Al museo también acudía él a menudo, porque la pintura, sobre todo la de Velázquez, era toda su vida. Cuando las vio en el salón ovalado examinando el cuadro de “Las Meninas”, que es su preferido, le pareció una profanación, según ha declarado. Ya te he dicho que está como una regadera.

Sergio enarcó sus oscuras cejas en un gesto de incompreensión.

—¿Y por esa razón estranguló a Diana? La pintura de Diana era figurativa. Ese tipo debió de confundirla con otra artista.

—Es posible, —consideró dubitativamente Irene— y eso ya no tiene remedio, pero la buena noticia es que vas a salir de la cárcel, que han sobreseído tu causa y que vamos a poder ultimar enseguida la testamentaría de Diana.

Tardó él en entenderlo. Por sus claros ojos azules fueron discurriendo las palabras de ella que asomaron a su rostro conforme fueron haciéndose inteligibles.

—Así que... ¿Y cuanto crees que tardarán en darme esa “bola”?

—Espero que esta misma tarde. Me lo han comunicado en el juzgado esta mañana, de modo que debe de estar a punto de llegar. Preguntaré ahora en administración y, si es cuestión de horas, esperaré para llevarte a casa.

A través del cristal, Sergio apartó el teléfono de su oído y se la quedó mirando fijamente. Luego parpadeó con los ojos húmedos y aproximó nuevamente el auricular a su oreja.

—¿Cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí? Ningún otro abogado se habría tomado tanto interés ni habría demostrado tanta competencia en su trabajo. Eres la mejor del mundo.

Sus palabras la llenaron de satisfacción. No se consideraba ni mucho menos la mejor abogado del mundo, pero sí creía haber puesto todos sus

conocimientos y todo su esfuerzo en sacarle libre de la imputación de que había sido objeto por las malas artes de su cuñado.

—Gracias, pero solo he cumplido con mi deber, —le contestó, abatiendo modestamente los párpados—. Y por cierto, seguí tus indicaciones y di de baja la luz, el gas y el teléfono de tu casa, así que cuenta con que vas a estar a oscuras cuando llegues allí esta noche.

Sergio se echó a reír.

—¿Y crees que eso me va a importar? Podría sentirme muy feliz sin ninguna de las tres cosas el tiempo que haga falta. Me va a parecer mentira volver a mi casa, aunque por la noche tenga que ir palpando las paredes.

Irene coreó su risa. Recordaba pocos momentos en los que anteriormente se hubiera sentido tan satisfecha de sí misma. Quizás el día en que terminó la carrera... pero no, el que estaba viviendo era un momento único e irrepetible.

Aún tuvo que aguardar varias horas a que Sergio saliera por la puerta de la cárcel con la mochila al hombro que contenía las pertenencias que llevaba encima el día en que fue recluido y las que le había llevado ella después. Los trámites burocráticos de excarcelación de un recluso son absurdamente lentos, por lo que Irene terminó por aguardarle en el coche con la radio puesta para entretener el tiempo que aún tendría que esperar. Pero al fin salió. Nervioso como nunca le había visto y parlanchín en grado sumo, como si tuviera que aprovechar el trayecto que recorrieron los dos hasta su casa para referirle todas las impresiones que había experimentado durante los larguísimos días en que había estado privado de libertad.

Cuando al fin detuvo el coche Irene frente a la cancela de la casa en que vivía Sergio, descendió este del vehículo y se detuvo un instante junto a la verja como si necesitara respirar nuevamente el olor a tierra mojada del jardín y sentir cómo le despeinaba el viento fuera de las tapias de la cárcel. Luego se volvió hacia ella para agitar la mochila en el aire a modo de despedida.

Irene arrancó sintiendo un alivio inconmensurable, una sensación de triunfo casi indescriptible y durante un instante pensó que no podía haber nada en el mundo comparable a ese sentimiento. Sabía que el mérito no era solo suyo. Tenía que agradecerle a Cosme Rodríguez que hubiera decidido

atentar contra la vida de Clara Fernández bajo el cuadro de “las Meninas” demostrando así que su cliente era inocente. Pero aunque no se debiera exclusivamente a su intervención, había conseguido que Sergio saliese de la cárcel yendo a ver al juez que instruía su sumario y apremiándole para que dictase el mandamiento de libertad esa misma mañana. Había hecho todo lo que estaba en su mano y verle abandonar al fin el centro penitenciario era una experiencia insuperable que nunca podría olvidar.

Pero tenía que compartir ese momento con alguien. ¿Quién podría entender la emoción que le vibraba por dentro y que le ascendía hasta un lugar que no supo identificar? Marisa no. Se alegraría por ella pero sería incapaz de sentir lo mismo, porque nunca se había visto en el caso que ella había padecido. Su familia tampoco. Allí en el pueblo pasaban pocas cosas y ninguna que tuviese que ver con una detención. De los que conocía, solo Gonzalo podría concebir la intensidad de la triunfal exaltación que experimentaba, porque habría vivido momentos parecidos. Sin pensarlo más le llamó al móvil y cuando oyó su voz a través de la línea le costó trabajo encontrar la suya.

—Gonzalo, al fin, al fin ha salido de Alcalá Meco. Le acabo de dejar en su casa.

Él no tuvo que preguntarle a quien o a qué se estaba refiriendo. Solo por el tono con que se lo comunicó supo de qué le estaba hablando.

—Enhorabuena, Irene. Me alegro muchísimo por él y por ti. Sobre todo por ti.

Capítulo 12

Estudió Irene críticamente a la visitante que tenía sentada enfrente de la mesa de su despacho. Era una mujer de unos treinta y tantos años, muy alta y de complexión fuerte, lo que no era de extrañar dado que su profesión era de la profesora de gimnasia. Su cabello oscuro y liso le llegaba hasta el hombro y brillaba con reflejos rojizos que probablemente serían obra de la peluquería y no de la naturaleza. Poseía un rostro muy llamativo en los que campeaban unos ojos oscuros muy grandes y una boca carnosa, excesivamente pintada de color rojo oscuro. Aunque su aspecto no carecía de atractivo, resultaba un tanto ordinario.

La había llamado la tarde anterior pidiéndole una cita, a lo que ella había accedido inmediatamente, pese a que sabía que los abogados de prestigio solían tener la agenda cubierta y no recibían a sus posibles clientes hasta bien transcurridos los veinte días desde su llamada.

Su visitante, que según le había dicho se llamaba Consuelo Díaz, se había presentado como compañera de trabajo de Sergio en el instituto. Irene la identificó inmediatamente como la amiga de este, con la que compartía los interminables días de soledad cuando Diana se marchaba a pintar a alguna playa de levante. Debía ser algo más que amiga, porque aludía a la relación de ambos como si fuese más íntima que la de meros compañeros de trabajo.

—Sergio se encuentra sin blanca, —le decía en esos momentos—. Por eso he venido a verla, para decirle que se ocupe en resolver cuanto antes la herencia que le ha dejado su mujer, ya que voy a prestarle yo el dinero necesario para los trámites previos. Dígame cuanto necesita y le haré una transferencia.

—¿Le va a prestar usted el dinero?

—Sí, Sergio me lo devolverá en cuanto se incorpore nuevamente a su trabajo en el instituto. Ya sabrá que este ha dejado sin efecto la suspensión de empleo y sueldo que acordó cuando le encarcelaron, pero ahora, cuando se ha comprobado por el juez que todo había sido un error, va a volver a desempeñar su trabajo como profesor a primeros del mes próximo para no perjudicar al interino que le ha estado sustituyendo, ¿comprende? Sergio es un hombre muy bueno y muy comprensivo y le está agradecidísimo a usted. Los dos le estamos agradecidísimos.

Con un esfuerzo para no traslucir lo que sentía, Irene aceptó modestamente el cumplido, aunque interiormente lo consideró más que merecido.

—¡Bah!, únicamente he cumplido con mi trabajo y hemos tenido la enorme suerte de que ese chalado, Cosme Rodríguez, haya reconocido en comisaría y lo haya declarado ante el juez que él era el único autor de los crímenes del museo. Ahora está ingresado en el psiquiátrico y le están reconociendo especialistas en la materia, que tendrán que diagnosticar el grado de demencia que padece.

—Sí, ha sido una gran suerte que decidiera estrangular a esa pintora, creo que se llama Clara Fernández, pues de otra forma a usted le habría resultado mucho más difícil demostrar que Sergio no había intervenido para nada en esos asesinatos, —opinó Consuelo, observando la expresión de Irene con sus grandes ojos entrecerrados.

Seguidamente se quedó callada, con la mirada fija en el balcón, a través del cual veía discurrir el espeso y ruidoso tráfico de la calle. Parecía estar meditando sobre algo cuando desvió los ojos hacia Irene y le preguntó:

—¿Conoció usted a Diana?

Ella meneó negativamente la cabeza.

—No, he empezado a ocuparme de los intereses de Sergio después de que la hubieran asesinado. ¿Por qué lo pregunta?

—Quería conocer la opinión que tenía usted sobre ella. Era una mujer insoportable.

—¿Insoportable? Tenía entendido que era guapa, alegre y divertida.

—Eso es lo que le habrá dicho su secretaria, Sandra García, que la adoraba. También Sergio la adoraba, aunque a mí me resulte inexplicable.

Yo la conocí hace un par de años, un día en el que se presentó en el instituto a organizarle una tremenda trifulca a él. Se creía una diosa o poco menos y le trataba como si fuese un desecho. Al parecer, la fama se le había subido a la cabeza, porque, según me dijo Sergio, cuando se casaron era completamente distinta. No tenían un duro ninguno de los dos y a ella no le parecía que la profesión de profesor de gimnasia fuera un desdoro para que la ejerciera el marido de una secretaria. Entonces no era una pintora famosa. ¿Ha visto usted sus cuadros?

Irene afirmó.

—Sí, no entiendo mucho de pintura, pero me parecieron extraordinarios.

—Son bonitos, sí, —reconoció Consuelo a su pesar—. Una imitación flojita de Sorolla.

—¿Usted cree?, —inquirió Irene algo molesta, evocando la luminosidad que Diana derrochaba a raudales en sus cuadros, el sol cegador de sus playas de levante aprisionado en sus lienzos. ¿Cómo podía decir que era una imitación flojita de Sorolla?

—A mí me parecieron maravillosos, —objetó con cierta acritud—. Y no creo que sean una imitación de Sorolla ni de ningún otro pintor, aunque pertenezca a la misma escuela que aquel.

—Bueno, bueno, no vamos a discutir sobre la pintura de Diana, —contemporizó Consuelo, con un mohín con el que parecía querer disculparse—. Probablemente la he conceptuado así, porque a mí ella me caía mal. En el instituto nos presentó Sergio en esa ocasión que le he comentado y ni me saludó. Fingió que no le había oído a él y que no me había visto a mí. Como si yo no existiera. A veces Sergio no podía soportarlo más, lo cual no es de extrañar.

Irene bajó la cabeza para fijar la vista en sus manos. ¿Sería verdad lo que le había dicho Ángel el día en que le conoció? Este le había asegurado que Sergio era un faldero y que su último ligue con la profesora de gimnasia del instituto había motivado que Diana hubiese decidido divorciarse de él. ¿Sería esa versión la cierta y no la que le había dado Sergio?

—Quizás ella interpretase mal la relación que mantenía usted con él, —aventuró cautelosamente, estudiando su expresión al pronunciar esas

palabras.

Su interlocutora no pareció inmutarse.

—¡Qué va!, —masculló desdeñosamente—. Desde hacía años a Diana le tenía sin cuidado Sergio. Le despreciaba como si fuese un ser inferior con el que se hubiera casado por equivocación. A ella únicamente le importaba su pintura. Ni siquiera le tenía a Sandra verdadero cariño y eso que esa pobre mujer se desvivía por ella. Era una diva inaguantable, una diva en sentido peyorativo.

—¿Sí? Bueno, es relativamente frecuente. No todos los artistas asimilan bien la fama.

—Ella desde luego que no. A mí me pareció una imbécil y una creída. Insoportable como toda la familia.

—¿Conoce usted a sus hermanos?, —le preguntó Irene fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Consuelo afirmó con la cabeza y en su semblante se pintó un rictus irónico.

—Sí, a Ángel nos lo encontramos un día Sergio y yo a la salida del instituto en una cafetería donde habíamos ido a comer. Se nos acercó para meterse con él y para decirme a mí unas cuantas groserías que debió considerar muy sugestivas. Sergio estuvo a punto de pegarle.

—Y a María, ¿la conoce también?

—María vino a verme una tarde, a la salida de mi clase. Me llamó de todo y me dijo que dejara en paz a su cuñado. ¡La muy cretina! Hace años, antes de que Sergio conociera a Diana, salió con ella y la muy estúpida sigue loquita por él.

—¿Se lo dijo ella?

—No, claro que no, pero se desprendía de las palabras que no pronunciaba. —Desvió nuevamente la vista hacia el balcón y cuando volvió a clavar sus ojos en ella pareció decidida a concretar el motivo de su visita—. Bien, dígame cuánto dinero tengo que transferirle. Le agradecería que agilizase en lo posible los trámites de la testamentaría, porque los dos hermanos de Diana intentarán impedir por todos los medios que Sergio herede a su mujer. Y son capaces de cualquier cosa.

Irene evocó las tres ocasiones en las que se había encontrado con Ángel y reprimió un estremecimiento. Ella también le consideraba capaz de cualquier cosa.

—¿Me apunta en un papel la cantidad que necesita?, —insistió la otra poniéndose en pie.

Como Irene no tenía mucha idea de que a cuanto podía ascender esos gastos, le apuntó la cifra que consideró más aproximada y luego le sonrió.

—Le daré las facturas de los pagos que realice y después ajustaremos cuentas, —le dijo mientras la acompañaba hasta la puerta.

En el umbral, Consuelo se volvió hacia ella.

—Quiero darle las gracias nuevamente. Lo hemos pasado muy mal los dos, pero al final se ha solucionado todo satisfactoriamente. Téngame informada de todo lo que se refiera a la herencia.

Se perdió en la oscuridad de la escalera y en cuanto desapareció de su vista Irene aporreó con los nudillos la puerta del despacho de Gonzalo. Este le abrió casi inmediatamente y ella advirtió en el acto que no estaba trabajando. Su despacho estaba desmantelado, con la librería desmontada y con múltiples cajas de cartón por el suelo conteniendo los libros del Aranzadi.

—¿Esperas a alguien?, —le preguntó ella por decir algo, porque era evidente que en aquel despacho tan revuelto no podía Gonzalo recibir a nadie.

Sonriendo con cierta sorna, él la condujo a uno de los sillones de los clientes donde la hizo sentarse, tomando asiento en el otro, en lugar de hacerlo tras la mesa.

—Es obvio que solamente a ti, que espero que me ayudes a seguir embalando trastos. Mañana vendrá la casa de mudanzas a trasportar mis muebles y estoy adelantándoles el trabajo.

Recibió Irene la noticia con la boca abierta y le costó trabajo hacerse a la idea.

—¿Te marchas mañana? ¿Y por qué tan pronto?

—No es tan pronto. Mañana es uno de febrero y ya te dije que me marcharía a primeros de mes.

—Pero es que ha transcurrido muy deprisa, —protestó ella como para sí, pero en voz alta—. Precisamente ahora que te necesito más que nunca...

Trató de imaginar los días venideros sin tenerle a él cerca para consultarle sobre los asuntos que pudieran encargarle sus futuros clientes y de improviso se sintió como una huérfana desvalida.

—Vaya, pues eso es muy halagador, —bromeó Gonzalo—. ¿Y por qué o para qué me necesitas tanto?

—Para que me expliques lo que tengo que hacer. No he llevado nunca una testamentaría y contaba con tu ayuda. Me parece muy mal que te largues precisamente ahora.

—¿La testamentaría de ese Sergio Andrade que ha salido hace poco de la cárcel? Creía que no tenía un duro y que no podía pagar los gastos que conlleva.

—Sí, pero es que me ha visitado hace un momento una compañera suya de trabajo que se ha ofrecido a prestarle el dinero. Una profesora de gimnasia del mismo instituto. Me va a hacer mañana una transferencia bancaria y quiero empezar inmediatamente a poner el asunto en marcha.

Gonzalo enarcó las cejas estudiando atentamente su semblante.

—Supongo que ese cliente tuyo te estará agradecidísimo.

Había en su tono algo de sarcasmo, pero ella no lo advirtió.

—Sí, sí que lo está, aunque si todo se ha solucionado satisfactoriamente no ha sido gracias a mí. Afortunadamente el viejo chalado que estrangulaba pintoras en el museo decidió estrangular a una más y le cogieron con las manos en la masa. Por esa razón le dieron la “bola” a Sergio y sobreseyeron su causa, pero él me atribuye unos méritos que no tengo.

—Te has tomado muchísimo interés en su caso y has hecho un enorme esfuerzo, —consideró él en tono más distendido.

—Sí, porque es mi trabajo, pero probablemente solo con mis escritos no hubiera conseguido nada, ¿no crees?

—Puede ser, pero dime, qué relación tiene esa chica que te ha visitado con él. ¿Es solo una amiga o es algo más?

Irene frunció el ceño al tratar de precisar los detalles de la conversación que había mantenido con ella.

—Pues yo creo que es algo más, aunque Sergio lo negó cuando me habló de ella. Probablemente lo hizo así para causarme buena impresión, ya que concurrían en su caso muchas circunstancias desafortunadas que parecían inculparle.

Esbozó Gonzalo un gesto con el que parecía aprobar las consideraciones que acababa de efectuar y ella estudió su rostro como si le viera por primera vez. Aparentaba menos edad de la que probablemente tenía, pero la seguridad que derrochaba infundía seguridad a su interlocutor y le prestaba un enorme atractivo. Sin duda lo apreciarían así sus visitantes femeninos y más de una habría intentado con él una relación más íntima que la de abogado y cliente. En ese momento y por asociación de ideas le vino a ella a la memoria lo que le había referido Sandra sobre las intenciones de Diana de divorciarse de Sergio y sobre su posible relación con el abogado que se lo iba a tramitar. ¿Sería Gonzalo? Recelosamente levantó sus ojos azules hacia él, estudiando atentamente su expresión.

—Me gustaría hacerte una pregunta, pero quiero que me contestes la verdad.

—Es lo que se espera cuando se hace una pregunta, ¿no?, —replicó él irónicamente.

—Estoy hablando en serio, Gonzalo, —protestó armándose de paciencia—. ¿Me vas a decir la verdad?

Él se echó a reír con ganas.

—Pues no lo sé, pero pregúntame lo que quieras, que ya pensaré yo lo que te contesto.

Irene tragó saliva y buscó en su interior las palabras adecuadas, sin encontrarlas. En cualquier caso, ya daba lo mismo. En el presente, el asesino de las pintoras había sido detenido y el muchacho que se sentaba en la butaca destinada a los clientes, gemela a la suya, no podía ser sospechoso de ningún tipo de delito.

—Quería preguntarte si le estabas llevando tú el divorcio a Diana Alvear. ¿Eras tú su abogado?

Gonzalo se la quedó mirando sin pestañear.

—¿Yo?, no, claro que no. ¿Por qué se te ha ocurrido semejante cosa?

—Porque su secretaria me dijo que se estaba ocupando del divorcio un abogado más joven que ella y me dio a entender que Diana se había encaprichado con él. Tú eres más joven que ella. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos, —repuso aparentemente divertido—. ¿Y cuántos tienes tú?

—Veintisiete, pero los años que pueda tener yo no vienen al caso. Lo que quiero saber es si tuviste con Diana Alvear algún tipo de relación.

Gonzalo tardó en responder. La estaba mirando de frente, pero Irene se dio cuenta de que no la veía. Parecía como ensimismado, como si estuviera rememorando algo que le producía cierta añoranza.

—Pues sí, la de un abogado con su cliente, pero ya te dije el otro día que de eso hace varios años y que el asunto que le llevé no tenía demasiada importancia. Fue una reclamación a la galería de arte donde había expuesto sus cuadros. ¿Pero por qué lo quieres saber?

—Pues...

Irene se lo preguntó a sí misma en ese momento. Le hubiera gustado poder darle una respuesta clara y convincente, pero no se le ocurrió ninguna, porque no podía decirle que, sin saber por qué y dado que se habían conocido, había imaginado que pudiera ser Gonzalo el aspirante a convertirse en el nuevo marido de Diana.

—Es que me parece extraño que no te afectara en absoluto enterarte por el periódico de que la habían asesinado, —le dijo al fin, intentando recordar literalmente los comentarios de él en las ocasiones en las que habían comentado el asesinato de la pintora—. Cuando muere de forma violenta alguien a quien has conocido, se suele sentir cierta conmoción, pero tú no has hecho sobre ese asunto la menor observación.

—Tienes razón, pero es que en un primer momento no caí en que se trataba de la misma persona.

Su explicación le pareció a Irene forzada, pero creyó inoportuno insistir. Lo importante ahora era resolver la testamentaría que llevaba entre manos y no darle más vueltas a algo que pertenecía al pasado.

—Vale, vale, dejemos ese asunto. ¿Me dices ahora qué tengo que hacer para resolver ese enrevesado testamento?

Él se echó a reír.

—Te lo diré, si a cambio haces tú algo por mí.

—¿Cómo qué?, —trató de puntualizar, amoscada.

—Como ayudarme a hacer la mudanza. Mañana, a primera hora, vendrán a recoger mis trastos para transportarlos a mi nuevo despacho. Necesito que me ayudes a desembalar las cajas y a colocar las cosas en su sitio, ¿entiendes?

Irene se mesó su rubio y rizado cabello.

—Pero mañana es sábado.

—Precisamente. Así tendré el despacho en condiciones para poder empezar a trabajar el lunes. Cuando terminemos de desembalar, podemos ir a comer y después a donde tú quieras.

—Claro, claro, —murmuró ella dubitativa.

Él intentó descifrar su expresión, observándola con la cabeza ladeada.

—¿Qué pasa? ¿Es que ya tenías otro plan para mañana?

Verdaderamente no tenía nada previsto para el día siguiente. Lo más probable era que Marisa y ella dieran un paseo por la tarde o que se metieran en algún cine, pero sin saber por qué circunscribía su relación con Gonzalo exclusivamente a su trabajo y no podía imaginar que él tuviera cabida al margen de este.

—Bueno, —aprobo al fin— después de comer podemos subir de nuevo a tu despacho o volver al mío para que me hagas una relación de los organismos a los que tengo que acudir para resolver la herencia de Sergio. Y después... después me darás tu nuevo teléfono para poder llamarte cuando necesite tu ayuda.

A Gonzalo no pareció agradarle demasiado el plan que le proponía ella, porque torció el gesto, aunque casi inmediatamente recuperó su habitual expresión guasona.

—De acuerdo, te lo daré, pero espero que me llames para algo más que para ayudarte a resolver los problemas jurídicos que te surjan. ¿Hay algo que te interese al margen de tu profesión?

Irene lo consideró con el ceño fruncido. Le gustaba la naturaleza en todas sus manifestaciones, le entusiasmaba leer y le entretenía la jardinería, pero en el presente le absorbía tanto su trabajo que no podía perder el tiempo en ocuparse de ninguna otra cosa.

—No, ya veo que no, —rezongó él con sarcasmo después de leer en su semblante el curso de sus pensamientos.

—Es que acabo de vivir una experiencia única, —le explicó ella—. Cuando el otro día recogí a Sergio de la cárcel y le llevé a su casa fue..., No sabría explicarte como me sentí.

—Sí, yo he vivido también unas experiencias similares, pero la sensación de triunfo que se disfruta después es efímera. Enseguida surge un nuevo problema que hay que resolver, por lo que no debes concederle demasiada transcendencia.

Irene se encogió de hombros sin ganas de discutir.

—Es posible, pero todavía estoy disfrutando de esa sensación de triunfo. Y ahora dime qué es lo primero que tengo que hacer con la dichosa testamentaria.

Él asintió con expresión condescendiente.

—¿Has pedido ya el certificado en el Registro de Actos de Últimas Voluntades? Está en la calle Ríos Rosas. Por medio de ese certificado sabrás cual fue el último testamento de Diana y la fecha y la notaría donde lo formalizó.

—¿El último testamento?, —se extrañó Irene—. El testamento lo tiene Sergio.

—No, él tiene una copia del que otorgó Diana hace años. No sabemos si ella dispuso de sus bienes más tarde a favor de otra persona. Con ese certificado tienes que ir después a la correspondiente notaría para pedir una copia autorizada del testamento.

No había imaginado Irene que pudiera ser tan laborioso. Por eso insistió:

—¿Y esa copia autorizada es la definitiva?

—Sí. Tardan en expedir el certificado unos quince días, así que deberías solicitarlo cuanto antes.

Aturdida, hizo un gesto de asentimiento.

—Vale, vale, ¿pero si van a tardar tanto en expedírmelo por qué no me lo has advertido antes? Habría ganado tiempo.

—Tú no me lo has preguntado y, según me dijiste el otro día, tu cliente no estaba en condiciones de pagar la minuta del notario ni el coste de los

documentos que debéis aportarle.

Abrió Irene la boca para protestar, pero en ese instante sonó su teléfono móvil y se aprestó a establecer comunicación. A través de la línea reconoció la voz de Sergio.

—Irene, soy Sergio Andrade, ¿cómo va todo?

¿A qué se referiría con ese “todo”? ¿A su salud, a su estado de ánimo o a la testamentaría? Como no consiguió discernirlo, decidió contestarle ambiguamente.

—Bien, va todo bien.

La voz de él sonó animada.

—Te llamo para invitarte a comer mañana, que es sábado. Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí.

En un primer momento no entendió lo que le decía, pero luego, cuando sus palabras fueron haciéndose inteligibles, parpadeó desconcertada, aunque en ese momento recordó que había quedado ya en ayudar a Gonzalo a hacer la mudanza.

—¿Mañana?, no. Mañana no puedo.

Se hizo un silencio, como si su interlocutor no hubiese esperado esa respuesta y se hubiera llevado una sorpresa.

—¿Has quedado ya o es que tienes trabajo?

¿Cómo debía conceptuar la mudanza de Gonzalo?, se preguntó. ¿Cómo una contraprestación por la ayuda que le proporcionaba él o como una excusa para salir con ella? Como no lo tenía claro, repuso con vaguedad:

—Las dos cosas, lo siento.

—¿Y el domingo?

—¿Qué pasa el domingo?

—Que si estás libre el domingo. Quiero celebrar contigo mi libertad y el domingo podría ser un día estupendo.

Tampoco tenía nada especial que hacer el domingo, pero sin saber por qué no le apetecía encontrarse con él en un escenario ajeno a su trabajo. Buscó en su mente una disculpa.

—Pero... ¿Cómo vas a invitarme a comer si estás sin blanca? Tú me has dicho que no tienes ni un euro.

—Hasta ayer era cierto, pero las cosas han cambiado, —le contestó él alegremente.

—¿Sí?, ¿y de dónde has sacado el dinero? No habrás hecho alguna tontería, ¿verdad?

—No, claro que no, pero te lo contaré mientras comemos. ¿Dónde te recojo y a qué hora? ¿Te parece bien las dos de la tarde?

Aún vacilante, Irene estuvo conforme y le dio su dirección. Después cortó la comunicación y se quedó mirando pensativamente el aparato.

—¿Era tu cliente, verdad?, —le preguntó Gonzalo observándola inquisitivamente con el ceño fruncido.

—Sí, quiere celebrar su libertad y agradecer mis esfuerzos por lograrlo, pero... no sé, no entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que me invite a comer. No lo entiendo en primer lugar porque no tiene un duro. Ni siquiera ha pagado al personal de su casa antes de despedirlo. Además esa señora que me ha visitado esta mañana y que se ha marchado hace un momento me va a transferir el dinero que va a necesitar él para gestionar los gastos de la testamentaría. ¿Cómo es que dispone ahora de medios para invitarme a comer?

Desde el sillón en el que estaba sentado, se inclinó él hacia la mesa para tablear con un lápiz sobre su superficie.

—A lo mejor se lo ha pedido también a esa chica y piensa devolvérselo después, cuando cobre o cuando herede la fortuna de su mujer. Pero, en cualquier caso, ¿a ti qué más te da? Te sentirás muy ufana con tanta invitación a comer, ¿no?

—¿Con tanta invitación?, —repitió sin comprender.

—Sí, con la mía y con la de ese tipo. ¿O es que todos los fines de semana tienes a pares proposiciones como esas?, —le preguntó con sorna.

—Tú no me has invitado a comer, —replicó muy digna—. Me has pedido que te ayude a desembalar tus trastos en el nuevo despacho, a cambio de ayudarme tú a resolver la dichosa testamentaría de Diana. En cuanto a la comida, lo que has dicho es que, después de desembalar, comeremos en alguna parte, dándome a entender que lo haremos porque es una necesidad fisiológica.

Gonzalo enarcó las cejas francamente extrañado.

—¿He dicho yo lo de la necesidad fisiológica?

—Exactamente así, no, pero no has dicho que fueras a invitarme.

Abrió la boca él y la volvió a cerrar con un resoplido de impaciencia.

—Pues yo creo que se sobreentendía. ¿O es que piensas de verdad que necesito que me coloques los Aranzadis en la librería y que les limpies el polvo después? Ha sido una forma, al parecer poco afortunada, de quedar mañana contigo. Tampoco tienes por qué sentirte obligada, —añadió empezando a enfadarse—. Te ayudaría con esa estúpida herencia en cualquier caso.

—Pero..., —empezó ella, completamente desconcertada.

—Pero nada. Olvida la mudanza de mi despacho y aprovecha mañana, que es sábado, para trabajar. Me está empezando a parecer que es lo único que sabes hacer.

Al oír la forma desdeñosa en que se le dirigía, inexplicablemente sintió ella una cierta decepción. En ese momento advirtió que sí le apetecía la cita que él le había propuesto y de la que parecía haber desistido.

—Pero quiero ayudarte a desembalar, —objetó, diciéndose que aún estaba tiempo de arreglarlo—. Me has entendido mal. Además, me gustaría ver tu nuevo despacho.

—Puedes aparecer por allí cuando quieras, —le contestó en tono hiriente—. Tengo unos cuantos compendios jurídicos que te puedo prestar para que te sientas completamente feliz estudiándotelos. Y ahora, perdona, pero tengo que seguir recogiendo esta leonera.

Se había puesto en pie con la evidente intención de despedirla y ella le imitó sin saber qué decir. En cualquier caso no le dio oportunidad. A grandes zancadas se dirigió hacia la puerta y la mantuvo abierta como una clara invitación a que se marchara. Ya en el umbral, Irene hizo un último intento.

—¿Y tu teléfono? Has dicho que me ibas a dar tu número de teléfono.

—Sí, claro, —rezongó él— para que puedas llamarme cuando no sepas qué hacer con los papeles o con los clientes. Espera un momento.

Con otras dos zancadas retrocedió hasta la mesa y garrapateó unos números en la hoja del calendario que tenía sobre la mesa y que aún no

había recogido. Luego regresó junto a ella y se la entregó bruscamente.

—Toma. No olvides llamarme cuando tu sabiduría no esté a la altura de tus necesidades. Y que tengas mucha suerte.

La empujó hacia el pasillo y luego cerró la puerta dando un portazo. En la oscuridad levantó ella el papelito para leer el número de teléfono y se dio cuenta en ese momento que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se los limpió de un manotazo y regresó a su despacho para recoger su bolso y apagar la luz. Después bajó la escalera y al salir a la calle apretó el paso para llegar cuanto antes a su casa.

Marisa estaba fregando el suelo de la cocina cuando llegó, pero al ver su expresión apartó el cubo con el pie, dejó apoyada la fregona contra la pared e, inquieta, salió al pasillo para preguntarle:

—¿Qué te ha pasado?, ¿te ha ocurrido algo? Tienes una cara malísima.

Irene se encogió de hombros sin contestar, pero su amiga la obligó a continuar andando por el pasillo hasta el cuarto de estar, donde con suavidad no carente de energía la sentó en el sofá.

—Cuéntamelo, ¿te ha perseguido alguien por la calle como la otra noche?

Ella meneó negativamente la cabeza.

—No, no ha sido nada. No te preocupes.

Se lo refirió, haciendo hincapié en que Gonzalo la había echado de su despacho, ante la mirada comprensiva de Marisa que la escuchó sin interrumpirla.

—¿Y qué es lo que te ha molestado más? ¿Que se haya enfadado contigo o que, como consecuencia, no puedas contar con él para que te ayude en lo sucesivo en los asuntos que no sepas cómo resolver? —le preguntó cuándo terminó su relato.

Lo meditó ella en silencio como si no se le hubiera ocurrido esa última posibilidad.

—Pues... no lo sé. Me ha molestado todo. La forma en la que ha interpretado mis palabras, que me haya calificado de rollazo jurídico y que me haya puesto de patitas en la calle. Bueno, de patitas en el pasillo. Yo no tenía intención de molestarle y lo que había entendido era que necesitaba

que yo le ayudara a hacer la mudanza. En ningún momento ha aludido a que tuviera intención de invitarme a comer.

Una expresión de ternura distendió el apacible y pecoso semblante de su amiga, al tiempo que meneaba condescendentemente la cabeza, como si se estuviera preguntando qué edad mental tendría su compañera de piso.

—Eres completamente tonta, Irene. Estás tan obsesionada con tu trabajo y con los clientes que te van saliendo, que no te das cuenta de lo que sucede a tu alrededor. Por lo que me has contado de él desde que le conoces, está claro que con la excusa de la mudanza ha pretendido salir contigo mañana.

Irene lo consideró en silencio.

—¿Tú crees?

—Sí, a mí me parece evidente.

La otra volvió a meditarlo con el ceño fruncido.

—No lo sé, pero no es tan raro que me absorba lo que se refiere a mi trabajo. Me ha costado mucho conseguirlo, ¿sabes? He tenido que pagarme los estudios trabajando por las tardes en un laboratorio. En el mismo en el que trabajo ahora por las mañanas. Me llevaba los libros a la cama, porque a menudo no encontraba otro momento para empollar y a veces me quedaba dormida con el libraco entre las manos. En esos años aprovechaba los fines de semana para estudiar y ni una sola vez salí de vacaciones en verano. Me iba al pueblo con mis padres a seguir empollando las asignaturas a las que no me había podido presentar en junio. Y cuando por fin conseguí terminar la carrera, y alquilar un despacho con tu ayuda, me he dado cuenta de que aún me faltaba lo más difícil, o sea, que alguien me llamara por teléfono o que pulsara el timbre de la puerta para encargarme algún asunto.

Marisa le dio afectuosamente unas palmaditas en la espalda.

—Sí, sí, ya lo sé. Y ahora que al fin tienes un par de clientes, no puedes pensar en otra cosa.

—Eso es. Además, el asunto de Sergio no ha sido fácil y si ha salido bien ha sido por casualidad.

—No, no lo ha sido y entiendo que te sientas satisfecha contigo misma, pero creo que deberías intentar comprender también a ese muchacho. Él ha superado ya esa etapa en la que te encuentras tú y resulta que el despacho

contiguo al suyo ha sido alquilado por una chica que no está mal y entonces ha hecho intención de salir con ella.

—Sí, ¿y qué?

—Que entonces la chica, en lugar de contestarle que estaría encantada de comer con él, le ha soltado un latinajo y...

—Yo no le he soltado ningún latinajo, —protestó Irene.

—El equivalente a un latinajo, —precisó su amiga—. Es lógico que el hombre haya decidido dejarte por imposible. Lo de echarte de su despacho me parece una reacción un tanto brusca, pero bueno, probablemente tendrá mal genio.

Ante la sorpresa de Irene, se echó a reír.

—Yo no le encuentro la gracia, —se enfadó ella.

—Pues yo sí. Vamos a ver, ¿te interesa ese chico? Si te interesa, dentro de unos días le llamas por teléfono y quedas con él con cualquier excusa. Y si no te interesa... si no te interesa no tienes de qué preocuparte, ya que se habrá marchado a otro despacho y es muy improbable que en una ciudad tan grande como Madrid te lo encuentres por la calle. Como verás no es demasiado complicado de resolver.

Irene apoyó la barbilla en una mano y permaneció reflexionando con la mirada perdida en la oscuridad de la estrecha calle, que adivinaba más que veía a través de los cristales del decrepito balcón.

—No sé si me interesa, —murmuró como para sí—. Hasta esta tarde solo le valoraba por la ayuda jurídica que podía prestarme, pero ahora que se muda a otro despacho y que no voy a poder comentar los incidentes que surjan a diario... pues no sé. Le voy a echar de menos.

La otra volvió a echarse a reír.

—Bueno, esa cuestión no tienes por qué resolverla esta noche. Hay mucho tiempo por delante. Y ahora vamos a cenar.

Irene la retuvo por un brazo cuando la otra hizo intención de levantarse.

—¡Ah!, se me olvidaba contarte una cosa. Mañana estoy libre, porque, como ya te he contado, mi cita con Gonzalo se ha ido al garete, pero el domingo voy a comer con Sergio que quiere invitarme para agradecerme lo que he hecho por él.

—¿Con Sergio?

—Sí, me ha llamado por teléfono al móvil cuando acababa de proponerme Gonzalo que le ayudase a desembalar sus trastos en el despacho nuevo y por eso he quedado con él en comer el domingo.

Con los ojos entornados, Marisa escrutó la expresión de su amiga.

—¿Y te apetece?

—Pues tampoco lo sé. Me encuentro más cómoda con cualquiera de los dos en un ambiente de trabajo. Incluso en la cárcel me sentía en un escenario apropiado, porque los dos representábamos unos papeles predeterminados. En un restaurante... te repito que no lo sé.

Marisa se puso en pie meneando desaprobadoramente la cabeza.

—No seas absurda. Tienes la edad apropiada para salir y divertirte, al tiempo que cultivas nuevas amistades. Ser abogado no implica que te conviertas en un rollazo jurídico, como, según me has dicho, te ha calificado Gonzalo. Pásalo bien, que ya tendrás tiempo el lunes de plantearte cómo resolver los temas que te hayan encargado. El fin de semana es sagrado.

Interiormente agradeció Irene el afecto que su amiga le demostraba y su generosidad. Al parecer ni siquiera se había molestado al verse relegada el domingo al ostracismo al haber quedado en salir ella con otra persona, pero Irene sí lo pensó.

—¿Y... y qué vas a hacer tú?

—¡Ah!, por mí no te preocupes. Seguramente quedaré con Leandro que me ha llamado un montón de veces esta semana.

El tal Leandro era el vecino del tercero que subía a menudo a su casa con cualquier excusa y que hacía tiempo que rondaba a Marisa, aunque no parecía que a esta le hiciese mucha gracia.

—¿Pero te apetece salir con él?

La otra se encogió de hombros.

—No es mi príncipe azul, si es eso lo que me preguntas, pero para una tarde lluviosa de domingo da la medida. Y por cierto, ten en cuenta que el domingo va a llover, así que busca una ropa adecuada para salir con ese profesor de gimnasia.

Capítulo 13

Efectivamente llovía a cántaros ese domingo, pero Irene no se había decidido a cubrir con un impermeable el jersey azul pálido que estrenaba y el pantalón gris marengo que tiempo atrás le había regalado Marisa por su cumpleaños. La capucha le aplastaba la melena y, aunque él no fuese más que un cliente, deseaba estar presentable, por lo que optó por el paraguas. Sergio la había recogido en su casa, conduciendo su impresionante Audi Coupé de color azul eléctrico y en ese momento veían como se desplomaba el agua como una difusa cortina a través de los cristales del ventanal del restaurante que habían elegido para comer. La lluvia tornaba borrosa la plaza Mayor. Desde la mesa donde se hallaba Irene en ese momento, se asemejaba a la imagen captada por una máquina fotográfica antigua. A la instantánea de una plaza en blanco y negro, barrida por la melancolía del invierno. Él no debía participar de esa impresión, porque parecía sumamente contento de encontrarse en su compañía y la observaba, cuando ella no se daba cuenta, con mal disimulada admiración.

—Casi no puedo creer que sea yo el que se encuentra aquí en estos momentos. —Le decía sonriente en ese instante, con aquellos ojos tan azules clavados en ella—. El que no ha estado en la cárcel no puede apreciar lo que es la libertad. Libertad que tengo que agradecerle.

Con un ademán, intentó quitarle Irene importancia a la intervención que había tenido en el sobreseimiento de su causa, aunque en su interior consideró sus palabras más que merecidas. Probablemente nunca podría imaginar él el abrumador desasosiego que había padecido desde su detención, los nervios que apenas si conseguía reprimir cuando era recibida por el juez que instruía el sumario y al que le había solicitado en repetidas ocasiones que decretase la puesta en libertad con fianza de su defendido.

Pero sobre todo de aquella espantosa sensación de impotencia, de llevar sobre la espalda un fardo imposible de soportar. Sin duda Sergio habría considerado que, por ser ella su abogado, era poco menos que un ser omnipotente en el que podía descargar el peso de la hecatombe que se había abatido sobre él al ser acusado de un delito que no había cometido, por más que una serie de fatídicas casualidades le señalasen como el asesino de su mujer. ¿Se habría preguntado él en algún momento si ella habría pasado las noches en vela por su causa? Sin duda no sospecharía ni por lo más remoto que durante el mes en el que había estado recluido en prisión ella no había podido pensar en otra cosa que no gravitara en torno a la obtención de su libertad.

—¡Bah!, solo he cumplido con mi trabajo, —replicó, al tiempo que se apartaba del rostro su rubia melena—. Pero dime, ¿de dónde has sacado el dinero para que te permitas el lujo de que comamos aquí? Cuando saliste de la cárcel estabas sin blanca.

Él se echo a reír y le guiñó un ojo.

—De una forma muy sencilla. He vendido un cuadro.

—¿Un cuadro?

—Sí, un cuadro de Diana.

Estupefacta, Irene abrió la boca hasta formar con ella un círculo y permaneció en esa actitud unos segundos hasta que consiguió reaccionar.

—Pero aún no puedes vender nada que haya pertenecido a tu mujer, —le explicó—. Aún no la has heredado, ¿no lo entiendes?

Sergio volvió a reír.

—Sí lo entiendo, pero el inglés que me ha comprado el cuadro no lo sabía y no hay razón alguna para que se entere. Solo lo sabemos tú y yo y ninguno de los dos se lo vamos a decir.

Irene se acodó en la mesa, apoyando la barbilla en la mano.

—¿Y cómo te has puesto en contacto con ese inglés?

—Por medio del ordenador del despacho de Diana. Lo utilizaba Sandra. Había mandado ese inglés un correo, un *e-mail*, diciendo que deseaba comprar un cuadro de Diana y le contesté a ese correo. Le entusiasmó el del comedor y se lo vendí.

Irene evocó el lienzo que colgaba sobre el aparador, en el que un sol deslumbrante refulgía reflejándose en un mar intensamente azul, que se deslizaba suavemente hacia una playa donde unos marineros recogían sus redes y se removió inquieta en su silla.

—¿Has vendido ese cuadro? Era precioso, —se lamentó.

—Sí, que lo era, —admitió él con indiferencia—. El inglés, al verlo, no lo dudó y lo compró en el acto.

—Pero... ¿Pero por qué lo has vendido?

Sergio se encogió de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—No he encontrado ninguno de los restantes que había pintado para su próxima exposición. He llamado a Sandra al móvil para preguntarle donde los habían guardado las dos, pero no ha atendido mi llamada. Sé que Diana había proyectado exponer unos veinte y que los había terminado ya, pero no están en su leonera. ¿Tienes idea tú de donde han podido meterlos ellas?

Retrocedió Irene con la mente al sótano de la casa de Diana. A la oscuridad de ese antro polvoriento, con su característico olor a húmedo, y le pareció ver la inmensa cámara blindada, con los lienzos apilados dentro, unos sobre otros. Aún conservaba la llave de esa cámara, porque Sandra se la había entregado y le había faltado tiempo para devolvérsela a él, pero no se lo iba a decir, porque este parecía no aceptar que había unos formalismos jurídicos que cumplir antes de entrar en posesión de la herencia de su mujer.

—No, no lo sé, —mintió con aplomo.

—¿No te dijo a ti nada Sandra sobre ese particular cuando te entregó las llaves de la casa antes de marcharse?, —le preguntó con un interés que rayaba en la ansiedad.

Se había inclinado hacia ella sobre la mesa y aguardaba su respuesta conteniendo la respiración. Irene se dijo que él no era más que un chiquillo inmaduro, pese a que su aspecto parecía desmentirlo. Se había dado cuenta días antes de que los cuadros de Diana valían una fortuna y no estaba dispuesto a esperar a que ella cumpliera con los trámites previos para que le pertenecieran legalmente.

—Me dijo muchas cosas, pero nada que guardara relación con esos cuadros, —volvió a mentir—. De todas formas te he repetido hasta la

saciedad que no puedes disponer de los bienes de ella todavía. No son tuyos aún, ¿lo entiendes?

—Perfectamente, —afirmó Sergio con la expresión de un niño que ha recibido una regañina—. ¿Pero qué quieres que haga? Estamos a primeros de mes y hasta finales no cobraré mi nómina en el instituto. He tenido que dar de alta nuevamente la luz, el teléfono y el gas de mi casa y que pagar al personal que tú despediste y que yo he readmitido. ¿De dónde quieres que saque el dinero?

—No sé de donde, pero ese cuadro no era tuyo y además era único, irrepetible.

—Todos los cuadros de Diana son únicos e irrepetibles. No copiaba unos de otros, —recordó él con una mirada nostálgica en sus claros ojos azules.

Le dio a ella la impresión de que estaba reviviendo mentalmente momentos inolvidables junto a su mujer y que intentaba evitar que la emoción le asomase al rostro.

—Sí, ya lo sé, pero ese era extraordinario. ¿No lo echas de menos?

Sergio volvió a encogerse de hombros.

—Al cuadro no. La pintura nunca me ha interesado. Además no la entiendo. Pero sí, ha quedado el hueco y un rectángulo oscuro en la pared. Cuando aparezcan los lienzos de la exposición que estaba preparando, colgaremos otro cuadro de ella en ese lugar. No he cometido ningún crimen.

Parecía un tanto confundido, como si no hubiera podido imaginarse que la venta de esa marina tuviese tanta trascendencia, pero cambió inmediatamente de conversación.

—¿Cómo llevas los trámites de la herencia de Diana?, —le preguntó sonriendo de nuevo—. Dime cuánto dinero necesitas, porque ahora sí estoy en condiciones de dártelo.

Irene se quedó mirándole sin pestañear. ¿No le habría comentado su compañera del instituto, la profesora de gimnasia, que se lo iba a prestar ella y que se lo había ingresado a Irene por transferencia bancaria?

—¿No has visto aún a Consuelo Díaz?, —le preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—Porque vino a verme al despacho el viernes y me dijo que había quedado contigo en adelantártelo. Me preguntó cuánto necesitaba y me lo transfirió ayer a mi cuenta corriente. ¿No te lo ha dicho?

Sergio asintió con indiferencia.

—Sí, pero ya no me hace falta, envíaselo. Nunca imaginé que los cuadros de Diana pudieran valer tanto. Ya te he dicho que no entiendo de pintura ni me gusta especialmente, pero me han pagado una fortuna por el que he vendido.

—Tampoco entiendo yo, —reconoció ella, recordando a Marisa y sus doctas explicaciones sobre el cuadro de “Las Meninas” y sobre la “Mona Lisa” española— pero creo que no hace falta entender de pintura para apreciar su obra. Tiene tanta luminosidad, tanta belleza... Debía ser una mujer tremendamente sensitiva con una inconmensurable alegría de vivir.

Algo semejante a un velo de tristeza nubló los claros ojos de Sergio y la voz le salió ronca de la garganta.

—¿Diana?, cuando nos casamos sí, pero al alcanzar la fama se convirtió en otra persona. Era caprichosa y egoísta. Se enfadaba por nimiedades y se creía el centro del universo. Si sentía esa alegría de vivir que le atribuyes, no lo demostraba. Casi siempre estaba de malhumor.

Las enérgicas facciones de él traslucían un dolor profundo, por lo que Irene se reprochó a sí misma en su interior por sus anteriores palabras.

—Perdona, no he debido recordártela en estos momentos. Aún está muy reciente y... lo siento.

Sergio le dio unas palmaditas en la mano que tenía ella sobre la mesa.

—No te disculpes. Tú me la recuerdas mucho. Me refiero a como era ella en la época en que la conocí y también durante los primeros años de nuestro matrimonio. Quizás por eso me encuentro tan a gusto a tu lado. Derrochas energía y seguridad, como derrochaba ella... al principio. Después... no soportaba que yo pasara horas en el gimnasio cuando volvía del instituto ni que nadara en invierno en la piscina cubierta, porque opinaba que era una forma de perder el tiempo. Lo que a ella le hubiera gustado es que ocupara todas mis horas libres empollando libros de arte para que pudiera perorar con sus amistades del cubismo y de las diferencias entre la pintura abstracta perceptiva y de la postpictórica, por poner un

ejemplo. Pero esos son temas que a mí me aburren mortalmente. Cuando se lo decía, enganchaba unas rabietas monumentales y me llamaba de todo. Desde analfabeto, hasta inútil. Luego, cuando se le pasaba el enfado, se arrepentía y me pedía perdón. Al menos salíamos a una bronca por semana, pero aunque pueda parecer absurdo, la echo de menos. Ya ves, antes, para no sentirme tan solo, buscaba la compañía de Consuelo, pero ahora me irrita su presencia. Quizás me cueste aguantarla, porque la comparo inconscientemente contigo, tan parecida a Diana en sus buenos tiempos.

Irene se rebulló inquieta en su silla. Su último comentario no entraba en el guion habitual entre un cliente y su abogado y ese era el único terreno en el que se sentía segura con él. Sergio mantenía la cabeza baja y la vista fija en el mantel, por lo que pudo analizarle sin que se diera cuenta. Verdaderamente era muy bien parecido, se dijo. Con su alta estatura, el cabello tan oscuro y aquella piel tan tostada en la que destacaban sus ojos azules. Poseía también la forma física de un atleta, lo que era natural por su profesión. Como se sentía en terreno resbaladizo buscó inmediatamente la forma de cambiar de tema. ¿Por qué no se le ocurriría nada?

—Está lloviendo mucho, —dijo al fin, demostrando una carencia absoluta de recursos dialécticos.

Sergio parecía ensimismado siguiendo con un dedo el curso de una de las rayas del mantel y contestó mecánicamente:

—Sí, es que estamos en febrero. Puede que nieve uno de estos días. — De improviso levantó la cabeza y le sonrió—: Y por cierto, ¿sabes esquiar?

Algo desconcertada por la pregunta, Irene agitó su rubia y rizada melena al menear negativamente la cabeza.

—¿Esquiar?, no. Me gusta la nieve para verla, pero no practico ninguno de los deportes de invierno porque soy muy friolera, ¿por qué lo dices?

—Porque tengo una cabaña en la sierra, al pie de Navacerrada, y he pensado que a lo mejor te gustaría que nos acercáramos por allí el próximo fin de semana.

Se lo había comentado con la expresión de un niño que le estuviera haciendo esa proposición a la profesora de su colegio, pero Irene volvió a rebullirse en su silla, más inquieta si cabe que antes.

—Pues... no, creo que no. Ya te he dicho que no me gusta la nieve y además tengo ahora demasiado trabajo. Es mejor que vayas con Consuelo. Sí, creo que será lo mejor.

Él se la quedó mirando con una expresión extraña.

—¿Por qué con Consuelo?

—Porque es muy amiga tuya y se lo merece, aunque solo sea como contraprestación por todo lo que se ha preocupado por ti. Estoy segura de que a ella le encantaría ir contigo, —balbuceó tontamente después de haber buscado sin lograrlo una respuesta coherente en el desorden mental que padecía en esos momentos.

—A ella no lo sé, pero a mí desde luego no me apetece lo más mínimo.

Irene se preguntó qué podría decir para encauzar la conversación hacia un terreno menos resbaladizo. Habían terminado de comer y en el exterior seguía lloviendo acompasadamente con un rumor sordo y tristón, acorde con la desvaída y grisácea imagen de la plaza que divisaba a través de la ventana, por lo que no le pareció procedente sugerirle un paseo por el Madrid antiguo. Sergio había llamado al camarero ya y ella se removió inquieta en su silla reprimiendo el deseo de echar a correr en cualquier dirección. De improviso se le ocurrió una excusa para dar por finalizada la cita de ese día con Sergio y musitó, con la mirada fija en un transeúnte que corría empapado bajo la lluvia atravesando la plaza:

—Acabo de recordar que tengo que volver a mi casa temprano por un asunto de trabajo.

Inexpresivamente, Sergio levantó una ceja.

—¿Hoy? Hoy es domingo.

—Sí, pero es que es un asunto muy urgente. ¿No te importa, verdad?

Él tardó en responder.

—Pues la verdad es que sí me importa.

Desesperadamente buceó en su mente para añadir a lo expuesto una disculpa que sonase convincente.

—Lo siento entonces, pero no tengo más remedio. Esos son los inconvenientes que tenemos los abogados, —le dijo con una risita falsa—. No tenemos días de fiesta. En otra ocasión a lo mejor tenemos más suerte.

—Vale, vale, ¿estás segura de que no lo puedes posponer? —replicó él con el semblante totalmente inexpresivo—. Había pensado que esta tarde podríamos reanudar los dos la búsqueda de las escrituras que no aparecen, las de los inmuebles de Diana.

—¿Ir a tu casa ahora?, —inquirió vacilante sin saber qué pensar de la proposición que le estaba haciendo él.

En cualquier caso no le apetecía lo más mínimo. Recordó la tarde en la que, durante la reclusión de Sergio en prisión, había quedado allí con Sandra y el silencio absoluto que reinaba en sus inmensas y solitarias estancias. Un silencio similar al que se respiraba en los cementerios, pero sin la paz que caracterizaba a estos. Sintió ese día como... como si una presencia intangible se paseara por las habitaciones de la planta superior y fuera desvaneciéndose conforme el crepúsculo iba adueñándose de la luz del día. Y el pánico que sintió cuando, después de que se marchara Sandra, la sorprendió Ángel en el dormitorio de Sergio. En compañía de este no tenía nada que temer de su cuñado, pero tampoco sabía cuáles eran sus intenciones ni qué pretendía con su propuesta. Intuía que no la veía solamente como a una sesuda abogado que se ocupaba de sus asuntos jurídicos y a la que tenía que agradecer que le hubiera sacado de la cárcel. En pequeños detalles imperceptibles había podido advertir que disfrutaba además, o sobre todo, de su compañía, porque era joven y atractiva. Otra, en su lugar, probablemente se hubiera sentido halagada, pero Irene consideraba que degradaba el papel que desempeñaba en la relación de cliente y abogado que mantenía con él, para dejarla reducida a la categoría de una chica guapa. Chicas guapas las había a cientos, pero profesionales capaces, no tantas. ¿Debería dejarle claro en ese momento que ella era su abogado y nada más que su abogado y que cómo tal debían mantener una actitud más distante? ¿Pero cómo podría hacérselo entender sin ofenderle?

—¿Cuánto crees que podríamos tardar en buscar esas escrituras en tu casa?, —le preguntó al fin con la expresión más impersonal que fue capaz de adoptar—. Me vence el plazo para presentar una demanda. Tengo que formalizarla esta tarde para que el procurador la presente mañana sin falta. Podría disponer, a lo sumo, de una hora para buscar esos documentos en tu casa y no sé si será tiempo suficiente. ¿Qué te parece?

Pretendía que él se diese cuenta de que el único motivo por el que estaría dispuesta a acompañarle a la mansión en la que vivía consistía en la reanudación de la búsqueda de los documentos extraviados. Sergio debió entenderlo así, porque se la quedó mirando con una chispita de decepción en los ojos.

—Claro, claro. Pero nos tomaremos antes un café, ¿no?

—No, —replicó Irene implacable—. No nos tomaremos ningún café. Tengo muchísimo trabajo y no puedo perder ni un segundo en esas frivolidades.

El semblante de él expresó algo de desconcierto.

—¿Te parece que un café es una frivolidad?

Irene se rebulló inquieta nuevamente. ¿Qué debería contestarle? ¿Habría entendido él lo que quería decirle con tanta divagación?

—No me parece que un café en sí mismo sea una frivolidad, —le aclaró muy digna—. Me parece una frivolidad perder el tiempo en una cosa tan superflua cuando tenemos que realizar otras mucho más urgentes. ¿Entiendes?

—Sí, pero no quiero que te veas obligada por mí a cambiar tus planes ni que tengas que permanecer despierta hasta bien entrada la madrugada para redactar esa maldita demanda. Otro día, quizás, podamos permitirnos alguna “frivolidad”.

Recalcó la última palabra con sarcasmo e Irene se dio cuenta de que estaba enfadado, aunque intentaba disimularlo. Se había puesto en pie y ella buscó en el desorden de su mente algún comentario oportuno que pudiese reconducir la tensión del momento a un punto de mayor relajación.

—Oye... —empezó a decir.

Se giró hacia Irene con las cejas enarcadas, pero no tuvo oportunidad ella de añadir una sola palabra para completar la frase, porque el sonido de llamada del móvil de Sergio lo impidió. Se fue apartando este para hablar por el aparato hasta el rincón más apartado del restaurante, yendo a detenerse delante de las puertas de los aseos, disimuladas tras una celosía de madera de color verde. Aunque no oía Irene lo que estaba diciendo, sí pudo apreciar su sobresalto al escuchar lo que su interlocutor le comunicaba. Con su moreno semblante desencajado, se reunió con ella poco después.

—¿Qué pasa? ¿Alguna mala noticia?, —le preguntó inquieta.

Hizo él un ademán afirmativo con la cabeza. Estaba pálido y como aturdido.

—Sí, Consuelo. Acaba... acaba de sufrir un accidente de tráfico. Me... me han llamado del hospital,... y...

Se le quebró la voz y por un instante temió Irene que se echara a llorar. Sin acertar a reaccionar oportunamente se le aproximó y puso una mano sobre su hombro.

—¿Cómo está?

—Mal. No tiene familia en Madrid y el número de mi móvil figura en su agenda. Por eso me han llamado.

Como atontado salió con ella a la plaza donde Irene abrió su paraguas, bajo el que los dos se guarecieron de la lluvia torrencial.

—Te llevaré a tu casa, —le dijo sin mirarla y con una voz que no era la suya—. Tengo que ir al hospital, pero te dejaré antes en tu portal.

Evocó Irene la alta y atlética figura de Consuelo y su aire resuelto. Probablemente decidía ella por los dos y le mimaba como a un niño. Sin la profesora de gimnasia era muy posible que se sintiera perdido.

—¿Quieres que te acompañe?, —se ofreció Irene.

Tardó en oírla Sergio. Parecía ausente, con la mirada perdida en un punto indeterminado y cuando la fijó en su rostro parpadeó como si acabara de reparar en su presencia.

—No, no. Tienes que trabajar y apenas la conoces. Vamos a buscar mi coche al aparcamiento.

Le siguió ella hasta el estacionamiento subterráneo de la plaza Mayor, sin acertar con las palabras de consuelo apropiadas que debería decirle. Él seguía como ensimismado y solo cuando arrancó el vehículo y salieron a la calle pareció darse cuenta de que la llevaba al lado.

—Está en coma, ¿sabes? —murmuró apenas—. Y... y no sé que voy a hacer. Ella ha sido siempre mi mejor amiga, mi único apoyo en los momentos difíciles.

Esbozó Irene un gesto de asentimiento, preguntándose si no sería también algo más.

—Se ha estrellado de frente por la carretera contra un camión, —continuó él—. Ayer me dijo que iba a aprovechar el domingo para visitar a una amiga que vive en un pueblo cercano y...

—Se pondrá bien, no te preocupes —susurró Irene—. Llámame luego desde el hospital para decirme como sigue.

Apenas si intercambiaron alguna palabra más durante el resto del trayecto. En cuanto llegaron a su portal, se despidió de él y echó a correr escaleras arriba deseando encontrarse en su casa cuanto antes y arrinconar en un compartimento estanco de su mente el desasosiego que le había hecho sentir Sergio durante la comida. En el piso que compartía con Marisa se sentiría segura. Podría, en la más completa soledad, poner en orden sus confusas ideas e intentar entender el significado de las insinuaciones de él, antes de llamarle para preguntarle por Consuelo. Le inspiraba esta una profunda lástima y no solo por el accidente que acababa de sufrir, sino también por los sentimientos que parecía inspirarle Sergio, a los que no estaba claro que él le correspondiera.

Los peldaños de madera crujían ahora bajo sus pies conforme ascendía hacia la primera planta, con el inconfundible olor a repollo hiriéndole el olfato. Se detuvo unos segundos en el rellano para recuperar el aliento y entonces oyó abrirse la puerta de cristales del portal. No era extraño que, pese a la lluvia, alguno de sus vecinos hubiera salido a dar una vuelta y regresara ahora, pero, sin saber por qué, sintió un escalofrío. Quizás se debiera a que, desde la tarde en la que asistió a la detención de Sergio en la comisaría de la calle de las Huertas, tenía los nervios alterados, porque en varias ocasiones había notado que la seguían. Pero que alguien hubiera comenzado a subir la escalera y se encontrara en ese momento un piso más abajo que ella no tenía nada de extraño, se dijo. Podía considerarse como habitual en un edificio de cinco plantas, con dos viviendas en cada una de ellas, coincidir por la escalera con alguna de las personas que las habitaban.

Se lo repitió varias veces por dentro, pero reanudó apresuradamente el ascenso, a la par que ese alguien hacía lo mismo un tramo de escalones más abajo. Sus pisadas chirriaban distintamente al compás de las de ella. Se habían detenido ahora al alcanzar Irene la segunda planta, por lo que esta aguzó el oído. Antes de iniciar la ascensión del siguiente tramo, se asió a la

barandilla de hierro, de la que, en la oscuridad de la escalera, apenas si vislumbraba algo más que los trazos negros de sus barrotes, y se abocó sobre la misma intentando avistar a la persona que subía tras ella. No logró ver más que sombras por el hueco. Las bombillas que iluminaban el rellano de las plantas se habían fundido tiempo atrás sin que nadie se hubiera molestado en reponerlas y los ventanucos que se abrían en la pared, entre planta y planta, apenas si filtraban alguna claridad a través de los cristales enturbiados por la lluvia. Pero había alguien en el rellano de la primera planta, porque en aquel absoluto silencio le oía jadear. Quizás, desde un piso más abajo, oyera también esa persona el martilleo incesante de su corazón, se dijo. Se le había disparado de improviso como si la maquinaria se le hubiera roto, por lo que se llevó una mano al pecho para acallar sus latidos, al tiempo que reanudaba el ascenso imprimiendo a sus piernas un ritmo creciente. Desembocó sin aliento en la tercera planta. Allí vivía el pretendiente de Marisa, pero sería inútil que llamara al timbre de su casa porque había salido con su amiga. No, tenía que rematar los cinco pisos interminables de aquella escalera y una vez en su casa estaría fuera de peligro.

Fatigosamente subió un tramo de escalones más y luego otro. Jadeaba ella también y oía la respiración de su perseguidor cada vez más cercana, por lo que finalmente se lanzó escalones arriba como una exhalación y no se detuvo hasta que al desembocar en la planta quinta se precipitó dentro de su piso, cerrando la puerta a continuación tras ella.

Apoyada de espaldas contra la hoja dejó escapar un suspiro de alivio, y luego, más tranquilizada, dio unos pasos en dirección a su dormitorio. Pero la sensación de hallarse a salvo se desvaneció en apenas un segundo. De improviso notó algo extraño a su alrededor, por lo que escudriñó aprensivamente el largo pasillo. Una luz grisácea procedente del cuarto de estar, cuya puerta estaba abierta, proyectaba una claridad incierta sobre el corredor sin acabar de disipar sus sombras. No se había dado cuenta anteriormente de lo vieja y decrepita que era la casa en la que Marisa y ella vivían ni en como chirriaban sus pasos sobre la tarima del pasillo, ahora que lo iba recorriendo. Con una mano temblona pulsó el conmutador de la luz y entró en su habitación, lóbrega y de reducidas dimensiones. Disponía de

una sola cama, adosada a la pared frontera a la de la puerta y cubierta con una colcha azul. A su lado, una mesilla de madera de estilo castellano, que habían comprado en el Rastro, servía de base a una lámpara con la pantalla de pergamino y a sus pies, un armario de dos cuerpos, también de madera que habían adquirido en la misma tienda, cubría toda la pared, dejando espacio únicamente para que pudiera abrirse la puerta. Junto a la cama, la ventana, estrecha y alta, daba a un patio donde los vecinos tendían la ropa, y a través de la cual se veía llover.

Se quitó el chaquetón y lo colgó en el armario. Luego se giró sobre sí misma diciéndose que se había alarmado sin motivo y en ese preciso instante oyó un ruido extraño en la puerta de entrada del piso. No podía ser Marisa, era demasiado temprano. Además su amiga tenía llave y el sonido respondía más bien a la manipulación de alguien que estaba hurgando en la cerradura. Se detuvo en el umbral, sintiendo sus músculos agarrotados. Algo similar lo había experimentado en sueños, cuando padecía una pesadilla. También entonces intentaba correr, escapar del peligro que la acechaba, pero tampoco en sus sueños podía moverse, pese a las órdenes que les enviaba a las piernas su cerebro.

Asida al quicio de la puerta de su cuarto, notó que el sudor le resbalaba por la frente, pero permaneció inmóvil con los ojos desmesuradamente abiertos. El ruido volvió a repetirse. Quienquiera que fuese, estaba trasteando en la cerradura con la evidente intención de entrar en el piso, mientras ella seguía sin reaccionar, paralizada por el pánico.

Con un tremendo esfuerzo logró al fin mover un brazo y después las extremidades inferiores y finalmente echó a correr hacia el ensanche del pasillo que hacía las veces de vestíbulo para asegurar la puerta, echando el cerrojo fac que para mayor seguridad habían instalado Marisa y ella. Oyó una respiración agitada al otro lado y visualmente calibró la resistencia de la puerta. ¿Aguantaría la embestida del extraño que se encontraba en el descansillo de la escalera? En las películas había visto que no resistían los empujones de la policía cuando esta se lanzaba sobre la hoja de madera con el hombro ni cuando le atizaban un buen patadón. ¿Aguantaría la suya el envite?

Notaba un frío intenso y cómo le latía desacompasadamente el corazón dentro del pecho, pero permaneció con el oído pegado a la puerta tratando de adivinar los movimientos del intruso. Al cabo de un rato, este pareció desistir de su intento, porque tras una última tentativa oyó como se alejaba por el rellano y luego el sonido de sus pisadas haciendo crujir los peldaños, escaleras abajo.

Con un suspiro de alivio, Irene se retiró de su observatorio. Tenía las piernas tan temblonas que a duras penas consiguió llegar hasta la cocina para hacerse una infusión de tila, pese a que esta se encontraba a dos pasos de la entrada. Instantes más tarde y con la taza en la mano se dirigió por el pasillo hacia el cuarto de estar, donde se sentó en el sofá con la puerta abierta. Desde allí distinguía perfectamente la entrada del piso y ahora el silencio era absoluto. Aunque la mano le temblaba ostensiblemente, consiguió llevarse la taza a los labios y tomar un sorbo del brebaje que se había preparado. No le gustaban nada las infusiones, pero necesitaba tranquilizarse y dejar de tiritar de frío y de miedo. ¿Por qué desde que Sergio le había encomendado su defensa vivía tan sobresaltada? Su existencia anterior, apacible hasta el aburrimiento, se había trocado, desde el día en que asistió a su declaración en la comisaría, en una angustiosa sucesión de vivencias incontroladas, unas veces por el peso de la responsabilidad que había asumido y otras por la agobiante sensación de haberse convertido en el blanco de alguien a quien ella le estorbaba. ¿Pero a quién y por qué? ¿Sería a Ángel, decidido a heredar a su hermana a toda costa?

Pero que hubiera asumido la defensa de los intereses de Sergio no era suficiente motivo, se dijo pasando una mano por su frente, que notaba húmeda de sudor. De no haberla aceptado ella, otro abogado, probablemente con más experiencia, se hubiera ocupado de esa defensa y no consideraba razonable que Ángel se dedicara a perseguir a todos los abogados que fueran ocupándose sucesivamente del caso.

Quizás lo más sensato fuese renunciar a seguir ocupándose de aquel asunto, se dijo tras una última mirada a la puerta del piso. Sergio disponía ahora de dinero y podía perfectamente encomendar la testamentaria de Diana a algún despacho de prestigio que seguramente se la resolvería sin

dificultad alguna y sin sufrir las persecuciones que ella estaba padeciendo. Si renunciara, se libraría también de las insinuaciones de él, que parecía confundir la relación profesional que deberían mantener ambos con la de cualquier pareja de jóvenes que se atrajeran. No entraba en sus cálculos irse a pasar un fin de semana con él a la nieve ni a ninguna parte. Ni con Sergio ni con ningún otro cliente. La proposición de él la había hecho sentirse despojada del prestigio de la profesión que ejercía y de la importancia trascendental que había representado su intervención profesional el sacarle de la cárcel, para degradar la posición que desempeñaba, reduciendo su papel al de una chica atractiva como tantas otras. Se lo contaría a Marisa cuando regresara a casa. Seguramente consideraría que ella era completamente tonta y que no sabía aprovechar las ocasiones.

Su amiga la escuchó en silencio cuando al fin regresó esa noche al piso que compartían e Irene le refirió incoherentemente la persecución de que había sido objeto por las escaleras del edificio y como había intentado esa persona entrar en la vivienda. Con la intención de tranquilizarla, Marisa le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

—Vale, vale, ya ha pasado todo. ¿Pero estás segura de que no se trataba de algún vecino que subiera renqueando detrás de ti con la exclusiva intención de volver a su casa? Hay varios de mucha edad.

—Claro que estoy segura, —replicó ofendida—. No lo tendría tan claro si esa persona no hubiera intentado después forzar la cerradura de la puerta. Ya te he comentado en otras ocasiones que alguien me sigue por la calle. La de esta tarde no ha sido la primera vez. La diferencia es que hoy ha cambiado de escenario y me ha perseguido por la escalera de este edificio.

Marisa le sonrió con la intención de quitarle importancia al asunto.

—Sí, ya me contaste cómo te acosó el cuñado de tu cliente, ese tipo que se llama Ángel y que debe de ser un mal bicho. —Pensativa se acarició la mejilla—. Quizás lo que pretenda sea asustarte para que renuncies a ocuparte de los asuntos de Sergio Andrade, pero es absurdo, ¿no? Si renunciases tú, te sustituiría otro en ese cometido. En cualquier caso...

Se interrumpió sin acabar la frase. Se había sentado a su lado en el sofá del cuarto de estar e Irene la animó a qué continuase manifestando lo que había dejado a medias.

—En cualquier caso, ¿qué?

—Nada, estaba pensando que quizás fuese preferible que decidieses renunciar a llevarle ese asunto. Tienes los nervios de punta desde que asististe a su declaración en la comisaría. ¿No te das cuenta?

Con un esfuerzo, logró controlar Irene la tiritera que padecía, pues, pese a la tila que había ingerido y a la compañía de Marisa, aún experimentaba una aguda sensación de pánico, imposible de traducir en palabras.

—Sí, lo estoy pasando mal, pero no puedo tirar la toalla solo por ese motivo. Él confía en mí y mi obligación es sacarle del atolladero, aunque los hermanos de Diana me hagan la vida imposible. ¿No crees?

Marisa esbozó un gesto dubitativo.

—No lo sé. No sé hasta qué punto te sientes obligada con él, pero lo que sí sé es que si renunciaras a ese asunto viviríamos las dos más tranquilas y él resolvería igualmente su problema encomendándolo a otro abogado, porque ninguno somos insustituibles.

Se volvió Irene para mirar a su espalda los cristales del balcón, contra los que se abatía la lluvia formando chorreantes regueros, como si pretendiera otear si en la calle había alguien vigilando ese balcón.

—Tienes razón, no soy insustituible y otro cualquiera lo haría, cuando menos, tan bien como yo.

—¿Entonces...?

Levantó Irene ambas manos en un ademán de impotencia, ya que no lograba expresar con palabras los sentimientos que estaba experimentando y necesitaba valerse de gestos para traducirlos.

—Es una sensación extraña la que me mueve a continuar ocupándome de sus intereses, —murmuró a media voz—. Le veo tan... tan incapaz de defenderse de esas dos arpías que son sus cuñados...

Marisa enarcó escépticamente las cejas.

—¿Y qué pasa? ¿Qué tú si eres una mujer valerosa y capaz de soportar cualquier asedio? ¿No será que le encuentras tremendamente atractivo? ¿Te has detenido a meditarlo?

Frunció Irene el ceño y bajó la mirada para fijarla pensativamente en la punta de sus dedos. Luego meneó negativamente la cabeza.

—No, no creo que sea ese el motivo. Aún no te he contado que me ha propuesto pasar el próximo fin de semana en una cabaña que tiene al pie de Navacerrada y que he denegado su ofrecimiento.

—¿Por qué? ¿No te apetecía?

Se lo preguntó a sí misma en ese momento y no tardó en encontrar la respuesta.

—Porque soy su abogado, no su ligue.

La otra se echó a reír.

—Una cosa no excluye necesariamente la otra, pero creo que has hecho bien. No considero correcto que de buenas a primeras pretenda pasar un fin de semana contigo. Me has dicho que es un hombre muy guapo, ¿no?

—Sí, es muy guapo. Físicamente está muy bien.

—Bueno, quizás se le den las chicas como hongos y crea que todo el monte es orégano. En cualquier caso, insisto en que deberías renunciar a seguir ocupándote de sus asuntos.

Irene se quedó callada, mirando pensativamente cómo la oscuridad de la noche se había adueñado de la calle. Únicamente se distinguía la luz de las ventanas de la casa de enfrente, salpicada por las gotas de agua de la lluvia.

—Sí, pero perdería un cliente y solo tengo dos. Él y la amiga de la vecina del segundo, la del marido pendón.

—¿Y qué? De momento no has sacado ni un euro y sí muchísimos disgustos. Y en cuanto al desamparo que sientes que padece, creo que deberías ser más prudente. No sabes nada de él ni él de ti, así que creo que lo más sensato sería que le dices la boleta.

—¿Y con qué motivo? No se me ocurre ninguno. Y aún no te he contado lo que le ha sucedido esta tarde a la profesora de gimnasia de su instituto. Es su mejor amiga, si es que no es algo más. Ha tenido un accidente de tráfico y la han ingresado en coma en un hospital. Por eso he vuelto tan pronto a casa, porque él como una exhalación se ha marchado a verla.

En ese instante sonó el timbre de llamada del móvil de Irene y esta se lo llevó al oído poniéndose en pie para salir al pasillo y mantener la conversación sin ser escuchada por Marisa. Regresó instantes después, pálida y con el semblante desencajado.

—Era Sergio, —le dijo desde el umbral—. Me ha llamado para darme la mala noticia. Estaba deshecho, casi no le salía la voz de la garganta.

—¿Sí? ¿Qué le ha pasado?

—Que Consuelo, la profesora de gimnasia de la que te estaba hablando, ha muerto hace unos minutos.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Había pedido permiso en el laboratorio esa mañana y en el Registro de Actos de Últimas Voluntades le presentó el resguardo Irene a la empleada que se hallaba sentada tras el mostrador. Esta no tardó mucho en localizar el correspondiente certificado y se lo entregó. Después de firmar la recepción del documento en el lugar que la otra le indicó, salió a la calle Ríos Rosas y solo entonces se aprestó a echar una ojeada al papel que tenía en la mano.

Desconcertada, leyó nuevamente los datos que contenía. ¿Cómo era posible? Sergio le había dicho que Diana había pedido cita en la notaría para modificar su testamento y que iba a acudir a esa cita el día siguiente al de su asesinato, pero, según el certificado que acababan de entregarle, su mujer había otorgado un nuevo testamento el día anterior al de su muerte. Inquieta se mesó su rizada melena. Sin duda Diana habría desheredado entonces a Sergio. La sorpresa la hizo tambalearse y se aferró a un árbol que crecía en la acera para recuperar el equilibrio. En ese caso... ¿a favor de quién o de quiénes habría testado Diana? ¿A favor de sus hermanos?

La sola idea de tener que encontrarse con Ángel para entregarle el certificado que acababa de recoger le produjo un escalofrío. Creyó ver su sonrisa cínica y su expresión de triunfo al echar a Sergio de la casa en la que este vivía y hasta le pareció oír la grosera proposición con la que la obsequiaría a ella cuando le entregara el testamento.

Pero quizás el certificado contuviera algún error, se dijo para animarse. Lo releyó de nuevo y dejó escapar un suspiro de desaliento. No, estaba claro. Quizás Diana intuyera algo o quizás la bronca que había mantenido con su marido la decidió a acudir a la notaría dos días antes al de la cita que tenía concertada. En el certificado constaba esta además y debería pedir allí la copia autorizada del testamento, por lo que extrajo su móvil del bolso y

averiguó la dirección. Se encontraba esa notaría al comienzo de la calle de Eduardo Dato. Iría a solicitar el documento que necesitaba sin perder un segundo.

Poco después ascendía los escalones de la boca del Metro en la calle de Santa Engracia y tras cruzarla y atravesar la plaza de Chamberí, desembocaba en la calle de Eduardo Dato. En la notaría le mostró el certificado al oficial que se encontraba detrás del mostrador y le pidió la copia autorizada del testamento de Diana.

—La semana que viene podrá recogerla, —le contestó este amablemente.

—¿La semana que viene? ¿No podría entregármela ahora mismo?

El hombre hizo un ademán denegatorio.

—No, no es posible.

—¿Y tampoco puede decirme a favor de quien testó doña Diana Alvear?

El oficial volvió a menear negativamente la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. De todas formas, déjeme su número de teléfono y la avisaré en cuanto la tengamos preparada. Querrá llevarse también las escrituras de los inmuebles de los que doña Diana era titular, ¿verdad? Nos las trajo para que pudiéramos reseñar todos sus bienes en el testamento, pero para que se las entreguemos a usted tendrá que traernos una autorización del marido de doña Diana.

¿De modo que las escrituras que tanto habían buscado todos en la casa estaban en esa notaría? ¿Qué diría Sergio al enterarse y por qué no se lo habría aclarado Sandra a ella? Esta última lo tenía que saber.

Desalentada, se dijo que la noticia que se vería obligada a comunicarle a Sergio, terminaría de hundirle. Parecía otro desde la muerte de Consuelo. Sobre todo, desde que se había enterado por la policía que había instruido el atestado de que los frenos del coche que conducía ella habían sido manipulados y que, consiguientemente, su muerte no había sido accidental. Desde entonces se presentaba en su despacho a diario. Se dejaba caer en una de las butacas frente a su mesa y apenas si pronunciaba dos palabras seguidas. Y estas versaban indefectiblemente sobre Consuelo, de cuya muerte se consideraba responsable por la amistad que habían mantenido los

dos. Aunque las pesquisas de la policía no conducían por el momento a considerar a Ángel Alvear como sospechoso, suponía Sergio que la habían quitado del medio como un aviso de lo que podría sucederle a él si no renunciaba a la herencia de Diana. Sin duda los hermanos de esta debían encontrarse directamente implicados. ¿Qué pensarían o qué sentirían cuando se enteraran de que Sergio no era el heredero de los bienes de su mujer? Imaginó la expresión de estupor de los dos o quizás la de la satisfacción más absoluta si en las disposiciones testamentarias Diana hubiese preterido a Sergio en favor de sus hermanos. Luego imaginó sin el menor esfuerzo la expresión de desolación de Sergio, debida, más que a perder la confortable situación en la que se había acostumbrado a vivir durante los últimos años, a verse obligado a aceptar el triunfo de los dos arpías que habían procurado hacerle la vida imposible con todos los medios a su alcance.

—¿Y tampoco puede entregarme esas escrituras ahora?, —le preguntó impaciente al oficial.

—No, ya le he dicho que necesitamos que lo autorice el marido de doña Diana.

—Está bien, se la traeré en cuanto me sea posible.

Se despidió del oficial y como una autómatas salió a la calle. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Llamar a Sergio para darle la noticia o esperar a recoger el testamento para estar segura de las disposiciones que contenía? En esos instantes se encontraría él en el instituto dando clase de gimnasia a sus alumnos, por lo que, en cualquier caso, no era el momento oportuno para ponerse en contacto con él.

¿A quién podría pedirle opinión sobre la forma más oportuna en la que debería realizar su cometido?, se preguntó, mientras cruzaba la plaza de Chamberí en dirección al Metro. La mañana era fría, pero un sol pálido caldeaba los jardines de la plaza y los atravesó sintiendo su agradable calor en el rostro. Se cruzó con innumerables transeúntes que, indiferentes a la angustia que experimentaba, pasaron de largo sin reparar en el peso que sentía sobre los hombros ni advertir que una mano de hierro parecía oprimirla por dentro, dificultándole la respiración. Llegaba ya a la boca del Metro cuando de improviso recordó a Gonzalo. No había vuelto a saber de

él desde que se mudara de despacho, pero podía llamarle por el móvil y, si no estaba ocupado, ir a verle a su nuevo lugar de trabajo.

Le contestó al primer timbrado del teléfono.

—Gonzalo, soy Irene Carvajal y necesito hablar contigo. ¿Dónde estás?

—En los Juzgados de la Plaza de Castilla, con una toga que no me cubre las rodillas, —le contestó en un tono que dejaba traslucir que se encontraba de buen humor.

Ella se apartó el aparato del oído para mirarlo desconcertada.

—¿Y por qué no te cubre las rodillas?

—Porque soy muy alto y la toga que me han dado me queda muy corta. El español medio es más bajito que yo y la mayoría de las togas me están pequeñas, —respondió con guasa.

—¿Tienes un juicio ahora?

—Sí, estoy a punto de entrar.

—¿Y vas a tardar mucho?, —le preguntó tontamente ella.

Gonzalo tardó unos segundos en contestar. Seguramente debía de estar riendo, porque al fin repuso con sorna:

—Pues mira, eso no lo sé. Depende de lo que se explote el fiscal y de lo pesado que me ponga yo. Calculo que por lo menos una hora.

Después de consultar su reloj de pulsera, ella replicó impaciente:

—Es que necesito verte. Me ha sucedido una cosa terrible de la que he tenido conocimiento esta mañana y...

—¿Muy terrible?, —volvió a bromear él—. Pues vente por aquí. Entra en la sala a presenciar mi juicio y luego, cuando termine, me cuentas esa cosa terrible en el pasillo. A no ser que prefieras acercarte esta tarde a mi despacho. ¿Qué prefieres?

—No se trata de lo que yo prefiera, —replicó con una ansiedad que no lograba dominar—. Se trata de que necesito que me des tu opinión sobre un asunto muy grave, así que voy ahora mismo para allá. ¿En qué juzgado estás?

—En el nueve de lo penal, en la planta cuarta. Si llegas cuando ya haya acabado, te esperaré en el pasillo. Hasta ahora.

Cortó Irene la comunicación y volvió a tomar el Metro. Una media hora más tarde salía del túnel del suburbano para subir las escaleras que

ascendían hasta la plaza de Castilla y se dirigía luego apresuradamente hacia la puerta de cristales de chaflán del edificio donde se ubicaban los juzgados de lo penal. Ágilmente subió los escalones para alcanzar el vestíbulo, donde soportó con estoicismo los empujones de la muchedumbre que se agolpaba en su interior. Un gentío similar pretendía tomar el ascensor y la arrastró en volandas cuando, tras una espera interminable, descendió la cabina desde las alturas hasta la planta baja y se abrió la puerta de la misma. Durante los escasos segundos que invirtió el ascensor en alcanzar la planta cuarta, a la que ella se dirigía, recibió más empujones y algunos codazos, pero al fin pudo salir a un amplio pasillo de mármol que recorrió a toda prisa, consultando el número del Juzgado señalado sobre las correspondientes puertas de madera, que estaban abiertas y por la que se accedía a la respectiva secretaría. Próxima a esta se hallaba otra de dos hojas con un letrero que indicaba que era la sala de vistas que le correspondía. La lluvia agrisaba la luz que se filtraba por los amplios ventanales que se abrían en la pared opuesta, confiriendo al largo y amplio corredor un aire melancólico, tristón, lo que no contribuyó a levantarle el ánimo.

Cuando alcanzó el juzgado número nueve, ya estaba cerrada la puerta de dos hojas, por lo que se acercó a la agente judicial para preguntarle:

—¿Sabe si ha empezado el juicio hace mucho? ¿Puedo entrar?

La chica hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, no puede hasta que finalice y es el último de esta mañana. Lo siento.

¿Para qué podría querer ella entrar en la sala de vistas cuando el juicio de Gonzalo hubiera terminado?, se preguntó fastidiada. Seguramente la agente judicial la habría confundido con una estudiante de Derecho que hubiera acudido para aprender la mecánica de una vista. Estuvo por enseñarle su carné de abogado en ejercicio, pero luego lo pensó mejor y tomó asiento en el durísimo banco de piedra, sito bajo el ventanal, consultando impaciente su reloj. Era ya la una y empezaba a notar el estómago vacío, a la par que una ansiedad que iba en aumento. ¿Cómo iba a decirle a Sergio que no era el heredero de Diana? Tendría que abandonar él la suntuosa casa en que vivía y todo lo que había considerado suyo durante

tantos años, incluyendo el espléndido automóvil que conducía desde la muerte de su mujer.

Aunque fuese absurdo, lo sintió como un fracaso propio. Le entregaría el certificado del Registro de Actos de Últimas voluntades y la copia autorizada del testamento y allí terminaría su misión. Como Sergio no era el heredero, no tendría ella ya que efectuar la minuta de la escritura de adjudicación de los bienes de Diana para llevársela al notario. Bastaría con que se despidiera de él y sería Sergio el que debería ocuparse de entregarle a Ángel el testamento y las llaves de los inmuebles de los que había sido propietaria Diana.

Volvió a mirar el reloj. Marcaba ya la una y treinta de la tarde y la puerta de la sala de vistas continuaba cerrada a cal y canto. Se rebulló inquieta en el duro banco de piedra, preguntándose por qué tendría que haber salido aquel asunto tan mal y por qué tendría que ser ella la portadora de unas noticias tan desagradables.

Como la desazón que experimentaba le impedía permanecer quieta mucho rato, se puso en pie y empezó a pasear por el corredor, que iba quedándose desierto por momentos. Vio salir de la sala de vistas contigua a una señora gorda de semblante cetrino que vestía una falda de volantes y que lloraba junto a su abogado. Al fiscal que se detuvo a decirle algo a la agente judicial y luego a un chico con aspecto de gitano que iba esposado y que caminaba entre dos guardias civiles. Estos últimos continuaron hacia el fondo del pasillo y se marcharon escaleras abajo hasta que los perdió de vista. La señora gorda y el abogado se dirigieron en dirección contraria, hacia el ascensor, y, cuando lo tomaron, Irene se quedó sola en el pasillo.

Volvió a consultar el reloj. Ya eran las dos de la tarde. ¿Es que Gonzalo no iba a terminar nunca su dichoso juicio? Le imaginó sentado en el estrado, a la izquierda del tribunal. A esas horas debería estar formulando ya sus conclusiones definitivas, tras haber expuesto el fiscal las suyas. ¿O estarían todavía practicando alguna prueba?

En ese mismo instante se abrió la puerta de dos hojas de la sala de vistas del juzgado número nueve y un tumulto de personas que hablaban al mismo tiempo salió al pasillo. Sobre el gentío distinguió la cabeza de Gonzalo que sobresalía sobre las de todos ellos y luego, cuando se fueron dispersando

camino del ascensor, pudo verle de cuerpo entero, con una toga que efectivamente le quedaba corta, pero que le confería una gran prestancia. Llevaba una cartera de papeles en la mano y se le acercó muy sonriente.

—¿Has tenido que esperar mucho?

Sin saber por qué le pareció a ella distinto, más importante que cuando ocupaba el despacho contiguo al suyo, por lo que carraspeó algo azarada.

—Sí, bueno, no. ¿Cómo ha ido tu juicio?

—Para lo que cabía esperar, bastante bien, pero cuéntame ese terrible problema que tienes que resolver con tanta urgencia.

Le indicaba el banco de piedra en el que había estado sentada durante tanto rato, pero ella se resistió a volver a tomar asiento en él.

—No, es muy tarde ya. Vamos a devolver la toga que llevas y a marcharnos de aquí. ¿Has quedado con alguien?

—No, ¿por qué? ¿Es que quieres invitarme a comer?

Se lo preguntaba con cierta ironía, rememorando sin duda el día en el que le había hecho una proposición similar y ella la había interpretado erróneamente, pero, pese a que ese suceso no les dejaba a ninguno de los dos en buen lugar y que había dado motivo a que él se enfadase seriamente, resultaba evidente por su expresión que lo había superado ya y que se alegraba verdaderamente de verla.

—No te voy a invitar a nada, —replicó enfurruñada—. Cada cual puede pagar su comida, porque ya somos mayorcitos.

—Yo sí, —la interrumpió Gonzalo—, pero tú me parece que no.

—Pues estás muy equivocado, —protestó ella levantando dignamente la barbilla—. Por si no lo sabes, te diré que ya he cumplido veintisiete años.

—Sí, ya me dijiste tu edad el otro día. Un vejestorio, —masculló por lo bajo.

—¿Decías algo?, —inquirió recelosamente.

—No, no decía nada, pero vámonos antes de que nos echen. Pasaremos por la sala de toga, devolveremos esta tan raquítica que me dado el encargado y que no me tapa las rodillas y luego podemos tomar algo en una cafetería que está aquí cerca. Pero eso sí, pagando cada uno su cuenta, —terminó disimulando las ganas de reír.

Seguidamente descendían los dos en el ascensor hasta la planta baja para devolverle la toga al encargado, que la tomó de sus manos y volvió a colgarla en su lugar, entre otras muchas, y poco después se sentaban en la mesa de un local próximo, ya en el paseo de la Castellana, donde los dos pidieron un sándwich mixto y una cerveza. Cuando se marchó el camarero que les había atendido, se acodó él en la mesa, inclinándose hacia Irene con una estudiada expresión de interés.

—Bueno, soy todo oídos. ¿Qué es eso tan espantoso que tienes que decirme?

Ella tomó aire antes de hablar.

—Verás, he ido esta mañana a recoger el certificado al Registro de Actos de Últimas Voluntades para saber cuál era el último testamento que había otorgado Diana Alvear. Ya sabes, la mujer de mi cliente que fue asesinada en el museo y a la que tú le llevaste un asunto hace años. Una pintora famosa, ¿te acuerdas?

—Sí perfectamente.

—Pues me he enterado de una cosa horrible.

—¿De qué cosa?

—Que resulta que Diana se presentó en la notaría el día anterior al de su muerte y otorgó un nuevo testamento en esa fecha, lo que parece indicar que dejó sus bienes a otra persona que no era su marido, porque todo el mundo sabe que se iban a divorciar.

—¿Quién sabe que se iban a divorciar?, —trató de puntualizar Gonzalo.

—Pues a mí me lo dijo Ángel, que es el hermano de Diana, María, que también era su hermana y Sandra que era su secretaria. Si Diana se iba a divorciar de Sergio, lógicamente no iba a testar a favor de él, ¿no te parece?

—Claro, ¿pero cuál es el problema?

Había ido cambiando de expresión y ahora la miraba serio, con la cabeza ladeada, por lo que Irene se sintió un tanto insegura y carraspeó.

—¿Cómo que cuál es el problema?, está clarísimo. ¿Cómo se lo digo a Sergio? Que Diana le haya desheredado significa que tendrá que abandonar la mansión en la que vive desde hace muchos años y olvidarse de todo el lujo de que ha disfrutado mientras ella estaba en este mundo. ¿No lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, —replicó él sin alterarse—. Lo que no entiendo es el motivo de que te angusties tanto. No es a ti a quien han desheredado ni tienes la culpa de lo que pueda sucederle a él. Tú te has limitado a pedir el certificado y la copia autorizada del testamento, así que has cumplido con tu trabajo.

—Sí, pero...

La envolvió él en una mirada socarrona al interrumpirla, impidiéndole que terminara de exponer su objeción.

—Y me parece además que no te acuerdas de que el viudo es un heredero forzoso de su mujer, por lo que esta no le puede desheredar más que en determinados supuestos, que no concurren en el presente caso, aunque haya testado a favor de otra persona.

Parpadeó Irene perpleja, intentando hacer memoria. Le pareció que el código civil danzaba ante sus ojos y que, por más que lo pretendía, no conseguía detenerlo en la Sección que le interesaba para refrescar sus conocimientos sobre la materia.

—¿Así que Sergio heredaría en cualquier caso?

—Sí, porque, afortunadamente para él, aún no había obtenido Diana sentencia de divorcio. Por lo que me has comentado, ni siquiera había presentado la demanda.

—Claro, —aventuró ella—. Porque de haberse divorciado ya...

—En ese supuesto sí hubiera podido Diana desheredarle y no tendría derecho a nada de nada.

Sintió Irene un alivio inconmensurable al oírle, a la par que seguía luchando por traer a su memoria los correspondientes artículos del código civil. No había tenido ocasión de llevar ninguna testamentaría en el despacho de abogados donde había trabajado como pasante y apenas si recordaba con claridad lo que había estudiado años atrás en la facultad sobre ese particular, pero como Gonzalo la estaba mirando con guasa mal disimulada, no quiso reconocer que en esos momentos no se acordaba de cuáles eran los derechos hereditarios que asistían al viudo. Por eso frunció el ceño como si estuviera pensando intensamente y murmuró:

—Es que estoy muy cansada de tanto corretear y me he confundido. Entonces Sergio tendría derecho... tendría derecho a...

—Al usufructo de dos tercios de los bienes de su mujer, ya que esta no tenía descendientes ni ascendientes, —terminó Gonzalo por ella, sin que a su rostro aflorase lo que pudiera estar pensando.

Le pareció a Irene que se había dado cuenta él de que lo ignoraba hasta que se lo había aclarado y que estaba reprimiendo las ganas de reír, por lo que se sintió incómoda y se rebulló inquieta en su silla.

—Bueno, —musitó—. Entonces no es tan terrible, porque Diana debía de tener un patrimonio importante. Lo malo es que si Sergio hereda únicamente el usufructo sobre los dos tercios de esos bienes, no podrá venderlos y por supuesto tampoco podrá vender ninguno de los cuadros que pintó ella.

Meneó Gonzalo afirmativamente la cabeza y un mechón de cabello le resbaló sobre la frente, que retiró peinándoselos con los dedos.

—No, pero si se le adjudicara por su cuota alguno de los inmuebles de los que era propietaria, podría alquilarlo y obtener así una renta.

Lo consideró Irene en silencio, acodada sobre la mesa y con la barbilla apoyada en una de sus manos.

—Sí, pero probablemente el valor de la mansión en la que vive supere el importe de esa cuota, por lo que no sería posible adjudicársela en usufructo. Tendría que abandonarla y buscarse otra, acorde con sus nuevas posibilidades.

Su semblante se había oscurecido y Gonzalo la observó con suspicacia.

—No creo que eso sea tu problema.

Irene se le quedó mirando, extrañada de que no comprendiera la sensación de fracaso que estaba experimentando.

—Pero es que Sergio va a perder lo que seguramente consideraba que le pertenecía. El hogar es importante para todo el mundo.

—¿Y qué?, ¿es que es algo tuyo?

—No, pero...

—... pero no te apetece nada decirle que puede ir haciendo las maletas para trasladarse a vivir a un piso corriente, en una calle corriente, y darle la llave de esa casa tan impresionante en la que vive a un extraño. Hasta es posible que no sea un extraño y que la hereden los hermanos de ella.

Reprimió Irene un escalofrío al imaginar esa eventualidad.

—¿Tú crees?

Gonzalo se encogió de hombros.

—No, no lo sé, pero creo preferible que no nos adelantemos a los acontecimientos. ¿Para qué hacer cábalas cuando ignoramos a cuánto asciende la cuantía de la herencia? Cabe suponer que ese hombre tenga suerte y que se le pueda adjudicar en usufructo esa mansión.

El semblante de Irene empezó a aclararse.

—¡Oh!, eso sería maravilloso. Es una casa impresionante con un jardín precioso y una piscina espectacular.

Incomprensiblemente para ella, Gonzalo empezó a dar señales de irritación.

—Sí es tan magnífica, me parece improbable que la pueda mantener con su nómina, aun alquilando el resto de los inmuebles que herede en usufructo, si es que pudiera heredar alguno más, ¿lo entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo, pero... Lo que es obvio es que tendrá que olvidarse de los cuadros de ella. Los vendía Diana por una millonada y dejó preparada una exposición de unos veinte, que iba a presentar dentro de un mes. Me enseñó uno de ellos la secretaria de la difunta y, aunque no entiendo de pintura, me pareció extraordinario. Era como una explosión de luz y de sol, —comentó con los ojos entrecerrados como si aún lo tuviese ante los ojos. Su expresión soñadora dejó paso a otra absolutamente práctica y murmuró fastidiada—: Pero, si Sergio los heredara en usufructo, no los podría vender, así que tendrá que olvidarse de ellos.

—No, no los podría vender. Tendría que contentarse con contemplarlos, colgados en las paredes de esa casa tan maravillosa.

Pronunció su última frase con una acritud tan palpable que Irene lo advirtió y estudió intrigada su expresión.

—¿Qué es lo que te molesta?, ¿qué me guste esa casa?

Gonzalo se encogió evasivamente de hombros.

—No, no me molesta, ¿por qué habría de molestarme?

—Pues lo parece. Aunque la considero maravillosa, a mí no me gustaría vivir en ella. La última vez que fui allí para que Sandra me entregara las llaves, Sergio estaba en la cárcel y Ángel, el hermano de Diana, me dio un susto de muerte.

El semblante de él se tornó sombrío.

—Estupendo. Comprendo que estés ansiosa por resolver las cuestiones de esa familia, —masculló sarcásticamente.

Irene se quedó desconcertada.

—Lo que te molesta es que me tome tanto interés por los problemas de Sergio, pero estoy segura de que tú te volcaste también con tu primer asunto. ¿En qué consistió?

Desviando sus claros ojos castaños hacia la calle, sonrió él al recordarlo.

—Fue un divorcio que me turnaron de Oficio. Intenté que aceptaran divorciarse de mutuo acuerdo y les cité a los dos en mi despacho. Allí me obsequiaron con una bronca monumental. El marido se marchó enseguida como un energúmeno y la mujer enganchó una llorera tremenda. Hipaba e hipaba. Al día siguiente volvieron los dos contentísimos y me dijeron que se habían reconciliado. Me dieron las gracias y se marcharon tan felices. ¿Qué te parece?

—Muy satisfactorio, —opinó ella—. Yo llevo uno contencioso en estos momentos. El de una amiga de la vecina del segundo de mi casa, pero si lograra convencerla de que su marido es un santo y se reconciliara con él, me sentiría estupendamente, porque habría hecho una buena obra.

—Una magnífica obra, —aprobó Gonzalo con sorna.

Como Irene no lo captó, se quedó silenciosa mirando a través de la cristalera de la cafetería a la gente que transitaba por la calle. Caminaban deprisa, con el semblante arrebolado por el frío invernal y el cuello de sus abrigos o chaquetones levantado, cubriéndoles el cuello para protegerlo de la gélida temperatura. Al cabo de unos instantes giró pensativamente la cabeza hacia él.

—Oye, ¿qué crees que debería hacer? ¿Debería llamar a Sergio ya, para explicarle lo que sucede con el testamento o puedo esperar a que me lo entreguen en la notaria?

—Yo esperaría, —repuso él sin detenerse a meditarlo—. Cuando sepas los términos en los que Diana Alvear dispuso de sus bienes, entonces se lo dices y si pasas un mal rato, pues te aguantas. Los malos ratos van incluidos en el trabajo de un abogado.

Con una sonrisa de alivio, Irene aceptó su consejo.

—Muchas gracias por todo, Gonzalo. No sabes lo que me has ayudado ni lo mucho que te he echado de menos desde que te marchaste del despacho.

—¡Ah!, ¿sí?, —murmuró él con el semblante impasible—. Pues no se te ha notado mucho. Desde que me mudé, no me has llamado por teléfono ni una sola vez. Será porque todo lo demás te ha salido bien y no has tenido problemas.

Dudó ella en contarle el miedo que había pasado en las ocasiones en las que había notado que la seguían por la calle y la tarde en la que esa persecución había tenido lugar por la escalera del edificio en el que vivía. Y el pánico que sintió cuando acudió a la casa de Sergio para que Sandra le entregara las llaves y se quedó sola en el chalet. ¿Debería referirle cómo la había atemorizado Ángel ese día y en todos los que se había encontrado con él o sería mejor no decirle nada? Imaginó al instante lo que Gonzalo le diría. Que renunciase a llevarle a Sergio su testamentaría y que en lo sucesivo aceptase únicamente los asuntos de los clientes menos conflictivos. Pero no lo podía hacer. No podía dejar a Sergio en la estacada ahora que había muerto Consuelo y que probablemente las disposiciones del testamento de Diana no serían tan satisfactorias para él como esperaba. Tendría que ocuparse de que al menos el usufructo de los dos tercios de la herencia de ella recayese sobre los bienes que prefiriese. Luego le perdería de vista y podría vivir nuevamente sin sobresaltos.

—¿En qué estás pensando?, —le preguntó él, sorprendido al verla tan callada.

—En que me gustaría ver tu despacho nuevo, —repuso ella para no tener que decirle lo que verdaderamente pasaba por su mente—. ¿Estás a gusto en él?

—Sí, la renta es más alta, pero su nivel es muy superior al del tuyo. ¿Cuándo quieres que te lo enseñe? Creo que hay un despacho que se va a quedar libre y a lo mejor podría interesarte.

—¿Y cómo lo iba a poder pagar?, —protestó pesarosamente Irene—. Dudo mucho que Sergio pueda abonarme una minuta decente ahora, aunque quizás...

Él se quedó pensando, con la mirada fija en los transeúntes que pasaban por la calle.

—¿Te gustaría sustituir a otros compañeros en las vistas de sus juicios?, —le preguntó repentinamente.

—¿Quieres decir que...? Pues no lo sé, porque todavía no me he estrenado en ninguna vista. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque sé que varios compañeros de mi nuevo despacho están buscando a un abogado principiante que cobre poco y acuda a las vistas en su lugar. A lo mejor te interesa.

Ella lo consideró con el ceño fruncido.

—Pero es que entonces tendría que dejar de trabajar en el laboratorio y como tres veces al día con el sueldo que me pagan. Gracias de todos modos. Ahora tendremos que irnos. Llama al camarero y...

—... y cada uno pagaremos nuestro sándwich, —terminó Gonzalo riéndose—. Me pregunto por qué te molesta tanto que te inviten a comer.

Recordó Irene el domingo en el que había salido con Sergio para celebrar su excarcelación y lo mal que le había sentado que le propusiera pasar un fin de semana con él en la sierra. Y lo que le había desconcertado que pretendiera que se acercaran después de comer a su mansión de la Moraleja con el pretexto de buscar las escrituras de las propiedades de Diana. ¿O no sería un pretexto y la intención que le guiaba verdaderamente era continuar con la búsqueda de esos documentos?

—No me molesta. Lo que me irrita es que alguien confunda una reunión de trabajo con una cita, —replicó muy seria. Son dos cosas distintas.

—Completamente distintas, —admitió muy serio.

—Pues eso, no me gusta que los clientes me inviten a comer y confundan una cosa con otra.

—Pero yo no soy tu cliente, —alegó él a media voz.

—No, pero sí somos compañeros de trabajo. Cuando nos vemos, es para hablar de los temas que llevamos entre manos y para tratar de resolverlos, no para hacer el tonto. Por eso cada uno debe pagar su cuenta.

—Efectivamente, —dijo él como si le hubiera convencido.

—De todas formas, me gustaría ver tu despacho. En cuanto termine con los problemas de Sergio te llamaré y si te viene bien, me acercaré en un

momentito. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendamente, —manifestó él en tono lúgubre.

Después de pagar al camarero que les había atendido, salieron al Paseo de la Castellana, con sus amplios bulevares que parecían reflejar la tristeza del invierno bajo el cielo plomizo hacia el que los árboles alzaban sus ramas desnudas. A esas horas de la tarde apenas si algún coche transitaba por sus amplias calzadas y se cruzaron tan solo con un par de ateridos transeúntes que caminaban aprisa, como si se les hiciera tarde para llegar a su destino.

—¿En qué has venido?, —le preguntó él.

—En Metro, ¿y tú?

—También. ¿Tienes a algún cliente citado esta tarde en tu despacho?

Ella denegó con la cabeza.

—No, citado no, pero últimamente suelen aparecer algunas visitas sin avisar. Me refiero a Sergio, que se presenta casi todos los días. Viene a desahogarse, a descargar su depresión.

—¿Y quién más ha confundido tu despacho con la clínica de un psicólogo?, —le preguntó con sorna.

Irene esbozó un gesto evasivo.

—No, me he expresado mal. Ha transcurrido ya algún tiempo desde que recibí a esas visitas espontáneas. Ya te comenté en su día la conversación que mantuve con María Alvear. Vino a meterse con Sergio, porque no le perdona que prefiriera a Diana en su momento. Por lo visto salió primero con ella, pero cuando él conoció a su hermana menor, que era igual de pelirroja, pero más alta, más guapa y además pintaba mejor, se decidió por esta. María me pareció una amargada y una rencorosa, que sigue loquita por él. Después vino también una compañera del instituto donde trabaja Sergio, que ha muerto hace unos días en un accidente de tráfico. Según la policía, alguien manipuló los frenos del coche de Consuelo y se estrelló esta contra un camión, pero hasta la fecha no ha encontrado ninguna pista de quién haya podido ser el autor. Sergio está ahora deshecho y no habla de otra cosa.

—¡Vaya!, lo siento. ¿Y tiene tu cliente alguna sospecha plausible?

Irene se encogió cansinamente de hombros.

—Sergio piensa que su cuñado, Ángel ha sido el autor. Es un mal bicho y haría cualquier cosa por perjudicar a Sergio. Consuelo estaba muy unida a este, incluso es posible que fueran más que amigos.

—O sea, que te han visitado en el despacho todas las mujeres que pertenecen al harén de ese hombre, —comentó él con algo de sarcasmo.

—Bueno, sí, —reconoció Irene pensativa— pero no creo que Sergio se haya dejado engatusar por ninguna de ellas, porque adoraba a su mujer que debía ser de armas tomar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque él vivía a su sombra. Ahora se siente como un niño que al perder a su mujer se ha quedado huérfano. Aunque es tan alto como tú y bastante más corpulento, a mí me produce la impresión de que es incapaz de valerse por sí mismo.

—Será todo lo desvalido que quieras, pero produce estragos en el sexo femenino, —apuntó Gonzalo en un ácido tono que destilaba ironía—. ¿Cómo llevaba esa circunstancia su mujer? A lo mejor, por eso modificó su testamento.

—No, ya te he dicho que el motivo fue que ella quería divorciarse. Pero ahora tenemos que volver a nuestros respectivos despachos. Yo voy a coger el Metro, ¿y tú?

—También.

—Pues vamos.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Con la autorización que le había entregado Sergio el día anterior, recogió Irene en la notaría la copia autorizada del testamento de Diana y las escrituras de sus inmuebles, y los introdujo en su maletín de trabajo, carente hasta ese momento de documentos y en el que transportaba únicamente un fajo de folios en blanco y un bolígrafo, para cualquier eventualidad que pudiera surgirle.

Ya en la calle, se dirigió a la cafetería más próxima, donde pidió una café y extrajo el testamento del maletín. En cuanto se puso al corriente de las disposiciones que contenía, levantó la vista apesadumbrada para fijarla en un cartel de toros que colgaba de la pared de enfrente, en unión de fotografías de artistas. Lo miró sin verlo, tratando de imaginar la expresión de Sergio cuando le diera la noticia. Diana le había dejado a Sandra todos los bienes de los que podía disponer, estipulando seguidamente que en la adjudicación de los mismos deberían respetarse los derechos de sus herederos forzosos, si los hubiere a la fecha de su fallecimiento. El único heredero forzoso el día en el que había muerto ella era Sergio, que consiguientemente y tal como le había recordado Gonzalo, heredaría la correspondiente cuota vidual. Después de todo y dentro de la tragedia que para Sergio había supuesto el asesinato de su mujer, había tenido suerte, porque, de haber estrangulado el viejo del museo a Diana unos meses más tarde, se habría quedado sin nada. Con su sueldo de profesor de gimnasia y nada más.

Inquieta se pasó una mano por la frente. Ahora tendría que quedar con él y con Sandra para entregarles a ambos una copia del testamento. Retendría ella la escritura original hasta que se le hiciese efectiva a él la cuota que le correspondía.

Se enumeraban en el testamento los inmuebles de los que Diana era propietaria, pero no se hacía referencia a los cuadros que esta y Sandra habían guardado en la caja fuerte del sótano. ¿Los vendería Sergio si ella le hacía partícipe del lugar en el que estaban depositados? En justicia no le pertenecían aún ni probablemente llegarían a pertenecerle nunca, pero no confiaba demasiado en que él estuviese dispuesto a entregarle todo lo que se encontraba en la casa, si podía adueñarse de esos lienzos sin que nadie se enterase.

¿Qué debería hacer ella si Sergio optaba porque su derecho de usufructo recayese sobre uno o más inmuebles?, se preguntó pensativa, acodándose en la mesa y apoyando la mejilla en una mano. ¿Ir con Sandra a la mansión para que esta se hiciera cargo de esos cuadros, aprovechando un momento en el que Sergio se encontrara ausente, trabajando en el instituto? Debería hacerlo así en cuanto formalizasen ante notario la escritura de adjudicación de la herencia, pero no antes. Claro que, no le constaba que para entonces no hubiese dado Sergio con la caja blindada y hubiese vendido ya alguno.

Pero ella no era la abogada de Sandra y su misión no era la de cumplir al pie de la letra lo que había dispuesto Diana, se dijo. Su misión residía únicamente en procurar que a Sergio se le adjudicase en usufructo los bienes que le correspondieran por la cuota a la que tenía derecho.

Indecisa, extrajo el móvil de su bolso y llamó a Gonzalo que contestó inmediatamente.

—¿Qué? ¿Tienes algún otro problema jurídico insoluble?, —le preguntó este sarcásticamente al ponerse al aparato—. ¿Es que has recogido ya ese maldito testamento?

—Sí, me gustaría enseñártelo y hablar contigo. ¿Puedo ir a verte ahora a tu despacho o estás demasiado ocupado?

—Sí lo estoy, pero dejaré a mis visitas leyendo revistas en la sala de espera un rato más, mientras resolvemos tu problema. ¿Cuánto puedes tardar en venir?

—Un cuarto de hora como mucho. Voy a tomar el Metro y salgo inmediatamente para allá. Espérame, porque tengo que preguntarte un par de cosas.

—Descuida, te esperaré, —replicó él con guasa—. No tardes.

Poco después entraba Irene en un ostentoso portal de la calle de Príncipe de Vergara y después de tomar el ascensor para subir a la primera planta, llamaba al timbre. Le abrió una chica rubia, de largas melenas que vestía un traje de chaqueta gris oscuro, con una falda cortísima y que caminaba ágilmente sobre unos altísimos tacones. Cuando Irene le comunicó a quien deseaba visitar, la precedió por un largo pasillo enmoquetado y después de llamar con los nudillos a una puerta, la hizo pasar a un despacho enteramente revestido de madera de nogal, con librerías de la misma madera y una inmensa mesa de despacho delante del ventanal. A través de los cristales se veía la calle de Príncipe de Vergara y un sol pálido se filtraba por ellos, que fue a posarse sobre el rostro de ella cuando tomó asiento en uno de los sillones de los clientes.

Gonzalo se había levantado nada más verla entrar y se dirigió a su encuentro, pero después rodeó su mesa para volver a ocupar la butaca de la que acababa de levantarse.

—¡Hola!, has sido muy puntual. ¿Te gusta mi despacho?

Irene hizo un distraído gesto de asentimiento y sin fijarse demasiado en su lujosa decoración, extrajo el testamento del maletín.

—Sí, pero no quiero hacerte perder el tiempo. Es que no sé qué hacer. Diana le ha dejado a su secretaria-marchante todos los bienes de los que podía disponer. Aunque tenía previsto divorciarse en breve, se salvaguardan en el testamento los derechos que pudieran corresponderle a sus herederos forzosos en el momento de su fallecimiento. O sea, los de Sergio, previendo que ella pudiese fallecer antes de que el juez dictase sentencia de divorcio, como así ha sido. ¿Qué hago ahora?

Se había inclinado hacia él, con la ansiedad reflejada en su agraciado semblante y Gonzalo se echó a reír.

—¿Cómo que qué haces? Tendrás que llamar a esa secretaria y ponerlo en su conocimiento. Debes quedar a continuación con el abogado de esa mujer para determinar entre los dos el valor de la cuota viudal y los bienes sobre los que recae el usufructo de tu cliente. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, —replicó ella un poco picada—. Pero no es eso lo que te pregunto, porque eso ya me lo sé. Lo que te pregunto es si debo o no

impedir que Sergio se quede con algo que no sea suyo. ¿Me entiendes tú ahora?

Acodándose en la mesa, Gonzalo se la quedó mirando con el semblante impasible.

—¿Qué quieres decir? ¿Me preguntas si debes evitar que tu cliente le escamotee a la heredera los saleros de plata o el retrato de boda de él y de su mujer?

Irene meneó vigorosamente la cabeza en sentido negativo.

—No. Lo que te pregunto es lo que debo hacer con los cuadros que Diana guarda en una caja fuerte dentro de la casa. Sandra conoce su existencia, pero me entregó a mí la llave, porque Sergio estaba entonces en la cárcel. No estoy segura, pero es posible que, si él averigua donde están, los venda antes de que se otorgue la escritura de adjudicación de la herencia y esos cuadros valen una fortuna.

—¿Piensas que él...?

—Ya te he dicho que no lo sé. No sé lo que hará él, porque no le conozco suficientemente. Y tampoco sé lo que harán los hermanos de Diana cuando se enteren de que no van a percibir ni un euro de la fortuna de su hermana. ¿Qué hago?

Él se encogió evasivamente de hombros, después de estudiar atentamente la inquietud que traslucía Irene en sus gestos y ademanes.

—No soy un oráculo, Irene, pero te voy a decir lo que haría yo. Yo llamaría inmediatamente a la secretaria y le diría que es la heredera de todos los bienes de Diana, a excepción de la cuota vidual que corresponde a tu cliente y le aconsejaría que buscase a un abogado con el que puedas entenderte para fijar esa cuota. Depositaría la llave de la caja fuerte donde se guardan los cuadros en la notaría y a continuación llamaría a tu cliente y le entregaría una fotocopia del testamento, explicándole que puede disfrutar de los bienes que herede, pero que no puede venderlos. Si por su cuota vidual no se le puede adjudicar la mansión de la Moraleja, le animaría a ir buscando otra y a llevarse sus objetos personales. Puedes ser benévola con él si ves que se guarda el salero de plata o el retrato de su mujer, que seguramente también será de plata.

—No te rías, —protestó ella, advirtiendo que estaba haciendo esfuerzos desesperados por aparentar seriedad.

—¿Tampoco me puedo reír? No me dejas hacer nada y no entiendo además qué es lo que te preocupa. Lo que un abogado debe procurar en una situación como la que me has descrito es que su cliente no se apropie de nada que no le pertenezca, porque le podría costar la cárcel o una reclamación en vía civil. Procura que tu Sergio Andrade no cometa ninguna tontería, consigue que se le adjudique su cuota vidual, a ser posible sobre los bienes que prefiera, y olvídate de él después. Será un alivio perderle de vista.

Irene lo meditó en silencio durante unos segundos y terminó por aprobar sus palabras.

—Está bien. Le llamaré ahora mismo al móvil. Dicen que los malos ratos conviene pasarlos pronto.

Gonzalo se echó nuevamente a reír.

—Primero tienes que llamar a la secretaria. ¿Tienes su número?

—Sí, si lo tengo.

—Pues venga.

Marcó Irene el número en el móvil y oyó la voz de ella.

—¿Sandra?, soy Irene Carvajal.

La agradable voz de la secretaria sonaba serena.

—¿Cómo está usted? Leí en el periódico que el asesino del museo había intentado estrangular a otra pintora y que Sergio había salido de la cárcel. Mis felicitaciones por el trabajo que ha efectuado.

—Muchas gracias, pero yo la llamaba por otro motivo. He recogido hace un rato el testamento de Diana y la nombra a usted heredera universal. Únicamente le corresponde a Sergio la cuota vidual usufructuaria por ser su cónyuge, ya que cuando ella murió estaban casados. O sea, que él hereda en usufructo dos tercios de los bienes de Diana. ¿Me entiende?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Luego la voz de Sandra sonó extraordinariamente sorprendida.

—¿Diana me ha dejado sus bienes? ¿Está segura?

—Completamente. Tengo que entregarle el testamento y recomendarle que busque un abogado que se ocupe de sus intereses. ¿Cuando le vendría

bien quedar conmigo para que se lo explique todo y le lleve los documentos?

Hubo un nuevo silencio.

—Tendría que ser yo la que fuera a su despacho a recogerlos, —decidió la otra al fin—. Pero... ¿No podría ser usted misma la que se ocupe de esa herencia que incomprensiblemente me ha dejado Diana? Me inspiró confianza desde el día en que la conocí y... sí, me gustaría que fuera usted la que se ocupara de resolver esa cuestión.

En esa ocasión fue Irene la que se quedó sin habla.

—¿Yo?

—Sí, ¿por qué no?

—Pues... no sé si tendría incompatibilidad. Tengo que defender los intereses de Sergio y podrían contraponerse con los de usted, ¿no lo comprende?

—Sí, pero no veo por qué habrían de contraponerse. Así sería más fácil llegar a un acuerdo con él. Le anticiparé que lo que a mí me interesa verdaderamente es la obra de Diana. Me gustaría conservar los cuadros que iba a exponer, si es posible.

También sería probablemente lo que más le interesara a Sergio, se dijo Irene pensativa. No le cabía ninguna duda de que Sandra disfrutaría poseyéndolos y admirando cada pincelada plasmada en los lienzos, sin plantearse el valor crematístico de los mismos. Él, en cambio, querría que le fuesen adjudicados para venderlos sin que nadie se enterara, lo mismo que había vendido el que estaba colgado en la pared del comedor de la casa en la que vivía.

—Déjeme pensarlo, —le pidió—. Tengo que meditarlo con calma. Llámeme en cuanto le venga bien que nos veamos.

—De acuerdo, y muchas gracias por todo.

Irene colgó y se volvió hacia Gonzalo que aún continuaba acodado en la mesa y que la miraba sin pestañear.

—¿Te ha dicho que quiere que seas también su abogado?, —le preguntó.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sí, pero no sé si debo.

—Pregúntale su opinión a Sergio Andrade, —le aconsejó Gonzalo, retirándose de la frente con los dedos los mechones de cabello que le habían resbalado al menear la cabeza con demasiada energía—. Podría tener ventajas para ambos, porque así sería más sencillo obtener un acuerdo. Si él está conforme, puedes aceptar el encargo de esa mujer. Y ahora, llámale.

Irene desvió su mirada hacia el aparato y tragó saliva.

—Vamos, no seas gallina, —le dijo él con una guasa no exenta de ternura—. No eres tú la que has modificado el testamento en el que su mujer le dejaba en herencia todo su patrimonio. Solo eres el mensajero y no tienes la culpa de que se llevaran mal, ni de que, consiguientemente, ella pretendiera divorciarse. Además, no queda mal parado ni mucho menos. Vamos, llámale.

Irene se estremeció involuntariamente mientras buscaba el número de Sergio en la agenda de su móvil. Luego inspiró aire y se lo llevó al oído.

—¿Sergio?

La voz de él sonó entrecortada.

—Sí, estaba en la piscina y he salido corriendo al oír sonar este chisme. ¿Pasa algo?

—Sí, tengo que darte una mala noticia.

—¿Qué ocurre?, —oyó alterada la voz de él.

—Que tengo el testamento de Diana. Ya te dije cuando me entregaste la autorización para que recogiera esos documentos en la notaría que tu mujer otorgó un nuevo testamento el día anterior al de su muerte.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que le ha dejado todos sus bienes a Sandra García. A ti te corresponde únicamente la cuota viudal usufructuaria, que...

Él la interrumpió en el acto.

—¿Y eso qué es?

—Es el derecho a usar y disfrutar de los dos tercios de esos bienes, pero no los podrás vender.

—¿Solo usar y disfrutar?

—Eso es.

Hubo un silencio pesado, pesadísimo.

—¿Sergio, estás ahí?

—Sí.

—Lo siento.

La voz de él sonó ahora indiferente.

—Bueno, no es culpa tuya. ¿Cuándo nos vemos?

Irene se apartó el móvil del oído y lo miró como si el aparato pudiera darle una explicación sobre la inesperada reacción de él. Se lo había tomado con una calma absoluta, como si la noticia que acababa de recibir le tuviera sin cuidado.

—Mañana podría recibirte en mi despacho, —dijo Irene al fin por romper aquel mutismo tan molesto—. A eso de las cinco me vendría bien.

Hubo otro silencio. Al fin oyó su voz absurdamente displicente.

—Mañana me es imposible a mí. Salgo de viaje con mis alumnos y estaré fuera una semana.

—¿Un viaje organizado por el instituto en el que trabajas?

—Sí, a Granada. Con los chicos vamos el profesor de lengua y yo, pero te llamaré en cuanto regresemos.

Su tono de voz denotaba ahora una apatía absoluta, lo que no era extraño, porque para él tenía que haber sido un rudo golpe comprender que había perdido la propiedad de todo lo que había considerado suyo y prescindir en adelante de las comodidades y del lujo que había disfrutado durante años. Quizás no pudiera conservar la casa de la Moraleja. En ese caso, tendría que buscarse un piso, probablemente tan decrepito como el que habitaba ella con Marisa, y hasta era posible que tuviera que conformarse también con uno que se hallase ubicado en un edificio que careciera de ascensor, con lo que se vería obligado a ascender jadeante por una interminable escalera, que olería a repollo recién cocido, al igual que el portal y que el interior de la casa.

Cortó la comunicación y apoyando los codos en los brazos de la butaca escondió el rostro entre las manos.

—Vamos, vamos, —le oyó decir a Gonzalo— no es tan grave. No le estás defendiendo en un juicio por un delito de cuya sentencia dependa su libertad. Solamente le has comunicado que no podrá disponer de los bienes que le correspondan de la herencia de su mujer. En peor situación hubiera quedado si a ella no la hubieran asesinado y se hubiera divorciado de él. Y

en cualquier caso, el *status* de que disfrutaba ese hombre no se lo había ganado con sus propios méritos. Tuvo la enorme suerte de haberse casado con una mujer que resultó ser un genio como pintora. Ahora tiene incluso más de lo que le corresponde por su esfuerzo.

Irene levantó la mirada hacia el semblante de él, que continuaba sentado tras su mesa, y pestañeó sorprendida.

—Tienes una manera muy particular de ver las cosas, —le dijo cansadamente—. Tan prosaica, tan falta de sentimientos... Ese hombre ha perdido a su mujer, a la que han matado de una forma horrible. Está deshecho. Ha malvivido en la cárcel más de un mes, acusado de un asesinato que no había cometido y ahora, cuando por fin hemos conseguido el sobreseimiento de su causa, está en libertad y ha recuperado su trabajo, ha muerto por un accidente provocado su mejor amiga. Para postre, su abogado, que es una principiante sin ninguna experiencia, acaba de llamarle para decirle que su mujer le ha dejado el pleno dominio de todo su patrimonio a su secretaria. ¿No lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, lo entiendo perfectamente, —replicó despreocupadamente él—. ¿Pero de qué es de lo que te sientes culpable? Tú no podías haberle evitado nada de lo que le sucede.

Al oírle, se preguntó a sí misma cual era el motivo por el que experimentaba aquella desazón. Sabía que no tenía la culpa de nada de lo que le estaba ocurriendo a Sergio, pero no podía evitar sentirse involucrada en el desafortunado desenlace de los acontecimientos, como si fuera la escritora de un cuento de hadas y se viera obligada a su pesar a escribir el final desastroso de una historia que había imaginado de muy distinta manera.

Gonzalo parecía seguir el curso de sus pensamientos, porque se echó a reír.

—Eres demasiado sentimental, Irene, pero ya aprenderás. También yo estuve varias noches sin dormir cuando llevé mi primer caso. Ya sabes, el divorcio que me turnaron de oficio, pero es necesario deslindar el trabajo de los sentimientos. Hay un aforismo que dice que se deben defender los pleitos como si fueran propios y perderlos como ajenos. En tu caso no es un pleito lo que estás defendiendo, pero el aforismo vale también para tu caso.

Ocúpate de la testamentaria de la secretaria y del viudo y resuélvela lo mejor posible, sin lloriqueos.

Lo consideró ella en silencio. La lámpara que tenía sobre la mesa iluminaba el semblante de él, aclarando el color de sus ojos castaños y poniendo de manifiesto la firmeza de su barbilla. En ese momento le hubiera parecido un hombre muy atractivo de no sentirse tan desanimada. Terminó por ponerse cansinamente en pie.

—Está bien, tienes razón. Te agradezco muchísimo tu ayuda y voy a dejarte para que puedas trabajar tranquilo. Únicamente acudo a ti a darte la lata, cuando tengo algún problema. La verdad es que no sé por qué me aguantas.

Gonzalo masculló algo entre dientes, pero ella no llegó a entender lo que decía. Salió desalentadamente al pasillo, desde donde se despidió de él con la mano.

Cuando media hora más tarde llegó a su despacho encontró a una mujer esperando delante de su puerta y por primera vez echó de menos una sala de espera donde sus visitantes pudieran aguardar la hora de su cita leyendo revistas, en lugar de verse obligados a permanecer como postes en el ancho corredor que lo precedía. Claro que ella no había citado a aquella mujer de cabello rojo, en la que reconoció a María Alvear cuando esta se giró hacia ella. Vestía un pantalón vaquero con el bajo totalmente deshilachado y una especie de mantón con flecos sobre un blusón blanco con dibujos de colores con los que aparentaba pertenecer al movimiento *hippie* de los años sesenta.

Su visitante no vio o fingió no ver el gesto de desagrado de Irene y la siguió dentro del despacho en cuanto esta abrió la puerta, después de hacer girar la llave en la cerradura. Luego, sin esperar a que la invitase a tomar asiento, se dejó caer en uno de los sillones de los clientes y aguardó en silencio a que Irene subiera la persiana, pusiera en marcha el convector y diera la vuelta en torno de la mesa para acomodarse en su butaca.

—No recuerdo haberla citado esta tarde, —empezó a decirle en tono desabrido.

Aunque aún era temprano, había anochecido ya y el despacho estaba iluminado tan solo por la lámpara que Irene había encendido y que se encontraba sobre su mesa. A su incierta claridad vio que la otra se la

quedaba mirando fijamente con sus clarísimos ojos verdes y le recordó a una gata en acecho a punto de lanzarse bufando sobre un contrincante inoportuno.

—No, no me ha citado, pero pasaba por aquí y he subido porque necesitaba hablar con usted. ¿Es verdad lo que me ha dicho Ángel?

¿Qué podría haberle dicho su hermano?, se preguntó, evocando la alta figura del aludido, su cabello rojizo, y sus ojos, tan verdes como los de la mujer que tenía sentada enfrente en ese momento.

—No sé a qué se está refiriendo, —replicó ella con expresión hosca.

—Me ha dicho que Diana le ha dejado en su testamento todos sus bienes a Sandra, la que era su secretaria. ¿Es cierto?

Irene se retrepó en su butaca y la observó con el semblante totalmente inexpresivo.

—¿Por qué no le pregunta a su hermano?

—Verá. Se ha enterado porque, después de obtener ese certificado del Registro donde inscriben los testamentos, ha ido a buscar el último de Diana a la notaría, por consejo de su abogado. Es que se ha buscado un abogado, ¿sabe? Uno carísimo que tiene su despacho en un piso estupendo con sala de espera y con una secretaria, —le comunicó, dirigiendo una desdeñosa mirada en derredor, claramente indicativa de que el de Irene era una birria y desmerecía muchísimo comparado con el del abogado de su hermano—. Ese abogado, que por cierto le ha soplado una minuta de cuidado, le ha dicho que Diana se lo ha dejado todo a Sandra.

—Pues si ese abogado se lo ha dicho ya a su hermano, no entiendo por qué viene a preguntármelo a mí, —replicó Irene con el ceño fruncido.

—Porque usted lleva los asuntos de Sergio, al que, según ese abogado, le corresponde una parte de la herencia que no podrá vender y he venido a explicarle unas cuantas cosas que creo que le conviene saber.

Irene enarcó las cejas en un gesto interrogante.

—¿Qué cosas?

—Que Sergio no debería heredar esa pequeña parte ni ninguna. Diana se enfadó muchísimo con él la tarde anterior a que la mataran en el museo y le gritó que iba a divorciarse de él en cuanto reuniera los papeles necesarios.

—Eso ya me lo dijo usted el otro día. ¿Algo más?

—Sí. Yo había ido esa tarde a su casa a ver a Diana y estaba en el saloncito, cuando la oí gritarle después a Sandra. No llegué a entender lo que le decía ni el motivo de la bronca, solo que recogiera sus trastos y que se marchara de su casa cuanto antes, porque estaba despedida.

Irene no consiguió disimular esta vez un gesto de sorpresa.

—¿Diana despidió a Sandra?, ¿por qué?

—No lo sé, ya le he dicho que no entendí lo que hablaban y además, mi hermana tenía un carácter muy variable que se le había agudizado en los últimos tiempos. A Sergio le trataba con una condescendencia de lo más humillante y a Sandra, como si fuera su esclava, pero nunca anteriormente la había oído yo gritarle de esa manera.

Evocó Irene el luminosos saloncito, desbordante de flores, e imaginó a la pelirroja y guapa pintora que había visto en fotografías chillándole a su inexpresiva secretaria.

—¿Y Sandra se marchó?

—Sí, esa noche debió dormir en su casa. Creo que tiene un piso en la calle Castelló, porque al poco la vi salir al jardín tirando de su maleta y luego divisé su coche cuando cruzaba la cancela. Diana regresó después al saloncito, donde me encontraba yo, echando chispas por los ojos, pero no me quiso aclarar lo que le había ocurrido con su secretaria.

—Ya, —murmuró Irene por todo comentario, lo que animó a la otra a seguir explayándose.

—¿No entiende lo que le digo? Mataron a Diana al día siguiente de que hubiera echado de su casa a la secretaria, a cuyo favor había testado anteriormente. Si hubiera vivido algunos días más, habría revocado ese testamento.

Irene apoyó la barbilla en su mano y se quedó mirando inexpresivamente a María, cuyo blanco y pecoso semblante relucía de sudor, quizás por el esfuerzo de explicarle algo que ella aparentaba no entender, porque en el despacho la temperatura continuaba siendo gélida.

—¿Me está queriendo decir que Sandra estranguló a Diana Alvear en el museo para impedir que modificara sus disposiciones hereditarias? Me parece que se está olvidando usted del viejo chalado al que grabaron las

cámaras y que en estos momentos se encuentra en una institución psiquiátrica.

María meneó negativamente la cabeza, agitando al tiempo su rojiza y desgredada melena, de color tan parecido al de su hermana, pero sin el brillo del de esta ni su gracia.

—No, claro que no es eso lo que le estoy diciendo. Lo que he querido aclararle es que Sandra no se merece tampoco heredar a Diana. Mi hermana estaba furiosa con ella, aunque no sé el motivo, por lo que no creo que esa mujer deba aprovecharse de la casualidad de que ese viejo loco la estrangulara antes de que ella tuviera tiempo de entrar en razón.

—¿Y qué es lo que piensa usted que habría hecho su hermana de haber tenido tiempo para ello?

María vaciló ostensiblemente. Intentó luego infructuosamente sujetarse los mechones de su rojo cabello detrás de las orejas y al fin quiso indicar con un ademán de sus manos que la respuesta era obvia.

—Ángel y yo somos de su misma sangre, —le dijo a media voz— y nunca le hemos hecho daño, al contrario.

Reprimió Irene un resoplido de impaciencia y cruzó las manos sobre la mesa sin dejar de observar fijamente a la otra.

—Eso también me lo dijo el otro día, pero no entiendo por qué viene a contarme lo que me acaba de referir. Hay un testamento válido, al que hay que dar cumplimiento, por lo que es totalmente irrelevante a esos efectos que su hermana se peleara con su secretaria y con su marido el día anterior al de su muerte, ¿entiende?

Vio como su visitante parpadeaba perpleja.

—¿Y usted no puede hacer nada?

—¿Yo?, ¿qué es lo que quiere que haga?, —replicó con acritud, descruzando las manos y empezando a tablear sobre la mesa con un bolígrafo.

—Impedir que hereden a Diana esos dos. Ella no lo hubiera querido así.

—¿Y cómo sabe usted lo que hubiera querido ella? ¿Es que es adivina?

—No, pero parece lógico, ¿no cree?, —protestó la pelirroja poniéndose a la defensiva.

—No, no me lo parece. Y aunque me lo pareciera, no puedo decidir yo lo que debe hacerse con los bienes de una persona que ha fallecido. Únicamente podría un juez, en determinados supuestos que no concurren en el presente caso y ahora, si me lo permite... tengo mucho qué hacer.

Paseó María sus ojillos sobre la despejada superficie de la mesa, sin otro papel que la fotocopia de la demanda de un asunto que le habían turnado de oficio tiempo atrás y con la que pretendía darse importancia ante los clientes. Debió llegar a la conclusión de que Irene no tenía ningún trabajo pendiente, porque no se movió.

—También quería comentarle otro tema que tiene que ver con la muerte de Diana. Quería preguntarle si le consta a usted que fue ese viejo loco, el chalado de la galería Dorée, el que la mató.

Sobresaltada, Irene reprimió un respingó.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Hay muchas cosas que no concuerdan.

—¿Qué cosas?

María se arrellanó más cómodamente en la butaca al notar que por fin parecía haber despertado el interés de la abogada que se encontraba sentada tras su mesa.

—Pues... en primer lugar los objetos que aparecieron en el sótano de la casa donde vive Sergio.

—Sí, ¿qué les pasa a esa peluca y a esa barba blancas?

María se encogió de hombros, como si no se explicara que Irene pudiese ser tan obtusa.

—¿Cómo que qué les pasa? ¿Es que usted no se cuestiona nada? Esos objetos sirven indiscutiblemente para caracterizar como un viejo a quien quisiera hacerse pasar por el tipo chalado que mató a Julia Ramírez, la primera pintora que murió estrangulada en el museo.

—Sí ¿y qué?

—¿No se ha preguntado cómo llegaron esos objetos hasta el sótano?

—Es obvio que los escondió allí alguien que quería perjudicar a Sergio, —replicó Irene disimulando que a su pesar empezaba a sentirse interesada por las elucubraciones de la otra—. ¿Es que usted piensa una cosa diferente?, —inquirió en un tono neutro que no significaba nada.

Su visitante entrecerró los ojos con aire misterioso.

—Estoy segura de que fue Sandra.

—¿Sandra?, eso es absurdo. ¿Por qué habría de querer esa mujer perjudicar a Sergio?

—¿Y quién podría haber sido si no? —Se la quedó mirando fijamente y como si hubiera captado lo que Irene estaba pensando, meneó negativamente la cabeza—. Está usted equivocada. No fue Ángel.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, pero no le considero capaz de hacer una cosa así. Es bebedor, mujeriego y muchas cosas más, pero no acusaría de un crimen a alguien que es inocente. Además, ¿de dónde iba a haber sacado Ángel la peluca, la barba y todo lo demás?

Irene continuó tabaleando sobre la mesa con el bolígrafo, propinándole de cuando en cuando un golpe más fuerte como si pretendiera desahogar con ese gesto el deseo reprimido de golpear a su visitante.

—Del mismo sitio que lo sacaría cualquiera que quisiera inculpar a su cuñado, de una tienda de disfraces. Bueno, —añadió después de meditarlo—. Ustedes dos trataron de convencerme de que a su hermana la había asesinado Sergio. Si Ángel lo creía así, es posible que intentara hacer justicia por su cuenta.

Cohibida, su visitante bajó los ojos. Parecía avergonzada. Luego pasó una mano por su frente y terminó por clavar en ella sus ojos verdes de gata, que pudieran asemejarse a primera vista a los de Diana en el retrato que pendía sobre la chimenea de su casa, pero que resultaban muy diferentes después de un examen más detallado. Su hermana había sido una mujer preciosa y elegante y el aspecto de la mujer que Irene tenía enfrente era estafalario y muy poco atractivo.

—No me lo tenga en cuenta, —murmuró abochornada—. No sé por qué vine a decirle esa tontería. Estaba furiosa con Sergio, porque... no sé cómo explicárselo, porque nuestra relación ha sido siempre un tanto particular. El caso es que no se me ocurrió otra cosa que presentarme en su despacho a despotricar contra él. Olvide lo que le dije entonces. Él ha tenido una paciencia infinita con Diana, que era una mujer muy difícil de aguantar.

Mantengo en cambio lo que le dije respecto a que no tenía derecho a heredarla, porque mi hermana estaba harta de él.

Irene la había escuchado en silencio y miró disimuladamente su reloj de pulsera.

—¿Y cuáles son las otras cosas que no concuerdan?

—Pues no concuerda tampoco el motivo que alegó el viejo. La pintura de Diana era figurativa y según confesó el viejo, las estranguló porque estaban profanando la pintura con las aberraciones de su pretendido arte abstracto. ¿No lo entiende? Diana no profanaba la maestría figurativa de los clásicos, como las otras dos pintoras que pretendían cultivar la abstracción lírica. Tampoco expuso nunca ella sus cuadros en la galería Dorée, que es de medio pelo. Lo hacía en una que tiene mucha categoría y que se encuentra en el Paseo del Prado. El viejo no la conocía ni a ella ni a su pintura y esta última le habría gustado, porque era sencillamente genial.

Dubitativamente pasó Irene una mano por su frente.

—Sí, creo que es evidente que ese viejo confundió a su hermana con otra pintora, pero lo único cierto es que le grabaron las cámaras de seguridad en el momento en que estaba cometiendo sus crímenes y que él los ha reconocido después.

—Sí, eso es verdad, —reconoció cansadamente María—. Aunque no sé si puede concedérsele alguna verosimilitud a las declaraciones de un chalado para quien la pintura abstracta es poco menos que un crimen. Y perdone, la estoy entreteniendo demasiado. ¿No ve entonces ninguna posibilidad de impugnar el testamento de Diana?

—Yo no le he dicho eso, —replicó Irene poniéndose en pie—. Tengo que recomendarle que se busque usted otro abogado y que le consulte a él. Yo defiendo los intereses de su cuñado y los de Sandra García, que obviamente se contraponen a los de usted. Pídale cita al abogado de su hermano o a otro que sea de su gusto y haga lo que él le aconseje.

—De acuerdo, de acuerdo, —admitió María imitándola y levantándose a su vez de su butaca—. Y perdone por haberla entretenido. Ya me marchó.

Irene la acompañó hasta la puerta y cuando la hubo cerrado tras ella y regresó a su mesa sonó su móvil. En cuanto lo extrajo del bolsillo de su

pantalón y se lo llevó al oído reconoció la voz de Sandra García. Una voz grave, sin inflexiones, tan inexpresiva como su dueña.

—Irene, ¿es usted? ¿Podemos hablar ahora o está ocupada?

Ella rodeó la mesa y tomó asiento con el aparato en el oído, acomodándose en la butaca.

—Sí, dígame. Acabo de despedir a una visita y en este momento estoy sola.

—Verá. Quería preguntarle si sería posible que recibiera ahí, en su despacho, a algunos conocidos míos. Unos son amigos, otros compañeros y otros clientes a los que les he gestionado la compra de algún cuadro. Todos ellos tienen algún tipo de problema jurídico y les he hablado de usted. Quieren que se ocupe de sus asuntos, pero les he advertido que no sabía si tendría usted tiempo para atenderles.

Irene se quedó sin habla. ¿Si tendría tiempo para atenderles? Aparte de la testamentaría de Diana y del divorcio de la amiga de la vecina del segundo, no tenía absolutamente nada que hacer, pero como era lógico no se lo podía decir así a Sandra.

—Siendo amigos suyos, estaré encantada de recibirles. Dígaselo así de mi parte.

En la monocorde voz de su interlocutora creyó captar Irene un matiz de complacencia.

—Se lo diré. Quizás pudiera darme ya cita para todos ellos y yo se la transmitiría.

Irene reprimió el deseo de brincar de júbilo en su butaca. ¿Cómo era posible que de pronto, cuando el mundo seguía girando como siempre ajeno por completo a su existencia, sin haber hecho ella otra cosa que esperar a que se produjera ese milagro, le llovieran de improviso los clientes? Estuvo por contestarle a Sandra que podía recibirles a todos esa misma tarde, pero prudentemente se abstuvo y le preguntó:

—¿Cuántas personas son esos conocidos suyos?

—Cinco.

Con dificultad controló nuevamente las ganas de saltar. ¡Nada menos que cinco! En su lugar y en tono neutro fue señalándole esas citas para la semana próxima y finalmente le comentó:

—Pregúnteles si les viene bien y me da su contestación. ¿De acuerdo?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—Sandra, ¿está usted ahí?

—Sí, perdone, —la oyó decir titubeante al cabo de unos segundos—. Es que yo... además quería pedirle un favor, pero no sé cómo decírselo y sobre todo, no se lo tome a mal. Si se niega a ayudarme, lo entenderé.

—¿De qué se trata?

—Verá, es que estoy preocupada por los cuadros de Diana. Dorita me ha llamado para decirme que ha desaparecido el cuadro del comedor.

Evocó Irene aquella marina intensamente azul, con los nervudos pescadores recogiendo sus redes bajo un sol abrasador, y suspiró desalentada. Imposible hacerle entender a Sergio lo que para ella era de una claridad meridiana. Cuando él vendió ese cuadro, pensó que faltaba únicamente haber llevado a cabo un formalismo para que esa transmisión fuera válida. En el presente, después de haber tenido conocimiento de los términos en los que Diana había modificado su testamento era evidente que él no podía disponer de los cuadros de su mujer. Pero no podía decirle a Sandra que Sergio lo había vendido a los pocos días de haber salido de la cárcel, por lo que simuló estar sorprendida.

—¿Ha desaparecido?

—Sí, y estoy preocupada. La de Diana es una casa muy poco segura. Tiene decenas de puertas de cristales que cualquiera podría abrir, y tanto el servicio como Sergio son sumamente descuidados. Estoy preocupada por los cuadros que están guardados en el sótano. Diana tenía una caja de seguridad en el Banco, para custodiar los lienzos que proyectaba exponer conforme los iba pintando y he pensado, si usted no tiene inconveniente, en que deberíamos sacarlos del sótano y llevarlos a esa caja de seguridad hasta que usted ultime la testamentaría. ¿Le estoy proponiendo un disparate?

Irene frunció el ceño mientras lo meditaba. Verdaderamente esos cuadros pertenecerían a Sandra, y tenía razón en lo que le estaba manifestando que temía. No solo podían ser robados por algún extraño que entrara a escondidas en la casa y descubriera el escondite. Incluso a Sergio le parecería lo más natural vender alguno si necesitaba dinero, porque en su

mentalidad no cabía admitir que lo que había considerado suyo hasta la muerte de Diana, había dejado de serlo.

—Me parece una buena idea, —repuso al fin—. ¿Pero cómo va a ir a recogerlos? Sergio se marcha mañana de viaje con sus alumnos y ni usted ni yo tenemos ya la llave de la casa. Yo conservé únicamente la de la caja blindada del sótano porque me pareció lo más prudente, pero las demás se las devolví a Sergio el día en que este salió de la cárcel.

Hubo otro silencio. Sin duda Sandra estaba reflexionando sobre lo que le acababa de decir, pero no debió tardar en encontrar una solución, porque repuso casi inmediatamente:

—La cuestión de la llave no es un problema. Dorita, la chica que hace la limpieza, se marcha a las cuatro y media. Podría acercarme con anterioridad a la casa, fingiendo que he olvidado algo en el que fue mi cuarto y, cuando se marchara de la casa a la hora de costumbre, bajar al sótano y sacar los cuadros de su escondite para llevarlos a la caja del Banco. Están todos embalados, a excepción del que le mostré. ¿Qué le parece?

Aunque, dada la forma de ser de Sergio, el plan de la otra era el más práctico, no le acababa de gustar. En el presente tampoco los cuadros le pertenecían a ella, porque la herencia aún no se le había adjudicado formalmente.

—No me parece oportuno. Se podría interpretar que usted se los está apropiando indebidamente sin título para ello. Deberíamos esperar a formalizar esa escritura ante notario.

Al otro lado de la línea Sandra titubeó ostensiblemente antes de hablar.

—¿Pero no comprende que es la única forma posible de custodiarlos? Si ha desaparecido el cuadro del comedor, pueden seguir el mismo camino todos los demás. Si le parece bien, a continuación podemos depositar el resguardo de la caja del Banco en la notaría hasta que se adjudiquen al heredero al que le correspondan. ¿Qué opina de lo que le estoy proponiendo?

Mentalmente pasó Irene las hojas de su libro de “Sucesiones”, tratando de releer sus páginas para averiguar si lo que le estaba proponiendo Sandra era correcto, pero no consiguió recordar ningún epígrafe que se refiriera a ese problema concreto. Tendría que preguntárselo a Gonzalo que sin duda

estaría ya harto de ella y de sus preguntas. Con razón la consideraba un rollazo jurídico a quien no le interesaba otra cosa que su trabajo. Sandra mientras tanto seguía hablando.

—El favor... el favor que quería pedirle es que me acompañara. La necesito como testigo de que la intención que me guía es exclusivamente la de poner a salvo esos cuadros, ¿me entiende?

La propuesta seguía sin gustarle, pero no podía negarse a ayudarla ahora que le había conseguido cinco nuevos clientes. Y después de todo, ¿en qué consistía su proposición? Le pedía que la ayudara a custodiar en un lugar más seguro unas obras de arte que eran moralmente suyas, aunque faltase para que lo fueran también de derecho un formalismo legal.

—Bueno, de acuerdo, —repuso vacilante—. ¿Pero no le extrañará a Dorita vernos aparecer sin avisar, encontrándose ausente su dueño?

—No, porque yo he vivido allí durante los últimos cinco años. Usted se quedará en el coche hasta que Dorita se haya marchado para que esa chica no la vea, y después vendrá a ayudarme a embalar el que le mostré, que fue el último que pintó Diana. El armazón con el que deberemos protegerlo se encuentra también en el sótano, así que no tardaremos nada en enfardarlo adecuadamente y en transportarlos todos después hasta el coche. ¿Le vendría bien que la recoja mañana por la tarde a eso de las cuatro menos cuarto?

Inquieta, se pasó Irene una mano por la frente intentando ordenar sus ideas. ¿Estaría bien lo que le estaba proponiendo? Si al menos pudiera consultarlo con Gonzalo... Le llamaría al móvil en cuanto terminara su conversación con Sandra y, en el caso de que desaprobara la propuesta de esta, la llamaría después para cancelar el plan.

—Bien, de acuerdo.

—¿Y dónde la recojo?, ¿en su casa?

Irene le dio la dirección y en cuanto cortó la llamada marcó en la agenda del móvil el número de Gonzalo, pero en lugar de contestarle la voz de este, oyó una voz femenina diciendo:

—“El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura”.

Lo intentó de nuevo con el mismo resultado. La voz de aquella tonta le repitió la misma advertencia, como si fuera un disco rayado. Se lo

comentaría entonces a Marisa, —decidió—. Aunque su amiga carecía de conocimientos jurídicos, poseía enormes dosis de sentido común. Pero no encontró a su amiga en el piso cuando llegó a la casa esa noche. En el cuarto de estar vio un papelito sobre la rayada mesa de cristal que habían comprado las dos de segunda mano, en el que le decía que salía a cenar con Leandro y que no la esperase.

Meditabunda se preparó un huevo con jamón, que se tomó sobre la mesa rayada e intentó ver luego la televisión, pero la imagen del sótano de la casa de Sergio y del armario con la puerta blindada cruzaba continuamente por su mente impidiéndole entender el argumento de la película que se proyectaba en la pantalla. Finalmente decidió irse a la cama, pero también le costó dormirse. Dio vueltas y más vueltas hasta que la venció el cansancio y cuando Marisa regresó no la oyó llegar.

Tampoco consiguió verla a la mañana siguiente. Cuando se despertó, su amiga se había marchado ya a su trabajo en el colegio y ella se dio cuenta despavorida de que se le habían pegado las sábanas y de que iba a llegar tarde al laboratorio. Intentar contactar con Marisa en el colegio era tarea prácticamente imposible. Su amiga lo silenciaba en cuanto bajaba del coche y se dirigía a la puerta del jardín que circundaba el edificio, por lo que ni siquiera se molestó en intentarlo. Repitió en cambio la operación de llamar a Gonzalo por el móvil y oyó desesperada la cantinela de la misma voz femenina:

—“El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura”.

Con gusto le hubiera propinado un puntapié a la voz de aquella tonta y al móvil de Gonzalo, pero como no podía hacer ninguna de las dos cosas, cortó furiosa la llamada e intentó concentrarse en su trabajo, que consistía fundamentalmente en transcribir unos informes en el ordenador.

A las dos en punto lo cerró y salió corriendo del edificio, olvidando despedirse de sus compañeros. Estaba tan nerviosa que ni siquiera reparó en ello y echó a correr hacia la boca del Metro, aunque le sobraba tiempo. Marisa comía siempre en el colegio, por lo que al llegar a su casa se tomó unos guisantes que habían sobrado de la cena de la noche anterior, marcando el número del móvil de Gonzalo a intervalos regulares con el mismo resultado infructuoso. ¿Se le habría estropeado el teléfono o lo

habría desconectado para evitar que ella le diese más la lata? Estaba segura de que la consideraba un plomo pesadísimo, un indigerible compendio normativo, como la había calificado un día en el que, al parecer, la había invitado a comer y ella había interpretado equivocadamente que lo que pretendía era que le limpiase el polvo a sus Aranzadis antes de colocarlos en los estantes de las librerías de nuevo despacho. ¿Podría considerársela de verdad un rollazo jurídico?, se preguntó. ¿No les ocurriría lo mismo que a ella a todos sus compañeros de profesión, cuando en situaciones parecidas lucharan por abrirse paso en el campo del Derecho?

Preocupada, se dirigió al cuarto de baño para mirarse en el espejo, pero de la imagen que se reflejaba en la pulida superficie no obtuvo ninguna conclusión. Vio a una chica rubia de melena ensortijada, ojos azules y expresión de angustia. ¿Por qué estaba tan angustiada? ¿Alguna vez sabría sin necesidad de preguntárselo a nadie si lo que tenía previsto realizar era o no lo procedente?

Terminó por encogerse de hombros y después de consultar su reloj, pasó por su cuarto a recoger el chaquetón de cuadros. Era el más viejo que tenía y por consiguiente el más adecuado, porque en aquel sótano se iba a poner perdida de polvo.

Sandra la esperaba en un monovolumen blanco, en segunda fila, cuando salió del portal y la saludó con su característica inexpresividad.

—¡Hola!, le agradezco mucho que haya decidido acompañarme esta tarde. Es duro para mí volver a esa casa, donde he vivido algunos momentos inolvidables.

Desde el asiento del copiloto, Irene le dirigió una mirada de soslayo. La otra vestía un chaquetón oscuro que le estaba grande, sobre unos pantalones azul marino, que también le estaban grandes. Su semblante anodino, sin rastro de pintura, denotaba un profundo desaliento, acrecentado por el desaliño de la imagen que ofrecía. Llevaba su cabello oscuro y lacio recogido de cualquier modo en la nuca como si no se hubiera preocupado de peinarse antes de salir de su casa, por lo que su fisonomía respondía al de una mujer avejentada y cansina. Quizás no resultaría tan poco agradecida si cuidase más su imagen, pero Irene se dijo que era una lástima que no lo

intentase al menos, porque aparentaba más edad de la que probablemente tenía.

—Imagino que también conservará recuerdos penosos, —repuso Irene mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—. Tengo entendido que Diana Alvear tenía un carácter muy difícil.

Se lo insinuaba con la intención de que la otra le refiriera a que había obedecido el enfado de la pintora la tarde anterior a la de su muerte en el museo, pero Sandra no se dio por aludida. Acababa de arrancar el motor y conducía atenta a la circulación, con la vista fija en la estrecha calle que iban recorriendo para salir a la de San Bernardo.

—Diana se irritaba por cualquier nimiedad, —reconoció al fin con voz apenas audible—, pero sus enfados le duraban poco. Pasaba de la risa al llanto, y viceversa, sin solución de continuidad y sin caer en la cuenta del daño que ocasionaba a los que la rodeábamos. Con Sergio era claramente insufrible. Le hablaba siempre en un tono desdeñoso y le afeaba que pasara muchas horas en el gimnasio en lugar de interesarse por la pintura. Pero es que a Sergio la pintura le tenía sin cuidado, cosa que Diana no quería entender, porque para ella lo era todo.

Volvió a mirarla Irene de refilón mientras le hacía ese comentario. Tenía el ceño fruncido y una expresión melancólica, como si sintiera nostalgia del tiempo pasado.

—¿Y con usted?, —le preguntó, aunque se estaba diciendo interiormente que no debería entrometerse en la vida de la mujer que tenía al lado y que aun podía dar marcha atrás—, ¿cómo era Diana con usted?, —insistió, sin atender a las advertencias de su mente—. ¿También le gritaba sin venir a cuento cuando se ponía nerviosa?

Sandra pareció meditarlo y terminó por sonreír con algo de amargura.

—Me gritaba a veces, sí, pero casi siempre con razón. Y en cualquier caso, era una pintora genial y para mí la pintura también lo es todo. Solo por verla dar aquellas pinceladas tan seguras, tan luminosas, merecía la pena estar a su lado.

Irene examinó nuevamente su semblante con disimulo. Parecía una mujer solitaria. Probablemente no tendría parientes próximos y había volcado toda su existencia en el arte de la otra. ¿Le habría tenido a Diana

verdadero afecto o habría permanecido a su lado durante todos esos años solo por el placer de verla plasmar en sus lienzos aquel sol del mediterráneo tan deslumbrante, tan abrasador, caldeando la arena dorada de la playa? Le hubiera gustado preguntárselo, pero no se atrevió. Sandra parecía ensimismada en sus recuerdos y ella permaneció también en silencio hasta que dejaron atrás la ciudad y llegaron a la urbanización.

Cuando divisó al final de la avenida la verja del jardín, se removió inquieta en su asiento y luego consultó su reloj. Eran las cuatro y cuarto. Todavía se encontraría Dorita dentro de la mansión.

Sandra aparcó el coche en una solitaria calle lateral y se inclinó hacia ella para susurrarle:

—No se mueva de aquí. Cuando Dorita se haya marchado, vendré a buscarla. Espéreme que no tardaré.

Irene la vio salir del vehículo y caminar hacia la cancela de hierro que tenía a su espalda y que podía divisar girándose en el asiento. Permaneció allí sin moverse con una vaga sensación de culpabilidad que no consiguió precisar. Se dijo que el único interés que les guiaba a Sandra y a ella era poner a salvo los cuadros de Diana, pero sin saber por qué sentía la inquietante desazón de estar a punto de asaltar una casa ajena, aprovechando la ausencia de su dueño. Aunque ella no fumaba, sin darse cuenta cogió un cigarrillo del paquete que Sandra había dejado olvidado sobre el asiento y lo encendió con dedos torpes para mitigar su ansiedad. El humo le inundó los pulmones y le provocó un inoportuno acceso de tos, pero no le proporcionó el sosiego que buscaba, por lo que abrió la portezuela y lo apagó en la calzada, pisándolo con el tacón del zapato. Un segundo después oyó abrirse la cancela y una chica gordita y coloradota salió por ella echando a andar a continuación, sin volver la cabeza, en dirección contraria al lugar donde se hallaba el coche de Sandra.

Silenciosamente descendió Irene del vehículo y se dirigió hacia la cancela. Sandra venía ya a su encuentro por el camino que, desde la puerta del jardín, describía un semicírculo para terminar en la terraza que circundaba el edificio. Se detuvo al verla y ella la alcanzó instantes después junto a un macizo de rododendros, que en esa época del año se asemejaba a

un tristón y desolado hatajo de palos secos que se balanceaban a impulsos de la fría brisa del invierno.

—No hay nadie, —le comunicó Sandra en un susurro—. Baje usted directamente al desván y vaya sacando los cuadros del armario blindado, mientras traigo el coche hasta la misma puerta de la casa.

—Pero... —trató de oponer Irene a quien la sola idea de adentrarse sola en la mansión bastaba para erizarle el cabello.

—De esa forma tardaremos menos, —insistió la otra con algo de impaciencia. No se preocupe que dentro de un instante me reuniré con usted.

Echó a correr hacia la puerta del jardín e Irene caminó indecisa en dirección a la casa, cuyo portalón había dejado la otra abierto. La luz del día se batía ya en retirada, pero cuando penetró en el vestíbulo aún iluminaba macilentamente la estancia con una claridad grisácea que permitía caminar esquivando los muebles y los maceteros que verdeaban en los rincones, asemejándola a un frondoso invernadero. Dirigió una mirada en derredor. Estaba sola y no se oía el menor sonido. Un silencio total la rodeaba y sintió que se le erizaba el pelo del cogote.

¿Por qué habría accedido a acompañar a Sandra?, se preguntó, mientras se encaminaba hacia el pasillo. Se ofrecía a sus ojos oscuro y alargado, con el extremo contrario envuelto en sombras. También estaba silencioso. Solo las pisadas de ella resonaban tenuemente en el pavimento de mármol blanco, conforme avanzaba en dirección a la cocina, cuya puerta apenas distinguió en la penumbra del corredor. La abrió cautelosamente. Dorita había bajado las persianas al marcharse y la habitación se hallaba en la más absoluta oscuridad. Dudó en encender la luz por si algún vecino pudiera ver la mansión iluminada y se alarmara, pero al fin se decidió. Recordó que la cocina daba a la parte posterior del jardín y sus ventanas no podían divisarse desde la calle. Además, con las persianas echadas no se filtraría a través de ellas la iluminación que proporcionaba el vanguardista plafón de cristal tallado del techo, por lo que accionó el conmutador y entró despacio en la estancia.

Dorita había dejado la cocina perfectamente recogida y en el suelo, blanco con cuadritos azules, aún podían adivinarse huellas de humedad que

denotaban que había sido fregado recientemente. La atravesó deprisa y se dirigió hacia la puerta que veía al fondo y por la que se bajaba al sótano, abriéndola a continuación. Tal y como recordaba, la escalera oscura y empinada era de madera. Junto a la puerta se encontraba el conmutador de la luz y encendió la solitaria y polvorienta bombilla que colgaba del techo del antro maloliente que tenía a sus pies. Su luz macilenta le permitió distinguir los peldaños por los que comenzó a descender. Llevaba en el bolsillo la llave del armario blindado y la palpó para asegurarse de que continuaba en ese lugar, conforme iba bajando los escalones.

Olía a húmedo y a rancio como si el reducto al que se dirigía llevara mucho tiempo sin ventilarse y se preguntó por qué Diana, tan obsesionada por la estética de su casa, habría descuidado hasta ese punto el polvoriento sótano, al que no había dotado ni siquiera de una lámpara que lo iluminara convenientemente. Al rematar el descenso, tropezó con una butaca vieja, con todos los muelles a la vista. Cuando consiguió apartarla a un lado, se destrozó la espinilla con el pie de hierro de una palangana, que se cayó estrepitosamente al suelo, por lo que se detuvo sobrecogida, aguzando el oído. El eco del estruendo de la palangana se había perdido escaleras arriba y ahora estaría tropezando con las esquinas de la cocina para salir al pasillo y recorrerlo, rompiendo aquel silencio tan pesado. ¿Lo habría oído alguien? Probablemente Sandra, que ya debería haber llegado a la casa, después de aparcar el coche frente a la terraza. ¿Por qué tardaba tanto?

Recogió cuidadosamente la palangana y la colocó en su lugar, para avanzar luego, esquivándola, en dirección a la estantería que ocultaba la puerta blindada. ¿Dónde le había dicho Sandra que se encontraba el bastidor con el que deberían embalar el cuadro que le había enseñado la tarde en la que había abandonado definitivamente la casa? No vio más que trastos inservibles a su alrededor, pero ese bastidor no era imprescindible, se dijo. Bien colocado dentro del coche, el lienzo no sufriría el menor perjuicio aunque no llevase la adecuada protección y los demás estaban listos para ser transportados. Deberían hacerlo cuanto antes, ¿pero dónde estaba Sandra? Debería haberse reunido con ella ya.

De improviso oyó algo sobre su cabeza y estuvo a punto de llamarla, pero luego recordó que debían las dos extremar las precauciones por si

alguien por las inmediaciones pudiera percibir su voz y alertara a la policía temiendo que, en ausencia de Sergio, hubieran entrado a robar.

Escuchó entonces al abrirse el sonido de la puerta de la cocina que daba paso a la escalera. Por fin, se dijo. Ya había llegado Sandra, En compañía de la otra, el reducto en el que se encontraba no le parecería un lugar tan tenebroso y entre las dos llevarían a cabo en un santiamén el cometido que se habían propuesto realizar.

Se apoyó en un catre viejo para esperar a que bajara y desde el lugar en el que se encontraba vio unos pies que tanteaban cuidadosamente los peldaños. Después distinguió unas piernas larguísimas y luego una oscura y alta figura que descendía cautelosamente la escalera. No podía ser Sandra. La secretaria de Diana era aproximadamente de su misma estatura y la persona que estaba a punto de rematar el descenso les sacaría a las dos más de la cabeza. Notó que el sudor le resbalaba por la espalda y sin hacer el menor ruido abandonó el catre y fue a refugiarse detrás de lo que probablemente sería una cómoda enorme. La bombilla que pendía del techo solo alcanzaba a iluminar con su macilento resplandor un círculo a sus pies y la cómoda quedaba envuelta en sombras. Irene se atrevió a asomar la cabeza, tan solo para divisar al intruso que se había detenido bajo la bombilla. Solo podía ver sus largas piernas, pero adivinó que en la semioscuridad estaba escudriñando el sótano para tratar de averiguar qué había producido el estruendoso sonido de la palangana al caer al suelo y el motivo por el que estaba la luz encendida.

Se encogió sobre sí misma y se colocó una mano sobre el rostro para amortiguar el sonido de su respiración. Notaba como el corazón le latía como una maquinaria descompuesta, pero, aunque le pareció mentira en ese momento, el desconocido no parecía oírlo. Se había dirigido al hueco de debajo de la escalera y retiraba los trastos que se apilaban en aquel sucio espacio. No cabía duda de que estaba buscando algo. ¿Serían los cuadros?

Empezó a sudar de nuevo, al tiempo que experimentaba un frío intenso. Si él seguía revolviendo los enredos amontonados en el sótano, no tardaría en llegar hasta la cómoda tras la que estaba agazapada y en descubrirla, encogida como un conejo. ¿Qué podía hacer?

Ocultó la cabeza tras el mueble y oyó cómo los pasos de él se iban aproximando. Se había detenido al otro lado y por el sonido detectó que él estaba extrayendo los cajones de la cómoda para arrojarlos después al suelo. En un instante daría la vuelta al mueble, por lo que se tapó la boca con la otra mano para no dejar escapar un grito de espanto. La alta figura acababa de enderezarse. Aunque quedaba fuera de su campo de visión, la adivinó quieta, tan solo separada de ella por la cómoda tras la que estaba acurrucada. Ahora echaba a andar en su dirección. ¿Qué debía hacer? ¿Echar a correr hacia la escalera?

En ese preciso instante un tenue sonido sobre sus cabezas distrajo la atención del intruso. Había alguien en la cocina, no cabía duda. ¿Sería Sandra?

El desconocido pareció vacilar y luego se encaminó silenciosamente hacia la escalera, que empezó a subir a largas zancadas. Irene se atrevió a levantar media cabeza sobre el mueble que le servía de parapeto y divisó sus interminables piernas ascendiendo a toda prisa los peldaños. Llevaba un pantalón vaquero de color azul y unas deportivas del mismo color, pero eso fue todo lo que alcanzó a ver. Instantes después oyó el ruido de sus pisadas sobre el techo. Se dirigían hacia la puerta por la que se accedía al jardín y luego retrocedían para, cruzando la cocina, salir al pasillo. Se alejaban en dirección al vestíbulo y después... después nada. El silencio más absoluto envolvió nuevamente la mansión.

Temblando se puso en pie. Había sido una estúpida al dejarse convencer por Sandra para que la acompañara a aquella casa. Lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes y regresar a la suya que en ese momento le pareció el paraíso, pese a su interminable escalera y a su pestilente y característico olor a verduras cocidas.

Había puesto un pie en el primer peldaño y se disponía a levantar el otro para alcanzar el segundo, cuando una conocida figura se destacó en el iluminado umbral de la puerta de la cocina.

—Irene, ¿está usted ahí abajo?

Reconoció la voz de Sandra y dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Sandra? ¿Dónde se había metido?

La secretaria no tardó en reunírsele, pálida y con el semblante desencajado.

—He tenido que esconderme. ¿No ha visto a un hombre muy alto que ha bajado al sótano? No he conseguido distinguir su cara.

A duras penas consiguió reprimir Irene el castañeteo de sus dientes, lo que no obedecía exclusivamente a la heladora temperatura del sótano.

—Sí, sí le he visto. Estaba buscando algo y cuando ha oído los pasos de usted en la cocina, ha subido. ¿Cree que se habrá marchado ya de la casa?

A la mortecina luz de la bombilla que colgaba del techo distinguió el semblante de la otra y las ojeras violáceas que circundaban sus ojillos castaños.

—No lo sé. Por la estatura podía ser Ángel, pero por nada del mundo quisiera encontrármelo aquí estando las dos solas.

Irene clavó su mirada en la secretaria con sus ojos azules agrandados por el miedo.

—¿Le cree capaz de hacernos algo?

Vacilante, Sandra se encogió de hombros.

—Me temo que sí. Es un tipo muy violento, al menos de palabra, —le susurró—. Y estoy segura de que no se resignará a perder la herencia de los bienes de su hermana. No sé lo que puede estar tramando, pero me parece que debería usted apresurarse a ultimar el borrador de la escritura que Sergio y yo tenemos que firmar. Ya sabe que a mí lo que verdaderamente me interesa son los cuadros y eso debe de ser lo que está buscando ese tipo.

En ese instante un tenue sonido rompió el silencio que envolvía la mansión y las dos aguzaron el oído. Irene notó en su brazo la presión de una mano temblorosa y estuvo a punto de gritar, pero se dio cuenta a tiempo de que pertenecía a Sandra, que mantenía la vista clavada en lo alto de la escalera, esperando sin duda que aquel extraño apareciera en el umbral de la puerta. Sin dudarle, agarró a la otra del brazo y ambas fueron a agazaparse nuevamente tras la cómoda que le había servido anteriormente a Irene de escondite. Las dos se agacharon a la vez detrás del mueble y casi al mismo tiempo la alta figura del intruso se destacó nuevamente en lo alto de la escalera, en el rectángulo iluminado por la luz de la cocina. Por el sonido de sus pasos, Irene dedujo que había bajado dos peldaños y seguramente

estaría ahora escudriñando la oscuridad que envolvía los trastos arrinconados a sus pies, sin decidirse a reanudar el descenso.

Intentó controlar Irene la tiritera de su cuerpo. También Sandra tiritaba junto a ella sin atreverse a levantar la cabeza para distinguir los movimientos del intruso. Ella sí se atrevió y vislumbró su silueta que, a contraluz y desde abajo, se asemejaba a un negro y alargado manchón sin rostro ni facciones. Permanecía indeciso aguzando el oído hasta que después del lapso interminable de unos segundos retrocedió sobre sus pasos apagando la luz de la cocina.

Irene se puso en pie y ayudó a hacer lo mismo a Sandra, que temblaba como una hoja.

—Vámonos —le susurró—. No deberíamos haber venido. Mañana mismo calcularé la cuota que le puede corresponder a Sergio como herencia de su mujer y le pediré cita al notario. En cuanto regrese él de su viaje, firmarán ustedes la escritura y podrá adoptar las medidas que estime oportunas en relación a esta casa, a los cuadros y a todos los bienes que pasen a ser de su propiedad.

Sandra la retuvo por un brazo.

—Espere. ¿No estará ese hombre acechándonos arriba?

—No lo sé. No oigo ahora el menor ruido.

—Es usted muy valiente, —consideró Sandra a su oído, sin advertir como temblaba Irene, tan espeluznada como ella misma. O quizás sí lo advirtió y lo achacó al frío reinante en el sótano, que a Irene le pareció muy similar al de su propio despacho, cuando llegaba por las tardes y aún no había encendido el convector.

—No podemos quedarnos aquí hasta que se haga de noche, —objetó, recordando nuevamente su casa como si fuera un lugar paradisíaco—. Intente no hacer ruido cuando subamos la escalera, porque los peldaños crujen una barbaridad. Venga.

Cautelosamente cruzó el sótano, sorteando los polvorientos chismes que apenas si distinguía y en silencio llegó hasta el pie de la escalera con Sandra pegada a sus talones. Luego comenzó a subir los escalones, deteniéndose unos segundos en cada peldaño para escuchar si algún sonido turbaba el absoluto silencio que las envolvía.

—¿Oye usted algo?, —le preguntó la otra en un atemorizado susurro.

Al volver la cabeza hacia Sandra, adivinó en la oscuridad su expresión de pánico.

—No, seguramente ese hombre se habrá marchado ya, pero por si acaso, cuando lleguemos a la cocina apagaremos la luz. No se preocupe, ya estamos llegando.

Subió un escalón más y luego otro y finalmente alcanzó la puerta y seguidamente la iluminada cocina, que apagó inmediatamente accionando el conmutador de la luz. Aún a oscuras, percibió distintamente que la puerta que por la que se accedía al jardín estaba abierta y que por ella penetraba un viento helado.

—Ese hombre ha debido salir por ahí, —le dijo señalándola—. Vamos a cerrarla y nos marcharemos luego por la puerta principal.

A Sandra no debió gustarle su propuesta, porque la retuvo por un brazo.

—Pero si ese hombre intenta entrar de nuevo, se dará cuenta entonces de que estamos dentro de la casa.

—Pues que se dé cuenta. Ese tipo no tiene ningún derecho a estar aquí, así que le impediremos que vuelva a colarse.

La puerta de la cocina que daba al jardín era de cristal y tenía una persiana que en ese momento estaba levantada. Irene la bajó, cerrando la puerta a continuación. Luego agarró a la otra por la manga de su chaquetón y la empujó hacia el pasillo, oscuro y silencioso, en cuyo pavimento de mármol resonaron ligeramente sus pasos.

Estaban a punto de alcanzar el vestíbulo, cuando las dos oyeron claramente el sonido de alguien que intentaba entrar en la cocina por la puerta que Irene había cerrado y, sin ponerse de acuerdo, echaron a correr hacia el vestíbulo, cubierto de sombras movedizas que esquivaron para llegar hasta el portalón, que Sandra cerró con llave cuando salieron a la terraza. Había anochecido por completo cuando la cruzaron, pero, pese a la oscuridad reinante, advirtió Irene que la secretaria no había estacionado su coche junto a aquella como habían proyectado, por lo que continuaron avanzando a toda prisa para alcanzar el sendero, en dirección a la cancela del jardín. Al doblar el semicírculo del camino, percibieron con toda claridad las pisadas de alguien que corría detrás de ellas. Irene había sido

campeona de carrera en la facultad y aún estaba en forma, pero tuvo que retroceder sobre sus pasos para ayudar a la otra que se había quedado rezagada, tirando de su brazo con toda la energía de que fue capaz.

—Venga, Sandra, venga.

—Es que no puedo más, —jadeó la otra que, como era una fumadora empedernida, distaba mucho de estar en condiciones de practicar ese deporte ni ningún otro.

Aún no había doblado el desconocido la curva del camino, pero se oían ya sus pisadas cada vez más próximas, por lo que Irene volvió a arrastrar a Sandra sendero adelante hasta que al alcanzar las dos la cancela se volvió para mirar a su espalda. El tipo que las seguía acababa de aparecer ante su vista, aunque solo consiguió distinguir su silueta, perfilándose como un aguafuerte negro sobre el ocre del camino. Sin detenerse a intentar averiguar su identidad, empujó a Sandra por detrás y, una vez en la calle, volvió a empujarla en dirección a la calle lateral donde había aparcado el coche. El hombre que las seguía acababa de llegar a la cancela cuando las dos se subieron al vehículo.

—Vamos, Sandra, arranque, —la apremió.

El rugido del motor se dejó oír y un instante después el coche se ponía en movimiento, enfilando la larga avenida que habían recorrido horas antes, alejándose de la casa.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Había oscurecido ya cuando Irene levantó la cabeza del papel en el que había anotado los innumerables cálculos que Gonzalo le había ido dictando, conforme los iba obteniendo.

Se habían reunido esa tarde en el despacho de él para deducir el valor de la cuota vidual que le correspondería a Sergio. No se había atrevido Irene a referirle que la semana anterior había intentado repetidamente consultarle por el móvil si le parecía oportuno que acompañara a Sandra a la mansión de la Moraleja para poner a salvo los cuadros de Diana, porque ahora estaba segura de que él lo habría desaprobado. Todavía se le erizaba el vello de los brazos al recordar la negra silueta que se recortaba contra el rectángulo de la iluminada puerta de la cocina cuando comenzó a bajar la escalera del sótano, al tiempo que las dos se agachaban tras la cómoda sudando de miedo. Con toda seguridad Gonzalo se habría enfadado con ella y la habría calificado de inconsciente. Decidió por tanto que lo que debería hacer era resolver de una vez aquella complicada testamentaria y olvidarse para siempre de esa casa y de los problemas que suscitaban los lienzos que Diana había proyectado exponer en una sala, sita en el Paseo del Prado. Acababan de rematar los cálculos e Irene levantó la cabeza del papel para comentar en voz alta la conclusión a la que habían llegado.

—O sea, que en principio y siempre que Sandra esté de acuerdo, puede aspirar él al usufructo de la cabaña de la sierra y al del apartamento de la playa, o al estudio de Diana junto con los valores mobiliarios, —musitó tras unos instantes de reflexión—. Pobre hombre. Debe de ser duro verte obligado a abandonar el lugar que has considerado tu hogar durante varios años.

Le dirigió Gonzalo una inexpresiva mirada de soslayo. Le había dedicado toda la tarde a ella, posponiendo la cita con varios clientes, para ayudarla a determinar el valor de la herencia de Sergio, dado que Irene lo había intentado con anterioridad en su propio despacho sin llegar a un resultado satisfactorio.

—Ahora tienes que decírselo a él y preguntarle qué lote prefiere, —le explicó pacientemente—. A continuación llamas a Sandra y, si esta da su conformidad, solicita inmediatamente cita con el notario. Cuanto antes te quites este asunto de encima, tanto mejor.

Irene clavó en él su mirada, preguntándose nuevamente qué opinaría si le hubiese referido los lamentables incidentes que habían padecido la secretaria y ella la semana anterior. Se lo había contado a Marisa y había recibido de su amiga una buena reprimenda, pero no se había atrevido a comentárselo a Gonzalo, intuyendo que, con toda seguridad, este habría puesto el grito en el cielo. Ahora estaba segura de haber acertado ocultándoselo.

—¿Te parece bien que llame a Sergio por teléfono para que me exponga el orden de sus preferencias sobre los bienes cuya valoración hemos determinado?, —le preguntó—. Como has dicho, cuanto antes lo resuelva, mejor. Ahora, gracias a Sandra, tengo un montón de clientes, y el asunto de Sergio me ha supuesto demasiados quebraderos de cabeza. Estoy deseando ponerle punto final a su testamentaría.

—Claro, llámale, —aprobo él, empezando a recoger el cerro de folios cubiertos de números que tenía sobre la mesa—. Consúltaselo y después le pides su opinión a Sandra, que probablemente se mostrará conforme.

Vacilante, desvió ella la mirada hacia el balcón, a través del cual se veía la calle de Príncipe de Vergara y los faros de los coches que, como intermitentes relámpagos, discurrían por la calzada, perdiéndose después en dirección a la Puerta de Alcalá.

—¿No debería llamar a Sandra en primer lugar?, —le preguntó con el vago deseo de posponer en lo posible la conversación con Sergio sobre el tema de la herencia, para no verse obligada a darle la mala noticia.

—Si lo prefieres, llámala a ella primero, —replicó distraídamente Gonzalo, que ya había logrado formar un montoncito con los folios.

A diferencia de lo que le sucedía a Irene, no parecía cansado y estaba de buen humor. Claro que ni por lo más remoto imaginaría las peripecias que habían padecido Sandra y ella en la mansión de la Moraleja. ¿Qué opinaría si se lo contara? Como mínimo consideraría que ella era completamente tonta, aunque quizás lo pensara ya, aún sin saberlo. ¿La conceptuaría además como un pesadísimo rollazo jurídico? Estuvo por preguntárselo, pero no se atrevió.

Ajeno por completo al curso que seguían en ese momento los pensamientos de Irene, él la apremió, señalándole el teléfono.

—Bueno, ¿les llamas o no?

—Sí, claro.

Buscó en la agenda de su móvil el número de Sandra y lo marcó, llevándose después al oído.

—Sandra, soy Irene Carvajal, ¿cómo se encuentra?

Aunque con la característica inexpresividad con la que le respondió, por el matiz de su voz dedujo Irene que le alegraba extraordinariamente su llamada.

—Bien, ya se me ha pasado el susto. ¡Qué mal lo pasamos!, ¿verdad? Y al final no conseguimos nada.

—Por eso la llamo, —la interrumpió Irene que no sentía el menor deseo de que la otra se explayase y Gonzalo pudiera adivinar lo que seguramente calificaría de allanamiento de morada de la casa de Sergio por parte de las dos—. Ya tengo casi preparado el borrador de la escritura de adjudicación de la herencia de Diana Alvear y quería preguntarle si le parecería bien que Sergio heredase en usufructo la casa de la playa y la cabaña de la sierra o que optara por el estudio de Diana en unión de los valores mobiliarios que poseía.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego oyó distintamente la voz de su interlocutora que le respondió sin vacilación alguna:

—Por supuesto que me parecería bien. A mí me da lo mismo, porque lo único que me interesa en realidad son los cuadros de Diana. Haga lo que estime más conveniente, porque ya sabe que confío plenamente en usted.

Irene se esponjó al oírla como si acabara de recibir un homenaje, pese a que reconocía que no merecía las alabanzas de la otra. Sin la ayuda de

Gonzalo no hubiera sabido por donde debía empezar a efectuar los cálculos que acababan de ultimar los dos.

—¿Le da lo mismo unos inmuebles que otros?

—Sí. En la casa de la playa pasaba largas temporadas con Diana, pero esos días no pueden volver, porque ella ya no está. Que elija Sergio lo que más le guste, —repuso en tono que traslucía añoranza y que a Irene la entristeció.

—De acuerdo. La llamaré en cuanto tenga concertada la cita con el notario. Hasta luego.

Iba a cortar la comunicación, cuando Sandra se le anticipó con una pregunta. Su voz sonaba ahora preocupada.

—Irene, ¿no cree que deberíamos intentarlo de nuevo? Me refiero a los cuadros. ¿Estarán seguros en el lugar en el que están guardados?

Evocó ella la oscuridad del vestíbulo de la mansión cuando había acudido a la casa la semana anterior y el absoluto silencio que envolvía el edificio mientras se dirigía hacia el pasillo, donde sus pasos resonaban rítmicamente sobre el pavimento de mármol. Y luego el descenso por la empinada escalera de madera para bajar al sótano, con su olor a húmedo, a trastos viejos y a rancio. No, no tenía intención ninguna de repetir aquella desagradable experiencia.

—Están bien escondidos, —replicó, simulando despreocupación—. Procuraré además que la firma ante el notario tenga lugar lo antes posible, así que no se inquiete por ellos.

—Está bien. Espero su llamada, —le oyó a decir a Sandra—. Hasta pronto.

Cortó la comunicación y buscó seguidamente en la agenda del móvil el número de Sergio que contestó casi inmediatamente.

—Hola Irene, regresé anoche, así que ya puedes contar conmigo para lo que necesites. ¿Qué necesitas?

Parecía sorprendentemente alegre, lo que a decir verdad le extrañó bastante. ¿No habría asimilado todavía que iba a tener que vivir en adelante sin la opulencia a la que sin duda se había acostumbrado? Carraspeó para contestarle con voz clara:

—Oye, ya he calculado el valor de la cuota viudal que te corresponde.

Le manifestó seguidamente las opciones que podía ejercitar y aguardó su respuesta. Tardó unos segundos en dársela. Irene le imaginó con el ceño fruncido, sopesando una y otra posibilidad.

—Pues... lo que tú decidas, ¿qué te parece a ti?

—¿A mí?, —se sorprendió ella—. A mí me da lo mismo, porque no voy a vivir en ninguna de esas casas ni me voy a ocupar de ellas en el caso de que pretendas alquilarlas. Eres tú el que tienes que decidirlo para que yo se lo comunique al notario y resolvamos este asunto lo más pronto posible.

Se produjo otro silencio. Luego Sergio hizo un comentario con una voz sin inflexiones.

—¿Y no podrías adjudicarme esta casa? Me refiero a la casa en la que vivo.

Lo meditó Irene, experimentando un vago malestar al percatarse de que no parecía ser capaz él de concienciarse de que su situación económica no era la misma ya.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? Quizás sí, pero no he tenido en cuenta esa posibilidad, porque en el supuesto de que Sandra y tú estuvierais de acuerdo en que la disfrutaras tú, no te correspondería por la herencia nada más y te convendría más un inmueble que pudieras alquilar para que te proporcionara una renta.

Tardó él en contestarle y, cuando lo hizo, su voz sonó sorprendentemente tranquila e incluso indiferente.

—Tienes razón. No, no creo que sea una buena idea. Pero dime, ¿a partir del momento en que firmemos esa escritura tendré que marcharme de esta casa para que la ocupe Sandra?

—Para que Sandra decida lo que estime más conveniente, —le corrigió ella—. Pero sí. Tendrás que buscarte otro lugar donde vivir y llevarte de ahí lo que te pertenezca. Quiero entregarte antes una fotocopia del testamento. La escritura de adjudicación de la herencia te la daré después de la firma. ¿Te vendría bien que quedásemos mañana a eso de las cinco de la tarde?

—Sí, mañana me vendría bien a mí también. ¿Pero no podrías venir tú a mi casa? No sé qué es lo que me podría llevar de aquí al marcharme y me convendría que pasaras revista a los objetos que hay. No tardaremos mucho.

—Está bien, —aceptó ella, que estaba deseando poner fin cuanto antes a la conversación que mantenían—. A las cinco estaré allí y, como ya te he dicho, te entregaré una fotocopia del testamento, pero tengo demasiado trabajo en el despacho, así que no podré perder mucho tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo. Procuraré que lo resolvamos todo en unos minutos.

Cuando cortó la comunicación se volvió hacia Gonzalo.

—Bueno, ya está. Asunto resuelto. He quedado con él mañana en su casa. Le entregaré una fotocopia del testamento y le indicaré qué objetos se puede llevar.

Él levantó interrogativamente una ceja.

—¿En su casa?, ¿por qué has quedado en su casa?

—Porque desde el despacho no podemos hacer él y yo un inventario de las pertenencias personales, que consecuentemente puede hacer suyas cuando abandone la mansión en la que está viviendo.

—¿Y qué vas a hacer cuando te pregunte dónde están los cuadros de Diana Alvear? Probablemente se empeñará en averiguarlo.

Irene se encogió de hombros, queriendo aparentar una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Le diré que no sé donde están y que pertenecen a Sandra, a no ser que... a no ser que se le adjudiquen por su cuota, pero no creo que le interesen si no los puede vender.

Se quedó callada mirando el tráfico que se veía por la ventana con la sensación de haber fallado en algo. Se sentía frustrada sin saber por qué, preguntándose qué experimentaría ella si se encontrase en el lugar de Sergio y se viera obligada a abandonar la casa en la que había vivido tantos años. Gonzalo parecía seguir el curso de sus pensamientos, porque intentó animarla.

—Vamos, vamos, no es para tomárselo así. Has sacado a ese tipo de la cárcel, han sobreseído su causa y se ha quedado viudo, así que ahora podrá ligar con otra chica con la que se lleve mejor que con la difunta. De todas formas Diana se iba a divorciar de él, por lo que, de no haber sido asesinada, igualmente tendría que marcharse él de esa mansión que te tiene tan fascinada.

Irene intentó esbozar una sonrisa.

—Sí, tienes razón. No sé por qué me siento culpable.

Se quedó nuevamente callada y luego se pasó cansadamente una mano por la frente.

—Te estoy entreteniendo y tú no tienes la culpa de nada. Ni de lo que le ocurre a Sergio ni de que yo me haya involucrado demasiado en los problemas de él. Mañana iré a su casa y en cuanto resuelva la cuestión de la herencia...

Se interrumpió de pronto al recordar algo que la desazonó y debió dejarlo traslucir, porque Gonzalo se la quedó mirando preocupado.

—¿Qué es lo que te pasa ahora?

—Que acabo de acordarme de que Marisa necesita el coche mañana. ¿Y cómo voy a ir a la Moraleja sin coche?, ¿sabes si hay algún autobús?

Gonzalo hizo un gesto afirmativo.

—Creo que sí, pero es posible que desde la parada hasta la mansión de Andrade haya un trayecto considerable que tengas que recorrer a pie. Creo que lo menos que podría hacer ese tipo es recogerte en tu despacho.

Lo consideró Irene con el ceño fruncido hasta que oyó el suspiro de impaciencia que dejó escapar Gonzalo.

—Bueno, podría llevarte yo.

—¿Tú?, no quiero darte más la lata.

—No, si no me das la lata. Tengo un cliente en la Moraleja que se ha roto una pierna y que me llama continuamente para encargarme un asunto. Podría ir a verle, ya que él no se encuentra en condiciones de desplazarse hasta mi despacho. Te dejaré a las cinco en la casa de Andrade y te recogeré una hora más tarde, ¿qué te parece?

Aunque a ella le sonó a falso lo que Gonzalo le estaba proponiendo, la alegró desproporcionadamente.

—¿De verdad tienes ese cliente cojo en la Moraleja?

—De verdad, —replicó él con el semblante impasible.

—¿No me estás engañando?, —insistió no muy convencida—. Me parece que estás pensando que soy una pesada y que tú te sientes obligado a cargar conmigo y a resolverme la vida.

Él se echó a reír.

—Sí estoy pensando que eres una pesada, pero no me siento obligado a cargar contigo. Lo hago encantado y además mato dos pájaros de un tiro. De paso tendré la oportunidad de admirar esa maravillosa mansión que te tiene traspuesta y a la que probablemente no tendrás ocasión de volver.

—¿De verdad no te supone un trastorno?

—De verdad. ¿Dónde quieres que te recoja mañana?

—Pues... en mi casa, si no te molesta. ¿Sabes dónde vivo?

—No.

Irene le escribió la dirección en una hoja del calendario que él tenía sobre la mesa y se puso en pie a continuación.

—No quiero aburrirte más, así que me voy. —Levantó la cabeza para mirarle a la cara, ya que él se había puesto también en pie y apenas si le llegaba al hombro—. Y muchísimas gracias. Espero poder devolverte pronto el favor.

Con un gesto, trató de quitarle él importancia al asunto y la acompañó hasta la puerta.

—No digas más tonterías y hasta mañana. Te recogeré en tu casa a las cuatro y media, así que sé puntual y espérame en el portal, porque en tu barrio es muy difícil aparcar.

—De acuerdo, hasta entonces, —le dijo ella al salir del despacho, levantando una mano a modo de despedida.

Recorrió luego el pasillo y al llegar a la recepción saludó a la chica de la minifalda que le correspondió con una sonrisa. Obviando luego tomar el ascensor, salió a la escalera que descendió diciéndose que el edificio donde tenía ella su despacho no admitía comparación con el de Gonzalo. El suyo desmerecía muchísimo al lado de este, pero no podía permitirse el lujo de pagar una renta tan elevada.

En cuanto llegó jadeante a la casa en la que vivía, después de subir los cinco pisos, le contó todo lo sucedido esa tarde a Marisa. Como siempre su amiga la escuchó en silencio y luego le dio unas cariñosas palmaditas en la espalda.

—Lo siento. Siento que hayas tenido que darle a Sergio Andrade tan malas noticias. Supongo que habrá sido un duro golpe para él y después de todo lo que le ha ocurrido... También será duro para ti acompañarle de

habitación en habitación para indicarle qué es lo que se puede llevar. ¿No sería más fácil explicarle por teléfono que solamente puede hacer suyos sus objetos personales?

Irene mantenía la cabeza baja y asintió sin levantarla.

—Sí, pero no he sabido negarme. Me ha parecido que yendo a verle sería más consolador para él. En cierto modo es como un niño. Como un niño muy grande.

—Y muy guapo, ¿no?

—Sí, sí lo es.

Vaciló Marisa antes de hacerle una nueva pregunta.

—¿Te gusta?

—¿A mí? —Irene pestañeó confusa, antes de preguntárselo a sí misma por primera vez—. Pues... no lo sé. Me inspira más ternura que otra cosa. Pienso que la vida ha sido injusta con él y que se siente como un huérfano desvalido. Por eso me conmueve y por eso experimento la sensación de que estoy obligada a ocuparme de él. —Levantó la cabeza y desvió la mirada hacia la ventana, a través de la cual se veía cómo la noche se había adueñado ya de la calle, poblándola de sombras—. Algo parecido debe sentir Gonzalo por mí, —murmuró pensativa—. Debe de considerarme una especie de sinapismo, incapaz de resolver nada por mí misma. Imagina que no ha tenido más remedio que ofrecerse a llevarme mañana a la Moraleja para que no tenga que tomar el autobús ni caminar luego un buen trecho por la urbanización.

—¿Te va a llevar él?

—Sí, probablemente no debe saber cómo librarse de mí.

—¿Tú crees?

—Claro.

—¿Y a ti qué te parece él?

Irene enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Me estás preguntando que si me gusta?

—Eso es.

—Pues... pues no lo sé. Me siento segura a su lado, pero no creo que le guste yo. Ya te he dicho que me parece que me considera como una especie de parche poroso del que no sabe cómo desprenderse.

Marisa hizo un gesto que parecía indicar que estaba en total desacuerdo con la apreciación de la otra, pero no efectuó el menor comentario. Simplemente se levantó del sofá en el que ambas estaban sentadas.

—Bueno, vamos a preparar la cena y nos acostaremos pronto, porque mañana nos espera un día muy duro a las dos. Ya me contarás por la noche cómo ha reaccionado Sergio al despedirse de todo lo que ha considerado que le pertenecía durante tantos años.

Al día siguiente, la recogió Gonzalo delante del portal de su casa a la hora indicada. Irene vestía el traje pantalón azul marino que en su opinión le daba un aire muy profesional y el maletín conteniendo las fotocopias de los documentos que había recogido en la notaría para enseñárselos a Sergio y que él optara por lo que más pudiera interesarle, ya que Sandra le había manifestado que no tenía intención de oponerse a sus deseos. Gonzalo estaba de buen humor y le señaló el maletín que podía ver en el asiento posterior del coche.

—¿Ves?, —le indicó muy serio—. Ahí llevo los documentos que tengo que enseñarle a mi cliente. Ya sabes, el que se ha roto una pierna.

La insistencia de él en justificarse por llevarla a la Moraleja le sonó a falso. Si fuera cierto no tendría tanto interés en darle explicaciones. ¿O sería para que ella no se hiciese ilusiones respecto a sus intenciones? Probablemente la consideraba una principiante inútil, que no le interesaba lo más mínimo, pero a la que se sentía obligado a ayudar.

El resto del trayecto lo recorrieron en silencio y, cuando llegaron a la urbanización, Gonzalo, siguiendo sus indicaciones, condujo directamente el coche a la mansión a la que se dirigía Irene y lo detuvo delante de la verja de hierro del jardín, cuya cancela estaba entreabierta.

—¿Te viene bien que te deje aquí? No me parece oportuno aparcar el coche delante de la terraza y además, por lo que veo, no hay mucha distancia hasta la puerta de la casa.

—No, está muy cerca. Hay solo un caminito entre rosales y rododendros que aún no han brotado, porque estamos en invierno, —le aclaró tontamente—. Vete tranquilo a ver a tu cliente y recógeme aquí mismo dentro de una hora.

—De acuerdo, ¿serás puntual?

—Puntualísima, siempre lo soy. Hasta luego.

Bajó Irene ágilmente del coche y después de decirle adiós con la mano traspuso la verja y echó a andar por el camino que en curva llevaba hasta el edificio. Oyó a su espalda el sonido del motor del coche de Gonzalo al arrancar y siguió caminando hacia la casa que veía cada vez más cercana, cuya puerta estaba abierta.

De improviso notó una sensación extraña. ¿Qué era lo que le había provocado aquel estremecimiento? No se oía el menor sonido, ni siquiera el piar de un pájaro. Aunque eran las cinco de la tarde, empezaba ya a anochecer y a la luz grisácea que iba envolviendo el jardín por el que caminaba, la mansión a la que se dirigía se desdibujaba entre las sombras. Ni un soplo de viento agitaba las ramas del árbol que crecía junto al sendero como si la naturaleza se hubiera aletargado de improviso y ella se encontrara sola en un lugar desconocido.

Pero no era un lugar desconocido, se dijo. Era la casa de Sergio y ya había estado tres veces en ella. Le enseñaría el testamento y se marcharía en cuanto él le comunicase su orden de preferencias sobre los bienes a los que podía optar. Luego se despediría inmediatamente, aunque no hubiese transcurrido el tiempo que había acordado con Gonzalo para que la recogiera, y esperaría a este último en la calle, donde no percibiría aquella extraña sensación de peligro.

Al llegar a la terraza se recriminó interiormente por haber quedado allí con Sergio en lugar de haberle citado en su despacho. Pero ya no tenía remedio. Con el maletín en la mano y una inquietante aprensión oprimiéndole las costillas, atravesó la terraza en línea recta y se detuvo ante la puerta abierta. ¿Debería llamar al timbre para que saliese él?

Ascendió los dos escalones y se detuvo en el umbral. El vestíbulo estaba oscuro y silencioso y se adentró en él tratando de distinguir algo entre las sombras. Luego retrocedió para pulsar el timbre que resonó en sus oídos como un estruendo ensordecedor. Le pareció que su sonido rebotaba entre los muebles de la entrada y se perdía luego, ascendiendo la escalera que se adivinaba al fondo para reunirse con su eco. ¿Por qué no aparecía él? ¿Le habría sucedido algo?

—¡Sergio!, —le llamó. No obtuvo otra respuesta que aquel silencio tan absoluto que casi parecía oírse.

¿Y si se marchara?, se preguntó, volviéndose hacia la puerta, a través de la cual veía el jardín fundiéndose con la oscuridad del crepúsculo. A lo lejos divisó la verja de hierro, y la cancela entreabierta que identificó como una tabla de salvación. ¿Pero qué le diría a Gonzalo? Estaba segura de que él la había llevado en coche hasta allí solo para hacerle un favor y que no le esperaba ningún cliente cojo. Seguramente se reiría de ella, se dijo. Pensaría que era una tonta que no sabía desenvolverse en su profesión. Que primero quedaba con un cliente en la casa de él, en lugar de citarle en su despacho y que luego, al no encontrarle esperándola en la puerta, echaba a correr asustada porque estaba anocheciendo y le daba miedo la oscuridad de aquella casa tan grande y tan silenciosa. No, localizaría a Sergio en alguno de los salones. También era posible que hubiese olvidado que ella iba a visitarle esa tarde y estuviera durmiendo la siesta. Pero en ese caso... ¿debería subir a buscarle a la planta superior?

Avanzó hacia la puerta de su izquierda que daba al pasillo y se detuvo con el corazón en la garganta al oír un sonido que no consiguió identificar. ¿Qué era? Sonaba como si... sí, sonaba como si alguien se estuviese bañando en la piscina. Se adentró en el oscuro pasillo y al llegar a la puerta de cristales la abrió para salir al patio interior, semejante a un invernadero con las paredes cubiertas de enredaderas en flor. Sergio nadaba con la cabeza dentro del agua, lo que explicaba que no hubiera oído su timbrazo, por lo que se acercó a la escalera de la piscina que iba a alcanzar él dentro de unos segundos. La vio en cuanto con una última brazada se asió a la escalera y levantó la cabeza.

—¡Hola! ¿Acabas de llegar? He dejado la puerta abierta por si no oía el timbre cuando llegaras.

Le pareció a ella una desconsideración que no la hubiese esperado correctamente vestido a la hora en la que habían quedado, pero se limitó a indicarle que saliese del agua. La obedeció en el acto y se lio en una toalla secándose vigorosamente con ella antes de señalarle uno de los dos sillones de mimbre blanco situados bajo una palmera con una mesita de cristal frente a ellos. Sergio tenía un cuerpo atlético perfectamente formado, pero

Irene ni siquiera se fijó en él. Con el ceño fruncido tomó asiento en uno de los sillones, irritada por lo que consideró una descortesía, ya que no solo no hizo intención él de subir a vestirse para mantener una conversación con su abogado, sino que se permitió la libertad de apoltronarse en el otro sillón de mimbre, probablemente con la misma actitud que si ella fuera una chica cualquiera a la que hubiera invitado a tomar una copa en su casa.

—Te traigo el testamento, —le dijo muy seria, para que cayera en la cuenta del papel que ella representaba y que no era el de esa hipotética chica—. Como ya te dije ayer por teléfono, te corresponde únicamente la cuota viudal usufructuaria que hereda el cónyuge supérstite y...

La interrumpió con una risita desdeñosa.

—¿Por qué hablas en esa jerga incomprensible? ¿Es latín?

Se sintió humillada por su tono y replicó secamente:

—No, es español y te he repetido más de mil veces que significa que has heredado en usufructo dos terceras partes de los bienes de Diana. Esa es la cuota viudal, o sea, la que te corresponde por ser el cónyuge supérstite, es decir, el viudo que le ha sobrevivido a su mujer.

—¿Y cómo podría ser el viudo de mi mujer si no la hubiera sobrevivido?, —objetó en un tono insolente que la enfadó aún más—. A los abogados os gusta ensartar palabras que ni vosotros mismos comprendéis, con tal de apabullar a los que no somos tan listos y hablamos en cristiano. ¿A que sí?

Parecía querer bromear sobre aquella cuestión y su indignación por un instante creció de punto. Le bastó sin embargo con dirigirle una ojeada para apaciguarse. Con la cabeza baja parecía contemplar Sergio la punta de sus dedos, con un oscuro mechón sobre la frente y expresión de absoluto desamparo, por lo su disgusto fue dejando paso a la conmisericordia por la penosa situación en la que se hallaba él. Se dijo que había reaccionado de esa forma al comprender que tendría que marcharse de la casa, adoptando una actitud sarcástica al respecto que no le cuadraba en absoluto. Decidió fingir que no le había escuchado para poder terminar con aquel asunto de una vez. Por esa razón, continuó con voz clara:

—Quiero que me hagas una relación de cuál es tu orden de preferencias sobre los bienes que ha dejado Diana, para, si es posible, adjudicarte el lote

que más te interese. Siempre, claro está, que Sandra no se oponga. Y por cierto, —le dijo recordándolo en ese momento— a ella le gustaría que me ocupase yo de toda la testamentaría, de la herencia tuya y de la suya. Le he contestado que primero tendría que preguntártelo a ti para saber si estabas de acuerdo. ¿Estás de acuerdo?

Sergio enarcó las cejas.

—¿De acuerdo?, ¿con qué tengo que estar de acuerdo?

—Conque me ocupe yo de adjudicaros a los dos los bienes que os correspondan, ya te lo he dicho. Tus intereses podrían contraponerse con los de ella, en cuyo caso no podría aceptar yo su petición, ¿me entiendes?

Notó Irene que no la estaba escuchando y que en cualquier caso le tenía sin cuidado.

—Haz lo que quieras. A mí me da igual.

—No te da igual, —insistió ella—. Comprendo que te hayas llevado una decepción al conocer las disposiciones testamentarias de Diana, pero tienes derecho a la cuota viudal, como ya te he explicado varias veces, y vamos a procurar que recaiga sobre lo que más te interese. Ya te he dicho por teléfono que quizás pudieras seguir viviendo en esta casa.

—¿Cómo usufructuario?, —repitió él en tono interrogante—. ¿Y para qué puedo querer yo el usufructo de esta casa?

Irene se quedó desconcertada.

—¿Qué para qué?, para continuar en ella y no tener que marcharte, es obvio. Eres tú el que me ha preguntado si no sería posible.

Él se echó a reír, pero su risa sonaba extraña.

—¿Y con qué piensas que iba a poder pagar todos sus gastos? ¿Tienes idea de lo que cuesta mantenerla? —La miró fijamente y luego meneó desdeñosamente la cabeza—. No, ya veo que no.

Se quedaron los dos callados. Irene sintiéndose incómoda al comprobar el escaso o nulo interés de Sergio por la misión que la había llevado a ella hasta allí y Sergio quizás abrumado por el futuro incierto que le esperaba. Al cabo de un instante él levantó la cabeza y clavó en ella sus claros ojos azules.

—Dime una cosa, ¿cuándo Sandra se marchó de esta casa te entregó todas las llaves?

—Sí.

—¿Y se llevó algo?

Irene abrió la boca sin entenderle.

—Claro, se llevó su maleta.

—¿Y nada más?

—Desde luego que no. Nada más.

La calculadora mirada de él la desconcertó aún más de lo que ya estaba.

—¿Dónde están entonces los cuadros de la exposición que Diana había proyectado?, —le preguntó sin apartar los ojos de su semblante—. No he encontrado esos cuadros por ninguna parte.

Inspiró ella oxígeno antes de contestarle.

—Están guardados, Sergio. Y no son tuyos. Quizás pudieras optar a que se te adjudicaran, pero te repito que no serán tuyos antes de suscribir en la notaria la escritura de la adjudicación de la herencia. Además, me temo que Sandra no esté dispuesta a desprenderse de ninguno, porque ya me ha anticipado que los quiere conservar.

—Es que a mí no me importa lo que quiera Sandra, —manifestó petulantemente él.

Irene empezó a exasperarse. No parecía entender él lo que le estaba explicando y lo que era peor, le daba la impresión de que le tenía sin cuidado.

—Si no te importa lo que quiera Sandra, tendré que renunciar yo a hacerme cargo de sus intereses, —replicó ella impacientándose—. Te he preguntado antes si te importaba y me has dicho que no.

—Me tiene sin cuidado lo que hagas, —murmuró Sergio en apenas un susurro—. Lo que quiero es que me digas donde están esos cuadros.

—¿Para qué lo quieres saber?

Sergio fijó de nuevo la vista en su rostro y se echó a reír con aquella risa extraña.

—¿Para qué crees tú?

—Pues... —vaciló ella—... pues no lo sé. No creo que quieras apropiártelos porque ya te he dicho que no son tuyos.

Sergio no le contestó. Había bajado nuevamente la cabeza y contemplaba sus manos, grandes y cuadradas.

—Es extraño, ¿verdad?, —murmuró al fin como si hablara para sí mismo—. Es extraño que un trozo de lienzo con unos manchurroneos de colores encima pueda valer tanto dinero. ¿Quién decide si un cuadro es bueno o malo?, ¿qué es lo que determina que un pintor llegue a ser famoso y que su obra se cotice? Nunca pensé que los cuadros de Diana llegaran a valer nada y ya ves. ¿Sabes cuánto me pagaron por el que estaba colgado en el comedor?

Citó una cifra fabulosa y luego rio de nuevo.

—Ni se me ocurrió cuando me casé con ella que llegaría a ser famosa, pero tampoco sé cómo lo consiguió. Supongo que es como una lotería.

—¿Por qué dices eso? Los cuadros de Diana me parecen a mí... —Se interrumpió buscando el adjetivo adecuado—... me parecen sorprendentes. Era capaz de aprisionar el sol en sus cuadros, de pintar la magia del mar meciéndose en las olas que rompían en la arena dorada de sus playas, era...

—¡Vaya!, te encuentro muy poética esta tarde, —se burló él—. Entonces has visto sus cuadros y sabes donde están.

Con una imprecisa sensación de peligro, Irene meneó negativamente la cabeza.

—Vi solamente el que vendiste, el que colgaba de la pared del comedor, y el retrato que te hizo a ti. También los que aparecían fotografiados en los folletos de las exposiciones guardados en el archivo de su despacho. Todos ellos geniales.

—Geniales... —repitió pensativo—. Cualquiera los podría copiar, ¿no?, pero la copia no valdría lo mismo. Al copista le ocurriría lo mismo que al autor de la “Mona Lisa española”. ¿Acaso es mejor el original? Son exactamente iguales.

Recordó Irene las explicaciones de Marisa y con un ademán le dio a entender que estaba equivocado.

—No, no son iguales, aunque se parecen porque...

—Sí, ya lo sé, —la interrumpió él con la mirada perdida en el jardín que se divisaba a través de la cristalera del patio interior—. El fondo del cuadro es lo que varía. El de la Mona Lisa española tiene un paisaje desvaído detrás de la figura de ella. Lo estuve analizando atentamente entre el montón de gente que se agolpaba frente al cuadro, aprovechando que por mi

estatura sobresalía mi cabeza por encima de las suyas. Todas las señoras comentaban que lo habían expuesto recientemente en París, junto a su gemela, y hasta decían que era mejor que el original. ¿Por qué entonces valen más los cuadros de Diana que los de los pintores que pudieran copiarlos?

Al escucharle, Irene había experimentado una sacudida y se quedó mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos. Sin saber por qué le vino a la mente la altísima figura del viejo que en el museo se aproximaba a sus víctimas por la espalda y las estrangulaba al pie del cuadro de “las Meninas”.

—¿Tú... tú has visto el cuadro de la Mona Lisa española?, —le preguntó con un hilo de voz—. Me dijiste que solo habías ido una vez al museo del Prado con el profesor de tu instituto cuando eras un chaval, hace más de veinte años.

Él la miró sin verla.

—¿Te dije eso?

—Sí. ¿Cuándo has ido recientemente al museo del Prado?

—Pues... no sé cuándo. Cuando era un chiquillo.

Vaciló ella mientras una terrible sospecha se iba abriendo paso en su mente. ¿Sería posible?

—Por lo que me dijo la amiga con la que convivo, el cuadro de la Mona Lisa ha sido restaurado recientemente. Comenzaron esa restauración en el año 2010. Con anterioridad, el fondo de ese cuadro tenía un repinte negro que ocultaba el paisaje desvaído al que te has referido, —musitó casi sin voz.

—Sí, ¿y qué?

—Que no pudiste verlo entonces, cuando eras un chiquillo.

—¿No?, pues habré ido después, no me acuerdo, —replicó jactanciosamente.

—¿Y subiste también en esa ocasión a la primera planta, al salón ovalado a admirar el cuadro de las Meninas?

Con lentitud giró él la cabeza para mirarla de frente con una sonrisa sardónica en los labios.

—¿Para qué?, ¿para qué había de ir al salón ovalado a mirar ese cuadro? Yo no le encuentro nada de particular.

—Luego fuiste, —susurró Irene en voz muy baja—. Fuiste la misma tarde que Diana.

—¿Y me tropecé con el viejo que la estranguló?, —se burló él—. Pareces olvidar que las cámaras de seguridad le grabaron mientras la asesinaba. ¿Lo has olvidado?

Irene se dijo que debía cambiar de conversación y que estaba pisando terreno resbaladizo, pero la curiosidad pudo más que su sentido de la prudencia y comentó en tono intrascendente, inventándoselo sobre la marcha:

—¿Si?, pues qué casualidad. El otro día me encontré por la calle al policía de la comisaría que te detuvo. Me refiero al más joven de los tres.

—¿Y qué?

—Pues que me dijo que el viejo había confesado haber estrangulado a Julia Rodríguez, ya sabes a la primera de las tres, y haberlo intentando con la tercera, porque pintaban cuadros abstractos que profanaban el arte clásico, pero que no sabía nada de Diana Alvear. Que no la conocía ni por supuesto había atentado contra su vida. A la policía ya le había intrigado que ese viejo hubiera asesinado a Diana, que pintaba el mar real que veían sus ojos, no colores sin formas, por lo que no encajaba en los motivos que había alegado el viejo para estrangular a las otras dos chicas. Sé que piensan reabrir el caso y buscar al verdadero autor de su muerte.

El tostado semblante de Sergio palideció de forma ostensible.

—¿Y tú piensas que la maté yo para heredarla?

Se lo preguntaba con una suficiencia que la estremeció. No guardaba su expresión la menor similitud en ese momento con la del recluso de aire desvalido al que había visitado en la cárcel y cuya libertad había obtenido días después. De improviso le pareció un completo desconocido. Le sonreía ahora con un cinismo que le produjo un frío intenso.

—No me has contestado.

—¿A qué?, —susurró ella procurando que no se le notase como le castañeteaban los dientes.

—¿A que si crees que la maté?

—¿Yo?, no, claro que no lo creo.

—Qué mal mientes, —se burló—. Pareces una mosquita muerta sin experiencia ninguna en el ejercicio de tu profesión ni de la vida en general. Por eso te elegí. Me pareciste una tonta a la que cualquiera podría manejar. Un abogado con experiencia no se hubiera creído que yo era un marido apenado por la muerte de su mujer, en cuanto se hubiera enterado que vivíamos separados de hecho desde hacía años y que ella tenía previsto desheredarme unos días después y divorciarse en cuanto cumpliera con los trámites legales necesarios.

—Así que me elegiste por eso, —musitó ella con un hilo de voz.

—Sí, sobre todo por eso. Pero también me gustaste tú y lo hubiéramos pasado bien si no fueras tan mojigata.

—Pero no pudiste hacerlo tú, —objetó Irene en voz alta, aunque hablaba como para sí misma—. Las cámaras de seguridad del museo grabaron a un viejo muy alto con el pelo y la barba blancos y...

La risa de él le sonó estridente.

—Exactamente, muy alto. Ese tipo tiene una estatura muy similar a la mía y disfrazarse de viejo, con una peluca blanca y una barba postiza del mismo color, no es muy difícil.

—Pensaste que el crimen de Diana se lo achacarían a él, —dedujo Irene contemplándole espeluznada.

—Efectivamente. Diana había concertado ya una cita para acudir a la notaría. La oí cuando hablaba por teléfono desde su despacho. No podía esperar más y el día anterior le había comentado a Sandra, antes de echarla de nuestra casa, que pensaba ir esa tarde al museo para ver a la Mona Lisa española. Nunca dejaba Diana de visitar el salón ovalado, porque admiraba la pintura de Velázquez, así que la seguí y aproveché un instante en que se produjo un alboroto en el salón central. Una mujer gritaba que le habían robado el bolso y distrajo la atención de la encargada de la sala que salió inmediatamente para averiguar lo que sucedía. Ya lo habíamos planeado los dos.

—¿Una mujer?, —le preguntó con una voz que no era la suya.

—Sí, Consuelo. Me ayudó, como siempre, aunque no sabía qué pretendía hacer yo cuando, gritando, atrajese la atención de la vigilante y

esta saliera de la sala dejándonos solos a Diana y a mí. Yo le había dicho que pretendía darle un susto.

Se le quedó mirando horrorizada, sin querer creer lo que Sergio acababa de referirle.

—¿Consuelo? ¿Era Consuelo la mujer de pelo rubio y con gafas de sol que grabaron las cámaras?

—Sí, se caracterizó así para parecerse a la visitante del museo, cuya fotografía publicaron los periódicos. La que se cayó al suelo en el salón central cuando estrangularon a la primera pintora. Con una peluca y con las gafas oscuras resultaba casi idéntica. Después, cuando empezó a sospechar lo que había sucedido en realidad se puso muy pesada.

—¿Muy pesada?

—Sí, mucho. Le costó, pero finalmente cayó en la cuenta de que a Diana me la había cargado yo y pretendió que me entregara a la policía. No tuve más remedio que estropear los frenos de su coche. Se me da muy bien la mecánica.

Espantada, estudió sin pestañear su atractivo semblante.

—Así que fuiste tú... Y después...

—Después, y tal como había previsto yo, se lo achacaron al viejo que había estrangulado a la primera pintora.

A duras penas consiguió Irene recuperar el uso de su voz.

—¿Por qué me lo cuentas?, ¿porque sabes que no puedo denunciarte ya que me lo impide el secreto profesional? Es cierto, no puedo repetirlo a nadie nada de lo que me acabas de referir. Mi obligación es defenderte en cualquier caso. Además, yo te saqué de la cárcel, —le recordó, reprimiendo las ganas de llorar.

—Bueno, sí, aunque en realidad el que me sacó fue el viejo, cuando decidió estrangular a la pintora bajita que había expuesto recientemente en la sala Dorée. El hombre cargó de paso con el asesinato de Diana y a mí me vino de perlas, porque me dieron “la bola” y sobreseyeron mi caso gracias a él.

Avanzó un paso hacia ella e Irene reculó otro.

—Y ahora vas a decirme donde están los cuadros de Diana. Aunque haya modificado el testamento, esos cuadros me pertenecen por los años

que conviví con ella en esta casa y tuve que aguantarla, porque era insoportable. Ahora me casaré con Sandra, —añadió con una risita—. Durante años nuestro amor ha sido platónico. Al menos el de ella lo era, porque yo no sentía por esa mujer nada especial, aunque a mí todas las mujeres me gustan.

—¿Te... gustan todas?, —tartamudeó Irene retrocediendo otro paso.

Él se echó a reír.

—Bueno... sí, unas más que otras, pero sí. Diana nos encontró a los dos en una situación algo comprometida el día anterior al de su muerte y por eso la echó de esta casa. Sandra también es una mojigata y me mantuvo a raya hasta que Diana le comentó que iba a divorciarse de mí. Entonces pensó que no era una deslealtad para con su admirada pintora manifestarme sus sentimientos, sin caer en la cuenta de que Diana era como el perro del hortelano. No comía ni dejaba comer y al encontrarnos en el estado en el que nos encontró se puso como una hiena.

Irene reculó otro paso, calculando mentalmente el trecho que la separaba de la verja del jardín y del coche de Gonzalo. Aunque había sido campeona de carrera en la facultad, Sergio le ganaría sin la menor duda por la ventaja que le confería la longitud de sus piernas. Apenas si ella le llegaba al hombro y la alcanzaría con solo dos zancadas. Claro está que se había calzado unas zapatillas de felpa sin talón al salir de la piscina y probablemente tendría que correr descalzo, pero aún así tenía ella muy pocas posibilidades de llegar a la meta antes que él.

—¿Te casarás con Sandra? —le preguntó en el tono más intrascendente que fue capaz de emitir—. Ella debe ser mucho mayor que tú.

—Sí, ¿pero qué importa eso?, —replicó cínicamente—. Ya me ocuparé de que a los pocos meses de la boda sufra un accidente y entonces heredaré toda la fortuna de Diana. ¿Pensabas que me iba a conformar con vivir en la miseria, con esa porquería de usufructo del que me has hablado, después de haberla aguantado tantos años?

Una sonrisa cruel distendió sus facciones e Irene reculó otro paso.

—Yo no puedo denunciarte, —le recalcó de nuevo, procurando mantener la distancia entre los dos—. Ya te he dicho que me lo impide el secreto profesional. Nunca podré decirle a nadie lo que acabas de reconocer.

Sergio se echó a reír a carcajadas.

—¿Secreto profesional?, ¿secreto profesional una mujer? No creo que ninguna sea capaz de guardar ninguna clase de secreto y tú, que eres una puritana, menos que ninguna. Y créeme, lo lamento. En el fondo me caes bien, pero no tengo más remedio que mandarte al mismo lugar donde se encuentra Diana. Sin duda os haréis muy amigas. Tengo entendido además que la muerte por ahogamiento es dulce.

—¿Me vas a tirar a la piscina?, —le preguntó, notando que la voz le temblaba lastimosamente.

—Sí, y te mantendré con la cabeza dentro del agua hasta que dejes de respirar. Luego te meteré en el maletero del coche y esta noche te arrojaré al río Manzanares, con peso, para que te vayas al fondo, pero antes tienes que decirme donde has escondido los cuadros de Diana.

—No sé dónde están, —mintió ella casi sin voz, mientras intentaba pensar en algún medio de escapatoria. Pero no conseguía razonar, notaba la mente en blanco, como si se le hubiese paralizado. Lo único que logró entresacar entre el humo que parecía haber invadido su cerebro era que él la mataría en cuanto le dijera dónde estaban los cuadros. Tenía que negar que conocía el lugar donde estaban escondidos.

—¿No te acuerdas, verdad?, —se burló él con aquella risa sardónica—. Vas a ver qué pronto vas a hacer memoria.

Se abalanzó sobre ella, acorralándola contra la puerta de cristal que daba al pasillo, y la agarró por el cuello con unas manos duras y fuertes que la hacían daño. Irene se debatió como un energúmeno y se llevó ambas manos a la garganta luchando por aflojar la presión que ejercía Sergio y que le impedía respirar. Intentó propinarle una patada en los genitales, pero él era demasiado alto y solo consiguió alcanzarle en la rodilla. Se estaba ahogando y empezó a verlo todo turbio. Él relajó de pronto la compresión que practicaba, pero sin apartar las manos de su cuello y ella inspiró desesperadamente el oxígeno que le faltaba.

—¿Qué?, ¿me dices ya donde están los cuadros o te tiro antes a la piscina?

—¿A quién vas a tirar a la piscina?, —preguntó una voz a espaldas de ella—. ¿No será a esta chica tan decorativa que te has buscado como

abogado? No veo que lleve puesto el bañador.

Aunque había cerrado los ojos al sentir que se asfixiaba, Irene notó que Sergio la soltaba y de un salto, dando boqueadas, giró la cabeza reconociendo a Ángel Alvear que sonreía con el descaro que le caracterizaba. Acababa de abrir la puerta de cristales contra la que Sergio la había arrinconado y al sentir la falta de apoyo de la misma, trastabilló de espaldas hasta que aterrizó sentada en el pasillo.

Ángel saltó sobre ella con sus larguísimas piernas como lo hubiera hecho sobre un insecto y fue a apoyarse en el quicio de la puerta de cristales con los brazos cruzados sobre el pecho. Pese a la aversión que le inspiraba, Irene le identificó en ese momento con un ángel salvador.

—¿Me lo vas a impedir tú?, —fanfarroneó Sergio—. Estamos jugando muy entretenidos esta chica y yo y nadie te ha invitado a esta casa, que yo sepa.

—No, no me ha invitado nadie, pero a ti tampoco, —replicó desdeñosamente el otro—. Vengo de la notaría, en donde he recogido una copia autorizada del testamento de Diana, después de que me entregaran hace días el certificado del Registro de Actos de Últimas Voluntades. Lo pedí por consejo de mi abogado. Si Sandra es la heredera de Diana, tú no pintas nada aquí.

Avanzó unos pasos hasta colocarse frente a Sergio con la actitud de un gallo de pelea y este le imitó. Los dos eran de similar estatura e igualmente musculosos, pero Irene no experimentó la menor curiosidad por averiguar cuál sería el vencedor en el altercado que sin duda se avecinaba. Cautelosamente logró ponerse de rodillas y en cuanto consiguió levantarse del suelo echó a correr por el pasillo, olvidando su maletín con los documentos que había llevado para mostrárselos a Sergio. Ni se acordó de este ni de los documentos. Recorrió el corredor como una exhalación y salió al vestíbulo tropezando con los muebles. Se llevó por delante un florero conteniendo unas rosas rojas que ni siquiera vio y luego volcó una butaca blanca que se interpuso en su carrera. Al fin alcanzó la puerta, abierta de par en par, cruzó la terraza, salvando de un salto los escalones, y echó a correr por el sendero en dirección a la verja de hierro que en ese momento le pareció que se encontraba muy lejos.

Creyó oír unos gritos a su espalda. Con el corazón latiéndole desacompañadamente dentro del pecho, le pareció que procedían del portón de entrada, aunque no llegó a dilucidar a cuál de los dos hombres correspondían esas voces. Sin duda uno de ellos se había desembarazado del otro y salía ahora en su persecución. Apretó los dientes al acelerar la velocidad que imprimía a sus piernas y divisó al otro lado de la cancela el coche de Gonzalo que la estaba aguardando allí. Él descendió del vehículo al verla correr como una loca a su encuentro. Al mismo tiempo oyó como se le aproximaba por la espalda el hombre que la perseguía y aterrada percibió los gritos que profería alguien, sin darse cuenta de que era ella misma quien estaba gritando.

Iba ya a alcanzar la cancela cuando una mano la agarró por detrás. Después se cayó al suelo, húmedo por la pasada lluvia, y como en sueños creyó ver dos figuras desenfocadas que forcejeaban y después a una que salía volando por los aires, aterrizando unos metros más allá. Atontada, reconoció la voz entrecortada de Gonzalo.

—Llama a la policía por el móvil, Irene. Voy a practicarle a este tipo una llave de inmovilización y necesito las dos manos. ¿Pero es que no me oyes?

Sí le oía, pero no lograba encontrar su móvil, aunque lo llevaba en el bolsillo, porque no conseguía reaccionar. El miedo la mantenía paralizada como le sucedía siempre en sus pesadillas. A duras penas consiguió ponerse en pie chorreando barro y al fin localizó su móvil, al que impregnó de barro también, antes de contactar con la policía y explicarle incoherentemente que debían acudir inmediatamente en su ayuda a la dirección que le indicó.

Mientras tanto Gonzalo se había sentado a horcajadas sobre el hombre que mantenía tumbado en el suelo con los brazos en la espalda. Al acercársele Irene, reconoció a Sergio, aunque también chorreaba barro por todas partes, incluso por la cara, por lo que resultaba difícil distinguir sus facciones. La policía le detuvo en cuanto llegó a la casa unos minutos más tarde y ella intentó explicarles lo que le había sucedido sin lograr otra cosa que hipar inconteniblemente.

—Cálmese, señorita, cálmese, —le decía el policía más corpulento de los dos que acababan de aparecer y habían descendido de su coche para

aproximárseles apresuradamente—. Cállese y trate de explicarnos lo que le ha hecho este hombre.

Aunque le costó un esfuerzo sobrehumano dejar de llorar a gritos, logró al fin recuperar el uso de la palabra.

—Había otro hombre dentro de la casa, un hombre que me ha defendido. Los dos se han peleado y... Tienen que ir corriendo. Temo que le haya sucedido algo.

El policía que se encaminó corriendo hacia la casa tardó en regresar. Lo hizo al tiempo que una ambulancia se detenía junto a la verja, a la que sin duda había llamado él, y dos hombres y una mujer vestidos con un chaleco amarillo echaban también a correr hacia la casa transportando una camilla. Los dos policías introducían en ese momento a Sergio, esposado, en el coche patrulla y Gonzalo e Irene siguieron a los de la camilla, tropezando con la mujer que regresaba ya. Los dos hombres venían tras ella transportando en las angarillas a un hombre pelirrojo acostado boca arriba.

—¿Qué?, ¿qué ha sucedido?, ¿está bien?, —le preguntó Irene a la mujer en cuanto coincidieron a mitad del paseo que conducía hasta la casa.

—Estaba dentro de la piscina casi ahogado, —repuso ella con una sonrisa conmisericordiosa—. Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza con un objeto contundente por lo que sangra bastante. ¿Es familiar suyo?

Irene hizo un gesto negativo después de esbozar un nuevo puchero.

—No, es solo un conocido, pero me defendió del hombre que ha detenido la policía. ¿Se salvará?

La mujer vaciló y luego contestó evasivamente:

—Haremos todo lo posible, pero no se lo puedo asegurar. La mantendremos informada.

Como un autómatas vio como metían la camilla en la ambulancia y cómo arrancaba esta después. El policía corpulento se acercó a ellos antes de marcharse.

—No olviden pasar por la comisaría a presentar la denuncia. Les anotaré la dirección.

Partían también poco después y ellos se quedaron solos junto a la verja. Irene llevaba su traje pantalón lleno de barro y ostentaba churretes en la

melenas y en la cara, así como Gonzalo al que no había visto nunca tan sucio y desgreñado.

—¿Qué le has hecho a Sergio?, —le preguntó ella—. Me ha parecido que después de que me agarrara por la espalda, salía volando por los aires.

Él se limpió un pegote de barro que llevaba adherido a la mejilla y se echó a reír.

—¿No te dije que practicaba kárate y que soy cinturón negro? Se me da bastante bien y aunque ese tipo debe de pesar por lo menos cien kilos, o sea, bastantes más que yo, he aprovechado la velocidad con la que corría hacia ti y le he obsequiado con un vuelo sin motor. ¿A que lo he hecho bien? ¿Sabes que la diferencia de peso sitúa en desventaja al más delgado o no lo sabes?

Se reía y se preguntó angustiada cómo podría reírse cuando ella seguía sintiendo unas ganas de llorar tan inmensas. Sin poderlo evitar empezó a hipar de nuevo convulsivamente en el hombro de Gonzalo, al que acabó de dejarle la chaqueta como un pingajo fangoso. Él le acarició suavemente su pringosa melena.

—Bueno, bueno, ya ha pasado todo. Esto te servirá para aprender que no se debe acudir nunca a la casa del cliente si ha sido acusado de un delito grave. Conviene citarle en tu despacho en toda circunstancia.

Al oírle, Irene dejó de llorar en el acto. Como siempre, la curiosidad pudo en ella más que cualquier otro sentimiento y levantó intrigada la cabeza hacia la de él.

—Pero tú también has quedado aquí en la casa de un cliente cojo. ¿No habías quedado esta tarde en su casa con el cliente cojo?

Gonzalo sonrió guasonamente.

—¿Te lo creíste?, pues no, las piernas de todos mis clientes están en perfectas condiciones y no defiendo los intereses de ninguno que resida en la Moraleja.

—¿Así que te lo inventaste?

Con una cómica expresión de contrición, Gonzalo hizo un gesto afirmativo.

—Efectivamente.

Ella esbozó un nuevo puchero.

—Tendré que agradeceréte toda la vida. Que hayas perdido la tarde para traerme y que le hayas hecho esa horrible tuerca a Sergio.

—Tuerca no, llave, una llave de yudo que he practicado mucho —le corrigió pacientemente—. Espero que sí, que me lo agradezcas toda la vida y que me digas lo mucho que valgo todas las mañanas. ¿Me lo vas a decir todos los días de tu vida?

Le miró sin comprender y dio un sorbetón.

—Bueno, sí. Si quieres te lo repetiré hasta que te aburras, pero lo que necesito ahora es seguir llorando.

Gonzalo se agachó un tanto para ponerse a su altura y pasarle un brazo sobre los hombros.

—Pues no. Ahora vamos a ir a la comisaría a presentar la denuncia. Después, si quieres, puedes llorar un poco más, pero te advierto que se te están poniendo los ojos como dos tomates.

Irene se detuvo repentinamente con expresión de consternación.

—Pero yo no puedo denunciar a Sergio. Es mi cliente y me lo impide el secreto profesional.

—¿Qué dices? No puedes revelar su culpabilidad por el delito por el que te has encargado de su defensa, pero sí puedes hacerlo por haberte agredido a ti y por la tentativa de homicidio a ese tipo pelirrojo. Anda, deja de llorar un rato y vamos a la comisaría. Luego, si quieres, podrás reanudar tu llantina.

OceanofPDF.com

Epílogo

Entró Irene en la habitación del hospital, después de llamar a la puerta con los nudillos. Llevaba el traje pantalón azul marino, que esa mañana había recogido del tinte y un pañuelo de seda anudado al cuello para disimular los moratones que le habían producido los dedos de Sergio en el patio de la casa de este, junto a la piscina cubierta, cuando intentó estrangularla.

Empezaba a anochecer y una luz grisácea se filtraba por la ventana difuminando los contornos de la estancia y poblándola de sombras. Ángel se encontraba acostado boca arriba en la única cama de la habitación, con la cabeza vendada y los ojos cerrados. Los abrió, no obstante, en cuanto la oyó acercarse al lecho, y le sonrió débilmente.

—¡Hola!, me alegro de verte, —musitó en un susurro, sin el aire fanfarrón que le caracterizaba—. ¿Estás bien?

Con el vendaje de la cabeza y la sábana arrebujada bajo la barbilla, en la que ya le apuntaba la sombra de su rojiza barba, más se asemejaba al soldado herido en una batalla que al tipo pendenciero y sin escrúpulos que ella había conocido.

—Sí, gracias a ti que llegaste providencialmente en mi ayuda, —repuso Irene tomando asiento en una silla junto a la cama—. Si hubieras tardado un minuto más...

Ángel volvió a sonreír, en esta ocasión condescendentemente, clavando en ella sus clarísimos ojos verdes.

—No lo habrías contado, eso te lo puedo asegurar, porque te pasas de ingenua. No sé cuántos años tienes, pero deberías haberte espabilado más. Seguramente no pudiste ni imaginar que Sergio fuera la clase de persona que es, frío, cruel y desalmado. Y hasta es posible que aún le disculpes.

Se encogió Irene evasivamente de hombros. Por su mente cruzó el recuerdo de la tarde en que le conoció en la comisaría de la calle Huertas, en la que se presentó para asistirle en su declaración ante la policía. La engañó desde el primer momento. Parecía tan desconsolado por la muerte de su mujer, parecía deshecho. Todo estaba en su contra, pese a lo cual había intentado ella demostrar su inocencia con todos los medios a su alcance. No cabía duda de que era un buen actor.

—Porque es muy guapo, ¿verdad?, —insistió Ángel recuperando su habitual aire descarado—. Se pinta solo para engatusar a las mujeres.

—Sí es guapo, pero eso no tiene nada que ver.

—Claro que tiene que ver, —la corrigió, sardónico—. Flechó primero a María, que no ha podido perdonarle nunca que la dejara por Diana. Después a esta, luego a la profesora de gimnasia, seguidamente a Sandra y finalmente a ti, que removiste cielo y tierra para sacarle de la cárcel.

Se le quedó mirando pensativa con sus ojos azules muy abiertos.

—A mí no me flechó, —musitó al fin en un tono que traslucía la seguridad más absoluta, a la par que evocaba la tarde en la que fue a visitar a Sergio a la prisión de Alcalá Meco. Por unos segundos sintió que revivía esos instantes y le vio al otro lado del cristal, en el locutorio, con su mirada fija en ella, con los ojos clavados en su rostro como si la considerase omnipotente. Parecía tan desvalido entonces, tan indefenso... Regresó a la habitación del hospital para menear negativamente la cabeza.

—Todo lo que hice lo hubiera hecho igual por cualquier otro, aunque hubiera sido feo, bajito y rechoncho. Estaba obligada a ello, porque lo exige mi profesión. Defender al cliente con los cinco sentidos es el deber de un abogado. Por eso lo hice, porque era mi deber.

Él esbozó un gesto de escepticismo, girando la cabeza hacia la silla donde estaba ella sentada.

—Pues debes ser un caso de inmunidad absoluta, porque a Sergio no se le ha resistido nunca ninguna. Pero dime, ¿qué ha sido del viejo, del empleado de la sala de exposiciones? ¿Sabes algo de él?

—Sí, está ingresado en un psiquiátrico. Ha declarado que decidió estrangular a las pintoras porque, en su opinión, profanaban el arte y tenían el atrevimiento de acudir al museo a estudiar la técnica que utilizó

Velázquez con “las Meninas”. Dos de ellas habían expuesto en la sala Dorée poco antes. En esa sala trabajaba ese hombre y por esa razón las conocía.

—Pero Diana no expuso nunca en esa galería, —alegó Ángel frunciendo el ceño—. Además pintaba figurativo. Debiste caer en la cuenta de que ella no encajaba en las características que reunían las otras dos y que sacaban de sus cabales al viejo por responder al movimiento de pintura abstracta al que pertenecían. No se te ocurrió sospechar quien era el verdadero culpable, ¿verdad?

Esbozó Irene un gesto ambiguo, preguntándose el motivo por el que jamás había dudado de la inocencia de Sergio. Quizás porque en ningún momento razonó con la cabeza fría, como le aconsejaba Gonzalo. Estaba tan obsesionada por desmontar los indicios que parecían acusarle y por conseguir su libertad durante el tiempo en el que estuvo recluido en prisión que ni siquiera tuvo ocasión de planteárselo. Ángel sonreía como para sí mismo, quizás adivinando los pensamientos que cruzaban por su mente, pero la pregunta que le hizo a continuación no pareció guardar relación con ese asunto.

—¿Y qué sabes de Sandra?

—Que tiene intención de poner la casa de la Moraleja en venta y ha decidido conservar todos los cuadros que Diana había pintado últimamente y que había pensado exponer, —repuso ella midiendo las palabras—. La pobre está muy afectada. Creo que va a ver a Sergio a la prisión todos los días destinados a la visita de los familiares. Acude también a mi despacho casi a diario con sus mil asuntos jurídicos y me ha traído también a muchos de sus clientes y amigos. Yo me he cambiado de despacho. Ahora trabajo en uno muy aparente, en la calle Príncipe de Vergara.

Ángel cerró los ojos como si la conversación que mantenía con ella le hubiera agotado e Irene permaneció a su lado en silencio, rememorando nuevamente todo lo que había sucedido desde la tarde en que la llamaron de la comisaría de la calle Huertas para que asistiera a un detenido, sospechoso de haber estrangulado a su mujer en el Museo del Prado bajo el cuadro de “Las Meninas”. Parecía tan absurdo que aquel hombre tan atractivo hubiera cometido ese crimen optando por un escenario como el del museo, abarrotado siempre de visitantes, que ella nunca sospechó que pudiera ser el

autor de semejante delito. Le pareció volver a ver en su imaginación la crueldad de su gesto días antes, en el patio cubierto de su casa, dispuesto a cumplir su amenaza de ahogarla en la piscina y sintió un escalofrío. No la asesinó a ella también, porque apareció Ángel oportunamente y lo impidió.

—Tengo que agradecerle que me salvaras la vida, —murmuró en apenas un susurro, porque él continuaba con los ojos cerrados y no parecía oírla—. Me pregunto por qué lo hiciste. Te había considerado un vividor, un hombre sin escrúpulos de ninguna clase al que lo único que le importaba verdaderamente era su persona, la bebida y el dinero. Sin embargo, arriesgaste tu vida por mí. ¿Por qué lo hiciste?

Ángel abrió nuevamente los ojos. Sin duda la había oído y sonreía ahora con su expresión descarada de siempre.

—Me juzgaste bien al conocerme y no debes atribuirme cualidades que no tengo. No soy ningún mártir. Te defendí porque me gusta el riesgo y porque no podía permitir que Sergio mandara al otro barrio a una chica tan estética como tú. Solo por eso. Y por cierto. ¿Qué ha sido de él?

—Está en la cárcel, —le informó ella con el semblante sin expresión—. El juez decretó su prisión preventiva sin fianza hasta que se celebre el juicio. En cualquier caso, no podría pagar la fianza aunque el juez cambiara de opinión, porque no tiene un duro, aunque es posible que Sandra...

—¿Es que ella...?

—Creo que sí, que mantienen ahora una relación especial.

—¿Y tú no la has puesto en guardia contra él? Oí como te contaba Sergio sus planes. Que pensaba casarse con ella para recuperar la herencia de Diana, liquidándola meses más tarde. ¿No la has advertido?

—No, claro que no.

Examinó él atentamente su semblante para terminar esbozando una mueca de incredulidad.

—¿Y le vas a defender en el juicio?, —insistió, incorporándose con dificultad en el lecho para mirarla de frente y estudiar su expresión.

Irene desvió melancólicamente su mirada hacia la ventana evocando la indescriptible sensación de triunfo que experimentó al sacarle de la prisión después de que se sobreseyera su caso. Quizás volviera a experimentarla con otro cliente, pero no sería lo mismo.

—¿Yo?, no, claro que no, —repuso sin mirarle, con los ojos fijos en los árboles que se veían a través del cristal, a los que la luz del crepúsculo iba despojando del color verde de sus hojas para teñirlas con un apagado tono grisáceo—. Dejó de ser mi cliente cuando me agarró por el cuello con la intención de estrangularme, —dijo pasando suavemente una mano por el pañuelo que llevaba anudado en la garganta—. Sandra le ha buscado un abogado que paga ella.

Dejándose caer de nuevo sobre la almohada, Ángel hizo un gesto de asentimiento.

—¿No te ha llamado?

—Sí, claro que me ha llamado. Varias veces, pero no he querido coger el teléfono. No tengo nada que decirle ni nada que escucharle.

—¿Y qué crees que le pasará?

—Que le juzgarán por dos tentativas de homicidio. La tuya y la mía. Nuevamente hizo él intención de incorporarse en el lecho.

—¿Solo por eso? ¿No le van a juzgar por el asesinato de Diana?

Procuró ella permanecer impasible, sin permitir que su semblante trasluciera las ideas que cruzaban por su mente.

—No, ¿no recuerdas que esa causa fue sobreseída?

Apoyado sobre un codo intentó él escudriñar el impenetrable semblante de Irene.

—Pero yo creí... creí...

—Pues creíste mal, —le interrumpió tajante.

Se quedó mirándola fijamente sin pestañear.

—¿Puedes contestarme la verdad a una pregunta?

Sonrió ella a su pesar.

—No lo sé, depende.

—¿Puedes decirme por qué quería Sergio ahogarte en la piscina?

Buscó Irene un pañuelo en su bolso con el que, para ganar tiempo, se enjugó una inexistente lágrima. Luego repuso con voz clara:

—Discutimos, eso es todo.

Se echó a reír Ángel con una risa sarcástica que le hirió a ella los oídos.

—¿Crees que soy tonto? Sé que pretendía hacerte callar para siempre, para que no pudieras decirle a nadie lo que sabías sobre la muerte de Diana.

—¿Sobre la muerte de Diana?, —repitió ella enarcando las cejas con fingida extrañeza.

—Sí, sabes que la mató él.

En esa ocasión fue Irene la que logró emitir una carcajada que, pese al esfuerzo que le supuso, sonó espontánea y natural.

—¿Qué yo sé que Sergio...? Tú sueñas.

—¿No lo sabes?

—No, claro que no.

La envolvió en una mirada recelosa, como si no pudiera explicarse que negara lo que él consideraba evidente.

—Pero ya no es tu cliente, —murmuró—. Ya puedes denunciarle por todas las fechorías que ha cometido. Si te callas, le endilgarán al viejo de la galería Dorée un crimen del que no es responsable. El de Diana, además de los de las otras dos pintoras, ¿no lo entiendes?

Demasiado bien lo entendía y sabía además que por una imputación de dos tentativas de homicidio de las que probablemente solo podría probarse de forma concluyente la de Ángel, no le caerían a Sergio demasiados años de prisión. Podía ser injusto, pero no estaba en su mano inclinar en contra de él la balanza de la justicia.

—La obligación de secreto profesional no está limitada en el tiempo, —replicó con una voz sin inflexiones—. Perdura durante toda la vida del abogado, aunque el cliente haya dejado de serlo.

—¿Aun sabiendo a ciencia cierta que él es un asesino?

Cansadamente meneó Irene la cabeza en sentido afirmativo.

—Aunque lo supiera, que no lo sé.

Se quedó callado, como si estuviera digiriendo con dificultad lo que acababa ella de decirle y finalmente se giró en la cama de medio lado hacia la silla en la que estaba sentada.

—¿Sabes que llegué a la casa de Diana a tiempo de oírle reconocer que había sido él quien había estrangulado a mi hermana y quien había manipulado los frenos del coche de la profesora de gimnasia? Desde el pasillo se os oía hablar con toda claridad. ¿Es que no vas a hacer nada?

Levantó Irene las dos manos en un ademán de impotencia.

—No puedo hacer nada. Ya te he dicho que me lo impide el secreto profesional.

Se quedó mirándola desconcertado.

—¿Y si le denunciara yo por la muerte de Diana y por la de su compañera de instituto? Gracias a Dios no estoy obligado por ese estúpido secreto que tanto defiendes. Quiero que pague por lo que ha hecho.

Se encogió Irene de hombros con vaguedad.

—No, tú no estás obligado por ningún secreto, ¿pero qué podrías probar? En un juicio lo que importa son las pruebas y en las cintas que se grabaron en el museo puede verse que los tres homicidios fueron cometidos por un viejo muy alto, con el pelo y la barba blancos. Por Cosme Rodríguez, que además ha reconocido ser el autor de esos crímenes.

—Sí, pero podrías testificar tú en ese juicio.

Meneó ella negativamente la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque lo prohíbe el artículo 542.3 de la Ley Orgánica del Poder Judicial, el artículo 5 del Código Deontológico de la Abogacía Española, el artículo 32 del Estatuto General de la Abogacía...

—Vale, vale, —la interrumpió espeluznado al oírla enunciar tal cúmulo de normas. Luego se quedó pensativo y comentó a media voz—: Cuando se casó con Diana, Sergio era un buen chico. Fue después, cuando mi hermana cambió como si se hubiera convertido en otra persona. Tengo que reconocer que le trataba a él como si fuera un desecho. Quizás la aguantó durante esos años solo porque a su lado podía darse una vida de príncipe. —Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos como si estuviera mortalmente cansado. Después continuó hablando sin abrirlos. Parecía haberse olvidado de que ella estaba en la habitación y las consideraciones que efectuaba las estaba haciendo para sí mismo cuando murmuró—: Y cuando supo que ella iba a divorciarse de él, decidió heredarla y por eso la mató antes de que pudiera dar ese paso.

Desvió Irene la mirada hacia la ventana. La oscuridad del crepúsculo se había adueñado ya del panorama que podía divisarse desde allí y por un instante se sintió transportada al salón ovalado del Museo del Prado, al pie

de “Las Meninas”, que, como una apoteosis de la mejor pintura del siglo XVII y quizás de todos los tiempos, ocupaba el paño de la pared del fondo de la sala. Ese cuadro había sido un silencioso espectador de la admiración que despertaba en las tres pintoras la maestría de Velázquez y de la sigilosa entrada en el salón en esas mismas ocasiones de un viejo chiflado. El lienzo podría atestiguar que el que mató a Diana no era el mismo viejo que el que había estrangulado a otra y el que lo había intentado con una tercera, pero le sucedía lo que a ella, aunque por distintos motivos. Ninguno de los dos lo podía revelar.

Ángel continuaba hablando con los ojos cerrados.

—Le oí decir desde el pasillo, cuando estabais junto a la piscina cubierta, que aprovechó para ello la circunstancia de que el empleado de la galería Dorée se había cargado a la pintora que acudía al museo los lunes, pensando que le achacarían también a él el asesinato de Diana, si lo cometía de la misma forma y en el mismo lugar. Como coincidía en la estatura, tan inusual en España, con la del empleado de la sala Dorée, se disfrazó de viejo con una peluca y una barba blancas que aparecieron después en el sótano de su casa.

Al oírle, una idea repentina cruzó por la mente de Irene y le interrumpió con desconfianza para fijar acusadoramente su mirada en el hombre que estaba acostado en la cama a su lado.

—¿Fuiste tú, Ángel?

Él no pareció entenderla.

—¿Qué quieres decir?

—Que si fuiste tú el que escondiste esas prendas en el sótano y después llamaste a la policía.

Se echó a reír él con su risa desvergonzada de siempre.

—¿Y si hubiera sido yo?

Los ojos de ella brillaron iracundos.

—Eso es un delito, ¿sabes? ¿Cómo fuiste capaz?

—Porque no soy una buena persona, —repuso con toda frescura—. No lo soy, aunque ahora, porque me estás agradecida, te hayas empeñado en creerlo así. Denunciándole conseguía que le detuvieran y si le hubieran

condenado por el asesinato de Diana, María y yo hubiéramos heredado la fortuna de mi hermana. ¿No te parece suficiente motivo?

Le contempló alarmada como si él fuese un reptil venenoso.

—No, no me lo parece. Es horrible. ¿Y si a Diana la hubiera estrangulado Cosme Rodríguez como parecen indicar todas las pruebas y consecuentemente Sergio fuera inocente? ¿Le habrías mandado a la cárcel a que se pudriera allí para disfrutar de un dinero que ni siquiera habías ganado tú? Dime, ¿lo habrías hecho?

Él no tuvo que meditar la respuesta. Sus claros ojos verdes relucían insolentes mientras se reía bajito.

—Pues sí. Desde que te conocí en casa de Sergio el día en que fuiste a buscar las escrituras de los inmuebles de Diana, presentí que ibas a suponer un serio obstáculo para los intereses de María y para los míos, sobre todo para los míos. Por eso me dediqué a perseguirte por la calle, por la escalera de tu casa, por todas partes. Quería asustarte para que le dieras la venia a otro abogado, del que ya me ocuparía después para inducirle a que renunciara también a defender los intereses de Sergio.

—¿Y cuándo a ese le sustituyera otro?

—Eso no llegué a planteármelo. Habría tomado la decisión sobre la marcha.

—¿Entonces eras tú el que me seguías por el Paseo del Prado?, —inquirió casi sin voz—. Solo llegué a distinguir en la oscuridad la sombra de un hombre muy alto. ¿Y el que intentó entrar en mi casa el día en que comí con Sergio?, ¿eras tú también?

—Ya te he dicho que sí.

—¿Y también fuiste tú el que bajaste al sótano, cuando Sandra y yo proyectamos recoger los cuadros de Diana para ponerlos a salvo?

—Sí, también fui yo. Intenté encontrar esos cuadros, porque sabía que valían mucho dinero. ¿Te asustaste en todas esas ocasiones?

Sonreía con suficiencia, con aquella desfachatez tan suya, por lo que Irene no quiso darle el gustazo de reconocer que aquella sombra que la perseguía por el solitario Paseo del Prado cuando ya había anochecido le había inspirado un miedo cerval. Y mucho menos estaba dispuesta a admitir que la tarde en la que intentó manipular él la cerradura de la puerta de su

casa, tras su agónico ascenso por la escalera, le produjo una espantosa tiritera que le había costado tiempo y esfuerzo controlar.

—¿Yo?, —fanfarroneó levantando orgullosamente la barbilla—. Estoy más que acostumbrada a que me sigan por la calle, así que pensé que eras uno más. No me asusto tan fácilmente.

Él volvió a reír bajito.

—¿Y vas a denunciarme por haber escondido la peluca y la barba en el sótano para incriminar a Sergio?

Lo consideró unos instantes. Ángel podía ser una mala persona y ciertamente había cometido el delito de acusar falsamente a otro en su propio beneficio, pero le debía la vida y además esa causa había sido sobreseída. Pese a ello le asqueaba su presencia, después de saber lo que había sido capaz de hacerle a Sergio cuando no sabía que era culpable, por lo que quería perderle de vista cuanto antes.

—No, no te voy a denunciar, pero ahora tengo que irme. Deseo que te recuperes cuanto antes.

Se había puesto en pie, pero él la retuvo con una mano para que volviera a sentarse. Las sombras de la noche se habían expandido ya por la estancia y apenas si distinguían ambos otra cosa que las líneas difusas de sus cuerpos. Irene hizo intención de encender la lamparita que tenía él en la pared, sobre la cama, pero Ángel se lo impidió con un gesto.

—No, espera. Quiero decirte algo antes de que enciendas la luz. Quiero decirte que...

—¿Qué es lo que quieres decirme?, —le interrumpió impaciente, ansiando marcharse de allí inmediatamente y olvidarse de su existencia.

—Quiero decirte que si me jugué la vida cuando Sergio intentó estrangularte en la piscina no fue solo porque seas una chica guapa. Él me ha superado siempre en fuerza física y sabía que yo sería el perdedor si me enfrentaba a él, pero a pesar de todo mereció la pena. Hay algo en ti que hace sentirse mejores a los que te rodean, incluso a mí. Eres tan íntegra, tan honesta... Quizás si pudieras olvidar todo lo que he hecho y he reconocido, en el futuro tú y yo... yo podría cambiar.

Bruscamente se levantó Irene y aturdida dio dos pasos en dirección a la puerta.

—Irene, —la llamó él en apenas un susurro.

—¿Qué?

—¿Volveremos a vernos?

Ella no tuvo que meditarlo.

—No. Adiós Ángel, me están esperando.

Como una exhalación salió de la habitación. Desde el pasillo le oyó decir:

—Te lo advierto, niña. Con tu ayuda o sin ella me ocuparé de que Sergio tenga lo que se merece.

No se detuvo al escucharle. Caminó rápidamente en dirección al ascensor y al llegar a la planta baja echó a correr hacia la salida. Luego buscó en la amplia explanada, como si fuera un refugio, el coche de Gonzalo que la esperaba allí aparcado y que la recibió muy sonriente.

—¿Cómo te ha ido?, —le preguntó distraídamente, sin imaginar siquiera los términos en los que había transcurrido la visita de ella con el hombre que había estado a punto de morir por su causa—. ¿Le has agradecido a ese tipo lo que hizo por ti el otro día?

—Claro, le he dado las gracias varias veces y él me ha dicho que no las merecía. Que hubiera hecho lo mismo por cualquier otra chica guapa, —mintió Irene con aplomo.

Gonzalo se la quedó mirando receloso, pero luego intentó tomárselo a broma.

—¿Y le has dicho que yo también acudí en tu auxilio con una llave colosal y que me vas a repetir lo agradecida que estás por lo que hice todos los días de tu vida? Tienes que tener en cuenta que ese Sergio Andrade, al que te empeñaste en defender, pesaba mucho más que yo. Por mi parte fue una heroicidad.

Se lo decía en broma como siempre, quitándole importancia. Irene desvió los ojos para mirar a través de la ventanilla como anocheecía paulatinamente cubriendo de sombras el estacionamiento del hospital, mientras rememoraba su loca carrera por el camino que desde la casa de Sergio llevaba a la cancela del jardín. Incluso creyó sentir las manos de él cuando la agarró por la espalda y el frío contacto del barro al caer al suelo, húmedo por la pasada lluvia, al tiempo en que Gonzalo, al que no llegó a

ver en ese momento, lanzaba al otro por los aires. A duras penas reprimió un sollozo.

—Sí, también le he comentado que te jugaste la vida por mí, que desde ahora vamos a trabajar juntos y que Marisa se ha puesto muy triste al saber que pronto se quedará sola en la casa en la que vivimos.

—Pero tu amiga se ha alegrado mucho de lo nuestro, —objetó Gonzalo sin acabar de entender a lo que ella le estaba refiriendo.

—Sí, pero eso a Ángel no le importa. Por eso no se lo he contado.

—¿Y qué más le has dicho?

Apoyó Irene la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Confusamente rememoró la alta figura de Ángel convertida en una silueta oscura que la perseguía por el Paseo del Prado cuando ya había anochecido y sintió revivir la pesadilla que había padecido desde que acudiera a la comisaría de la calle Huertas para asistir a la declaración de un detenido del que hasta ese momento ignorara su existencia. Lo único que deseaba era olvidarlo todo como si nunca se hubieran producido esos hechos. Por eso musitó:

—Le he dicho adiós. A él y a todo lo que ha sucedido desde entonces. Adiós para siempre.

OceanofPDF.com



Nació en Murcia y estudió Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, habiendo ejercido la profesión de abogado desde el año 1976. Actualmente vive en Madrid.

Ha publicado: *La casona del pantano* (2013), *El acantilado de las gaviotas* (2013), *Entre la niebla* (2013), *Secreto profesional* (2014) y *Al son de los tambores* (2014), entre otros.

OceanofPDF.com